

Un comunismo más fuerte que la metrópoli

La Autonomía italiana
en la década de 1970

Marcello Tarì



historia16

traficantes de sueños

Colabora con la cultura libre

Desde sus inicios **Traficantes de Sueños** ha apostado por licencias de publicación que permiten compartir, como las Creative Commons, por eso sus libros se pueden copiar, distribuir, comunicar públicamente y descargar desde su web. Entendemos que el conocimiento y las expresiones artísticas se producen a partir de elementos previos y contemporáneos, gracias a las redes difusas en las que participamos. Están hechas de retazos, de mezclas, de experiencias colectivas; cada persona las recompone de una forma original, pero no se puede atribuir su propiedad total y excluir a otros de su uso o replicación.

Sin embargo, «cultura libre» no es sinónimo de «cultura gratis». Producir un libro conlleva costes de derechos de autor, traducción, edición, corrección, maquetación, diseño e impresión. Tú puedes colaborar haciendo una donación al proyecto editorial; con ello estarás contribuyendo a la liberación de contenidos.

Puedes hacer una **donación**
(si estás fuera de España a través de **PayPal**),
suscribirte a la editorial
o escribirnos un **mail**



> Manifestación de trabajadoras y trabajadores del Policlínico, Roma.

Un comunismo más fuerte que la metrópoli

La Autonomía italiana en
la década de 1970

Marcello Tarì

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

historia

Omnia sunt communia! o «Todo es común» fue el grito colectivista de los campesinos anabaptistas, alzados de igual modo contra los príncipes protestantes y el emperador católico. Barridos de la faz de la tierra por sus enemigos, su historia fue la de un posible truncado, la de una alternativa a su tiempo que quedó encallada en la guerra y la derrota, pero que en el principio de su exigencias permanece profundamente actual.

En esta colección, que recoge tanto novelas históricas como rigurosos estudios científicos, se pretende reconstruir un mapa mínimo de estas alternativas imposibles: los rastros de viejas batallas que sin llegar a definir completamente nuestro tiempo, nos han dejado la vitalidad de un anhelo tan actual como el del grito anabaptista.

Omnia sunt communia!

© del texto Marcello Tari 2012.
© de la edición, Traficantes de Sueños, 2016.



Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España

Usted es libre de:

*copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

*Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

*No comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

*Sin obras derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

*Compartir bajo la misma licencia — Si transforma o modifica esta obra para crear una obra derivada, sólo puede distribuir la obra resultante bajo la misma licencia, una de similar o una de compatible.

* Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

* Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

* Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

Edición original:

Autonomie! Luttes autonomes aux années 1970 en Italie, La fabrique, 2012.

Il ghiaccio era sottile. Per una storia dell'Autonomia, Derive Approdi, 2012.

Primera edición de Traficantes de Sueños:

1.000 ejemplares

Enero de 2016

Título:

Un comunismo más fuerte que la metrópoli. La Autonomía italiana en la década de 1970.

Autor:

Marcello Tari

Traductores:

Roberto Giovannetti (cap. 1), Asier Merino (cap. 2), Arsenio Lupax,

Amancay González Balleli, Ottavio Carbonara, Vicente Barbarroja (cap. 3)

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueño

taller@traficantes.net

Edición:

Traficantes de Sueños

C/. Duque de Alba 13

28012 Madrid

Tlf: 915320928

editorial@traficantes.net

Impresión:

Cofás SA

Calle de Juan de la Cierva, 58, 28936 Móstoles, Madrid

ISBN: 978-84-944600-4-3

Déposito legal: M-1054-2016

Un comunismo más fuerte que la metrópoli

La Autonomía italiana en
la década de 1970

Marcello Tarì

Traducción

Vicente Barbarroja

Ottavio Carbonara

Roberto Giovannetti

Amancaay González Ballester

Arsenio Lupax

Asier Merino

historia

traficantes de sueños

ÍNDICE

Azufre rojo. El retorno de la Autonomía como estrategia.

Introducción a la edición en castellano. <i>Marcello Tari</i> y <i>Vicente Barbarroja</i> _____	15
1. Cesura: el partido de Mirafiori, el declive de los grupos, las jornadas de abril (1973-1975) _____	41
2. Separ/acción, desobjetivización y «dictadura de las necesidades»: el obrero social, el feminismo, la homosexualidad, el proletariado juvenil y otros transversalismos (1975-1976) _____	99
3. Pianoforte sobre las barricadas: el Movimiento, la insurrección, las bandas, la dispersión (1977) _____	179



> Manifestación en Bolonia, marzo de 1977.





> Manifestación en Milán, 1977.

AZUFRE ROJO. EL RETORNO DE LA AUTONOMÍA COMO ESTRATEGIA

Introducción a la edición en castellano

Marcello Tari y Vicente Barbarroja

Este texto intenta introducir, en la situación hispana actual, algunas de las cuestiones que en el libro iluminan la necesidad y la urgencia de una relectura de la *experiencia* de la Autonomía —del momento en que el proceso revolucionario fue interrumpido en Europa por todos los medios. A la vez, intenta también ser una pieza más, adjunta al libro, de un necesario debate internacional para determinar en qué puede consistir una *estrategia revolucionaria* a la altura de una época catastrófica. Empezar aquí con las *autonomías* latinoamericanas nos sirve para comprender el alcance mundial de algunas cuestiones.

Catástrofe o tormenta

Que todo siga «así» es la catástrofe.

Walter Benjamin, *Zentralpark*.

La catástrofe no es algo que se dibuje en un incierto futuro, la catástrofe está aquí, entre nosotros, y nosotras, desplegando su propia e íntima lógica del hundimiento. El capital espumeante se desparrama por doquier, pero el orden de integración social y la capacidad ecológica terrestre están exhaustos, las fuerzas dominantes se crispan e insisten en un plan de extracción, de desposesión, según el delirio propio a una larga época de decadencia. Gustav Landauer, brevísimo delegado de Cultura en la República Revolucionaria de los consejos obreros de Múnich, inspiradora de las luchas autónomas, decía, hace aproximadamente un siglo, que la decadencia occidental arraiga en la profundidad de su historia. Historia decadente desde el surgimiento de los Estados que han ido capturando y desposeyendo la vida comunal, desde el triunfo de sus juristas neo-justinianos, defensores de la propiedad

privada y de la necesidad de Imperio, y desde una mala comprensión tanto de la potencia técnica industrial como del significado íntimo de la tierra. Es igual. Ahora no nos interesa el origen sino el porvenir, y el porvenir apunta a un ahondamiento de la catástrofe.

Hace ya algunos años se va dibujando una intuición que nos negamos a asumir: si no se produce *en el tiempo que queda*, una *destitución* de la constelación de fuerzas extractivas, maneras despóticas y dispositivos de gobierno, el futuro global es una versión intensificada y planetaria de un modelo de segregación de población, zonificación militarizada e hipercontrol biométrico y cibernético. Una cárcel al aire *libre* cuyo adentro y cuyo afuera se responden para destilar grandes cantidades de miseria existencial. Una versión que se basaría en lo ensayado por Israel en Palestina. Zonas seguras, muros, checkpoints, vías francas a los territorios ocupados, drones, fuerzas militares rápidas; frente a zonas de segregación, zonas-bolsa de población, más o menos extensas, más o menos saqueadas, destruidas, aisladas unas de otras. Otra versión, más radical, se basaría en una peculiar intensificación del modelo de gobierno como contrainsurrección —hoy adoptado por todas partes— a través de la confusión y el terror, modelo ensayado a partir de la guerra de Argelia en todo el Cono Sur y que alcanza hoy en México su forma más expresiva. En esta segunda versión, se añadiría a la zonificación una soberanía desplazada desde las instituciones estatales hacia una zona opaca e irregular, paramilitar, que permita intensificar exponencialmente una guerra civil que no lleva nunca su nombre, cometiendo las peores atrocidades. Este planteamiento no es ninguna novedad, incluso un novelista francés, ya en 2004, hizo de esta previsión, aun edulcorada, una novela de ciencia ficción, o de política ficción, *Globalia*. De hecho, nuestro mundo se parece ya bastante a esta distopía. Fue Franz Fanon, retomado desde hace algunos años en la teoría de la descolonización, quien habló de la división entre «zonas del ser» y «zonas del no-ser». Unas corresponden a las zonas de integración sistémica global, occidentalizadas, patriarcales, mayoritariamente blancas; las otras remiten a las zonas de segregación, también globales aunque aisladas unas de otras, pobres, violentas, no-occidentalizadas, extendiéndose desde las periferias de las metrópolis del Sur, pero también cada vez más del Norte, hasta el último rincón de la Tierra. Esta zonificación metafísica no ha dejado de existir desde el inicio de la colonización, la época tardomedieval de la que hablaba Landauer. Solamente se ha intensificado.

EEUU —cuyas armas velan el actual ordenamiento capitalista mundial— hace aguas, no ha podido ganar las últimas guerras, las «zonas del no-ser» se extienden y se vuelven crónicas en el interior de su propio territorio, sostiene una deuda que nunca va a poder pagar. Pero no sabemos cuándo cumplirá su hundimiento, ni la forma de la mutación que se avecina. Mientras tanto, una economía de burbujas cuyo destino es estallar y las previsiones de catástrofe ambiental, esgrimidas desde las más diversas ciencias, nos empujan hacia el peor de los mundos. Los próximos hundimientos no impulsarán previsiblemente movimientos tan «solubles» como algunos de los que vimos estos últimos años. La curva exponencial de la dualización social, el quebrantamiento de la vieja «ilusión de seguridad», las amenazas ecológicas están polarizando las posiciones, no tanto entre el neoliberalismo y la «nueva izquierda» —polarización aparente que no va a resolver las contradicciones capitalistas—, sino entre la nueva extrema derecha, —experta, como la vieja, en capitalizar la frustración, el miedo y el deseo de orden—, y un deseo de revolución que late entre las más diversas experiencias, como un ritmo remoto y profundo al que le cuesta encontrar consistencia, palabra, estrategia. La cuestión, en clave de futuro es: ¿cómo los territorios encararán las próximas insurrecciones y guerras civiles? ¿Cuáles serán las fuerzas en liza? ¿Y, sobre todo, cuál será su espíritu?

Actualidad de la Autonomía

Con tales seres no se cuenta, llegan igual que el destino, sin motivo, razón, consideración, pretexto, existen como existe el rayo, demasiado terribles, demasiado súbitos, demasiado convincentes, demasiado «distintos» para ser ni siquiera odiados.

F. Nietzsche, *La genealogía de la moral*.

Desde los años setenta la «crisis» se ha convertido en una manera de gobernar. Si quieres reconvertir algo provoca una crisis, predicaban desde la Escuela de Chicago. También arranca en los años setenta la idea de una «crisis» multidimensional, ecológica, política, de la energía, de catástrofe. La serie de animación de Miyazachi, *Conan, el niño del futuro*, estrenada en Japón en 1978, es un perfecto exponente popular. Así pues, nos encontramos hoy frente a un contexto que ni es nuevo, ni ha surgido de manera fortuita. Sin embargo, desde una perspectiva

estratégica, aunque el desencadenamiento de «crisis» esté dentro de la lógica neoliberal, una vez que ésta ha sido desatada, contiene en sí lo imprevisible. Como todo verdadero combate.

La llegada del último pico de la «crisis» ha significado en algunos lugares, como en el Estado español, un punto de inflexión. De repente, lo que se ha hundido, con la destrucción provocada por el estallido de la burbuja inmobiliaria y la crisis de la deuda, es el sentimiento de seguridad, la *protección* que todo poder otorga por el simple hecho de existir, esto es, se ha resquebrajado la dimensión teológica del poder. Esta quiebra ha abierto una gran hambre de que algo cambie radicalmente. Y arrancó el movimiento. El 15M, las mareas, las asambleas de barrio, los motines en las jornadas de huelga general, los mineros, Gamonal, las marchas de la dignidad, Can Vies... Un movimiento que entró en resonancia con una ola mundial de levantamientos, en Grecia, Egipto, Brasil, Turquía, EEUU... El protagonista de estos movimientos no era ninguna figura política clásica, como los trabajadores o los estudiantes, eran los nadie, los cualquiera, dentro de una constelación de cristales de masa donde grupos más consistentes y más experimentados daban la chispa a un ambiente cargado de electricidad. Los hackers y los hooligans, los grupos militantes y las bandas, intelectuales, restos de figuras, de prácticas, de lenguajes, entre miles de vidas individuales, *separadas*. Un desbordamiento gigantesco donde los ojos brillaban sencillamente al encontrarse.

Estos movimientos informes llevaban no obstante grabada a fuego cierta herencia de la Autonomía: la espontaneidad de masas visible en la multiplicación de frases y de iniciativas; la centralidad de la asamblea, hasta llegar a convertirla en un ritual que rozaba la caricatura; la intuición territorial de los comités y asambleas locales y de barrio, intuición necesitada de consistencia; la acción directa, los motines y enfrentamientos, más sostenidos en el tiempo cuanto más localizado y concreto era el conflicto; la autoorganización —el testimonio de un compañero egipcio, recogido en el último libro del Comité Invisible, *A nuestros amigos*, afirmaba que si alguien se hubiera puesto a organizar la efervescente vida común de la plaza Tahrir, entonces sí hubiera sido un verdadero caos. Y, al final, pero tal vez al principio, la insistencia en circulación, coordinación y comunicación contra cualquier veleidad de comité central.

Las luchas autónomas en Italia durante los años setenta, con su «comunismo joven y nuevo», fueron el momento más acabado, mejor modelado, más intenso del momento en que el proceso revolucionario fue interrumpido. La relevancia del movimiento italiano no radica solamente, como afirma Tronti, en que allí se produjo el milagro de la unión entre *i figli dei fiori* y la «ruda raza pagana de los obreros», sino en la amplitud inaudita del movimiento en el denso archipiélago de ciudades italianas; en la diversidad de unos modos de acción que perviven aún; en la riqueza de experimentación existencial y de empeño teórico; y, evidentemente, en la intensidad de la violencia en la lucha. Por otro lado, nosotros pensamos que el milagro que menciona Tronti fue *al mismo tiempo* el eslabón débil del movimiento italiano, pues, una de las razones mayores de su derrota fue la *imposible mediación* entre las formas del movimiento obrero, incluso autónomo, y los nuevos comportamientos, la nueva sensibilidad, que los jóvenes y las mujeres pusieron en el centro del área de la Autonomía: *extrañamiento* respecto al mundo de la fábrica, la vida y la lucha como indisociables, lo personal como político. Como se dice en este libro:

Gracias a la ruptura que introdujo entre cuerpo y economía, entre gratuidad y salario, entre conciencia de sí y política alienada, entre juego y machismo militante, entre erotismo del deseo y sexo repetitivo, entre orgasmo libre y esclavismo falocrático, entre comunidad de los afectos y familia, el feminismo fue la dimensión más significativa de la verdad de la Autonomía como forma de vida.

«Autonomía es vida, sumisión es muerte»

Las armas y la organización, he ahí el elemento decisivo del progreso, el único medio serio de acabar con la miseria.

Quien tiene hierro, tiene pan.

[...] Pero para los proletarios que se dejan divertir con paseos ridículos por las calles, con plantaciones de árboles de la libertad, con las frases sonoras del abogado, habrá primero agua bendita, enseguida, las injurias, en fin, la metralla, la miseria, siempre.

¡Que el pueblo elija!

Auguste Blanqui, *Carta a los refugiados blanquistas de Londres* (1851).

Dos líneas mayores dibujan una herencia de la Autonomía que subterráneamente ha venido a agitarse en nuestras manos. Por un lado, la línea del post-operaísmo, donde Negri es una figura destacada, ha constituido uno de los referentes teóricos más vivos durante las últimas décadas, estemos o no de acuerdo con sus propuestas es algo que hay que reconocer, sobre todo a partir del movimiento antiglobalización. La falta de profundidad en el trabajo teórico, fatalmente habitual en el ámbito militante, ha facilitado que se adoptaran muchas de sus elaboraciones entre las tendencias más diversas. Citemos, por ejemplo, la enunciación del Imperio, el discurso sobre los «comunes», o los «bienes comunes», y toda la temática del poder constituyente. Sin entrar ahora en estas ideas, sino, más bien, en la dimensión de tácticas y estrategia, lo que podemos señalar es que *es una posición consecuente con su nacimiento a raíz de la «disociación»* (disociación de la violencia política acaecida a raíz de los procesos contra la Autonomía). Una posición que ha participado así en la exaltación y difusión del *dogma* de la no-violencia que, lejos de ser una opción táctica se ha convertido desde *la derrota de los años setenta* en un dogma de fe democrática, tanto para los aparatos del Estado y los «grandes» medios de comunicación, como para una fracción de los movimientos. La consecuencia de negarse la intensidad del combate que cada situación requiere es, en demasiadas ocasiones, acabar simulando el conflicto, detener la acción en el ámbito de la lucha simbólica, con lo que los movimientos terminan tocando el famoso «techo de cristal», del que tanto se ha hablado para justificar la apuesta electoral de una fracción del 15M. Cabe decir que si Gamonal, Can Vies o, yendo más lejos, la guerra del agua en Bolivia o la insurgencia zapatista no hubieran recurrido a una combinación de tácticas de lucha, que incluía la violencia política, evidentemente se hubieran perdido.

Consecuentemente, esta posición se ha encaminado hacia la «larga marcha a través de las instituciones», recuperada por Antonio Negri para el contexto véneto, donde tampoco ha dado grandes resultados. Esta hipótesis fue retomada ampliamente en la trilogía *Imperio* de Negri-Hardt y ha sido puesta al día en el Estado español partiendo de cierta interpretación de los movimientos de la «crisis», y puesta en práctica en las nuevas candidaturas españolas.

La segunda línea de la herencia de la Autonomía se atiene a una definición primaria: es la experimentación colectiva de formas de vida más allá y contra el Estado y el Mercado. Los y las zapatistas recuperaron ampliamente este concepto y llevan 20 años ahondando su experiencia,

en un territorio de la amplitud de Bélgica. «Autonomía es vida, sumisión es muerte», es uno de sus lemas conocidos. A través de un camino muchas veces subterráneo y zigzagante, esta otra herencia de la Autonomía ha subsistido también en Occidente, vinculada a la herencia del mundo libertario, del underground y en especial del feminismo de los movimientos de liberación de los años setenta, perviviendo en espacios okupados, en pequeños grupos, en movimientos muchas veces marcados por un fuerte componente juvenil, hasta venir a estallarnos en las manos con la amplitud y la radicalidad de los levantamientos de la «crisis».

La seriedad de la situación presente, la comprensión de esa hambre de cambio radical que se ha expresado ahora, incluso electoralmente, ha hecho que una fracción de estos herederos y herederas realizara un desplazamiento, revisando las prácticas aceleradas propias al contexto de la rebelión juvenil, hacia la elaboración de hipótesis que puedan levantar un horizonte revolucionario deseable para cualquiera. Hacernos fuertes localmente, confederarnos territorialmente; dotarnos de medios materiales, de espacios estables, de técnicas, talleres, saberes, recursos; volver a vincular los diferentes aspectos de la vida, desde la crianza a la jubilación; basar la propia potencia en la intensidad *ética* de la vida común, es decir en la *verdad* que seamos capaces de soportar, pero también en la riqueza teórica y el imaginario que seamos capaces de crear, así como en la inteligencia del combate. Apostando por crear las condiciones para desplegar otra manera de vivir.

En el interior de esta posición existe sin embargo no poca confusión. Confusión en torno a la estrategia, a las alianzas, al núcleo pegajoso y acelerado de vidas separadas. Confusión a pesar de la reciente creación de organizaciones, grupos y espacios impulsados por el deseo de una mayor consistencia, por la crítica al inmediatismo, al informalismo y al movimentismo clásicos de ciertos «espacios autónomos». El deseo de constituirse en fuerza sobrevuela la intuición de un peligro que se vive a la vez como anhelo.

Parte de esta confusión se debe a que faltan lecturas de la Autonomía de los años setenta —del momento en que fue brutalmente interrumpido el proceso revolucionario— que apelen a la *experiencia*. Algo que ensaya este libro.

Se nos ha escatimado la dimensión sensible de la experiencia en los relatos de las luchas autónomas españolas, a través de la insistencia en la «esfera política» de la lucha de fuerzas de la Transición —o

Transacción—, en los efectos de la relación capital-trabajo, en la larga enumeración de las huelgas llevadas por asambleas, en un obrerismo que perdía su centralidad pero no reconocía su alteridad, o en una experiencia armada cuya obligada clandestinidad aislaba de toda la riqueza del movimiento —hasta llegar a confesar, una de las mujeres cuyo testimonio recoge el reciente libro de Irene Cardona, *Aproximació al paper de les dones dins els Grups Autònoms de la Transacció*, su enorme sorpresa ante las miles de personas que acudieron a las Jornadas Libertarias del '77 en Barcelona. No decimos que todos estos materiales sean inútiles, al revés, nos han devuelto el contexto «exterior» del movimiento —el papelón obstinadamente contrarrevolucionario de CCOO y del Partido Comunista es tan infame que merece un monumento, la memoria de la *agitación armada* arranca del olvido el nivel de intensidad que alcanzaron la luchas—, es decir, han hecho un ejercicio de Historia. Pero, precisamente por ello, mantienen a los setenta *absolutamente separados* de nosotros, y nosotras. Exactamente eso es lo que quiere evitar la *narración de la experiencia*. La experiencia, en cuanto saber de lo vivido, en cuanto saber que «sirve para vivir y para luchar», señala, como un incendio que ilumina los cielos, la *absoluta actualidad* de la Autonomía. De un salto abrimos una estancia del pasado y la experiencia integra en una misma urdimbre revolucionaria, en la que aún hoy estamos entretreídos, las formas de la sensibilidad, los debates en torno a la violencia, a la revolución, las prácticas barriales de ocupación, de expropiación, de autorreducción, el puro deseo de liberar territorios donde poder vivir de otra manera. Si, según un dicho mesiánico, «lo que merece la Historia es ser destruida», la experiencia, lo que somos capaces de vivir y de contar, en cambio, forma parte de la estrategia. Hoy, es necesario comprender la subterránea sororidad que vincula, de la mano de los jóvenes y de las mujeres, la autonomía como forma de vida con una estrategia revolucionaria a la altura de la época. Un hilo que viene de los años setenta, se condensa en América Latina o el Kurdistán, para retornar de nuevo a nuestras manos.

Erfahrung — Experiencia

Ha de ser buen testigo aquel por cuya credibilidad atraviesan otros literalmente el fuego.

Franz Rosenzweig, *La estrella de la redención*.

El problema con la historia de la Autonomía —y con las historias de cualquier movimiento revolucionario— es el de cómo contarla transmitiendo algo de su *experiencia*. En realidad, el *cómo* de la narración se identifica con la experiencia misma, y en esto consiste la cualidad ética de la operación.

Pero, sabemos, al menos desde Walter Benjamin, que el problema de nuestra modernidad está propiamente ahí: en la relación, o mejor en la no-relación, de la narración con la experiencia. Y, puesto que no existe verdadera experiencia si no es posible narrarla, la fractura entre estas dos dimensiones señala el drama común a la subjetividad contemporánea, que es por definición *pobre de experiencia*. El mismo Movimiento del '77 italiano fue la revuelta de una generación *ya* dramáticamente privada de experiencia, pero que recomenzó exactamente desde esa carencia, distinguiéndose como una forma de aquella «barbarie positiva» de la que hablaba Benjamin, quien sostenía que el pensamiento tenía que devenir él mismo capaz de una pobreza positiva frente a aquella, catastrófica, producida por la tecno-política del capital. Los jóvenes revolucionarios de los años setenta, en cualquier lugar donde estuvieran, eran así: pobres, inteligentes, violentos y desesperadamente *verdaderos*.

La *experiencia* es también el saber que se transmitía de generación en generación, el vínculo narrativo con nuestros mayores. Un vínculo que requería de la colectividad para la celebración de su memoria. Ahí también la incompreensión y la *pobreza de experiencia*. Unos meses antes de que se gritara en las manifestaciones de 1973 «Grecia, Chile, mai piu senza fucile» (Grecia, Chile, nunca más sin fusiles), Pasolini publicaba el primero de los artículos de la provocadora serie *Escritos corsarios*. En él señala una de las claves interpretativas para comprender el precio que se tendría que pagar. Los nuevos jóvenes de pelo largo, decía, han roto con una negatividad tan radical con sus padres, que no van a poder integrarse como una nueva fracción de la historia de los oprimidos, con lo que quedarán aislados del resto de segmentos de la vida, quedando así a merced de las fuerzas dominantes. Más allá del lenguaje hegeliano, dialéctico, en que se expresa, Pasolini acierta al señalar la fragilidad que comportaba la imposible mediación con la tradición, tanto del movimiento obrero como de las viejas generaciones, una mediación que siempre puede ser violenta y exagerada, pero cuya ausencia nos aparta de la respuesta a la pregunta sobre cómo queremos vivir. No solo la juventud, sino también la infancia y la vejez. Los jóvenes autónomos no iban a poder decir lo que los jóvenes cántabros dijeron al viejo Imperio

Romano: «Nuestros padres nos legaron hierro para defender nuestra libertad, no oro para comprarla». No obstante, no se puede negar, viéndolo además el recorrido que realiza este libro —insistiendo en el breve lapso entre 1973 y 1977, cuando es ya innegable el desplazamiento de la Autonomía obrera a la Autonomía difusa—, que aun en el interior de esta dificultad se plantó batalla fieramente. El capitalismo no lo pagó todo, pero lo pagó caro. El retorno actual de la idea de Autonomía en los más diferentes contextos nos dice que la cuenta, además, sigue abierta. Algunas preguntas clave estaban ya planteadas en la famosa frase: «Saber levantar una barricada no quiere decir mucho si al mismo tiempo no se sabe cómo vivir detrás de ella».

Tres o cuatro años después todo va a ser diferente: al final de la larga batalla la destrucción de la experiencia y de quien ha intentado darle una nueva forma, un nuevo lenguaje, se hace más radical y la barbarie toma el rostro de Rambo y de su presidente Reagan. La verdad se retiraba de la época al ritmo de los millones de bit disparados en la infoesfera, y la pobreza volvía a ser miseria.

Los supervivientes de la Gran Guerra volvían del frente mudos, mutilados en el cuerpo y en el alma, tragados y afónicos por la máquina apocalíptica del capitalismo de acero de principios del siglo XX. De la misma manera, los restos del Movimiento de los años setenta fueron reabsorbidos en el flujo informe de la postmodernidad democrática, sin posibilidad ni capacidad de transmitir la que había sido una experiencia revolucionaria de una intensidad sin igual en el contexto europeo de aquellos años: el apocalipsis es un tiempo que no acaba nunca de terminar en el capitalismo, sino que vuelve a comenzar siempre desde el principio, exactamente como sus «crisis».

Solo fragmentos dispersos, hechos de imágenes más que de palabras, consiguieron superar el largo invierno de los años ochenta. Esta ausencia de narración, de experiencia transmitida, no se debió solamente a la «represión» —que en los movimientos parece a menudo justificar toda desatención, toda derrota, toda vileza—, sino al más general proceso de despolitización que ha arrollado Occidente poco antes, y enseguida después, de la caída del Muro. El cuerpo deforme del comunismo de Estado venía enterrado bajo los nuevos rascacielos del capital financiero, mientras el comunismo «joven y nuevo» reivindicado por la Autonomía se quedó plantado, como una estatua de hielo, en medio del jardín encantado del neoliberalismo existencial. Un neoliberalismo existencial que cobraba fuerza por todas partes con sus novelas sobre la nada, sus

amores pornográficos y ese extraño sentido del vacío que se difundía a través de las discotecas, en los locales de moda, en las calles comerciales y poco a poco incluso en los «centros sociales». Una tonalidad afectiva que todo el mundo se obstinaba en llamar «diversión»: *staying alive!* El nihilismo épico-revolucionario de las bandas autónomas fue reemplazado por este otro, prosaico e individualista, que tomó como lema el thatcheriano «there is no alternative».

Una pregunta interesante sería saber si la Autonomía fue el nombre experiencial de una revuelta o de una revolución. Para decirlo con Furio Jesi: ¿fue, como la revolución, algo que apunta al *mañana* o, como la revuelta, al *pasado mañana*? ¿Preparaba el futuro o interrumpía el presente histórico? Como pasa siempre con las revoluciones derrotadas y con las revueltas que duran justo el tiempo necesario para permanecer en el imaginario, la respuesta corre sobre el filo de lo indecible. Por otro lado, precisamente a causa de su destino histórico, la Autonomía se ha convertido con el tiempo en un *mito*, entendido positivamente. Por eso, en los últimos años, esta, con todos los discursos difundidos en torno de esa historia en el underground de los movimientos contemporáneos, ha significado la posibilidad de conducir una especie de «propaganda genuina» —por expresarse todavía con las palabras del mitólogo italiano— que es necesario comprender como la coincidencia de una narración con una verdad ética, es decir, algo que pone en juego nuestra vida entera. En este juego la revolución es la táctica y la revuelta la estrategia. La victoria es su coincidir.

Sin embargo, para volver a la cuestión de la experiencia, ¿cuál ha sido el modo de responder a la pregunta sobre cómo hacerla?

Como en las fábulas, el encantamiento podía ser roto solamente por el toque de un niño, un toque tan delicado y potente como para fundir el hielo, y hacer redescubrir un paisaje que las ruinas de la contemporaneidad habían ocultado tan bien, que hacían pensar a todos que nunca hubiera existido, solo algunos años antes, algo como una insurrección o simplemente la vida en su plenitud. Fueron niñas y niños sin padre, entregados al *maternage* imperial, perdidos en los bosques de la metrópoli, nacidos ya con la náusea de la *way of life* occidental, pero dotados de una prodigiosa forma de coraje, como para romper el hechizo y ponerse de nuevo a la búsqueda de la experiencia. Descubriendo que si hubieran deseado hacerla verdaderamente hubieran tenido que abrir nuevos caminos y recorrer viejas avenidas, leer viejos libros y escribir otros nuevos, abriéndose camino en el infierno de este mundo sin que

ningún Virgilio pudiera ya guiarlos. Abandonándose así al bárbaro devenir-autónomos y combatir, de nuevo. No es casualidad que solo recientemente, después de que aquellos niños y niñas hubieron abierto un nuevo sendero a costa de muchas batallas, algunos de los viejos autónomos han tomado gusto en explicar algunas cosas de su vida con resultados a veces notables y, otras, sinceramente decepcionantes. Pero, cuidado, como hemos dicho, no es memorialística lo que necesitamos, sino más bien experiencia.

Devenir-autónomos es una experiencia que necesita tiempo y paciencia para aprender y enseñar, destruir y construir, amar y odiar. Aprendiendo que Autonomía significa instaurar en nuestra propia vida el «verdadero estado de excepción» que es, a su vez, el significado esotérico de la palabra *comunismo*. Tomar posición cien veces al día, construir el partido, amarse locamente y asaltar el cielo.

Autonomía es el uso — 1. Acercamiento

Tal y como [...] en la experiencia del pasearse, el sujeto antes que nada se pasea a sí mismo, hace experiencia de sí en cuanto paseante, de la misma manera todo uso es, antes que nada, uso de sí: para entrar en relación de uso con algo, tengo que ser afectado por ello, constituirme a mí mismo como aquel que lo usa. Hombre y mundo están, en el uso, en una relación de absoluta y recíproca inmanencia; en el usar algo, lo que está en juego antes que nada es el ser del usante mismo.

Giorgio Agamben, *L'uso dei corpi*.

Fue Franco Piperno, entre los fundadores de Potere Operaio y después de la revista autónoma *Metropoli*, quien escribió en 1978 que Autonomía era el nombre del «movimiento del valor de uso», probablemente una de las mejores definiciones dada en aquella época. Resulta insólito que hoy la cuestión ético-política del uso haya vuelto con tanta fuerza, aunque sin aquella pesadez debida a la jerga de la metafísica marxista que lo condenaba a la viciosa dialéctica con el valor de cambio.

También Raúl Zibechi, en un libro reciente que invita a pensar la actual «crisis de la civilización», volviendo a plantear la cuestión de la Revolución y lo revolucionario, *Descolonizar la rebeldía*, llama a lo mejor de los movimientos antisistémicos latinoamericanos «el reino del valor de uso». De hecho, tanto Zibechi como Piperno, en una sorprendente cercanía que separan 35 años, utilizan ese término «desligado» de

toda referencia al valor de cambio. Pues, de lo que están hablando es de *otro uso de sí y del mundo*. Un *uso* sin Derecho, que pone en juego la vida entera. Un *uso* aparte de ningún valor de cambio, pues este ha sido abandonado en el camino; su pretendida, metafísica, relación, ha sido destruida, desactivada, vuelta inoperante. Este *uso* tiene un «valor» puramente ético, comunal, político.

Piperno describe este *otro uso* en relación con el «extrañamiento» respecto a la vida de la fábrica, al horror del puesto fijo, al horror ante la perspectiva de convertirse en mercancía entre las mercancías. Lo refiere también a la *complicidad* en los trabajos informales, «no obreros», donde el rechazo a la absurda fatiga del trabajo de fábrica resuena con la alegría del hacer juntos. Menciona, después, el deseo de *vivir la formación y el conocimiento de otra manera*, de manera que los jóvenes acaban «atropellando la vieja escuela». Un aprender que quiere vivirse con todo el cuerpo y en todo lugar, y que se halla en tensión con la «nueva sensibilidad» que emerge en el modo como las bandas juveniles *usan* la música, el cine, la pintura, en el mundo de la reproducción mecánica del arte. Habla de las nuevas y difíciles formas de las *relaciones sentimentales*; de las experiencias de «contraeconomía», en la agricultura, los servicios, los barrios; de la «alegría pensativa» del *robo*, como relación directa con las cosas, o como aspiración a una redención sin juicio final. Habla de *la violencia de los atentados* como «solución fantástica a un problema real», como intento desesperado de hacer valer la propia fuerza. Finalmente, señala la jornada insurreccional del 12 de marzo de 1977, en Roma, como «imagen de la práctica social del valor de uso», en toda su complejidad, como riqueza y a la vez como indignancia, afirmando que es desde *la insurrección*, desde la presencia advenida y tumultuosa de todas esas prácticas, desde donde habría que reanudar el hilo del pensamiento.

Raúl Zibechi sostiene y defiende una idea que recoge desde el otro lado del mundo la experiencia destilada en estas ideas y en estas prácticas, según el desplazamiento propio a la realidad de diferentes lugares de toda América Latina. Defiende que los procesos emancipatorios están yendo por otros lugares que aquellos imaginados por el clásico pensamiento crítico occidental. Propone que el devenir-autónomo, el devenir-revolucionario, no consiste tanto en imaginar «desde arriba» un nuevo reparto o una nueva administración global de los «bienes comunes» —sean estos lo que sean—, sino, más bien, en la *creación*, desde abajo, de experiencias de autoorganización comunal, que encuentran

entre sí y más allá de ellas su propia resonancia, que encuentran su verdadera base inexpugnable en otra manera de vivir la propia vida, y de pelearla. Más allá del Derecho, desactivando el capitalismo, las relaciones de propiedad, inventando y recreando mundos tejidos con otras prácticas. *Habitando otro uso de sí y del mundo*. Que incluye las maneras de hacerse respetar.

Cuando Zibechi pasa a describir cómo esto se realiza, vemos que los temas no son muy diferentes, ni de aquellos que trataba Piperno, ni de los que algunas experiencias y algunas luchas en Occidente estamos tratando de llevar adelante. Rompiendo la separación que nos es impuesta y haciéndonos fuertes ahí donde habitamos basándonos en la creación de relaciones de confianza y de amistad; deviniendo un territorio que no preexiste a la lucha que lo crea, de la misma manera que el pueblo no preexiste a la insurrección que lo levanta; dotándonos de medios materiales, de estructuras, escuelas, talleres, dispensarios, cultivos:

La reproducción es el eje desde donde se está cambiando el mundo. [...] *Es la esfera del valor de uso, de las comunidades y las mujeres, de los niños y las niñas, del juego, de la vida con la naturaleza, del intercambio entre iguales, del amor y la amistad*; es la esfera desde donde se practica la reciprocidad y el hermanamiento, formas de relacionarnos sin las cuales no podemos soñar con algo diferente al capitalismo. ¿Cómo sería construir un mundo nuevo desde esos lugares? [el énfasis en nuestro].

Buscamos la manera de darnos un mundo donde de nuevo sea posible amar. Desde la rebeldía, a través de la dignidad de lo diverso y de la afirmación del vivir como llameante juego y desafío en la seriedad de la lucha. Como en los años setenta italianos, en América Latina, los jóvenes, pero sobre todo las mujeres, están siendo el corazón ardiente, la inteligencia de la *alteridad radical* de su experiencia como un devenir revolucionario de nuevo cuño, y que no tiene vuelta atrás.

Entonces, la Autonomía no responde a una especie de idea abstracta de la autogestión de lo existente, como si superponiendo esquemas de organización y echándole voluntarismo activista pudiera quebrarse la inercia monstruosa del orden capitalista, o fuera posible superar la patología existencial de una subjetividad siempre en busca de reconocimiento, siempre necesitada de *ser alguien*, normalmente a costa de todo y de todos los demás. La Autonomía solo puede ser otro uso, de sí y del mundo, inmanente a una cierta intensidad del compartir, a

una atención a la alegría y al juego —en la actividad que sostiene lo que creamos y que nos sostiene creándolo—, pero también al esfuerzo requerido, en el parir y en el cuidar, en el crecer y en el permanecer. Además, como sostenía Piperno y como trasluce la experiencia zapatista o boliviana, es *la insurrección* la que señala, no solo la apertura que empuja a experimentar masivamente otra forma de vida —y a crear o recrear el mundo donde puede desplegarse—, sino además el lugar a partir del cual retomar el hilo del pensamiento.

Autonomía es el uso — 2. Distancias

La experiencia de la contemporaneidad nos compromete en el presente —aka pacha— y a su vez contiene en sí misma semillas de futuro que brotan desde el fondo del pasado —qhip nayr uñtasis sarnaqpxañani. El presente es escenario de pulsiones modernizadoras y a la vez arcaizantes, de estrategias preservadoras del status quo y de otras que significan la revuelta y renovación del mundo: el pachakuti.

Silvia Rivera Cusicanqui, «Ch'ixinakax utxiwa» en *Hambre de huelga*.

Una diferencia fundamental, entre lo ensayado en Europa y en Latinoamérica o el Kurdistán, está en la forma que adquiere la existencia política en las «zonas del ser» y en las «zonas del no-ser», en los territorios seguros de las zonas de acumulación metropolitana y en los territorios neocoloniales. Zibechi, retomando a Franz Fanon, expresa esta tesis más o menos así: *si en las Avenidas del centro de Sao Paulo, de Madrid o de Barcelona se disparan balas de goma, en las favelas de todo el mundo se utiliza fuego real*. No es esta una diferencia menor, la intensidad de la hostilidad ambiente reclama estrategias específicas. Si en el mundo entero, también en el democrático, el gobierno ha adoptado las formas de la contrainsurrección, en las «zonas del no-ser» este se ve implementado cotidianamente, como ya hemos dicho, mediante el terror como absoluto desprecio por las vidas *que no cuentan*. El conquistar los corazones y el espíritu de la población manipulando las percepciones y los sentimientos, el dividir para vencer, el ir más allá de la Ley, o el castigar arbitrariamente y sin proporción alguna con la falta cometida —que subyacen al uso indiscriminado del apelativo «terroristas» tanto contra anarquistas como contra migrantes musulmanes en Europa—, se ven sobredeterminados en las «zonas del no-ser» por la arbitrariedad de un terror que secuestra y viola mujeres, que asesina selectivamente o

al azar, que hace desaparecer, que obliga brutalmente a desplazamientos forzosos de población. En estos lugares el uso de la fuerza se desplaza desde las instituciones estatales hacia un lugar opaco pero concomitante con estas que, como también se ha dicho ya, permite todos los excesos. Esta situación vuelve inmediatamente evidente la exigencia de autodefensa, muchas veces armada.

A pesar de esta distancia, en absoluto menor, no podemos estar de acuerdo con Zibechi en las consecuencias que saca para, en cierto modo, caricaturizar las hipótesis revolucionarias que existen entre nosotros, y nosotras. Como si en el viejo Occidente solamente existiera el post-marxismo de Harvey, el post-operaísmo en torno a Negri o la «nueva izquierda» que incluye el gramscismo revisitado de Laclau. Como si no existiera el anarquismo ontológico y mesiánico del último Agamben, o los desarrollos teóricos de Tiqqun, el Comité Invisible, Santiago López Petit... —por citar solo a los más cercanos dentro de un conjunto abigarrado de hombres, mujeres, colectivos—, con las experiencias y los combates que resuenan en su pensamiento. Tenemos hasta este mismo libro. Por otro lado, ciertos argumentos de Zibechi parecen presuponer que nosotros y nosotras, en Occidente, no fuimos colonizados. Pero, no es solo que el colonialismo no termina nunca de existir en el capitalismo, es que nosotros, nosotras, europeos, fuimos los primeros colonizados. Colonizados por un *deseo de Imperio* que Landauer hace recomenzar con la eclosión estatal tardomedieval, y que la arqueología de lo político de Agamben hace coincidir con los presupuestos metafísicos y teológicos más antiguos, ligados a la corriente dominante de la civilización occidental. A la vez colonizados, colonizadores y coloniales, esta triple determinación nos deja en una situación llena de enormes dificultades.

La ventaja de los indígenas sobre nosotros y nosotras —también en los años setenta—, es que allí las *otras tradiciones rebeldes* están más vivas. Y las maneras de ser y de vivir asociadas a ellas. Todavía durante la Primera Guerra Mundial estaba viva en Italia, y en el resto de Europa, una larga tradición de la relación con lo invisible. Los niños y las niñas podían aún hablar con los ángeles o los espíritus y traer noticias de los familiares combatientes. Acción perseguida como derrotista y subversiva por el gobierno italiano (véase Cesare Bermani, *Spegni la luce che passa Pippo*). Todavía la *crisis de la presencia*, el abismo de dolor que amenaza la consistencia y la continuidad de una vida, su «equilibrio» espiritual, podía resolverse

mágicamente, hablando con los ángeles a través de los pequeños o con la pequeña magia ritual de nuestras abuelas. Hoy, todo esto ha sido arrojado a la basura, barrido por una razón tecno-económica, fría y desolada, individual y culpabilizadora, que te arroja en manos de los fármacos contra la angustia. Si el equilibrio precario de tu *presencia* está en peligro, no es sólo culpa tuya, por no ser suficientemente flexible, sino que sólo tú puedes salir de ello, a base de terapias y tratamiento psicológico. La Autonomía derrotada y capturada fue vendida como autonomía individual dentro del mundo de la falsedad. De esta manera, nos encontramos en Occidente frente a una verdadera plaga de depresión, de suicidio y de asesinato de masas, que un Bifo solo un poco menos filo-cognitivo, pero bastante más apocalíptico, describe exhaustivamente, país por país y caso a caso, en su último libro: *Heroes. Suicidio e omicidi di massa*.

Desde luego, los habitantes de las periferias de las megalópolis del Sur, «donde viven la mayor parte de los sectores populares del mundo», no sólo tienen problemas psicológicos. Pero justamente, la última ola de la «crisis que no termina nunca» nos ha demostrado que la destrucción avanza *también* sobre Occidente, además, como demuestra Santiago López Petit en *Hijos de la noche*, no se trata únicamente de psicología, se trata de un malestar que es existencial, que es un «estar mal» que afecta a la vida entera. Es cierto, en las «zonas del no-ser» existen otros problemas, pero existen también otros recursos, entre ellos los espirituales. Claussewitz advertía que la dimensión más importante de toda estrategia, más aún que la fuerza material, es la *fuerza espiritual*. Gracias a la centralidad de las mujeres en las experiencias y en las luchas, y a la revitalización de sus propias tradiciones en clave rebelde, están llevando a cabo aquello que Benjamin sugería: «Hay que arrancar a la tradición del conformismo». Así, el punto de partida de las experiencias rebeldes es la familia y no los individuos, porque ese es el modo en que habitan y ahí empieza el conflicto. Dice Zibechi: «El paso político fundamental es el pasaje de la reproducción en la casa familiar a la reproducción colectiva en movimientos». Experiencias y luchas que encuentran un anclaje en tradiciones ancestrales, expresadas no sólo con sus propias palabras, sino también en formas territoriales y comunales. Por ejemplo, en una formación comunitaria, se convenció a las curanderas para compartir un saber tradicional, de plantas y remedios, que siempre había sido un privilegio, un secreto.

En Occidente tenemos el problema de la virulencia de los viejos tradicionalismos, cristianos y despóticos, que lucharon contra la Ilustración, fisiócrata primero, liberal y socialista después, a favor de una especie de inmovilismo violento de tradiciones imperiales de dominio secular. El papel activo de la Iglesia Católica, más infernal que nunca, defendiendo los privilegios y las *buenas tradiciones de orden y obediencia* resulta imborrable. Por eso, todavía hoy, a todas y todos los izquierdistas, y a no pocos y pocas anarquistas, se les ponen los pelos de punta solamente con oír hablar de los dioses, la religión o hasta el espíritu. Sin darse cuenta del tributo que así continúan pagando a la metafísica de la racionalidad tecno-económica, que nos condena a una vida de animal de labor y que nos arroja a un mundo devastado, mudo y vacío, gobernado por una contabilidad demente. No se trata de sustituir a las matemáticas por la iniciación mística, se trata, como decía Robert Musil, de desplegar estos dos componentes, «mejoramiento práctico y aventura ignota». Se trata de hacerlo en cada lugar según una propia inclinación del ser, como cuando Silvia Rivera Cusicanqui invita a retramar creativamente la herencia técnica y la idea de libertad occidental con la ética aymara.

La «nueva» izquierda piensa todavía en términos de una soñada integración global, bajo los auspicios de una no menos soñada «nueva» *razón* universal —o de la «mayoría social», o «plurinacional»—: una *razón* estatal y tecnológica, jurídica y económica, democrática y cibernética. Hablamos de sueño y no de idea, pues si todavía Hegel podía enseñar, en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia*, la historia universal como Teodícea, como justificación de Dios, del mal en el mundo, y a la vez, en una audaz síntesis, como el despliegue del contenido de la *razón*, —un sistema de aire gnóstico, donde Dios sale de sí mismo, se objetiva para conocerse y volver de nuevo a sí mismo reconciliado. Si podía enseñar que «Dios *tiene razón* siempre, [...] que la historia universal representa el plan de la Providencia», siendo a la vez la autoconstrucción racional del espíritu, donde «el Estado es el orbe moral y la realidad de la libertad», hoy, después de la muerte de Dios, después de la Primera Guerra Mundial, después de Auschwitz, después de la destrucción financiera y de todas las corruptelas de estos últimos años, pero, sobre todo, *todavía de lleno* en los 500 años de Colonialismo, nadie en sus cabales puede admitir —todavía menos un lector africano o siberiano de este Hegel— que «la historia universal no es sino [...] la evolución del concepto de libertad, y que el Estado es la realización temporal de la libertad». Tampoco lo admite la nueva izquierda, que, no obstante, en su intento siempre renovado

de apaciguar la conflictividad histórica buscando *mediaciones* con el capital, que acaban siempre destilando falsas ilusiones y la misma vida cautiva, e incapaz de pensar y sostener una estrategia revolucionaria que atraviese la catástrofe presente, deambula entre *ideas confusas* que pertenecen en realidad al partido del orden. No en vano, Hegel culmina la moderna ontología occidental, donde Dios es el fundamento último de «la categoría de la *razón* misma, que existe en la conciencia, como fe en la razón que rige el mundo», también el histórico. Huérfanos y huérfanas de Dios, después de asesinarlo, nos quedó en herencia una *razón de Estado inercial*. Al principio secularizando la Providencia como *progreso*, hasta que, por un lado, la filosofía del siglo XX, pero por otro, el horror de los campos, de las masacres, y la crítica y la lucha anticolonial y revolucionaria la desvelaron como pura *razón del más fuerte*, y del «así son las cosas», es decir, como *radicalmente sin fundamento*, a pesar de todas las piruetas «constituyentes» de un democratismo que apenas se atreve a rozar el «there is no alternative». Esta es la *razón injustificable* de la economía, que pretende justificar todas sus bajezas mediante la amenaza fantasmática de un *caos* que ella encarna mejor que nadie.

Por eso hablamos de sueño, de confusión, un sueño agitado que se traduce en la pesadilla del *desarrollo*. Países desarrollados, países en vías de desarrollo, esta es nuestra *razón* catastrófica. Pesadilla, catástrofe, del desarrollo, que fue uno de los puntos ciegos de la estrategia de la Autonomía italiana —deudora en este aspecto del marxismo— y que constituye el pantano donde se pierden las «nuevas izquierdas» latinoamericanas, cuyo juego al límite con la absurda locura de los sueños describe angustiado Zibechi. Destituir el mito de que es posible salir *razonando* de esta situación, exige una tradición sensible que nos vuelva a ligar a la historia de los oprimidos y oprimidas, a la historia de aquellas y aquellos que claman venganza. Exige una *experiencia* que nos hable de los obstáculos vividos, de los debates irresueltos, de las líneas de potencia *involudables*. Y apartar de nuestro pensamiento estratégico toda la *confusión* de la esfera de la economía-política, que opera como una metafísica: como condición de posibilidad de la acción y del pensamiento. Una metafísica que, como siempre, actúa de manera inconsciente, aunque hoy, de forma todavía más total. Pues vivimos en tiempos que pretenden ser post-metafísicos, más allá de cualquier discusión sobre el *arché* —tiempos sin principio ni comando aparente, entregados a la furia aparentemente meteorológica de la economía—, tiempos *an-arquistas*. Sin embargo, es cierto, como afirmaba Pasolini

y recuerda Agamben, que es esa una anarquía capturada por el poder, que es necesario *destituir*, desactivar, volver inoperante. Para poder usar de otra manera.

Si la desventaja indígena es que su mundo es precario y brutal, la ventaja es que tienen un mundo sensible, una tierra, un pueblo, un espíritu. Nosotros y nosotras, occidentales, hemos de pagar nuestra vida relativamente confortable con un horizonte de sentido absurdo y catastrófico más allá del pálido bienestar individual —que incluye a la pequeña familia y al pequeño círculo de amigos, y que deja fuera al resto de la Tierra. Incorporar en el *yo* preocupaciones más o menos *alternativas*, o no se sabe qué proyectos *de reforma*, no soporta ni la lucidez ni la fuerza necesarias para contrarrestar la inercia de la catástrofe que gobierna la situación mundial. Ese *yo* tendrá que seguir asumiendo que el destino de todo animal doméstico es la pérdida de la dignidad, si no el matadero. El sordo latir del miedo. Mientras, mantener alejados el dolor y la fatiga —que acaban colándose por la ventana como una nueva plaga de enfermedades sumamente extrañas, llamadas a bulto «fatiga crónica»—, mantener alejada toda incomodidad, o la cualidad áspera y dura propia de lo terrestre, ocurre al precio de no tener un mundo sensible, de no recordar las propiedades de las plantas y de los árboles, de no saber explicar historias. En definitiva, de acabar convertido en un apéndice absolutamente dependiente de la red de dispositivos que transforman el mundo en la *ausencia* que se atraviesa entre uno y otro *ambiente*, tecnológicamente construido, cibernéticamente controlado. También en Latinoamérica han tenido que *arrancar del olvido y pelear* sus prácticas ancestrales y tradiciones rebeldes.

El reto al que nos enfrentamos, en el interior de esta fracción desdoblada, transoceánica, de la herencia de la Autonomía, es el de construir mundos nuevos con nuestras propias manos. Habitar de otra manera la técnica y el trabajo, organizándonos sobre la base de una inteligencia estratégica, también internacional, reinventando una comunalidad antagonista donde poder caminar con otros, y con otras, entre *palabras verdaderas*, asumiendo el riesgo y el dolor que conllevan para poder gozar de su alegría y rebelión. Esos mundos nuevos tienen que inventarse para evitar la trampa de la que advertía Franz Fanon, pues todo conduce a que el colonizado y la colonizada deseen, en su proceso de liberación, el lugar del colono, condenándose así a reproducir el mismo infierno. Ha sido el Comité Invisible quien mejor ha definido el necesario desplazamiento:

La lógica del incremento de potencia, he ahí todo lo que se puede oponer a la lógica de la toma del poder. Habitar plenamente, he ahí todo lo que se puede oponer al paradigma del gobierno. Podemos lanzarnos sobre el aparato de Estado; si el terreno ganado no se llena inmediatamente con una vida nueva, el gobierno terminará por volver.

Comité Invisible, *A nuestros amigos*.

El uso comunal del mundo, en cuanto liberado del Derecho —de las relaciones de propiedad y de la captura y codificación de todo uso como trabajo o consumo— deja a los objetos y a los seres advenir a la *presencia*. A una presencia que es pura apertura, a lo inaudito, porque contra la repetición encadenada de los días de necesidad vuelve a llevar al centro de la vida la audacia y el juego, algo propio a una infancia cuya muerte en nosotros y nosotras está en el vértice de la indolente tristeza cotidiana, que se derrama sobre el trabajo asalariado *adulto*. La audacia y el juego en el corazón encuentran su mejor brillo en el *entusiasmo* (*begeisterung*), que es cuando el espíritu nos posee y devuelve a la vida humana su ser, una chispa que incendia la pradera, porque entonces, desde el fondo de las generaciones, brilla en nosotros y nosotras la potencia de crear mundos. Y cuando esta encuentra su deseo en los ojos de una comunidad, por muy indigente que esta sea, la dignidad se yergue en reinventora de un *uso de sí y del mundo*, desde la rebeldía, la amistad, el amor. *Audacia y juego, amistad y amor, rebeldía, donde nuestro propio ser está en juego*.

El uso, que desactiva la propiedad, el valor, el derecho e incluso hasta la Ley, se presenta como la única manera de pensar la acción liberada de la metafísica del medio/fin: es un actuar ateleológico, libre entonces de la coacción de la necesidad. La práctica de la expropiación durante los años setenta, tal como fue declinada por la Autonomía, indicaba de hecho la destrucción de la necesidad y era en los hechos una potente alusión al uso, y solamente una mala traducción sindicalista pudo hacer nacer la idea de que se trataba de una cruda «reapropiación de la mercancía». La mercancía, aun «reapropiada», sigue siendo mercancía que crea otra necesidad, el hecho de cambiar de patrón no anula en absoluto su potencia de extrañamiento negativo. Al contrario, el uso, podríamos decir que es una forma de extrañamiento positivo, en el sentido de que anula la distancia normalmente ocupada por el intercambio, el dinero, la violencia posesiva, para instaurar otra que consiste en un contacto con el mundo en cuanto bien inapropiable. Si existe una ética

comunista esta ve en el uso habitual de sí, de las cosas y del mundo su irrenunciable «base roja». Solamente el libre uso permite a cada ser o cosa su autonomía, y así, la llegada de la verdadera justicia.

El proyecto de abolir la manera de vivir que hace del ser una función de las cosas y de las cosas la verdadera moral del ser es inmediatamente practicable, acordando ser capaces de abandonar definitivamente las confortables playas de la propiedad y del derecho.

Cerrar la tijera

Una barbarie inteligente, una sensualidad irónica, una ingenuidad sabia quizá no existan aún, pero hay motivos para pensar que ya son posibles. Por esta pequeña esperanza, vale la pena combatir a los tristes, a los aburridos, a los necesidadólogos, a los miserables: el ascetismo rojo.

Lea Melandri, *Una barbarie inteligente* (1977).

En un documento escrito en 1982 por varios prisioneros autónomos, llamado *Do you remember revolution?*, entre las muchas cosas más o menos compartibles que se decían, hay una que nos parece aquí de esencial interés. Se trata de una consideración sobre las motivaciones de la derrota que insiste en la tijera que se creó, al final de los años setenta, entre la necesidad del enfrentamiento violento con los aparatos del poder y el mantenimiento y la ampliación de las nuevas formas de vida. La conclusión del documento dice que la derrota llegó porque no fue posible cerrar aquella tijera que, en cambio, se amplió hasta romperse. Y no fue posible por falta de tiempo.

La verdad es que también faltó lucidez estratégica. Entre la gran capacidad de enfrentamiento y la de crear «contracultura» del Movimiento, se dio, durante aquellos años, poco o poquísimo peso a la dimensión material. De hecho, no eran suficientes las casas colectivas y las plazas, las universidades ocupadas y las sedes políticas para que fuera posible vivir a la altura del tiempo. Una ingenua teoría de la automatización tecnológica, muy de moda en aquella época, reenviaba todo a un improbable radiante mañana cibernético, impidiendo la reflexión práctica acerca de cómo las fuerzas insurreccionales podían durar, vivir y multiplicarse. Pero, especialmente, se aceptó de esta manera el terreno estratégico del enemigo que, de hecho, sumerge al Movimiento y a la

vida entera en el nuevo ambiente tecno-político, cuya misión principal fue y todavía es la devastación de cualquier mundo que intente *tomar forma* fuera de aquel del capital googleizado.

El territorio fue visto por los autónomos solamente como terreno de enfrentamiento y de reapropiación, y no como algo que venía «creado» y vivido como *medio* mismo de la insurrección. A pesar de la insistencia incluso fastidiosa de los teóricos autónomos en torno a la «producción», la Autonomía italiana fue incapaz de pensar en cómo construir enseguida experiencias de comunismo que consiguieran indicar cómo superar la dificultad de vivir en el clima de una revolución. La verdad es que la categoría de «producción», que en la modernidad está además estrechamente vinculada a la de «economía», es del todo insuficiente, a menos que se crea en la fábula de la autogestión de lo existente o en que sea suficiente con teclear «producción de subjetividad» para ver aparecer al *hombre nuevo*.

Max Brod relata una conversación que mantuvo con Kafka a propósito de la civilización occidental y la decadencia de su humanidad. En ella Brod preguntaba: «¿Existe entonces esperanza fuera de esta manifestación del mundo que conocemos?». Kafka parece que sonrió, y le dijo: «Oh, bastante esperanza, infinita esperanza, solo que no para nosotros». No para nosotros, no para nosotras. Ninguna salvación nos será accesible por mucho «voluntarismo» que pongamos, porque el voluntarismo es ingenuamente optimista y totalmente inconsistente; en cuanto esencialmente anti-estratégico pretende alocadamente utilizar *todas* las herramientas que este mundo pone a nuestro alcance. Entonces, más pronto que tarde, se calcina y abandona. También fue Kafka quien dijo que la impaciencia era el único pecado capital de la humanidad, por impaciencia fuimos echados del paraíso y por impaciencia no podemos volver. De lo que se trata es de *insistir* denodadamente en la creación del *ahí* donde vivimos y luchamos. Insistir en la alteridad ética y política que requiere la creación de un mundo, no inventado desde la nada, sino precisamente con lo que ya está ahí, dado en la situación, aunque según ese desplazamiento apenas perceptible *de las maneras*, y que convoca lo mesiánico desactivando, volviendo inoperativas, las formas del mundo capitalista. Insistir en nuestro despliegue en el territorio, en el comunicar con nuestro afuera, en encontrar las canciones de una dignidad, de una vida común rebelde, sin orgullo, porque se muestra ocultándose, sin piedad, porque la catástrofe es un nido para la crueldad más obscena.

Vivimos una época tardía, de hundimiento prolongado, como si no fuera con nosotros y nosotras, como si la repetición de los rituales de necesidad y sus noticiarios fueran a servirnos de protección. Pero, a la vez, lo sentimos íntimamente, y sabemos que la respuesta de la civilización occidental a cualquier cuestión verdaderamente relevante es a estas alturas nefasta. Esta se ha ido desplegando de confusión en confusión mayor, hasta un nivel de complejidad que nos arroja en el interior de un fin del mundo que ya se encuentra en algún lugar del pasado. Pongamos como ejemplo el alumbramiento y la crianza de nuestras hijas y nuestros hijos. Hemos perdido cualquier sentido de lo que es el continuum de las generaciones, de la complementariedad y el apoyo mutuo que las diferentes edades de la vida se pueden prestar comunalmente entre sí. Nuestra vida no tiene forma, más bien necesita dinero, para pagar los dispositivos, los apéndices mecánicos y orgánicos que nos unen a ella separándonos. Las respuestas indígenas nos fascinan, las reconocemos infinitamente superiores a las nuestras, que están definidas por el agotamiento y la soledad de las parejas, las guarderías a los cuatro meses llenas de llantos, los abuelos explotados y los cuidados pagados a mujeres del color de la tierra. Sin embargo, lo que nos cuesta asumir es que *crear un mundo* significa destituírnos a nosotros y a nosotras mismas. Decía Foucault que: «Sin duda el objetivo principal hoy en día no es el de descubrir, sino el de rechazar lo que somos. Tenemos que imaginar y construir lo que podríamos ser para desembarazarnos de esta especie de “doble coacción” política que son la individuación y la totalización simultáneas de las estructuras de poder modernas».

En efecto, la categoría clave de los tiempos que vienen, si estos tienen que ser revolucionarios, es la de *destitución*. Contra la pretensión del poder constituyente, que es un aparato de legitimación del siguiente poder constituido, que vuelve a situar en una trascendencia intocable, absolutamente separada, un poder siempre estatal, que oculta así el golpe de mano y la relación de fuerzas que lo funda, nuestra tarea consiste en la elaboración de un concepto de destitución a la altura de la época. Destituir el poder diseminado en el campo social como *arquitecturas* de gobierno, destituir la idea misma de la necesidad de un gobierno, para recuperar esa básica capacidad humana que es *organizarse*. Destituir un Derecho que homogeneiza falsamente una situación de fortunas desiguales, que captura todo uso como trabajo o consumo, y que, además, los gobiernos democráticos actuales, bajo formas contrainsurgentes, transgreden cotidianamente, para que podamos recuperar la justicia como un estado de cosas en el mundo. Destituir al ser-humano, que

es abstracto y que se piensa abstractamente, recreándonos como seres sensiblemente cósmicos, como formas de vida que son fuerzas de la naturaleza, que siempre son comunes, densas, y que nos vinculan a plantas, animales, a la tierra y al cielo estrellado. Destituir la idea de libertad como poder-elegir, para elaborar una idea de libertad como elegir-poder, donde la potencia del ser colectivo y la del ser singular encuentren una tensión creativa que mantenga la realidad abierta. Destituir la mercancía como ser del ente en general dentro de la sociedad moderna, para abrir espacio al libre uso como relación fundante de una vida común. Destituir la sociedad y su sociología, dejando de pensar las colectividades humanas como conjuntos de individuos y números, y devolviendo la estadística a su lugar como ciencia de un Estado, del cual la Autonomía, ni en el sureste de México, ni en el Kurdistán, ni en ningún lugar, quiere saber ya nada.

Plantear la tarea de *destituirlo todo*, no significa tener que esperar. Uno de los antiguos hombres-dios que fueron reconocidos en el pasado entre nosotras y nosotros, dijo algo hace algún tiempo: «El Reino de Dios viene sin dejarse sentir. Y no dirán: “Vedlo aquí o allá”, porque el Reino de Dios ya está entre vosotros» (Lc 17, 21). Si ya está aquí, entre nosotros, y nosotras, significa que no es un reino de paz y reconciliación final, apocalíptico, sino simplemente *una manera de vivir sobre la tierra*. Cerrar la tijera entonces, esto es, llevar a cumplimiento lo inacabado, quiere decir hoy volver a tomar en mano aquella capacidad de combate y aquel trabajo sobre sí mismo que es, antes que nada, una destitución de la subjetividad orientada hacia una nueva forma de vida, pero también, dotarse de los medios materiales a través de los cuales las formas de vida puedan durar y entrar en secesión, hacer éxodo, generar mundos. Significa inventar las comunas del siglo XXI.



1. CESURA: EL PARTIDO DE MIRAFIORI, EL DECLIVE DE LOS GRUPOS, LAS JORNADAS DE ABRIL (1973-1975)

¡Crisis!

¿Qué podemos perder si no hay mañana?
«Chaos» und «Vernunft», *Radikal* 12/1980.

En el año 1973 el banquero David Rockefeller funda en Nueva York la Comisión Trilateral, un centro de estudios con la ambición de dirigir las políticas globales en la que participan industriales, financieros, políticos, periodistas y profesores del Occidente capitalista. Su primer informe se titula *The Crisis of Democracy: Report on the Governability of Democracies* [La crisis de la democracia: Informe sobre la gobernabilidad de las democracias] y lo firma, entre otros, Samuel Huntington, más conocido por su reciente *best seller* mundial en el que teoriza un enfrentamiento inevitable entre civilizaciones.

La preocupación de los intelectuales del capitalismo estadounidense provenía de la creciente ingobernabilidad de las sociedades occidentales, sitiadas durante aquellos años no sólo por la fisiológica conflictividad obrera, sino también por una multitud compuesta por negros, mujeres, estudiantes, locos, minorías sexuales y de cualquier otro tipo; la conclusión lógica del informe no podía ser otra que la urgencia por poner fin a un desorden producido, según su opinión, por un *exceso* de democracia. Crisis de la democracia, naturalmente, quería decir crisis del mando y del beneficio.

La década de 1960 había sacudido en todas partes las líneas de producción y reproducción de la sociedad capitalista. En Occidente, la utopía socialdemócrata de un capitalismo rampante que utilizó la regulación desde arriba de los conflictos sociales para relanzar, también

desde arriba, el desarrollo y el consumo se había revelado un bumerán. En vez de cooperar y de integrarse dócilmente en el gobierno infinito del mundo, esos obreros y esos jóvenes se mostraban hostiles, improductivos y con una insana propensión al enfrentamiento directo con las instituciones. Una cosa era cierta para la Trilateral: el enemigo principal ya no era externo, no estaba situado detrás del telón de acero, en el Este socialista, sino *interno*. El director de la Trilateral, Zbigniew Brzezinski, se convertiría en el consejero de seguridad de Estados Unidos en el gobierno de Jimmy Carter. El prólogo a la edición italiana del informe sobre la «crisis de la democracia» será firmado, de manera muy significativa por el patrón de la Fiat, Gianni Agnelli.

El mando capitalista mundial se moverá entre la incipiente derrota en Vietnam, los levantamientos metropolitanos, la guerra en Oriente Medio, la conflictividad obrera, la destrucción de la familia tradicional, la desafección en masa frente a cualquier ordenamiento institucional «democrático».

La llamada crisis de la democracia no era otra cosa que la salvaje emergencia de la que Nicola Massimo De Feo, uno de los teóricos italianos de la Autonomía, llamó «la autonomía de lo negativo», aquella que «hace explotar la potencialidad subversiva de los comportamientos individuales y sociales» contra la identidad de crisis y desarrollo constantemente perseguida por el capital.¹

La «crisis» es un dispositivo epistemológico inmediatamente operativo, utilizado por el mando capitalista en los momentos de fuerte tensión social para producir las condiciones de su reproducción; periodistas e intelectuales lo utilizan frecuentemente para evitar nombrar *algo más*: así, hay que reaprender a leer, en cada caso, entre líneas, todo planteamiento mediático que se ubica bajo esta palabra comodín. De hecho, después de pronunciada, la palabra «crisis» entra en todos los niveles y actúa como justificación preliminar y solemne de toda medida económica y política odiosa que aplasta la vida de la gente. A cada «crisis» *tiene que* seguir una «recuperación» que, a su vez, sirve para preparar la crisis siguiente: la continuidad del dominio capitalista se garantiza por medio de la gestión de la discontinuidad representada por la «crisis» de

¹ Nicola Massimo De Feo, *L'autonomia del negativo tra rivoluzione politica e rivoluzione sociale*, Manduria-Bari-Roma, Lacaita, 1992.

la relación social sobre la cual se ha implantado. No es casualidad que en los años setenta en Italia se hablara de Estado-crisis como figura del mando que siguió a la del Estado-plan.

Decía Michel Foucault —entrevistado justamente con respecto a la crisis del petróleo de mediados de la década de 1970— que el uso de la palabra «crisis» con que se nos martillea a cada giro capitalista marca más que cualquier otra cosa la incapacidad de los intelectuales para comprender el presente, aun cuando sea indudable su fuerza periodística, su nulidad teórica y estratégica está asegurada. Por otra parte sería demasiado fácil mostrar cómo el capitalismo *siempre* se encuentra en estado de «crisis»; sin embargo, es a partir de un mecanismo lingüístico-performativo como trabaja el inconsciente colectivo, así como su base material que el capital procede cada tanto a reestructurar, la cual, aún antes de ser algo que concierne a alguna diablura tecnológica, es ante todo el replanteamiento de una relación de fuerzas que se juega directamente sobre los cuerpos de los individuos y sobre la totalidad de las poblaciones, trabaja lo imaginario, codifica el lenguaje y los comportamientos individuales. El problema no es la crisis económica o la crisis moral sino la guerra, dice sustancialmente Foucault. Es decir que bajo el término «crisis» hay que entender cada vez la relación cambiante entre fuerzas antagonistas, la posibilidad de subvertir una relación o incluso de destruirla: «La política es la continuación de la guerra con otros medios», concluía Foucault invirtiendo el famoso axioma de Clausewitz. A menudo, detrás de la palabra «crisis» se esconde una tupida red de enfrentamientos, guerrillas, sabotajes, existencias incompatibles que forman un ejército invisible que corroe el dominio, pero también es el nombre que este último da a la reacción organizada, a la guerra, contra las formas de vida en secesión con respecto al capital. La ambigüedad puede romperse sólo con la apertura de un conflicto profundo y radical sobre lo «político» (o si se prefiere, sobre el «poder»), tal y como ocurrió en los años setenta, especialmente en Italia. Basta pensar en lo que está ocurriendo durante estos últimos tres años de «crisis» global en Europa, desde Grecia hasta Francia y España, pero también en lo que *no* ocurre en los otros países europeos.

De hecho, la única opción que el mando capitalista podía tratar de recorrer en un escenario como el de comienzos de la década de 1970 era la de una guerra global de contrainsurrección: hacer pagar la crisis económica a los obreros, derrotar la guerrilla rampante, rechazar las minorías, destruir físicamente a los militantes revolucionarios, volver a

encerrar a los negros y a los pobres en los guetos, descargar todo el peso del desarrollo sobre los países del Tercer Mundo, aniquilar el deseo de revolución en cualquier lugar en que se presentara. Es importante tener presente este dato histórico: *la Autonomía italiana es un movimiento revolucionario que nace en un contexto de ataque capitalista, en el marco de un proceso de contrainsurrección mundial, y el hecho de haber subvertido durante algunos años este dato, en uno de los países más industrializados del mundo, constituye tanto una de las razones de su actualidad, como explica la fascinación que sigue ejerciendo en las nuevas generaciones.*

De hecho, en el mes de febrero de 1973, Estados Unidos procedió a una nueva y drástica devaluación del dólar, después de la desvinculación de la divisa de la convertibilidad con el oro, llevada a cabo por Nixon en 1971. Fue un verdadero acto de guerra y el inicio de una nueva temporada del capitalismo en la cual, en muchos sentidos, seguimos viviendo todavía hoy: la especulación financiera en los mercados mundiales, el acaparamiento de materias primas, la fragmentación capilar del trabajo, el dominio sobre la y a través de la comunicación son las palancas a través de las cuales los señores del mundo han vuelto a arrancar la acumulación de beneficios y de poder, no sin reinventar una nueva forma de individualismo y de «producción y cuidado de sí» que forjará lo que Giorgio Agamben ha llamado la «pequeña burguesía planetaria». A partir de entonces las «crisis» y las «recuperaciones» se siguen una detrás de otra a un ritmo constante, hasta llegar a nuestros días, en los que la crisis ya no prevé ninguna verdadera recuperación, sino solamente su profundización nihilista.

Había comenzado el contraataque capitalista, y todavía no ha terminado: «Entrábamos en una edad de sobredeterminaciones —físicas y salvajes— un *break-down* del desarrollo que desplazaba cualquier horizonte. *Civil War*, para decirla con el viejo Hobbes [...]. La crítica de la economía política no podía sino convertirse en crítica del mando».²

Sin embargo, toda relación de poder, escribe Foucault, siempre es «acción sobre acción». Cuando los países productores de petróleo afiliados a la OPEP, durante aquel año, tomaron la decisión *política* —como acto de guerra hacia las potencias que habían apoyado a Israel durante la guerra del Kippur— de disminuir significativamente la extracción y la exportación del crudo, el precio del petróleo se quintuplicó, el coste

² Toni Negri, *Pipe-line. Lettere da Rebibbia* («Cartas desde Rebibbia»), Turín, Einaudi, 1983 [Roma, DeriveApprodi, 2009].

de la gasolina subió por las nubes, la «crisis» se profundizó. También fue el momento en que la resistencia palestina volvió a la ofensiva incluso en las capitales europeas y la *kufiyya* se convirtió en un elemento que caracterizaba la indumentaria de todos los jóvenes revolucionarios del mundo. Para el modelo de desarrollo de Occidente, que se basaba sobre el crecimiento infinito, la producción infinita y el consumo infinito, el choque petrolero significó que estaba empezando un declive infinito. La guerra civil mundial asumía unas características cada vez más perfiladas y al mismo tiempo inéditas. Por otra parte, muchos economistas dataron fatalmente al año 1973 como el inicio de la llamada globalización neoliberal, con sus corolarios de guerras, *green economy* y persecución de las formas de vida revolucionarias o simplemente *distintas*. El estado de excepción permanente, en que vivimos, estaba dando sus primeros pasos marciales.

En Italia, en 1973, la devaluación de la lira se produjo rápidamente, las importaciones de bienes de consumo se bloquearon, los precios de las mercancías subieron vertiginosamente. En los años anteriores de luchas obreras y sociales, y de una clara disminución de la productividad, los salarios no habían dejado de crecer, hasta el doble que en los otros países europeos —índice de la fuerza política acumulada por la clase obrera italiana— pero, gracias a las medidas económicas aplicadas por el gobierno, los salarios reales se volvieron insignificantes de un día para otro. Además, con la «recesión», se desencadenaron despidos masivos en todas las grandes fábricas, al tiempo que se abrió un futuro vacío para las jóvenes generaciones. Resultaba totalmente evidente que la devaluación de la lira y la política económica global del Estado tenían el objetivo de permitir una recuperación de las ganancias del capital. Pero para obtenerla los patrones tenían que realizar una restauración del mando, inclinar a su favor la correlación de fuerzas, después de las grandes luchas de la década de los sesenta. Una regla de la contrainsurrección afirma que sin una «conquista preliminar de los espíritus» de la población es imposible ganar al enemigo que se «esconde» en su interior. En Italia, contra un proletariado como mínimo recalcitrante, se eligió conquistar los espíritus con la ayuda de un terrorismo político-estatal que no titubeó en realizar masacres indiscriminadas, a través de las bombas de peones fascistas: la llamaban «estrategia de la tensión». En aquel momento el enemigo interno parecía ser la población en su

conjunto que, arrastrada por la revuelta partisana, estaba poniendo a dura prueba la gobernabilidad del país. Terror y compromiso social fueron la fórmula italiana para la restauración del poder capitalista.

Los periódicos empezaron a predicar lo que sucesivamente se llamaría la austeridad, la política de los «sacrificios», una especie de «decrecimiento» del Estado, para llamarlo con palabras más modernas —medidas económicas y políticas que gobierno y sindicato formalizaron en 1976, con la colaboración decisiva del Partido Comunista— intentando hacer creer que la «crisis» se superaría con la buena voluntad de los ciudadanos, quizás duchándose en vez de bañarse, encendiendo menos bombillas en los hogares y yendo todos en bicicleta los domingos. Más trabajo y menos salario, más explotación y menos consumo, bloqueo de las huelgas y orden en las escuelas: ésta era la sustancia real de la operación. Recuerdo todavía aquella falsa alegría dominguera en que no podían circular coches, salvo los de la policía: para muchas familias que sólo tenían aquel día de libertad frente al trabajo, significaba quedarse todo el tiempo delante del televisor o bien pasear a pie en un barrio desierto, en cuyas calles a veces pasaba alguna bicicleta. También por eso, la retórica hipócrita del pequeño burgués sobre la necesidad de disminuir el consumo, de volver a la vida «simple» de la década de los años cincuenta, «lo pequeño es bello» nunca encandiló a los proletarios que a cada estupidez anti-consumista contestaban descaradamente con un sonoro «¡jódanse!»

Adriano Celentano, un famoso cantante pop, cantaba (mintiendo desvergonzadamente): «El que no trabaja no hace el amor», modernizando la vieja consigna reaccionaria «el que trabaja no come». Los sacrificios más duros por supuesto se pedían a los obreros —por no hablar de las mujeres y de los jóvenes; por eso el papel pacificador de los partidos de izquierda y del sindicato era esencial para su consecución. Hicieron de todo para terminar rápidamente el partido pero, lamentablemente para ellos, se encontraron frente al movimiento revolucionario europeo más fuerte de la postguerra y en el interior del mismo a los subversivos más arrogantes, violentos e inteligentes que nunca se habían visto en las plazas: los autónomos.

Mientras tanto, en Nápoles y en gran parte del Sur de Italia se ensañaba una fantasmática epidemia de cólera que produjo un estado de cuarentena militarizada al que se sometió a regiones enteras. Los hornos del pan napolitanos fueron asaltados por cientos de proletarios, las luchas en las fábricas italianas experimentaron un fuerte crecimiento y la insubordinación se hizo sentir incluso en el sector de los servicios. En

las escuelas y en las universidades, de la lucha contra el autoritarismo se pasó a lo que los nacientes colectivos autónomos estudiantiles definieron como *extrañamiento* frente a la institución. El enfrentamiento se anunciaba total: sin embargo, si total es el deseo capitalista de dominio, el de liberación procede de otra forma, por separación y proliferación. El rechazo del trabajo, el extrañamiento hostil frente a la institución, la violencia generalizada, la ingobernabilidad de los servicios públicos, ya eran la línea de conducta de masas contra la cual tuvieron que enfrentarse patrones y Estado.

Frente a la petición de sacrificios para el «interés general», predicado por gobierno e izquierda institucional para remediar a la «crisis», Autonomía significó en aquel momento un feroz interés parcial, «egoísmo proletario» y que todo el resto se hunda.

Es en medio de todo esto donde nació lo que se llamaría «el partido de Mirafiori».

Extrañamiento obrero

Para luchar contra el capital, la clase obrera tiene que luchar contra sí misma en cuanto capital.

Mario Tronti, *Obreros y capital*.

A partir de la década de 1970, la relación entre trabajadores y patrones, en la FIAT de Turín y, en general, en las fábricas italianas, que siempre había sido tensa, se precipitó hasta alcanzar un punto de ruptura irreversible desde el año 1973. La empresa del automóvil trataba con dificultad de llevar adelante su parte de política contrainsurreccional: transferencias significativas de obreros, robotización rastrera, despidos en cadena, descentralización de la producción, colaboración con los sindicatos para controlar y contener la insubordinación obrera.

El objetivo explícito de la dirección patronal era destruir la organización *política* del obrero igualitario —la que fue inventada por el obrero-masa durante la década anterior—, es decir, aniquilar sus niveles de fuerza y romper el «control obrero» sobre la organización del trabajo, que se había impuesto en las fábricas gracias a la lucha. Sin embargo, frente a la imposibilidad del capital de producir a corto plazo este resultado, sus estrategias eligieron rodear el obstáculo, atacando la «composición técnica» de la clase, procediendo a un vaciamiento

gradual de funciones de la gran fábrica, para derramarse por el territorio en su totalidad. Así se quería alcanzar un nivel de explotación y de control integral, tanto fragmentando la producción en un sinnúmero de pequeñas empresas, como convirtiendo el territorio mismo en directamente productivo a través de una penetración violenta y rápida de la lógica de valorización capitalista de la propia vida, en todos los sectores de la sociedad. Un modelo productivo que fue llevado a cabo sólo en la década de 1980, justo después de la derrota de los movimientos autónomos. El papel de los sindicatos fue vaciar la autonomía de los obreros a través de un uso burocratizado de los Consejos de Fábrica y de todas las otras estructuras encargadas del control *de los* obreros, un embridar las fuerzas a través del cual intentaron mediar y desviar los poderosos impulsos insurreccionales que procedían de la fábrica. Ciertamente el papel del Estado en toda esta conmoción hubiese debido ser, y efectivamente fue, central. Esto produjo una aceleración en la profundización de las temáticas más estrictamente «políticas» en el Movimiento, algo que, en términos concretos, significaba nada menos que el enfrentamiento frontal con los aparatos de gobierno en todos los niveles y con todos los medios.

Hay que tener en cuenta que la FIAT de Turín, en aquella época la fábrica más grande de Europa con unos 150.000 empleados, representaba el prisma a través del cual se moldeaban todas las otras formas de producción y de lucha que se llevaban a cabo en el país. Por eso, el triunfo o la derrota en FIAT tenía un significado estratégico. Sin embargo, en aquel momento, para los que luchaban en la fábrica y fuera, no era seguramente «el contrato nacional» lo que estaba realmente en juego y, a pesar de las proclamas, ya ni siquiera eran los aumentos salariales iguales para todo el mundo, aunque esa fue la consigna del Otoño Caliente. Mucho menos se trataba de la conquista de condiciones de trabajo mejores, sino de la posibilidad, o no, de mantener abierta y de ampliar de nuevo la estrecha puerta por donde una revolución contra el trabajo, que se estaba determinando cada vez más como una revolución contra el Estado, hubiera podido continuar afirmándose. Muchos obreros revolucionarios pensaron que luchar en aquel momento significaba resistir, es decir, no permitir que el patrón reestructurase la producción y mantener sus niveles de poder dentro de la fábrica, lanzándose de esta manera a una lucha defensiva, quizás armada, que confirmara su rígida identidad obrera. Sin embargo, las luchas que se estaban llevando

a cabo en Italia, aludían, en cambio, tanto a la negación obrera de la reproducción como fuerza de trabajo disponible —esto es, como capital—, como a la extensión del conflicto fuera de las fábricas. Además, el descubrimiento siempre renovado consistía en que el Estado no era una figura neutra, «por encima de las partes», sino un actor fundamental del desarrollo capitalista. Por tanto, la lucha de fábrica en la década de 1970 ya no se configura como una lucha exclusivamente económica y se proyecta al fin sobre la cuestión social y política: *lucha contra la producción y contra el mando de la empresa, para negarse como clase obrera e ir al ataque del poder del Estado.*

En Italia la fábrica estaba en su ocaso, era el amanecer de la metrópoli difusa; de hecho eso no significaba el final del conflicto obrero, sino que este se iba a generalizar rápidamente a toda la sociedad, impregnando cada lucha específica con su sabia mezcla de autoorganización, imaginación y fuerza. Todas las posiciones, institucionales y/o armadas, que en cambio insistieron sobre el mantenimiento de los niveles de poder obrero dentro de las fábricas, resultaron perdedoras a medio plazo. Además, cada una de las formas de organización que se desarrollaron en el Movimiento Obrero fueron absorbidas dentro del paradigma de la gobernabilidad.

La Autonomía obrera organizada quedó, durante un cierto tiempo, suspendida sobre esta bifurcación, tal vez llegó demasiado tarde, cerca del año 1977 y empujada por el Movimiento, a tratar de desarrollar más detenidamente la opción de la lucha metropolitana, y a imaginar otras soluciones al conflicto obrero, mientras que la generosidad militante de la resistencia obrera no salvó, de hecho, ni a la clase ni a las fábricas. En cualquier caso, la rigidez obrera, combinada con los comportamientos autónomos produjo el invento de toda una serie de técnicas de lucha, de sabotaje, de antiproducción, de guerrilla interna, que decretó una situación, sin precedentes, de ingobernabilidad de las fábricas.³ No es por tanto una casualidad que la derrota del «largo mayo italiano» fuera sellada justamente cuando, en el año 1980, FIAT, después de haber echado a los militantes más combativos, gracias a la rendición incondicionada de sindicatos y PCI, logró despedir a miles de personas, es decir a toda la generación que había realizado las luchas en los años anteriores, contraponiéndole simbólicamente el bloque de

³ Véase a este propósito la monografía de Emilio Mentasti, *La «Garde rouge» raconte. Histoire du Comité ouvrier de la Magneti Marelli (Milán, 1975-1978)*, París, Les nuits rouges, 2009.

la pequeña burguesía, con la famosa marcha de los 40.000 cuadros en Turín. La derrota de la clase obrera fue consumada, así, como su destrucción política, incluso humana. A partir de aquel momento empezó una nueva época, que Paolo Virno, un antiguo militante de la Autonomía que luego se convirtió en uno de los teóricos más brillantes del llamado post-operaísmo [post-obrerismo], definió como la época del «cinismo, el miedo, el oportunismo». El cielo plomizo de la década de 1980 sustituyó el cielo rojo fuego de los setenta, y la puerta estrecha pareció volver a cerrarse para siempre. Pero volvamos al año 1973.

Durante el otoño, FIAT recurre al procedimiento de regulación de empleo, intentando echar de las fábricas a los obreros más comprometidos con el conflicto, pero las luchas contractuales empiezan perezosamente a cundir en los talleres para volverse cada vez más ofensivas, hasta que se produce la explosión de marzo: «Se manifiestan todas las formas de lucha: desde el absentismo hasta los sabotajes, desde el castigo a los jefes hasta la persecución de los fascistas, desde la parada de las líneas de montaje hasta las manifestaciones violentas, desde el bloqueo de los productos acabados hasta la huelga indefinida, para llegar a la ocupación militar de la fábrica».⁴

De hecho, durante el mes de marzo, los sindicatos, intuyendo la creciente rabia obrera, empiezan a convocar huelgas discontinuas de pocas horas que no hacían ningún daño al patrón, y que únicamente entregaban a los obreros a una molesta sensación de frustración. Las cosas tenían que cambiar y rápidamente. En el número de abril de *Rosso*, todavía entonces «revista quincenal del Grupo Gramsci» de Milán, los obreros de los talleres de Mirafiori cuentan que todo empezó un día en que llevaron a cabo una asamblea sin los «bonzos» del sindicato. Los obreros se sentaron en las mesas del comedor y empezaron a hablar entre sí, descubrieron que estaban todos de acuerdo en considerar completamente insuficiente la forma de lucha que los delegados del Consejo de Fábrica llevaban a cabo. Además, descubrieron también, gracias a los más jóvenes, que había otras formas de estar juntos: no burocratizadas, más vivas, más bellas y que te hacen más fuerte. Se decidió cambiar de sistema. Como en 1969, se empezaron a producir manifestaciones internas en las secciones de fábrica, pero esta vez estaban guiadas por los obreros jóvenes que, con el rostro cubierto por pañuelos

⁴ A. Negri, «Appendice 4 de Partito operaio contro il lavoro» en AA.VV. *Crisi e organizzazione operaia*, Milán, Feltrinelli, 1974.

rojos, castigaban a jefes, guardias, rompe-huelgas y espías, rompiendo maquinarias, sabotando los productos acabados. En el siguiente Consejo de Fábrica llegaron en manifestación y los delegados sindicales tuvieron un serio temor de ser golpeados: los obreros interrumpieron el consejo y dijeron un simple «basta ya». El 23 de marzo, durante la enésima huelga con manifestación interna, empezaron a preparar el plan de ataque: bloqueo de las mercancías en la salida, piquetes en las puertas de entrada de la fábrica, escuadrones móviles de obreros para controlar las secciones. El 26 empezó el primer bloqueo de una hora, pero al día siguiente la cosa se volvió más grave, el rumor corría por las secciones, los comedores, por todas partes. Se secuestraron las bicicletas de los jefes y de los rompe-huelgas, y se organizaron los relevos entre las distintas puertas; centinelas rojos subieron a las cercas de la fábrica, los teléfonos de los guardias de la FIAT fueron secuestrados y se utilizaron para intercambiar información en tiempo real. La organización de la lucha, de fetiche adorado por los más distintos inventores de «conciencias externas» del proletariado, se convirtió en algo que nacía durante la acción, *en el interior* de la misma. La ocupación de Mirafiori no debió nada a nadie, ni al sindicato, ni al PCI, ni a los grupos extraparlamentarios: todos fueron sorprendidos y se encontraron con la pregunta de cómo había sido posible que tal organización de lucha, por invisible que pudiera ser, no hubiera sido ni percibida ni prevista en toda su amplitud por parte de sus estrategias.

No tenía nada que ver con ninguna especie de espontaneísmo. Era la autorreflexión práctica e *indelegable* de los rebeldes lo que creaba y determinaba de forma inmanente su poder en la fábrica, no para hacerla funcionar mejor, sino para destruirla, como agregado de explotación y de dominio, de fatiga y de nocividad. Los delegados del PCI y del sindicato empezaban a entender lo que estaba ocurriendo e intentaron difamar a los que estaban planteando las luchas, con las acusaciones usuales: «aventureros», «provocadores». Era demasiado tarde, los funcionarios de la antirrevolución sólo podían retirarse a jugar a las cartas en el comedor. Si el 28 de marzo se proclamó una huelga autónoma de 8 horas, el 29 el bloqueo fue total, las banderas rojas asomaron por todas las puertas de la fábrica, empleados y ejecutivos fueron rechazados por los piquetes y, además, los bloqueos empezaron a salir de manera amenazante fuera de la fábrica, en los cruces de carreteras, donde los ocupantes pedían a los conductores un peaje para financiar la caja común. La ocupación de Mirafiori se desbordaba; la consigna política era clara: salir de las cercas de la fábrica, adueñarse del territorio.

Mientras tanto, jóvenes obreros con pañuelos rojos atados en la frente recorrían las secciones gritando sonidos que nadie comprendía, gritando palabras *aparentemente* sin sentido. Fue así también cómo el lenguaje tradicional de las luchas obreras fue sabotado, reducido a pedazos y lanzado contra el trabajo: eran los primeros, inconscientes, «indios metropolitanos». La que fuera la reflexión y la práctica del lenguaje de Radio Alice, la famosa radio boloñesa del Movimiento, que tanto fascinó a Felix Guattari, tuvo aquí una de sus fechas de nacimiento. Fuera de las rejas de la fábrica se colgó un letrero: «Aquí mandamos nosotros». ¿Quizás aquello era el famoso *poder obrero*?

El bloqueo total duraría «sólo» tres días, pero fue una experiencia que marcó un cambio radical en las prácticas y en la imaginación revolucionaria italiana. Ni siquiera en el otoño de 1969, cuando la fábrica resultó conmocionada por un movimiento de lucha muy duro y victorioso, se llegó a la ocupación y al bloqueo total.

Pues bien, en Mirafiori, en la mayor y tecnológicamente más avanzada de las fábricas italianas, la organización autónoma de lucha había desencadenado un gigantesco ataque sobre la producción, pero no sólo eso, los contenidos y las formas mismas del conflicto habían cambiado. Si en las ocupaciones previas de esa misma fábrica —en 1920, durante el famoso Bienio Rojo, y en 1945, en los tiempos de la resistencia antifascista— los obreros habían demostrado tener perfectamente la capacidad de hacerla funcionar mejor de lo que lograba hacerlo el patrón, en 1973 nadie trabajó; al contrario, los que luchaban se preocuparon justamente de que se mantuviera fuera de la fábrica a los obreros que deseaban trabajar (sólo durante un día los piquetes dejaron entrar a los empleados encargados de las nóminas...). Incluso los autobuses que llevaban a los obreros desde los campos hasta la fábrica fueron incendiados durante la noche. Los jóvenes *Apaches* de Turín habían comprendido que para dar consistencia a la «huelga» había que intervenir destructivamente sobre el *flujo* global de la producción, por lo tanto también sobre la circulación y la temporalidad capitalista que se extendían a lo largo de las calles de la metrópoli. La época de la ética del trabajo, propia del obrero profesional, había llegado definitivamente a su fin: el rechazo del trabajo estaba convirtiéndose en un comportamiento de masas, ya no era una abstracción teórica, si es que lo había sido alguna vez, sino una práctica subversiva inmediatamente perceptible y

cuantificable. El *extrañamiento obrero* frente a las máquinas, el desarrollo y el trabajo, de fuerza pasiva se había convertido en una imponente actividad de subversión: *se había vuelto autonomía*.

Los jóvenes obreros, inmigrantes e hijos de inmigrantes del sur de Italia o piemonteses, que habían vivido los últimos años de revuelta generalizada fuera de las organizaciones tradicionales del Movimiento Obrero, no tenían ninguna moral productivista, ningunas ganas de mejorar lo que definían simplemente como un «trabajo de mierda», ninguna predisposición a la jerarquía fuera esta de fábrica o de partido: *ya no querían ser obreros*. Querían vivir, querían satisfacer sus necesidades, querían crear nuevas comunidades. Ya no se trataba de «liberar el trabajo», sino de «luchar *contra* el trabajo». Este conflicto encontraba su razón de ser menos en la maduración de la «conciencia de clase» tradicional, que en la sustracción material que los jóvenes obreros realizaban con respecto a todo lo que sentían como negación de su vida misma: bloquear la producción quería decir dejar curso libre a los flujos del deseo. Era gente, escribió Bifo, «que trabaja sólo el tiempo estrictamente imprescindible para comprarse el billete para el próximo viaje, que vive en casas colectivas, roba la carne en los supermercados, que ya no quiere saber nada de dedicar toda la vida a un trabajo enervante, repetitivo y además socialmente inútil».⁵

La novela de Nanni Balestrini *Vogliamo tutto*,⁶ la historia de la educación sentimental de un joven obrero meridional de la FIAT durante las luchas del año 1969, es la lectura más instructiva, más que decenas de ensayos sociológicos, para comprender la fisonomía de estos jóvenes obreros salvajes.

El absentismo empezó a generalizarse, alcanzando picos del 25 %. En el periodo en el que comenzaba la práctica generalizada de las autorreducciones, nada más normal que autorreducirse unilateralmente el horario de trabajo. Sin embargo, todavía no era suficiente.

La conflictividad apremiaba para desbordarse fuera de las rejas de la fábrica, para implicar al territorio y encontrarse con la que crecía en los barrios, en las escuelas, en las calles de una metrópoli que el proletariado empezada a sentir como directamente enemiga, un territorio

⁵ F. Berardi Bifo, *La nefasta utopía de Potere Operaio. Lavoro tecnica movimento nel laboratorio politico del Sessantotto italiano*, Roma, DeriveApprodi, 1998.

⁶ N. Balestrini, *Lo queremos todo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006.

vasto y segmentado en el que se extendía completa la reestructuración capitalista de la producción y de la vida. El problema, a partir de aquel momento, fue: ¿cómo lanzar un ataque sobre la metrópoli? ¿Cómo crear zonas de ilegalidad de masas en el corazón del territorio enemigo? ¿Cómo bloquear y hacer colapsar este flujo enorme de mercancías, de signos, de mando, que la metrópoli del capital hace circular sin cesar y que *mata*? El problema de los teóricos autónomos consistió en encontrar una salida política y organizativa tanto a las luchas obreras como a los conflictos sociales que crecían en la ciudad. Y, como siempre, la respuesta vino de la práctica, de la proliferación autónoma de los comportamientos subversivos, del espontaneísmo organizado del proletariado en liberación. *La teoría siempre viene después*, a pesar de lo que digan filósofos y policías.

En ese momento se produjo el desplazamiento del paradigma de las luchas autónomas, que empezó a funcionar como máquina de guerra multiplicándose: desde la autonomía de los obreros hasta la autonomía difusa.

En cualquier caso, el 9 de abril el patrón cedió a muchas de las peticiones y se firmó el nuevo convenio de los metalmecánicos. El gobierno renunció y los sindicatos se sintieron satisfechos, pero los obreros continuaron *extrañamente* profundizando su amenazadora separación.

Mientras tanto, Mirafiori sigue en manos de los revoltosos. Como en otros lugares, en muchas fábricas italianas una especie de contraeconomía empezó a acompañar las contraconductas de los obreros. Un autónomo que trabajaba en la fábrica Alfa Romeo de Milán me contó la historia de un comedor ilegal, organizado por los autónomos dentro de la fábrica, que a menudo no les disgustaba ni siquiera a los ejecutivos, considerando la calidad superior de lo que se comía en comparación con el comedor de la empresa, sin olvidar el clima de convivialidad que se podía respirar allí. En las ciudades empezaron a expandirse los «mercadillos rojos», donde podían adquirirse géneros de consumo a precios muchos más bajos que en la distribución normal, y poco después los autónomos añadieron la práctica de la apropiación directa de mercancías. Así ocurrió también con la ocupación de casas y los primeros lugares de agregación juvenil, tanto en las ciudades como en los pueblos más pequeños de provincia. El extrañamiento también significaba estas cosas, la organización autónoma de la vida a partir de las necesidades más elementales, que, por otra parte, no eran tan elementales: comer, habitar, hacer el amor, reír, fumar, conversar, en fin, disfrutar

la vida juntos, *gratis* y de «manera comunista». Luchar por el poder ya no quería decir, como en los clásicos, luchar para adueñarse de la máquina estatal, sino extender zonas liberadas donde hacer crecer una forma de vida comunista: contra el Estado, sin transiciones socialistas, sin delegar en nadie, sin renunciar a nada desde el punto de vista de la satisfacción *común* de las necesidades. En este sentido, a pesar de los considerables esfuerzos para buscar la legitimidad por parte de muchos, a nivel de la organización de las luchas metropolitanas no había lugar para el marxismo-leninismo.

La crisis, la catástrofe, la de verdad, es esta acumulación de negatividad que se convierte en positividad del ataque, este reivindicado extrañamiento frente a la producción de mercancías, este adueñarse de los espacios para subvertir los tiempos y su uso, este rechazo violento de los obreros a ser fuerza de trabajo que se expande y se convierte en rechazo masivo hacia cualquier forma de dominio y de explotación. Es, por un lado, la crisis del mando social, y por otro, la insurrección de una nueva forma de vida que se está buscando.

Es un partido muy extraño el de Mirafiori, sin secretarios, sin funcionarios, quizás incluso sin militantes. «Partido de Mirafiori» significaba ponerse conscientemente de una parte contra el todo, la disolución del trabajo asalariado, los gritos de rabia que se convierten en acciones de sabotaje pero también la destrucción de la representación política y el desplazamiento desde la guerra de posiciones a la guerrilla difusa. Un partido de todos los sin partido, una nueva forma molecular de amistad política que se constituía contra el enemigo de siempre, una organización para la desorganización de la sociedad capitalista, una máquina de guerra contra el Estado. El comunismo ahora o nunca.

Mirafiori ya estaba en todas partes y los autónomos fueron los únicos que lo comprendieron y que sacaron las debidas consecuencias.

Mientras tanto, el año 1973 termina con el Chile de Allende ahogado en la sangre del golpe militar del 11 de septiembre, apoyado por los Estado Unidos de Kissinger, y con la masacre de los estudiantes griegos en Atenas. El PCI, aterrorizado por la imagen del Palacio de la Moneda bombardeado por los militares, no ve otra posibilidad que lanzar la consigna del «compromiso histórico» con el partido de los patrones, la Democracia Cristiana. Una política que, como ha sugerido agudamente Lanfranco Caminiti, no sólo es un acto de rendición ante el miedo del golpe reaccionario, sino también una durísima respuesta a una parte

de la base del partido que, en palabras de su secretario, Enrico Berlinguer, «tal vez se sentía demasiado atraída por los “aventureros” y quería abandonar el terreno democrático y unitario para elegir otra estrategia hecha de quimeras».⁷ En cambio, para casi todo el resto de militantes comunistas el significado de los eventos chilenos fue el de empezar a pensar en armar al Movimiento.

A diferencia de lo que pensaban los grupos que procedían de los sesenta, el internacionalismo, especialmente para los autónomos, ya no podía querer decir hacer colectas y organizar comités de apoyo a las luchas del Tercer Mundo, sino resistir y rebelarse en cada país, en cada ciudad, en el propio sí mismo. Sin olvidar añadir que «los del vietcong ganan porque golpean duro».

El año se cierra a nivel internacional con el atentado de ETA que hace estallar en Madrid el coche de Carrero Blanco —almirante y columna del régimen franquista en España— haciéndolo volar más de veinte metros.

En cambio, en Italia, como se suele decir, las condiciones están maduras para que la Autonomía comience a tejer la trama de la subversión que cuatro años después, en 1977, llevaría a la explosión de una verdadera insurrección.

Discontinuidad y recomposición

Qué milagrosos intentos, qué afinidad de análisis, qué sutil percepción acerca del tipo de organización que nos llevara al comunismo había hecho que todos fuéramos, y digo todos, genéticamente de la Autonomía, nunca lo supimos.

Teresa Zoni Zanetti, *Rosso di Mària*.
L'educazione sentimentale di una bambina guerrigliera.

Después del bienio 1968-1969, se asistió en Italia a un florecimiento de pequeños partidos y organizaciones de extrema izquierda que intentaban recoger y canalizar la energía revolucionaria que se había expresado en las universidades y en las fábricas. El Partido Comunista, después de un interés táctico inicial hacia el movimiento del '68, una vez elegida la vía de la cogestión del Estado, se cierra poco a poco a cualquier

⁷ L. Caminiti, «Qui comandiamo noi —È l'autonomia operaia—», suplemento de *Liberazione*, núm. 4, 2007.

posibilidad de relación con los «extremistas» y, a pesar de que muchos de sus militantes de base seguirían teniendo relaciones con los grupos y los militantes situados a su izquierda, la presencia del PCI en el Movimiento fue siempre escasa, marginal, hasta el punto de que llegó a plantearse como su enemigo principal. Algunos sectores del sindicato obrero intentaron interceptar y gobernar la subversión en las fábricas, pero fueron arrasados y terminaron convirtiéndose en el arma de delación más efectiva en manos de los patrones.

La de los grupos posteriores al '68 fue una experiencia efectivamente de masas. Muchísimos jóvenes vieron en los grupos una posibilidad no tanto de «organizar el porvenir» o de aprender a «hacer política», sino sobre todo la de formar comunidades efectivas, crear las condiciones para una ruptura con la familia, con el mundo pequeño burgués constituido por la maldita concatenación casa-iglesia-escuela-trabajo y, a partir de ahí, llevar a cabo un recorrido revolucionario. Al lado de los muchos que se conformaron con convertirse en pequeños funcionarios de los pequeños partidos, reproduciendo todas las peores posturas del socialismo y del comunismo, había muchos más que buscaban una forma de revolucionar la vida «aquí y ahora». Sin embargo, los impulsos más genuinos y los deseos más verdaderos fueron ahogados en toneladas de ideología, obligados dentro de estructuras verticales sin ningún sentido, a reprimir cualquier «desviación» de la línea que, presumiblemente, habría llevado a las masas a la victoria. O, más prosaicamente, de la línea que los líderes creían más cómoda para expresar sus egos desmedidos. Tal vez, sólo el '68 alemán fue inmune a esta capa de neautoritarismo de los pequeños grupos.

Podría parecer un juicio poco generoso, pero efectivamente los grupos, durante el poco tiempo en que ocuparon la escena política italiana, constituyeron más un límite que una posibilidad, y su propuesta teórica, con pocas excepciones, resultó francamente insulsa. Es suficiente intentar leer hoy los documentos de la época de la mayoría de las formaciones de extrema izquierda: son patéticamente ilegibles, nos hablan con la que podríamos llamar una «lengua de madera». En realidad, como algunos autónomos reconocieron, los grupos sirvieron a los más inteligentes y generosos entre los compañeros y las compañeras para aprender alguna técnica de combate, alguna noción de intervención política y especialmente para encontrar a los que se convertirían en sus amigos, sus camaradas y sus cómplices durante los años venideros. Seguramente los grupos siguieron existiendo durante algunos años

—todavía en pleno ‘77 sobrevivieron a su muerte clínica—, pero lo que se empezaba a llamar entonces el Movimiento era infinitamente más grande, más bello, más fuerte que todos los grupos juntos.

A comienzos de la década de 1970, frente a las rejas de fábricas y escuelas estaba llevándose a cabo una dura batalla por la hegemonía entre los distintos grupos: los leninistas criptotrotskistas de Avanguardia Operaia, los obreristas insurreccionalistas de Potere Operaio, los obreristas-espontaneístas de Lotta Continua, los marxistas-leninistas de distinta obediencia, los estalinistas del Movimiento Estudiantil, los para-bordiguistas de Lotta Comunista, los expulsados del PCI del Manifiesto y una marea de otras siglas que, más que otra cosa, cubrían un vacío de subjetividad. También había diferencias generacionales entre los componentes de los distintos grupos. De una parte estaban los militantes de mayor edad procedentes de otras experiencias políticas menores vividas en la década de 1960 que, a su vez, habían sido disueltas justamente por el movimiento del ‘68 y del Otoño Caliente de 1969. Entre éstos estaban los que habían participado en la revista *Quaderni Rossi*, luego en la revista de lucha *Classe Operaia* y finalmente en *La Classe* y algunas vanguardias obreras, como la de la Asamblea Autónoma de Porto Marghera, en definitiva aquellos *obreristas* que, a diferencia de Mario Tronti, aunque él hubiera escrito el libro fundamental de esta corriente, *Operai e capitale*, no habían querido entrar o regresar al PCI. Entre estos el más famoso era Antonio Negri, que tuvo un papel protagónico en la definición teórica de la práctica autónoma. Sin embargo, entre ellos también estaban otros, mucho más jóvenes, como Franco Berardi «Bifo», quien participó en la última de estas revistas y fue una de las inteligencias que tuvo mayor peso en el desarrollo del movimiento de las autonomías, mientras que en *Classe Operaia* se podían encontrar colaboradores como Riccardo D’Este y Gianfranco Faina, consejistas pseudoanarquistas y con una cierta inclinación neoluddita. Baste esto para decir que incluso el propio obrerismo de los años sesenta nunca fue un bloque granítico; al contrario, las diferencias en su seno fueron muchas e importantes, tanto que incluso determinaron su final como hipótesis organizativa unitaria. Existían además pequeños grupos relacionados con la Cuarta Internacional, que en Italia tenían una cierta presencia. Luego estaban los marxistas-leninistas que miraban hacia Oriente y que, ya presentes antes de 1968, parecieron tener durante un par de años un gran seguimiento, especialmente la Unión de

los Comunistas-Servir al pueblo, que, a pesar de lo ridículo, intentaba traer a Italia un maoísmo tan folclórico como nulo en la elaboración teórica y práctica. Estaban los anarquistas de la FAI (Federación Anarquista Italiana), y después, con el pasar de los años, otros como la ORA (Organización Revolucionaria Anarquista, macknovistas) y varios pequeños grupos, que, aunque siempre fueran muy minoritarios, mantuvieron una presencia constante en el Movimiento. La Federación de los Comunistas Libertarios entró directamente en las estructuras de la Autonomía. Finalmente estaban los pequeños grupos del marxismo libertario procedentes del situacionismo y del consejismo de izquierdas, entre los cuales tuvieron una cierta importancia Ludd-Consejos proletarios y luego Comontismo, que sustancialmente se disolvieron en el magma del Movimiento y en el área de la Autonomía y cuyas influencias volvieron a surgir con más fuerza alrededor del año 1977. Por supuesto, dentro y fuera de las fábricas ya era operativo en los primeros años de la década el pequeño grupo que fundó las Brigate Rosse, constituidas por una mezcla de ex militantes del PCI, de algunas formaciones marxistas-leninistas y de estructuras de base del sindicalismo de izquierda. Al comienzo hubo varios intentos de «diálogo» entre Autonomía y BR, especialmente a través de la revista *Controinformazione*, pero muy pronto y en la práctica todo terminó en nada.

Luego estaba la «clase política» que salió de las luchas estudiantiles del '68-'69. Los grupos fueron en su mayoría el gimnasio político donde los líderes de las asambleas universitarias del '68 y sus acólitos pudieron continuar ejerciendo una vez más un «papel social». Lugares en los que el narcisismo, la competición, el ideologismo, el machismo no eran algo «más», sino que definían profundamente su esencia. Por otra parte, Felix Guattari no tuvo ningún problema en definir como micro-fascismo esta mala energía que circulaba en los grupos que siguieron al '68. El Movimiento Estudiantil de la Universidad Estatal de Milán fue, en Italia, la figura más emblemática y triste de este fenómeno.

No es casualidad que la mayoría de aquellos líderes y pequeños jefes ocupen actualmente importantes puestos en la gestión gubernamental de la opinión pública o en algunas empresas «creativas» del neocapitalismo italiano. Sin embargo, hubo algunas excepciones entre los líderes del '68, como Franco Piperno y Oreste Scalzone que, en cambio, y no casualmente, se lanzaron junto a miles de otras personas en el mar de la Autonomía y del Movimiento.

Hay que decir, no obstante, que Piperno y Scalzone no eran simplemente líderes estudiantiles, sino que habían estado entre los seguidores jóvenes e infieles de Tronti, que habían animado junto al grupo de Negri, inmediatamente después del '68, el semanario de agitación obrera *La Classe*, alrededor del cual se condensaron muchas de las fuerzas de donde nació posteriormente Potere Operaio.

De todas maneras, el conjunto de los pequeños partidos de extrema izquierda era fundamentalmente una agregación de pequeña burguesía intelectual que imitaba la revolución, y cuando trató de enfrentarse a un proceso revolucionario real la mayoría de ellos, como siempre ocurre, se retiró horrorizada.

En definitiva, los límites de los grupos no eran externos ni contingentes, sino internos a su existencia y a su incapacidad estructural de interpretar todo lo que de vital se estaba expresando en el Movimiento, perdidos como estaban en la celebración en decimosexto de las liturgias de la Tercera Internacional.

1973, con la ocupación «militar» de Mirafiori por parte de los obreros autónomos y el retorno del conflicto desplegándose sobre todo el horizonte metropolitano, marcó el final del recreo para los grupos, incluso para los más inteligentes, como Potere Operaio y Lotta Continua, que tuvieron un papel importante en la genealogía de la Autonomía.

Potere Operaio, el grupo más interesante para nuestro relato, se disuelve sustancialmente en junio de ese mismo año, coherentemente con la que había sido su breve pero intensa historia. Historia que en algunas cosas recuerda, positivamente, más la de una secta herética que la del clásico grupo de extrema izquierda. Potere Operaio estaba en realidad ya *más allá* del obrerismo y *dentro* de la autonomía, a pesar de las apariencias. Por eso la lucha de Mirafiori en el '73 y los mil focos de subversión que se estaban difundiendo en el país solo podían señalar el final de su proyecto de partido, el cual, por mucho que innovara profundamente el leninismo, no consiguió encontrar una adecuada forma organizativa. Sobre todo porque estaba mutando su sujeto de referencia que hasta aquel momento había sido el obrero-masa de las grandes fábricas. En verdad, la idea de «partido» que tenían en la cabeza los de PO era muy diferente de la tradicionalmente leninista: más que para «tomar el poder» la centralización que reclamaba la palabra partido era un medio para garantizar la expansión de los movimientos y su capacidad frente

al contraataque patronal y estatal, y que, paso a paso, pudiese servir para coordinar los «tempos» de carácter insurreccional. El partido era por tanto un hecho táctico respecto al Movimiento, que era y permanecía siendo el hecho estratégico. El partido, más que nada, se hubiera tenido que ocupar de «apartar los obstáculos» que se oponían al crecimiento de los espacios de movimiento. Como escribió Lucio Castellano años después, el partido de la insurrección «No es la toma del poder, es la rotura de los márgenes».⁸ Por esta razón la vena fuertemente insurreccionalista de PO encontró, desde luego no paradójicamente, mucha más fuerza en el magma vertiginoso de la Autonomía, de la que hubiera nunca podido acumular como pequeño grupo de militantes profesionales. Su contribución mayor al ciclo de luchas siguiente, poniendo aparte los célebres análisis sobre el Estado-crisis, sobre la composición de clase y sobre el neocapitalismo, fue probablemente su inclinación a forzar decididamente el presente, apostándolo todo a la fuerza disruptiva del conflicto obrero confrontando una organización del trabajo que, sin embargo, como se ha dicho, estaba ya cambiando de rostro y de estructura, y el problema que PO no llegó a resolver fue, de hecho, el de cómo estar dentro de esta transformación.

Algunos, intuyendo este desplazamiento, intentaron ampliar el frente de las luchas de Potere Operaio al territorio, con el objetivo de construir «bases rojas» en los barrios populares; dirigiendo la intervención hacia la *plebe* y todas aquellas figuras sociales, como los técnicos, que se encontraban en fase de proletarización, y no únicamente al proletariado de las fábricas que hasta ese momento había sido el punto de referencia exclusivo. Las resistencias eran, sin embargo, fuertes, y las asambleas autónomas obreras del Norte no querían ceder sobre la «centralidad obrera» en las luchas. Estaba también, como elemento verdaderamente determinante, la cuestión de la guerra. Todos los grupos tenían sus servicios de orden a través de los cuales llevaban a cabo acciones ilegales, pero Potere Operaio había creado una estructura más ambiciosa, «Lavoro Illegale», que tenía que hacerse cargo también de empezar a organizar los primeros niveles de lucha armada relacionados con el grado de fuerza de la organización y con el crecimiento global del Movimiento. No hay que olvidar que el primer «tiro en las piernas» a un jefe de sección fue llevado a cabo por los romanos de Potere Operaio, cuando las BR todavía se limitaban a quemar coches. Se recordará

⁸ L. Castellano, *Autonomia Operaia*, Roma, Savelli, 1980.

la famosa portada de un número de su revista: «Democracia es el fusil en la espalda de los obreros». Sin embargo, incluso sobre este punto, sobre el «cómo» de la lucha armada, no se logró encontrar un acuerdo entre sus almas distintas.

Si todavía en la conferencia de Potere Operaio de 1972 se decía «desde la autonomía a la organización», es decir al «partido de la insurrección» que habría unificado todas las experiencias de lucha en curso, un año después a muchos parecía evidente que el recorrido que había que hacer era exactamente el inverso. Mientras tanto, Negri afinaba las armas de la crítica e inyectaba en su obrerismo una carga ofensiva que pronto resurgió como hegemónica en el ámbito de la Autonomía organizada. La cuestión a la que tenían que responder los militantes de Potere Operaio no era nada fácil: de una parte, a la «izquierda» estaban los que sostenían que la lucha de fábrica había alcanzado ya su techo máximo y que, por lo tanto, había que organizarse para un enfrentamiento político más amplio, en el que sería necesario un proceso de centralización y de toma de las armas que acompañaría la experiencia de un «contrapoder»; en cambio otros, a la «derecha», apoyándose con fuerza sobre las experiencias obreras autónomas, impulsaban su profundización «sindical», e insistían en la centralidad del sujeto obrero. En el «centro» estaban los que, alineándose con algunas asambleas autónomas de fábrica y algunos círculos intelectuales y estudiantiles, apostaban por una expansión más lenta y al mismo tiempo profunda de la autonomía en la sociedad. Además estaba la cuestión de las «*otras* autonomías», que no encontraban una posición adecuada en ninguna de las hipótesis. Las tres posiciones iban posiblemente con retraso, tanto teórico como práctico, con respecto a las dinámicas que mientras tanto se producían en el territorio e incluso en las fábricas, tal y como demostró la lucha de Mirafiori, y de las cuales surgió la Autonomía. La propia concepción de la autonomía que buena parte de Potere Operaio tenía era todavía limitada, demasiado «economicista», demasiado «obrero» en un cierto sentido. Finalmente, la cuestión de la organización de la «violencia proletaria» ya se encontraba encima de la mesa, tanto por los niveles de represión aplicados por el Estado, como porque empezaban a actuar las primeras formaciones combatientes clandestinas. La cuestión que en el congreso de Rosolina decretó en esencia la disolución del grupo, según Paolo Virno, se planteaba en estos términos: de un lado estaba un grupo —que veía en Toni Negri su exponente de mayor prestigio— que creía posible «delegar» en las formaciones clandestinas emergentes, es decir en las Brigate Rosse, las funciones de vanguardia militar,

mientras que ellos podían dedicarse a la extensión de la experiencia de las asambleas autónomas y construir una dirección política del Movimiento en su conjunto; por otro lado estaba el grupo que se reconocía en el liderazgo de Franco Piperno, quien sostenía que el «cómo» de las BR era equivocado, porque eran erróneas sus premisas teóricas y, por lo tanto, Potere Operaio tenía que hacerse cargo, teórica y prácticamente, incluso de la cuestión militar. De las Brigate Rosse criticaban de forma áspera la línea política que según ellos estaba relacionada con los mitos de la Resistencia, del viejo movimiento obrero, y que, en definitiva, podía definirse como «reformismo armado».

Al final ninguna de las dos hipótesis resultó practicable, tanto porque las BR rechazaron el papel de «brazo armado» sometido a una dirección política externa, como, sobre todo, porque los procesos de lucha y de recomposición del Movimiento obligaron en poco tiempo, también a los partidarios de la hipótesis de la construcción del «partido de la insurrección», a darse cuenta de que era solamente en la organización de la autonomía obrera y proletaria donde podía crecer una opción revolucionaria de masas. Después del congreso de Rosolina, que se llevó a cabo en el mes de junio de 1973, se dejó abierta durante un año más alguna sede de Potere Operaio en varios lugares de Italia, pero su destino estaba sellado. Algunos pasaron a las diferentes alas de la Autonomía, otros entraron en las Brigate Rosse, algunos más regresaron a sus casas o a sus profesiones.

La historia de Potere Operaio y los motivos de su disolución son complejos y requerirían de una discusión aparte; sin embargo, tenemos que pensar que ese forzamiento del tiempo hasta la ruptura, su insurreccionalismo, su ilegalismo, su antiestatalismo, su concepción de las *bases rojas*, su forma salvaje y precisa al mismo tiempo de producir teoría y, finalmente, aquella apuesta por el ejercicio de la fuerza para ampliar los espacios de comunismo fue un patrimonio que quedaría presente en la práctica autónoma. En cambio Lotta Continua siguió un camino contradictorio, un camino que en los años sucesivos produjo su implosión, aunque su disolución oficial no ocurrió hasta el año 1976. Mientras tanto, muchísimos de sus militantes habían entrado ya en las formaciones autónomas o en la lucha armada. Otros grupos, con una cierta consistencia y con una gran presencia en los ambientes obreros, aunque intuyeron la necesidad estratégica de la autonomía, no entendieron el momento político y las necesidades emergentes. Leamos lo que escribía Avanguardia Operaia en 1973:

[...] Italia no vive un periodo tumultuoso de crisis social aguda en el que unas masas proletarias cada vez mayores se ponen en movimiento, sino un periodo en el que la lucha de clase se expresa fundamentalmente a nivel sindical, esto es, a un nivel atrasado; las masas viven sus problemas en términos de reivindicación inmediata, y la misma tendencia a desplazarse al terreno de la lucha política, que hoy se manifiesta en las luchas por los convenios, es muy titubeante.

Avanguardia Operaia, «*I cub: origine, sviluppo e prospettive*».

Una nueva generación de militantes apretaba por todas partes, operando como factor de disgregación no sólo de la sociedad, sino también de los partidos y de los grupos de izquierda que hasta ese entonces habían intentado gobernar la insurgencia en curso. De hecho, es un error común pensar que la Autonomía mantiene una continuidad lineal con algunas corrientes procedentes del año 1968 y, de forma más natural, con el obrerismo, especialmente con Potere Operaio. Mario Tronti, el teórico principal del obrerismo, no se equivoca cuando hoy sostiene que aquella herejía comunista tuvo breve vida y terminó en 1969, aún antes de que los grupos y la propia Autonomía vieran la luz. La verdad es que la nebulosa autónoma se condensó a partir de la contestación a lo que los autónomos definieron como «los viejos trombones» del '68 y en una profunda ruptura con toda la tradición del Movimiento Obrero. Seguramente la relación de la Autonomía con el obrerismo siguió siendo fuerte y su *método* de interpretación de las luchas confluyó en muchos componentes autónomos, al igual que se encuentran, en tono más o menos menor, otras influencias como el luxemburguismo, el consejismo, el espartaquismo, el anarco-sindicalismo, el dadaísmo, el situacionismo... Sin embargo, definir e *identificar* la experiencia autónoma a partir de uno solo de estos filones es la cosa más equivocada que pueda hacerse, en primer lugar por la discontinuidad que la Autonomía encarnó a nivel de la «subjetividad» y además porque así no se reconoce la riqueza de una trayectoria revolucionaria cuya característica está justamente en la imposibilidad de clasificarla rígidamente en alguna cómoda identidad ideológica. Parfraseando a Guattari, quien hablaba del año '68 francés con relación a 1936, podemos decir que un revolucionario en la Italia del '77, desde el punto de vista del deseo, es de *otra raza* con respecto a su hermano mayor de Mayo de 1968. ¡Ninguna continuidad en el cambio!

Sólo los que supieron doblegar, abrir y adherir, incluso dolorosamente, su propia subjetividad a los procesos de lucha que se determinaron en cada momento lograron atravesar todas las fases: «Sólo quienes se dejan mutar por el movimiento son, al final, comunistas».⁹

Otra verdad ha apuntado el mismo Tronti en años recientes, cuando afirma que el Movimiento Obrero —entendido como el conjunto de sus instituciones representativas— perdió justamente en el momento en que *parecía* que estaba ganando, a finales de la década de 1960, y perdió porque ganó la «democracia real», fue derrotado en tanto fue incorporado a la gubernamentalidad capitalista, fue aniquilado por ser demasiado poco «extremista» y no por lo contrario, tal y como se quisiera hacer creer con ciertos lugares comunes. Por esta razón el movimiento de las autonomías y los propios obreros autónomos se encontraron, en un momento dado, en la obligada posición de tener que librar una batalla *contra* el Movimiento Obrero. En la década de 1960 el eslogan *poder obrero* y la misma indicación de la *subjetividad obrera* querían significar ya completamente otra cosa de lo que seguían queriendo decir para los obreristas «clásicos», es decir, algo y alguien que se definía «fuera de la relación con el sistema de la economía y la política».¹⁰

El proletariado había destruido con sus propias manos cualquier posibilidad de una definición economicista o sociológica del mismo; «clase obrera» se había convertido, para y en el Movimiento, solamente en el nombre común de la producción de autonomía, el nombre de la separación hostil frente a la sociedad del capital, la evocación poderosa de la posibilidad de extinción tanto del Estado como de la identidad que derivaba del trabajo asalariado. Por esto, el tipo de relación que existió entre el *operaismo* [obrerismo] y Potere Operaio y, por lo tanto, con la Autonomía, puede definirse, lukácsianamente, como «ortodoxia en el método», antes que como fidelidad a una doctrina y a un sujeto; y el método, en el obrerismo más radical, omitiendo sus sociologismos, se identifica con la forma de vida: devenir-proletarios, vivir *con* los proletarios, es el artículo primero e irrenunciable del método de la *encuesta obrera* —uno de los instrumentos más formidables de organización autónoma inventado por el comunismo contemporáneo— que fue desarrollado por el obrerismo militante y siempre quedaría como su marca, incluso en las experiencias sucesivas de las distintas corrientes

⁹ Lauso Zagato, *Altroquando. Cella di isolamento e dintorni*, Milán, Milano Libri Edizioni, 1980.

¹⁰ Franco Berardi Bifo, *Le ciel est enfin tombé sur la terre*, París, Le Seuil, 1978.

autónomas. Y, con toda probabilidad, es lo que queda de más vivo de aquella experiencia comunista extraordinaria. Por lo tanto, el otro artículo fundamental del *método* consiste en la *parcialidad del punto de vista*: sólo la parte conoce el todo y este conocimiento unilateral, partisano, se contrapone necesariamente a la totalidad. Finalmente, el obrerismo radical es anti-reformista, siempre: no se trata sólo de una política del conflicto, sino de una política irreductiblemente revolucionaria. A todos los que aún hoy se dirigen al obrerismo como modelo de pensamiento, a menudo sometiéndolo a los neoreformistas más osados, se les debería recordar siempre estos tres requisitos, mínimos pero irrenunciables, a través de los cuales se vive su *espiritualidad*.

En cambio hay que destacar que no hubo ninguna continuidad *organizativa* entre Potere Operaio y Autonomía; por otra parte, quien lo sostuvo con más convencimiento fueron los jueces que instruyeron los procesos contra los autónomos a finales de los años setenta, para demostrar la realidad de *sus* fantasmas, llenos de direcciones únicas y eternas, secretarías ocultas y soldaditos esclavos del Gran Viejo, donde el Movimiento aparecía como fruto del «complot» de un puñado de profesores universitarios. En la respuesta al interrogatorio del fiscal de Lucio Castellano, un autónomo relacionado con la revista *Metrópoli*, capturado junto a cientos de compañeros y compañeras tras la llamada investigación del «7 de abril» del año 1979, se encuentra una fulgurante exposición de esta verdad:

Lo que le interesa sobre todo es reducir el movimiento de estos años, en sus distintas formas de expresión, a algo que usted pueda comprender con su lenguaje, es decir a un complot. Es por eso que tiene que haber un «cerebro central», un «gobierno en la sombra».

No sólo eso; para que usted pueda «comprenderlo» plenamente, para que sea creíble a sus ojos, este «gobierno» tiene que haberse formado en las universidades, girar alrededor de algunos docentes, una «clase dirigente» en el sentido que usted comprende [...]. Comprender el terrorismo para usted quiere decir construir una imagen que sea lo más parecida posible al mundo que conoce, señalar una serie de potentados y corrientes unidas de forma jerárquica y dirigidas por los «profesores». Yo sé que en esta ampliación de los espacios de poder que se ha producido hubo un gran número de personas que se agitaron de forma desordenada, sin ideas claras y sin objetivos unánimes, haciendo las cosas más dispares y, a veces, la guerra, remezclando papeles y

jerarquías consolidadas, corriendo riesgos y pagando personalmente la libertad nueva que se había conquistado. Usted está convencido de que el mundo está constituido por patrones y servidores y que estos últimos rara vez pueden hacer daños importantes: está convencido de que la cuestión del poder se plantea siempre en los términos propuestos por Shakespeare de la guerra entre consanguíneos. Estas cosas que se me imputan forman parte de su cultura, no de la mía. Niego haber constituido la organización de la que usted habla no por miedo a usted, Doctor Gallucci, sino porque tendría miedo a esa organización. La imagen que intenta imponer de nosotros es para mí odiosa. No nos manda a la cárcel como subversivos o terroristas, sino «como dirigentes» de subversivos y terroristas, con el mismo guiño cómplice y severo con que acompañaría a su hijo al colegio. No soy parte de su familia.

Interrogatorio de Lucio Castellano ante del Juez de Instrucción, 12 de junio de 1979.

La única continuidad evidente, más que centenaria, que puede encontrarse en los flujos del Movimiento, estaba en el deseo de subversión, en el hacerse colectivo de una relación con el mundo, en el desenvolvimiento de educaciones sentimentales siempre nuevas, en la reinención diaria del comunismo, pero todo eso corría por otras vías, probablemente desconocidas para la alta teoría obrerista, seguramente negadas a los ridículos «partiditos» y *obviamente* del todo incomprensibles para los jueces y los periodistas.

Categorías forjadas por el obrerismo, como la del «rechazo del trabajo», quedaron bien clavadas en el armamento teórico-práctico autónomo, pero fueron sometidas a otras interpretaciones, a otros usos, a otros medios y así se encontraron con otros conceptos y figuras que el obrerismo no habría podido alcanzar, como las mujeres y el feminismo, los jóvenes y la reapropiación de la vida, la intelectualidad de masas y el fin del trabajo asalariado, la homosexualidad y la liberación de los afectos, la «chusma» y la explosión de las periferias urbanas, y otras minorías que, de forma creciente, estaban incendiando la escena política de aquella década. La categoría de «recomposición» fue por esta razón una de las categorías fundamentales, entre las muchas otras que utilizaron los autónomos. De hecho se trataba de organizar «una recomposición de clase tejida en el telar de las necesidades proletarias y el *área*, en tanto posibilidad de clasificación de experiencias, de hipótesis

y de contradicciones, sanciona su ser movimiento». ¹¹ Sin embargo, se trataba al mismo tiempo de llevar a cabo una «descomposición», tanto de la sociedad como de la clase, es decir una *separ/acción* de los dispositivos de poder que cada «subjetividad» planteaba a partir de su singularidad irreductible: la potencia de la Autonomía también estaba en la capacidad de hacer interactuar cada diferencia con el tejido común, es decir, de transformar la vida de todos a partir de la expresión de la singularidad y, viceversa, dejar que la dimensión colectiva transformara la vida de los individuos. La Autonomía fue el colector a través del cual pasaban, en los dos sentidos, estos flujos que así, *organizándose*, se convertían en potencias revolucionarias. En el límite se tratará también de «ser autónomo de la, y en la, autonomía misma». ¹²

Autonomía fue una suerte de «divídanse y multiplíquense» no pronunciado por ningún profeta y justamente por eso la consigna fue aún más efectiva.

El comunismo diseñado por la Autonomía es espurio, junta a Marx y a la antipsiquiatría, la Comuna de París y la contracultura americana, el dadaísmo y el insurreccionalismo, el obrerismo y el feminismo, enfrenta a Lenin con Frank Zappa mientras pasa como un rodillo compresor sobre los escombros del tercerinternacionalismo que estaban incrustados en los grupos y en la ideología de la izquierda. Además, este comunismo está en una búsqueda continua de una realización inmediata; es antes que nada la afirmación de una forma de vida comunista, que incluso hay que defender con las armas cuando sea necesario. Es asumir colectivamente todo lo que era posibilidad de subversión del estado de cosas presente: música, literatura, arte, ciencia, maneras de vivir y hasta el deporte se hacían atravesar por esta discriminante que cada vez más tomaba las formas de una secesión con respecto a la totalidad social, de una multiplicación de «éxodos» desde un mundo hostil y vulgar, mientras se construían las «bases rojas» de la insurrección. Todo eso se declinaba en una sintaxis radicalmente *ofensiva* distinta de todas las otras experiencias contemporáneas, ya fueran institucionales, alternativas o extraparlamentarias.

¹¹ G. Martignoni, S. Morandini, *Il diritto all'odio. dentro / fuori / ai bordi dell'area dell'autonomia*, Verona, Bertani, 1977.

¹² *Puzz* — *La fabbrica della repressione*, número único, septiembre de 1975.

Realmente no se parecía en nada al «comunismo demócrata» y penitente predicado por la izquierda, ni siquiera al comunismo feroz y de resistencia de sus padres y abuelos.

Si en un momento la autonomía obrera fue una simple categoría utilizada por la izquierda sindical para indicar la independencia obrera con respecto al desarrollo del capital, luego pasó a significar la forma de organización de las luchas que los proletarios llevaban a cabo fuera de los sindicatos y de los partidos. En los primeros años setenta, además de estas cosas, la autonomía empezó a ser algo muy distinto: una inclinación ética común en vez de la cualificación de un sujeto, una multiplicidad de devenires-revolucionarios en vez de una alusión al futuro de la revolución, una manera de vivir y de combatir más allá de cualquier compromiso, fuera histórico o metafísico, en lugar de una mera fórmula organizativa, el límite armado contra el que el Estado se enfrentaba en vez de una reunión de jóvenes escolarizados que buscaban emociones fuertes. Autonomía fue, en definitiva, el nombre de una verdadera *cesura revolucionaria* que se abría hacia delante, aparecida después del ocaso del Sujeto, y el último sujeto de la historia occidental ha sido, justamente, la Clase Obrera. Se trataba de un salto epistemológico, ético y, finalmente, ontológico, que reclamaba «el comunismo como programa mínimo».

Por eso, para aquellos militantes de los años sesenta y de los grupos que tenían el deseo de medirse con este nuevo ciclo de luchas fue inmediatamente evidente que, por encima de todo, tenían que llevar a cabo lo que Foucault había definido como un «trabajo del sí mismo sobre sí mismo», una verdadera conversión, antes de poder participar y acceder a una comprensión de lo que estaba ocurriendo. Y además, tenían especialmente que abandonar las manías organizadoras, terminar con el moralismo rapante y el vicio de superponer «sus» deseos a los de todos los demás. Había que convertirse en otros. Algunos, no pocos, lo lograron.

Por supuesto no fue una cosa fácil y si seguramente es cierto que a menudo se trató solamente de un remozado barato, también es cierto que para muchos y muchas significó renacer a una nueva vida. El viejo «yo» no podía sobrevivir a la oleada de subversión que estaba invadiendo las ciudades, los hogares, las escuelas, los lugares de trabajo, los cuerpos mismos.

La ruptura, la discontinuidad, son evidentes en la transformación, a menudo agobiante del lenguaje, que empieza a evidenciarse en los textos de la época. A un discurso pesado y abstracto, mala copia de los clásicos del comunismo, que los distintos grupos declinaban según sus obediencias de parroquia (maoístas, trotskistas, leninistas, bakuninistas, estalinistas, bordiguistas...) se contrapuso un fenómeno molecular de apropiación del lenguaje y de invento de una lengua — algo de lo que pronto se darían cuenta intelectuales más perspicaces que otros, como Umberto Eco. El lenguaje llega a la expresión común atravesando la vida de las personas e intentando, incluso históricamente, expresar las sensaciones, las miserias, los deseos, las experiencias menores, para convertirse de improviso en plan de ataque, una reivindicación del extrañamiento como autonomía contra las quejas teorías de la alienación, la reapropiación alegre de una violencia que empezaba en la reapropiación común de una palabra que ya no era externa a la vida: «Desde la destrucción del lenguaje la escritura pasa ahora al lenguaje *de la* destrucción. Sin embargo, este *de la* no es objetivo, sino subjetivo. La destrucción no es el objeto sino el sujeto del lenguaje, es el sujeto que escribe, en el contexto de su práctica de destrucción de la forma de existencia burguesa y de las relaciones de clase existentes».¹³ A la gestualidad normativa de los grupos se respondía con una ráfaga de gestos irreductiblemente singulares, que incluso cuando se convertían en costumbre siempre lo hacían con un gusto por el exceso de significación que ha protegido aquellas experiencias contra cualquier operación de recuperación. Los grupos fueron derrotados y destruidos por este exceso. Los límites de su pobre propuesta política eran poca cosa frente a la pobreza que expresaban en el nivel de la elaboración de nuevas formas de vida. Y en esto partidos y grupos perdieron definitivamente.

En cambio, la Autonomía parte justamente de esta elaboración, o mejor, de conjugar la capacidad de destrucción con la de creación que las formas de vida autónomas, insertadas en los territorios enemigos de la metrópoli capitalista, tienen la capacidad de expresar. Franco Piperno definió la autonomía como el «mando del valor de uso sobre el trabajo social». Donde:

¹³ F. Berardi Bifo, «Scrittura trasversale e fine dell'istituzione letteraria, 1976», en *Gli Autonomi III*, Roma, DeriveApprodi, 2008.

Valor de uso es el disgusto por el puesto fijo, quizás cerca de casa: es el horror por el oficio; es movilidad; es fuga de la prestación estúpidamente rígida como resistencia activa a la mercancía, a convertirse en mercancía, a ser poseídos completamente por los movimientos de las mercancías. Valor de uso es la complicidad social que el trabajo no obrero ofrece, a lo largo de los instantes interminables de la jornada laboral, al comportamiento obrero que rechaza la «fatiga ciega», propia del trabajo en la fábrica. Valor de uso es la voluntad de saber en su «cruzar pisando», con la dulce torpeza de los jóvenes, el cuerpo de la «madre escuela» que boquea y jadea porque estructuralmente es incapaz de dar, de responder a una necesidad de conocimiento que no se configure como petición de alistamiento en las columnas del trabajo asalariado —y si, Dios no lo quiera, se llega a pisar también alguna rosa, mucho peor para esas rosas. Valor de uso es el deseo de aprender con todo el cuerpo la nueva sensibilidad que surge de aquel continente rico de tonalidades, matices, emociones sensibles que es el asociacionismo juvenil en su relación particular con la música, el cine, la pintura, en fin con «la obra de arte en la época de su reproducibilidad técnica». Valor de uso es la búsqueda testaruda de nuevas relaciones entre los seres humanos, de una forma «transversal de comunicar», de experimentar, de crecer en las diversidades, y al mismo tiempo la capacidad de no esconder el sufrimiento, las miserias y las derrotas de esta búsqueda dejándose absorber por la vieja norma, no reiventando el domingo como Tartufo, sino prosiguiendo la búsqueda, procediendo con «la cabeza erguida». Valor de uso es la «alegría pensativa» propia del robo de objetos útiles, deseados —relación directa con las cosas, libre de la mediación sucia, por ser inútil, del dinero; pero también «nostalgia de la riqueza», del vivir gratis, de una plenitud de consumo y goce como posibilidad patente, material de la sociedad moderna— que tal vez sea aspiración al paraíso pero sólo como desprecio por las dificultades inútiles, en tanto ya superables; sólo como odio por un purgatorio que, en su arrastrarse más allá de lo justo, deja de ser preparación, espera, para convertirse en privación justificada, en sufrimiento superfluo. Valor de uso es la esperanza ingenua con la que en la agricultura, en los servicios, en los barrios, nacen, para vivir frágilmente y luego morir, cientos, miles de experiencias de «contraeconomía», de trabajo útil —como tierna alusión a otra forma de trabajo social, a otra distribución del tiempo de trabajo como coste social; deseo de conocer, necesidad de elegir el destino de su fatiga; de alguna forma estima y protección audaz de la unicidad de la propia vida. Valor de uso es la inhumana abstracción

del homicidio, del atentado —solución fantástica de un problema real, añoranza densa de lo completo de las propias posibilidades, intento desesperado de hacer valer, con orgullo impaciente, la propia fuerza social; que sin embargo, en la forma cortocircuitada de la violencia militar, termina premiando exactamente lo contrario de lo que habla.

Valor de uso es todo eso y al mismo tiempo otras cosas: difícilmente verbalizables pero seguramente observables en el interior de la nueva jornada laboral, en la vida diaria —siempre que termine la manía de escuchar con un solo oído: y percibir de esta forma el ruido de los cristales rotos pero no el roce de «toda la mesa arrastrada irresistiblemente hacia el futuro».¹⁴

La derrota de la Autonomía, es decir de todas estas determinaciones y de muchas más, a finales de la década, fue una derrota militar y judicial, pero nunca hubo una derrota de su hipótesis teórico-práctica que, al contrario, no ha dejado de recibir confirmaciones en las décadas siguientes. Y esta es otra de las razones que explica su renaciente actualidad y el interés que despierta en las jóvenes generaciones que plantean *hoy* un devenir-revolucionario.

¿Sin embargo, si la Autonomía no era un grupo, ni siquiera un conjunto de grupos, entonces qué era? En aquellos tiempos se dijo que era un *área*, es decir un espacio de fronteras inciertas que a veces se adherían o no a las del Movimiento. También puede pensarse que fuera el nombre de una manera de relacionarse con el mundo, o bien el de la codificación estratégica de la circulación subversiva entre todos esos colectivos, centros sociales, micro-organizaciones, bandas, luchas difusas, radios libres que se dispersaban en las ciudades y en los pueblos de toda Italia, o muchas cosas más. Seguramente puede afirmarse que nunca fue, a pesar del deseo de algunos, el nombre de *una* organización. Sin embargo, tal vez inventó, sin formalizarlo nunca de forma completa, un concepto nuevo de *partido* y de *insurrección*, que todavía tienen que pensarse enteramente.

De hecho, si la Autonomía es el plano de consistencia común, en la verdad de las cosas y de las existencias siempre habrá que referirse *a las* autonomías: autonomía de los obreros, autonomía de los estudiantes, autonomía de las mujeres, autonomía de los homosexuales, autonomía

¹⁴ *pre-print 1/4*, suplemento al número 0 de *Metropoli*, 1978.

de los niños, autonomía de los presos, autonomía de todos los que escogieran, a partir de sus propias contradicciones, la vía de la lucha contra el trabajo y el Estado, de la secesión frente al fantasma de la sociedad civil, y de la subversión de la vida *junto* a otros y otras. El descubrimiento teórico de la *transversalidad* que en esos mismos años Felix Guattari hacía en Francia, en tanto modo de recomposición no dialéctico de las experiencias subversivas, era en Italia una realidad concreta y operativa.

A pesar del musculoso leninismo y de las maneras que a menudo exhibían algunos componentes autónomos, su propia forma de organizarse, descentralizada, con colectivos territoriales que tenían autonomía de decisión y la centralización reservada únicamente a los grandes momentos de ataque, el desafío a cualquier dogmatismo, la importancia dada a las relaciones personales dentro de sus colectivos, que a menudo compartían viviendas y recursos, recuerda, a decir verdad —y sé muy bien que no gustará a muchos—, más a la forma de organizarse y de vivir de la *Naródnaya Volia* que a la de los bolcheviques y, a finales de la década de 1970, con la explosión de las micro-formaciones armadas, recuerda también a la de los *socialrevolucionarios* con su *organización de combate*. Entre otras cosas los autónomos compartirían con los *narodniki* no sólo la enemistad del partido comunista, sino también la *damnatio memoriae*.

El documento que apareció en el último número de Potere Operaio de noviembre de 1973 y que contiene las conclusiones de un seminario llevado a cabo por una parte de los militantes de PO en Padua, entre el 29 de julio y el 4 de agosto, ratificaba lo que ya se veía en la práctica, y aunque se resintiera aún de un lenguaje viejo, reconocía en la organización de las autonomías la única posibilidad de seguir luchando por el comunismo en el contexto que se había determinado:

[...] la mediación teórica, la articulación práctica, la centralización de la decisión de ataque contra el carácter cíclico del movimiento, no se las reconocemos a ningún mecanismo delegado, no las ponemos en ninguna división del trabajo, no las fijamos en ninguna estructura vertical [...] Este es el último número de Potere Operaio. El crecimiento de la dirección obrera de las luchas y de la organización ha disuelto las instancias organizativas de los grupos. Una parte de los compañeros que hoy subscriben este último número de Potere Operaio han vivido toda su experiencia. Y no reniegan de ella. [...] Sin embargo, ahora

los compañeros deben otra vez, como lo hicieron siempre, confrontar los resultados de su experiencia con las necesidades de la organización obrera y el proceso de su crecimiento: con determinación, sin timidez, sin remordimientos cada uno tiene que decidir de qué parte está [...]. Hemos rechazado el grupo y su lógica para estar en el movimiento real, para estar en la Autonomía organizada.¹⁵

En Roma los colectivos autónomos obreros de Via dei Volsci (una calle del barrio popular de San Lorenzo), relacionados hasta ese momento con el grupo de Il Manifesto, y con el que se relacionaban experiencias de lucha importantes, especialmente en los hospitales y en algunas empresas de servicios como ENEL (sociedad eléctrica) y SIP (sociedad telefónica), se convirtieron en el polo de referencia de la Autonomía no sólo de la capital, sino de todo el centro y sur de Italia. En Roma hubo experiencias autónomas importantes como las de los Comités Comunistas de algunos colectivos cercanos al área de *Rosso*, relacionada con la revista *Linea di Condotta*, pero los Volsci indudablemente tuvieron una extensión y un arraigo popular más amplio que cualquier otro colectivo. La de los Volsci fue, entre las distintas corrientes autónomas italianas, la más basta intelectualmente, con una postura de suficiencia frente a la investigación teórica, antipática y poco previsoras; eso se debía también a su composición social, genuinamente plebeya, y que los Volsci siempre supieron atravesar con una gran «sabiduría comunista». Sin embargo a medio plazo esta característica los llevaría, durante y después de 1977, a múltiples desencuentros con los distintos movimientos de liberación (fundamentalmente juveniles y feministas), pero sobre todo a un vacío de propuesta política, más allá de la radicalización del enfrentamiento en la calle; por eso muchísimos jóvenes militantes prefirieron enrolarse en las BR (que en la capital estaban constituidas fundamentalmente por los ex cuadros intermedios de Potere Operaio).

Su intervención, además de aquella fundamental en los lugares de trabajo y en los barrios, se caracterizó por una dura práctica del antifascismo en guerra abierta con el fascismo institucional y que, de forma diferente con respecto a otros componentes de la Autonomía, tuvo para ellos una centralidad indudable en el recorrido revolucionario. Si la política antifascista de los grupos persiguió en su mayoría la vía legal

¹⁵ Editorial de *Potere operaio*, número 50, septiembre de 1973.

de la puesta fuera de la ley del partido de extrema derecha MSI (Movimiento Social Italiano), intentando repetir el éxito de la consulta sobre el divorcio del año 1974, la práctica de los Volsci y en general de la Autonomía fue exclusivamente la de la acción directa contra las sedes y los militantes fascistas que, especialmente en Roma, siempre tuvieron —y aún siguen teniendo— un fuerte arraigo. Conviene no olvidar que, en Italia, esos son los años de la «estrategia de la tensión», los años en los que las bombas fascistas estallan en Milán, en Brescia o en los trenes que llevan a los inmigrantes, colocadas de forma encubierta por los cuerpos del Estado, y que son los años en los que los fascistas se constituyen en brazo armado de la reacción contra los estudiantes y los obreros comunistas. También en Padua, las primeras acciones de relevancia de los emergentes Colectivos Políticos Vénetos para el Poder Obrero, con las cuales conquistarán una cierta hegemonía política en esa región, tendrán como objetivo arrasar *en la práctica* la presencia fascista: «pocas palabras, palos muchos». De todas formas, tomada en su conjunto, la lucha contra los fascistas fue un motivo «menor» para la Autonomía; a nivel político-militar siempre privilegió lo que creía efectivamente como la cuestión central, es decir, el monopolio de la violencia legítima ejercido por el Estado.

Muchos han creído poder explicar la radicalización violenta del Movimiento, por una parte, y el paso a la lucha armada de muchos militantes, por otra, como una reacción a la «estrategia de la tensión», a las «tramas negras» que se iniciaron con la bomba de Piazza Fontana en Milán el año 1969 y la consiguiente necesidad de responder a una posible deriva autoritaria del Estado pero, aunque estos acontecimientos hayan determinado una aceleración, no se trata de una explicación convincente. Este fue sólo uno, a pesar de su importancia, de los distintos hilos rojos que se anudaban de forma salvaje en el Movimiento. De todos modos, la violencia del enfrentamiento estaba *en las cosas*: a la radicalización de los instrumentos de represión del Estado y del contraataque capitalista correspondía, independientemente de las tramas fascistas, una estrategia revolucionaria, tanto del Movimiento como de sus componentes organizados. La dureza del enfrentamiento era intrínseca al *cambio de época* que se estaba afirmando y ambas partes, Movimiento y Estado, procedieron rápidamente a arreglar cuentas. En este terreno debe decirse y afirmarse una verdad fundamental: *todos*, en el Movimiento, pensaban en cómo hacer la revolución y *todos* sabían que nunca podría ser un almuerzo de gala. Dicho esto, es igualmente cierto que las diferencias fueron muchas, y no de poca importancia,

sobre *cómo* afrontar la cuestión militar. Según Emilio Quadrelli, que ha dedicado un estudio a la cuestión, el *cómo* de la Autonomía fue en términos formales bastante «ortodoxo» porque previó, como siempre ha ocurrido en la tradición comunista, una distinción entre el terreno legal y el terreno ilegal, en el que el carácter principalmente político del primero nunca fue puesto en discusión, al tiempo que las acciones armadas funcionaron siempre y únicamente como «soporte para reforzar y aplanar el camino a la iniciativa política que, a partir de las “bases rojas”, tenía que socializarse en el territorio».¹⁶ La explicación de Quadrelli tiene seguramente muchas razones pero a mí me parece que no refleja, por su excesiva «formalización», un mundo en continuo movimiento, donde también la cuestión militar estaba atravesada y atravesaba a su vez *todos* los niveles de la lucha, lo que significa que justamente porque la lucha armada estaba *subordinada* a la forma de vida, aquella adquiría a su vez su carácter, impidiéndole así convertirse en una dimensión «separada». La elección de las Brigate Rosse fue, en cambio, la de una unificación del nivel político con el militar, pero sobre todo fue la de dar a la lucha armada un significado político absoluto —lo que, en este caso, daba forma totalmente a la manera de vivir de los militantes, separándolos del resto. Con el paso del tiempo, esto llevó a las BR a una incompreensión cada vez mayor de las dinámicas del Movimiento, y a la búsqueda de un enfrentamiento «simétrico» con el Estado que no podían sino perder. Mientras el movimiento autónomo fue fuerte y amplio, la iniciativa de grupos como las Brigate Rosse fue minoritaria en la sociedad italiana, pero inmediatamente después, cuando el Movimiento se debilitó, titubeó, estuvo inseguro o no tuvo un respiro estratégico suficiente, la opción hiperleninista de la autonomía de lo político (tanto en sentido armado como institucional) se adueñó rápidamente del «escenario».

En cualquier caso, fueron los colectivos autónomos relacionados con Via dei Volsci y la revista *Rivolta di Classe* quienes, entre los años 1973 y 1975, dieron pie a una impresionante serie de luchas en los barrios populares romanos, con ocupaciones de casas y autorreducciones masivas de la factura eléctrica, de gas, agua y teléfono.

¹⁶ E. Quadrelli, *Autonomia Operaia. Scienza della politica e arte della guerra dal '68 ai movimenti globali*, Rimini, Nda Press, 2008.

Las luchas por la ocupación de las viviendas en el barrio de San Basilio, en el mes de septiembre de 1973, tomó la forma de una insurrección popular, a la que se le dedicó una famosa canción de lucha y en la cual perdió la vida el joven militante Fabrizio Ceruso. Estamos hablando de conflictos con grandes números: por lo menos se ocuparon 3.000 casas, y las autorreducciones fueron aproximadamente 25.000. Todas las luchas practicaron la autodefensa: en lo que concernía a la corriente eléctrica se hacían piquetes en los contadores centralizados a los que se adherían también los obreros encargados de la desconexión; en el caso de la telefonía cuando se ordenaban las desconexiones forzadas intervenían compañeros que, como forma de presión, desconectaban las líneas institucionales e industriales o las de los barrios burgueses, o bien hacían volar las centralitas telefónicas. Finalmente se conquistó una «banda social» de servicios a precios políticos. Los Volschi inventaron así la noción de «zona proletaria» —mientras que en el Véneto prefirieron el término «zonas homogéneas»— para indicar los territorios en los que estaba vigente un contrapoder efectivo. A partir de 1974, colaborarían durante dos años con el periódico *Rosso*, que tenía su sede en Milán. Es interesante considerar la diferencia de concepción que puede detectarse en la distinta formulación de zonas proletarias y zonas homogéneas: si las primeras indicaban territorios en los que la propia forma de vida proletaria marcaba su valor político y los niveles de organización estaban subordinados a la misma, la homogeneidad en los territorios vénetos se debía en cambio principalmente al nivel de organización que, a través de un modelo neoleninista, donde el «partido» era de alguna forma externo a las formas de vida; al tiempo que perseguía las transformaciones de la composición social, les superponía su propia forma política. De manera más convincente e interesante para hoy en día, en otros territorios, como Milán o Bolonia, las dos dimensiones, la de inventar y compartir una forma de vida, y la de la organización, se harán indistinguibles en la práctica política autónoma. Esta última fue, por otra parte, la opción estratégica mayoritaria en el Movimiento de 1977.

Las luchas de las autorreducciones y las ocupaciones dieron un *ritmo* y una *forma* peculiar a la Autonomía, lo que le permitió distinguirse rápidamente de la política de los grupos. En Turín las autorreducciones empezaron en los medios públicos de transporte, luego fueron apoyadas incluso por el sindicato; una lucha que se reproduciría inmediatamente en muchas otras partes de Italia, empezando por el Véneto, donde la movilidad de obreros y estudiantes desde los pueblos hacia las ciudades y los grandes centros industriales era

enorme. También ahí se llevaron a cabo autorreducciones de luz y teléfono: en toda la región del Piamonte los autorreductores fueron más de 150.000. En Milán los colectivos autónomos empezaron a desplazarse a un terreno más ofensivo que el de las autorreducciones, realizando expropiaciones en los supermercados.

La novela autobiográfica *Insurrezione* de Paolo Pozzi, jefe de redacción de *Rosso* en aquella época cuenta magistralmente la historia de las expropiaciones de Milán, a partir de la de 1974 en los supermercados de Quarto Oggiaro y de Via Padova. Además de ofrecernos una narración original, nos hace apreciar también los aspectos «técnicos»: «Mientras la mayoría de los expropiadores se adueñaba de las mercancías, un grupo se encargaba de cortar los cables del teléfono de la tienda y otro esperaba afuera, armado con cócteles molotov, en caso de que se acercaran coches de la policía y se necesitara cubrir la salida de los compañeros».¹⁷ Sin embargo, la autonomía no cogía sólo pasta, carne y aceite, como querían los marxistas-leninistas, sino también whisky, caviar, salmón y todas aquellas mercancías de lujo que según una moral compartida, también por los grupos, no *pertenecían o no tenían que pertenecer* a la vida proletaria. Las expropiaciones, la «reapropiación» en el sentido practicado por los autónomos, no era de hecho una mera acción de alto significado político-social: apelaba a una riqueza al fin compartida, a la necesidad que se destruía en el desplegarse del deseo, a recuperar por la fuerza un poco de aquella fuerza que el capital les quitaba todos los días; la noche, después de la expropiación, se festejaba compartiendo caviar y champán francés: apropiarse de la mercancía aniquilaba su maléfico poder simbólico. Era una indicación práctica de lo que significaba actuar en el terreno social sin mediaciones, de cuán poderosa era la ilegalidad cuando se ejercitaba el comunismo y, finalmente, del derecho a disfrutar la vida aquí y ahora sin esperar el «sol del porvenir». Además implicaba una reelaboración de la señal que salía de las luchas obreras: *de la reivindicación a la apropiación*. En definitiva, era un elemento importante sobre cómo pensar y vivir el devenir-revolucionario contra el porvenir de la revolución, para decirlo con Gilles Deleuze. Por eso la *expropiación* se convirtió rápidamente en una especie de «marca de fábrica» de la Autonomía. También en 1974, en Milán y luego en Roma, la agitación de grupos cercanos a revistas post-situacionistas como *Puzz* y *Gatti selvaggi* dio lugar a los primeros

¹⁷ P. Pozzi, *Insurrezione*, Roma, DeriveApprodi, 2007.

enfrentamientos violentos para entrar gratis a los conciertos de rock o, simplemente, para boicotarlos: también la contracultura estaba dentro ya del paradigma de la subversión.

Fueron muchas las acusaciones de «subjetivismo» y «espontaneísmo» dirigidas contra los autónomos por aquellas primeras acciones de expropiación, pero cuando poco después se convirtieron en comportamiento de grandes grupos de proletarios, aparecieron como lo que eran: una intuición, una anticipación, una profecía a corto plazo, que tal vez ha sido siempre la virtud y al mismo tiempo la maldición de la Autonomía. Su «extremismo» se agotaba en eso, en la capacidad de percibir el devenir del deseo colectivo, la aparición de nuevos comportamientos de subversión y el hecho de darles forma de organización, es decir, la fuerza para determinarse colectivamente. Expropiaciones, autorreducciones, ocupaciones, destrucciones y reapropiaciones se convirtieron rápidamente en un virus que se autorreproducía en toda Italia, abriendo una temporada en la que la existencia de un «dualismo de poder» dentro de la República apareció como un hecho. El conjunto de todas aquellas acciones, que de una parte reestructuraban la sociedad, reapropiándose directamente de la riqueza social, y de otra desestabilizaban el mando, atacándolo repetidas veces en las plazas, reveló la emergencia de lo que sin forzar demasiado puede definirse como el *partido de la autonomía*, cuya forma no estaba contenida en ningún organigrama burocrático y que consistía en aquello que la transformación revolucionaria de la vida misma imprimía en el territorio, en los cuerpos, en el lenguaje: una forma de vida que coincidía con su forma de organización política y que de esta forma desestabilizaba el estado de cosas presentes.

Mientras tanto las asambleas y los comités obreros autónomos de distintos polos industriales empezaron a organizarse para coordinarse entre sí.

El primer encuentro de la llamada *Autonomía obrera organizada* se llevó a cabo en el mes de marzo de 1973 en Bolonia y reunió las asambleas y los comités obreros autónomos de Milán, Porto Marghera, Nápoles, Turín, Génova, Florencia, Ferrara y Roma. Por supuesto no hay que pensar que todos los participantes en estas asambleas fueran obreros; había muchos que hacían otra cosa completamente distinta como profesión o que habían dedicado su existencia solamente a la militancia.

Sin embargo, al menos para una cierta parte de la Autonomía, la «cuestión obrera» estuvo durante mucho tiempo en el centro del deseo alrededor del cual giraba todo lo demás. Y eso a pesar de que el «partido de Mirafiori» y el nacimiento de mil otras experiencias de lucha hubieran decretado el fin del obrero y de la fábrica como sujeto y territorio exclusivo de la revolución. Esta había sido la obra de todas las minorías, de todas las «singularidades cualquiera», de todas aquellas autonomías para las cuales ahora ya era algo incomprensible someterse tanto a una «dirección obrera» como a la de cualquier Sujeto. Se hubiera tenido que intentar una especie de mediación ofensiva entre la «línea obrera» y la «línea de las autonomías», la cual, sin embargo, a pesar de los esfuerzos, nunca se encontró realmente. Al contrario, esta diferencia de sensibilidad fue una de las que más pesó en las divisiones que se produjeron en el Movimiento después de que llegara a la cima del proceso insurreccional.

En el sur de Italia, especialmente en Nápoles y luego en Calabria, en Basilicata, en Sicilia, en Cerdeña y en Apulia, la Autonomía adquirió todavía otro rostro. Dejando de lado algunos grandes polos industriales, la estructura económica del sur era muy diferente de las de otras regiones italianas, especialmente del norte, donde la clase obrera siempre había tenido una gran importancia y una larga tradición de luchas. En Nápoles, en los Comités de Barrio, además de los colectivos de desempleados, existía una gran capa subproletaria a menudo relacionada con las actividades extralegales, como el contrabando de cigarrillos, lo que dio una característica peculiar al Movimiento, más atento que en otras partes a las revueltas en las cárceles, por ejemplo, y a la respuesta inmediata a las necesidades. En el imaginario autónomo la lucha en el mar, entre el contrabandista y la policía, se volvió un punto de referencia mucho más efectivo que las imágenes de lucha que fascinaban a los del norte. En regiones como Calabria o Lucania los colectivos autónomos estaban radicados en pequeños pueblos del campo, conectados con las grandes ciudades del centro y del norte de Italia debido la emigración estudiantil y obrera. De hecho, en lugar de las figuras clásicas del movimiento obrero, las referencias mítico históricas de los autónomos calabreses eran los «bandidos» del campo que habían desatado la guerrilla contra los piamonteses en la época de la unificación de Italia:

Autonomía proletaria calabresa es la historia del bandolerismo, son las revueltas campesinas, la ocupación de tierras, la lucha por el puesto de trabajo, la emigración a todos los lugares del mundo, el odio eterno contra el Estado y sus representantes, contra la justicia y sus fieles administradores, contra los marqueses y los barones latifundistas dueños de la vida de los campesinos, las miles de revueltas violentas, sangrientas, destructoras, los actos de exasperación salvajes, absurdos e incomprensibles para el buen periodismo liberal, de un pueblo expropiado de todo, de su tierra, de su cultura.¹⁸

Para ellos las cosas no parecían tan distintas a las de cien años atrás: «Antes los piemonteses eran los portadores de la civilización, ahora son compradores de casas turísticas».¹⁹ En ciudades como Nápoles y Bari, muchos de los militantes autónomos procedían de los sectores de marginación subproletaria: gente de modales rudos que se mezclaba alegremente con los estudiantes que entraban en colisión con las formas de vida impuestas por el capital metropolitano. La Autonomía rompió de esta manera incluso con el tabú presente desde siempre en la tradición comunista acerca del *lumpenproletariat*, que participó así en las luchas aportando entre otras cosas un conocimiento de las conductas ilegales que se reveló precioso. De todos modos, no hay que subestimar las luchas obreras que se desataron en los grandes polos industriales como la fábrica Italsider de Tarento, la fábrica química de Porto Torres en Cerdeña o las de las fábricas de Cassino así como algunas más: una masa enorme de sabotajes, huelgas salvajes y comportamientos anti-productivos se abatieron también sobre estas «catedrales en el desierto» que no tenían otro significado que el ejercicio violento del mando capitalista sobre una población atávicamente resistente al trabajo asalariado y con una gran sabiduría del movimiento del valor de uso. Fueron además especialmente importantes los estudiantes proletarizados, particularmente los estudiantes de las universidades que no eran de aquellas ciudades y que constituyeron una de las fuerzas más importantes de la Autonomía, difundida entre las capitales del sur y del centro-norte, porque «en la universidad la figura de estos estudiantes, del “nómada”, es ejemplar de una condición material de tipo proletario —comer en el comedor, vivir a precios exorbitantes en pequeñas pensiones o habitaciones de alquiler— que, debido a algunas características, recuerda

¹⁸ *Mo' basta! Aizammì a capa*. Revista de la autonomía proletaria calabresa, octubre de 1976.

¹⁹ F. Cirillo, «Mo' basta» en *Gli Autonomi I*, Roma, DeriveApprodi, 2007.

la oleada de los inmigrantes meridionales hacia Turín y Milán [...]. De hecho, estos estudiantes no expresan sólo dificultades materiales, sino también un extrañamiento frente a la norma social de la ciudad-punto de llegada».²⁰ No creo estar muy lejos de la verdad al afirmar que la insurrección boloñesa que se produjo en 1977 fue en gran parte obra de estos estudiantes procedentes del sur de Italia.

En 1974, por tanto, la Autonomía es una minoría ruidosa y extendida por todo el territorio nacional con la cual *todos* habrían tenido que pasar cuentas.

Al ataque: las jornadas de abril

Lo pagaréis caro, lo pagaréis todo.

Consigna de la Autonomía.

Si Turín y la FIAT habían sido hasta entonces el territorio y el lugar principal y dentro del cual todos los grupos y militantes leían el presente, entre 1974 y 1976 Milán fue la metrópoli donde se concentraron las experiencias autónomas más significativas. A Milán fue donde, a comienzos de la década de 1970, después de una enésima «intuición», se trasladaron Toni Negri y Oreste Scalzone, y con ellos muchos militantes del área de la Autonomía, donde lograron fundir felizmente otras experiencias locales en los nuevos organismos autónomos.

Es ahí donde nacieron los periódicos autónomos más importantes a nivel nacional: entre ellos *Rosso* y *Senza tregua*. Es en Milán donde nacieron los Circoli del Proletariato Giovanile. Es ahí también donde a partir del Collettivo Politico Metropolitano y luego de Sinistra Proletaria nacieron las Brigate Rosse y, luego, a finales de la década, Prima Linea, una organización combatiente que nació *en el* Movimiento.

En definitiva, Milán se convirtió en un cortísimo plazo de tiempo en un territorio en el que todas las intensidades revolucionarias del periodo se concentraron y se desplegaron, la metrópoli contra la que se desató una guerra total, el conglomerado de poder que la Autonomía tenía que romper.

²⁰ Oreste Scalzone, *Biennio Rosso. Figure e passaggi di una stagione rivoluzionaria*, Milán, Sugarco, 1988.

No es que la Turín obrera perdiera toda su importancia, pero se relativizaba con el descubrimiento de otros terrenos de lucha, de otros «sujetos» en disgregación que llenaron las periferias de la metrópoli milanesa; la que, pomposamente, fue llamada la «capital moral de Italia», la ciudad donde la cultura de izquierda de los Strelher era la joya de la corona de la burguesía y donde reside el periódico más importante del país, el *Corriere della Sera*. La ciudad donde la transformación en curso del modo de producción —de fordista a postfordista, como se diría luego— era más evidente y violenta. Y la Autonomía no tardó en identificarse en este escenario de película del Oeste, volviendo a proponer la historia siempre nueva de Pat Garret y Billy the Kid, donde el primero fue protagonizado por la izquierda más institucional y el segundo por los colectivos más salvajes. El terreno de la lucha metropolitana, de la construcción de bases rojas y de la apropiación directa era impostergradable. Por otra parte, es en aquellos años cuando Lotta Continua, fortalecía su presencia de masas especialmente en Turín y en Milán y lanzó con una intuición extraordinaria la consigna «¡Tomemos la ciudad!».

En 1974 se llevó a cabo en Milán la primera acción armada de sabotaje por parte de un comando de la Autonomía vinculado con la experiencia de *Rosso* que, mientras tanto, se había convertido en el «periódico dentro del movimiento», después de haber sido la cabecera de un grupo marxista-leninista que contaba entre sus militantes con varios intelectuales destinados a tener una carrera brillante, como Giovanni Arrighi, conocido en el mundo por su trabajo sobre los ciclos capitalistas,²¹ y que luego se fundió con el grupo de autónomos que se había constituido alrededor de Toni Negri, Franco Tommei, Gianfranco Pancino, Paolo Pozzi y otros militantes procedentes de distintas experiencias. La acción golpeó los depósitos donde se almacenaban las mercancías acabadas de Face Standard, una fábrica relacionada con la multinacional ITT, en la que la presencia de la autonomía era muy fuerte. En la octavilla de reivindicación, firmada «Nunca más sin fusil — Sin tregua por el comunismo», además de a las cuestiones locales se hacía referencia al papel de la ITT en el golpe de Estado chileno. Los daños se contabilizaron en miles de millones de liras.

²¹ G. Arrighi, *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 1999.

A diferencia de las Brigate Rosse, organización clandestina que reivindicaba con orgullo de partido todas sus acciones, aun minúsculas, desde un comienzo la mayoría de las acciones de los comandos autónomos fueron firmadas con nombres provisionales, a menudo válidos sólo para una ocasión o durante la duración de una «campana» o de una «fase»; nombres que, si por un lado, indicaban la «posición» desde donde surgían las acciones, por otro, señalaban una cosa muy importante para comprender la Autonomía: no habían podido proceder de otra manera, considerando que nunca existió una organización centralizada llamada Autonomía según el modelo bolchevique, sino una *constelación* de colectivos, de revistas, de comités y de singularidades que se reconocía en ese paradigma de la subversión. Además, como afirmaba un párrafo del primer documento nacional de la Autonomía que concluía el encuentro de Bolonia, ninguna acción directa debía golpear nunca por encima de las fuerzas efectivas del Movimiento —la regla incluía tanto el nivel ofensivo como el defensivo; una sensibilidad, es cierto, diferente de la propia de las BR que, en cambio, a partir de un determinado momento intentaron siempre superar esos niveles de fuerza a través de su voluntarismo, poniéndose en una posición objetiva de exterioridad con respecto al Movimiento. Entre la Autonomía y todas las formaciones de la lucha armada hubo siempre contactos y relaciones, tanto políticas como personales; eso está fuera de toda duda. También es cierto que los colectivos y los comités autónomos se equiparon con el tiempo de estructuras armadas para llevar a cabo acciones que tenían el objetivo de forzar las situaciones de lucha. Sin embargo, el elemento discriminante era claro: de una parte un proyecto de lucha armada, el de las Brigate Rosse, encargado a núcleos clandestinos sometidos a una dirección de partido que, en la tradición marxista-leninista más pura, habrían tenido que tomar el poder con la instauración de un Estado Obrero; de la otra una estrategia de guerra civil de larga duración que contaba con la ampliación y la profundización de la independencia proletaria, con el fin de desatar movimientos insurreccionales para *disolver el poder del Estado*, se llamara o no obrero. La polémica, explícita y a menudo áspera, entre Autonomía y organizaciones clandestinas, data ya de aquel año aunque, hecho importante, la solidaridad militante hacia los presos políticos relacionados con las formaciones combatientes clandestinas nunca desapareció y sus comunicados fueron siempre publicados por las distintas revistas del área. Seguramente hubo algunos componentes de la Autonomía más sensibles al llamamiento de la lucha armada según el modelo de las BR. Sin embargo, como ya se ha señalado, la

estrategia global divergió en un punto importante, que no se refería al uso de la violencia en sí —al contrario, hasta los años 1976-1977 puede decirse que el uso de la violencia por parte de la Autonomía fue mucho más amplio que el de las BR, aunque de calidad muy distinta—, sino a si era expresión de los niveles de fuerza acumulados en el conflicto y por lo tanto en la crítica de la acción ejemplar llevada adelante por una vanguardia externa: para los autónomos toda acción directa tenía que ser la expresión de un deseo que vivía en la clase, pero también tenía que ser adecuada a sus niveles de potencia organizativa en ese momento. Por lo tanto se trataba siempre de la acción de una vanguardia *interna* y no, como querían las BR, de una forma de «delegar proletario» a favor de las vanguardias externas. Sólo eso, su carácter interno a las dinámicas globales de lucha, podía legitimar una línea de «combate» en el contexto del Movimiento; como fue el caso de la acción en Face Standard que todos, obreros y militantes, miraron con explícita simpatía. Las que a algunos les parecieron a veces «acciones forzadas», si no «provocaciones» de la Autonomía, no eran otra cosa que franquear los obstáculos que el Movimiento se encontraba ante sí. *Obstáculos externos e internos, materiales y mentales*. Asimismo, había una cosa fundamental: la Autonomía no quiso ni hubiera podido renunciar a su actividad pública —con sus sedes, sus revistas, sus radios, la riqueza de las relaciones de sus compañeros y de sus compañeras— es decir, a su estar dentro de los procesos de descomposición y recomposición del Movimiento, para retirarse a una dimensión de clandestinidad que habría negado su sentido y su misma potencia. Oreste Scalzone, al final de los años setenta, resumió muy bien esta diferencia, subrayando negativamente la «unidimensionalidad» del *luchaarmadismo*, su construcción infeliz de «comunidades ilusorias» en relación con la multiplicidad de centros subversivos de la transversalidad del Movimiento.²² La polémica quedó, no obstante, reducida a la confrontación interna al movimiento revolucionario, al menos hasta finales de la década, cuando, después del secuestro del presidente de la Democracia Cristiana, Aldo Moro, por parte de las BR, la ruptura se hizo en cambio dura. Hubo quien—pienso ante todo en el trabajo de la revista *Metropoli*— intentará desesperadamente construir una línea de fuga «posible», propuestas operativas o de razonamiento que logaran recoser tanto desgarrar, pero a esas alturas la máquina del Estado puso punto final a todo.

²² «Ricchezza e miseria del caso italiano», *preprint*, núm. 2, 1979, suplemento de *Metropoli*.

En Milán, Potere Operaio nunca tuvo un gran seguimiento; los de Lotta Continua eran decididamente más numerosos; después de 1968, especialmente en las universidades y en los colegios la hegemonía era de los estalinistas del Movimiento Estudiantil y de los militantes de Vanguardia Obrera que tenían una gran presencia incluso en las fábricas. Luego estaban todos los círculos contraculturales, que a comienzos de la década de 1970, se expresaron a través de revistas como *Muzak* y *Re Nudo* y que durante cierto periodo se unieron con el área de la Autonomía, especialmente a través de la colaboración de Gianfranco Manfredi, el artista que escribió la canción más significativa de aquel periodo y de ese área, *Ma chi ha detto che non c'è*.

Last but not least estaban las fábricas, donde la situación estaba fermentando. En la Alfa Romeo, en Sit-Siemens, en Marelli, en IBM, en Pirelli, en Breda, en Carlo Erba y en todo el cinturón industrial, muchos trabajadores que hasta ese momento se habían comprometido con la izquierda sindical pasaron a las filas de la Autonomía o de las Brigate Rosse. Los grupos más inteligentes, como el Grupo Gramsci, comprendieron inmediatamente que la línea política llevada adelante hasta ese momento estaba «a la derecha», o mejor dicho, atrasada con respecto a lo que los movimientos de lucha estaban expresando. Por esta razón decidieron disolverse y confluír en el área de la Autonomía. Los Colectivos Políticos Obreros y los Estudiantiles del Gramsci, junto a los Comités Unitarios de Base más radicales y a los Colectivos obreros de Lotta Continua presentes en fábricas importantes como Magneti Marelli, donde cobró vida *Senza Tregua* con los Comités comunistas para el poder obrero, constituyeron la base de apoyo inicial de la expansión molecular de las prácticas autónomas en Milán y de ahí a toda Lombardía; finalmente llegarían a cubrir todo el territorio nacional.

Sin embargo, también empezaron a aparecer otras figuras de explotadas y explotados que ya no tenían ganas de ser pasivos con respecto a la reestructuración de la sociedad por parte del capital. Es el caso de las empleadas de los grandes almacenes que empezaron a reflexionar sobre qué mierda de trabajo era el suyo, en el que por contrato siempre tenían que «sonreír» a todo el mundo, anticipándose en muchos años y con una mirada mucho más crítica y combativa a los análisis postmodernos sobre los «afectos puestos a trabajar», o los docentes de las escuelas desclasados como proletariado intelectual, o también los técnicos industriales para los cuales la alta capacitación obtenida a menudo con grandes sacrificios se correspondía con un trabajo de mierda,

descualificado y aburrido. También los estudiantes, que comenzaron a pensar que no había una gran diferencia entre la escuela, la universidad y la fábrica y que, por lo tanto, las técnicas de lucha obrera podían y tenían que utilizarse en sus batallas: en el fondo no se necesitaba de un gran esfuerzo de imaginación para comprender la escuela como una fábrica, con sus tiempos, sus departamentos, sus ejecutivos y sus obreros. Sin embargo, durante los años 1968-1969 el fenómeno nuevo estaba constituido por los estudiantes que iban frente a las fábricas; ahora eran los obreros los que iban a encontrarse con todas las formas de vida subversivas que se manifestaban en la metrópoli. De estos encuentros nació una experimentación de vida mestiza, inteligente y caracterizada especialmente por una fuerza de contagio incontenible.

Precisamente en el ocaso de la fábrica y del obrero, ambos parecían estar en todas partes. Es el momento en el que dentro de la Autonomía se teorizó la «fábrica difusa» y el «obrero social». Negri esbozó la teoría del obrero social en su folleto *Proletari e Stato* de 1975: «La categoría “clase obrera” ha entrado en crisis, pero siguen produciéndose todos los efectos que en el terreno social la caracterizan como proletariado». ²³ Parecía casi que el proletariado estuviera recorriendo al revés el camino que lo había convertido en clase obrera, pero eso ocurría después de acumular una potencia enorme. De hecho, si hubo una gran mistificación en el marxismo-leninismo esta fue la de creer que la identidad de clase obrera no fuera algo contingente, lo que en Marx era algo muy claro, en cuanto a la forma insuperable de la encarnación histórico-política del proletariado. Sin embargo el proletariado, en su devenir comunismo, no posee ninguna identidad sustancial; al contrario, en las luchas expresa una negación continua de las identidades porque, en el interior de la sociedad capitalista, cada una de estas identidades no puede ser otra cosa que una figura de la explotación y de la «injusticia absoluta».

En cambio, los viejos obreristas como Tronti, fascinados por una hiperleninista «autonomía de lo político», sueñan con que la clase obrera, a través de las elecciones y la marcha en las instituciones, *se convierta* en Estado. Muy pronto el sueño se revelaría pesadilla, cumpliéndose como gestión paraestatal de la represión de los movimientos por parte del PCI, algo que parece una químera si se tiene en cuenta que en ese

²³ Republicado en *I libri del rogo*, Roma, DeriveApprodi, 2006 [ed. cast.: *Los libros de la autonomía obrera*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2004].

momento los Estados nacionales ya no poseían un poder autónomo y soberano con respecto a lo que en los últimos años, con matices distintos, se ha llamado imperio.

La teoría del obrero social, que estaba sustituyendo la declinante figura del obrero masa encontró en cambio una fuerte receptividad en la Autonomía, aunque a fin de cuentas no se logró considerar las profundas modificaciones intervenidas en el sector de la soberanía y, en parte, en la propia subjetividad antagonista. En definitiva, ¿quién era el obrero social? Un poco todos los que se habían sometido a la relación de producción, en el sentido de que el concepto se refería a una proletarización progresiva de masas debida a la socialización capitalista de la producción sobre el territorio, por lo tanto, a una incontrolable generalización de comportamientos proletarios, potencialmente revolucionarios, que empezaban a tener una cierta homogeneidad. Con el paso del tiempo, entraron subjetividades que nunca habían tenido un lugar en el análisis marxista, o si lo habían tenido fue en sentido negativo, como los desempleados, los «marginales» de todo tipo, las mujeres, los trabajadores del conocimiento, los estudiantes, las minorías sexuales, los subproletarios: todos los que de alguna manera salían «de la plebe», en los términos en los que la enunció Foucault, eran «obrero social». Sin embargo, la verdad era que aquellas capas de la plebe entraron en un devenir proletario, y no que todos, de forma indistinta, estuvieran convirtiéndose en «obreros»; al contrario, tal vez eran su negación en acto. En cualquier caso, la imagen del obrero social fue una imagen de victoria del proceso de recomposición proletaria dentro del espacio metropolitano, que empezaba a plantearse como el espacio productivo por excelencia: lo importante residía en no sustancializar lo que era un paradigma, una especie de «personaje conceptual». Algunos en cambio quisieron forzar el concepto en este sentido, viendo en este la exultante encarnación de nuevas «figuras productivas» —intelectuales, tecnológicas, comunicacionales— que en cada ocasión se convertían en los nuevos «sujetos revolucionarios», pero lo hicieron sin tener en cuenta la dimensión ideológica que, poco después, determinó el enrolamiento de aquellas «identidades» no en el ejército rojo, sino en el de Berlusconi: desde el obrero-masa al burgués-masa. Si hubo un vicio que se transmitió desde el obrerismo a algunos segmentos de la autonomía organizada y también posteriormente, este consistió en la hipóstasis de «sujetos», que de imágenes concretas de la técnica y de la producción se convirtieron en imágenes abstractas de las luchas, incluso cuando quizás ni siquiera había luchas, como ha ocurrido también cuando esos sujetos

mismos constituyeron la locomotora de la reestructuración capitalista sin expresar ningún nivel de antagonismo. Creo que el vicio recae en la poca o nula consideración otorgada al dato que demuestra que la determinación política no depende mecánicamente de la determinación tecnológica —si ya «soviets más electrificación» no hicieron el comunismo, imaginémosnos la informática sin los soviets y ni siquiera las luchas: a menudo los saltos de la tecnología son una *conditio sine qua non*, pero sin la carga de una dimensión ética es imposible alcanzar un nivel de fuerza tal, es decir de autonomía, que permita llevar adelante la «ruptura». No obstante, tal vez la raíz de cualquier malentendido reside, todavía, en la testaruda búsqueda del «sujeto revolucionario» que en cada ocasión, guiado claramente por una vanguardia, tiene que arrastrar el proceso revolucionario, cuando, en cambio, entrega puntualmente a los movimientos a una derrota carbonizante.

No obstante, las cosas para el Movimiento de la década de 1970 nunca fueron mecánicas y seguramente no bastaba ampliar cuantitativamente las figuras y los territorios del trabajo para producir una reubicación de las luchas; había que dar un salto cualitativo enorme que correspondiera no a una recualificación de las viejas luchas y de los viejos sujetos en una nueva salsa, sino a una ruptura que permitiera el reconocimiento de una nueva *realidad ética metropolitana* en la que ya no había lugar para las letanías marxista-leninistas o para el anarquismo de antaño. La cuestión volvía a ser, *y sigue siendo, de un lado, cómo conseguir que las nuevas figuras sociales, que crecían dentro de y contra el desarrollo, rechazaran y destruyeran no sólo al capital sino a sí mismas como parte del capital, es decir rehusaran a ser sujetos, reubicando de esta forma todo el conjunto de las luchas y, de otra parte, cuestión fundamental, cómo construir una organización de las autonomías que pudiera asumir el choque contra los aparatos del Estado*. Ya no se trataba, como quería el obrerismo, de luchar «dentro y contra», era la hora del «fuera y contra». En 1977 se intentó dar el salto.

Durante 1974, se armaron las infraestructuras autónomas que tenían que servir no sólo para la coordinación entre los distintos colectivos, sino como instrumentos de reflexión común y de agitación en el entramado de la metrópoli. Resultaron fundamentales los periódicos y las revistas más influyentes como *Rosso*, además de las menores como *Puzz*. Estas experiencias editoriales removieron los planteamientos gráficos de la comunicación antagonista y, especialmente, hicieron surgir

las nuevas formas en las que se expresaban las vidas en revuelta, yendo muy a menudo contra el sentido común generalizado entre los cuadros obreros o los militantes más ancianos o, simplemente, más moralistas.

La «crítica de la cultura», por otra parte, no fue en absoluto un elemento marginal para los autónomos y, en general, para el Movimiento. Antes de nada era crítica a la cultura *en cuanto tal*, como había escrito Mario Tronti diez años antes, porque la misma ya no era otra cosa que una función de mediación y conservación de la relación social capitalista; luego también fue crítica al intelectual *en cuanto tal*, ya que éste no podía ser otra cosa que el funcionario de esta mediación, enemiga con respecto a la clase; por tanto: «Crítica de la cultura quiere decir *rechazo a convertirse en intelectuales*. Teoría de la revolución quiere decir práctica directa de la lucha de clase».²⁴ Las viejas fórmulas humanistas del marxismo italiano o incluso sus intentos de modernización ya no tenían sentido ni fuerza, porque el Sujeto había muerto, el Trabajo había muerto, el Futuro había muerto. Como escriben Sergio Bianchi y Lanfranco Caminiti, en cambio, para los autónomos: «Existía atracción por las grandes corrientes artísticas de comienzos del siglo XX europeo, aquel pensamiento sin cualidad, negativo. Lo que había sido excesivo, provocador, inmediato y sin futuro. Lo que podía tener sólo un valor de uso».²⁵ La hegemonía, quizás lograda colocando hombres propios en las instituciones de la cultura, en los diarios y en la televisión, es decir la vieja bandera y práctica del PCI —cuentan los dos autónomos— les importaba menos que nada; a ellos les interesaba la cultura de los comportamientos: no era importante el consenso, sino las formas de vida. Hay que decir que en fechas más recientes, en el movimiento anti-globalización, este motivo de la hegemonía y del consenso ha fascinado durante un cierto periodo a muchos militantes, resultando al final en una trampa en tanto que, como siempre, se trata de una operación que resta potencia al conflicto para concentrarse en la representación de una opinión pública inefable, convirtiéndose de esta forma en «espectáculo», al tiempo que se ponen entre paréntesis las formas de vida ocupándose en cambio, hasta lo ridículo, en la construcción de un orden del discurso mediático: de otra parte, la pequeña burguesía nunca dejó de buscar una colocación nueva y rentable para sí misma. Repensar la hegemonía no como producción de opinión pública sino

²⁴ M. Tronti, *Operai e Capitale*, Roma, DeriveApprodi, 2006 [1966] [ed. cast.: *Obreros y capital*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2001].

²⁵ «Un pianoforte sulle barricate» en *Gli Autonomi III*, Roma, DeriveApprodi, 2008.

como práctica social que se convierte en sentido común generalizado que, a su vez, produce nuevas prácticas de lucha fue una característica de la Autonomía que, tal vez, convendría reconsiderar en nuestros días, en el momento de máxima extensión de la hegemonía liberal del individuo demócrata que se libra contra toda forma de colectividad concreta, contra cualquier «nosotros», contra cualquier «común» que aparezca en el presente.

Las sedes de la Autonomía fueron, por lo general, la espacialización de lo que era el nivel de insubordinación en los barrios urbanos y en los pueblos pequeños, donde el Movimiento no dejaba de crecer en extensión e intensidad. Muchas de las sedes «oficiales» de las distintas tendencias autónomas no estaban encerradas sobre sí mismas, sino que se abrían al *uso común* de las muchas experiencias de lucha que nacían en la metrópoli difusa, y esta colectivización fue practicada hasta el final, asumiendo incluso los riesgos que suponía. Además estaban los pisos colectivos, grandes laboratorios de luchas, amores y amistades que reforzaron el tejido ético del Movimiento. Pero será especialmente en las *plazas* donde los flujos de la subversión encontrarán su punto de densificación. En toda Italia, las plazas, especialmente las situadas cerca de las universidades, se convirtieron durante un tiempo en «territorios liberados» y autodefendidos, dentro de los cuales los distintos colectivos y los individuos socializaban sus deseos y sus comportamientos. Plazas en las que la gente se organizaba y además donde se hablaba, se sonreía, se peleaba, donde se vivía colectivamente no el sueño de otro mundo posible sino la realidad de un Movimiento que transformaba la vida diaria hora tras hora, sin esperar nada ni nadie. La topografía política metropolitana resultó completamente conmocionada por esta forma de apropiación masiva. Autonomía por tanto significaba también autonomía de los territorios, de los lugares, de los espacios. Era otro mundo, sí, pero con respecto a las plazas desertificadas, plastificadas e hipervigiladas que puntean las actuales metrópolis europeas.

En 1974, un movimiento contra la reforma de la escuela impulsada por el entonces ministro de Educación Malfatti movilizó a los estudiantes de educación secundaria, entre los cuales los colectivos autónomos empezaban a ser numerosos. Los autónomos quebraron de una vez por todas la clásica conducta «unitaria» y «pleiteante» de las luchas estudiantiles, moviéndose en cambio contra «la organización capitalista del estudio» y profundizando la modalidad obrera del conflicto. No porque sostuvieran el mito del obrero de manos callosas, decían, sino porque

intuían la posibilidad de masificar un comportamiento subversivo que desbordaba ya la fábrica. Al contrario, los colectivos autónomos escribían que frente a un futuro como obrero o como empleado preferían vivir, es decir, luchar; el rechazo del trabajo se convirtió entonces en «rechazo del colegio» (*Rosso*, 10 de febrero de 1974, número 8). Más que las asambleas de instituto, un ambiente dominado por los profesionales de los grupos, fueron los colectivos de curso, como los de sección en las fábricas, los microorganismos de contrapoder desde donde se lanzaron las luchas en los colegios, dos años después las propias asambleas generales cambiaron de «aspecto» —sonidos, imágenes, palabras y colores— gracias al uso autónomo que se hizo de las mismas.

En el mismo número de *Rosso* se publican artículos dedicados a la nueva legislación punitiva sobre el uso de las drogas y una página autogestionada por los militantes de FUORI (Frente Unitario de Homosexuales Revolucionarios Italianos), con un punto de entrevista «traumática» a un «obrero homosexual». No se trata, como podría parecer hoy, de crónicas normales y debates de una revista de izquierdas que no dan vida a ninguna discusión real, a ninguna transformación de la vida. Dentro de aquel movimiento de descomposición y recomposición que continuaba trabajando el área de la Autonomía aquellas páginas correspondían a la apertura de nuevos frentes de lucha, tanto externos como internos. Lucha contra la «sociedad de la represión», obviamente, pero también contra la represión interna de los grupos y de los ambiente de la extrema izquierda y, además, *hacer de cada comportamiento desviado un detonador social de la subversión*. Paolo Pozzi cuenta en *Insurrección* que, después de todo lo que costó que se aceptaran los artículos de las feministas y sobre las drogas, se necesitaron dos meses de discusión en los distintos colectivos vinculados a la revista para conseguir que se aceptara que hubiera una página autogestionada por los homosexuales; después de eso los autónomos romanos decidieron «distribuir *Rosso* tras haberle arrancado la página de los maricones». Autonomía como signo de escándalo, entonces, y de división, siempre.

Los colectivos autónomos no ocultaban su consistencia numérica todavía escasa, ni las diferencias que se manifestaban entre colectivo y colectivo, ciudad y ciudad, región y región, pero privilegiaban, con respecto a la «numerología» de los grupos o a la fascinación por la teoría pura, la profundización práctica y teórica de las luchas allí donde vivían, con su hacerse parte viva y vital del barrio, del colegio o de la fábrica, y sólo entonces llegaba la coordinación con otras situaciones afines, quizá

con ocasión de las manifestaciones o de las asambleas ciudadanas. En este contexto, la penetración de subjetividades heterogéneas dentro del tejido militante funcionó como un fuerte elemento de crisis que si para los grupos resultó fatal, para la Autonomía significó en cambio encontrar finalmente una dimensión adecuada a lo que era su devenir. A pesar de que con el paso de los años se obtuvo un gran crecimiento cuantitativo, nunca fue el mero número de militantes pertenecientes a una u otra formación lo que contó realmente en la expansión de la Autonomía, sino la capacidad que se tenía o no en tanto *área* o minoría de cambiar el signo de una manifestación, de una ocupación, de una fiesta o de cualquier evento que podía hacer crecer los niveles de fuerza y de intensidad del Movimiento. Así pues, en un evento de lucha, en las plazas, en las escuelas, en las fábricas, en las casas colectivas, era más importante la medida de cuántos y cuántas se «comportaban como autónomos», que su efectiva pertenencia formal a un colectivo o a un grupo más que a otro. Y si eso quería decir conquistar con violencia la posibilidad de expresión y de expansión, esta se practicaba sin grandes angustias, sino más bien con una dicha irresponsable. Una minoría, ciertamente, pero sin ninguna vocación minoritaria, ésta era la preciosa fórmula ético-política de la que la Autonomía mostró la potencia y que tenemos que atesorar.

Al leer los documentos y los artículos de aquel año 1974, todo el mundo denunciaba una «crisis del movimiento», estudiantes y obreros ya no participaban masivamente en las manifestaciones y en las asambleas, como si el extrañamiento blandido contra la organización del trabajo y del estudio concerniera ahora a la «política». Y en realidad así era. Estudiantes y obreros ya no podían con las autodenominadas «vanguardias» de los grupos, que secuestraban la acción política, separándola de la vida común y convirtiéndola en una actividad profesional de muy poca acometida, tanto sobre las subjetividades a las que habría tenido que dirigirse, como sobre las realidades objeto de las luchas. La «crítica de la política» en Italia no nace en la cabeza de algunos intelectuales, sino de las discusiones que los más jóvenes empezaban a llevar a cabo, a menudo al margen de las asambleas oficiales, sentados en las aceras de las periferias o en las plazas. Tampoco las luchas que se desarrollaron luego, por ejemplo sobre la «suficiencia garantizada» en las escuelas o el 27 [puntos sobre 30] político en las universidades, pueden comprenderse fuera de esta revuelta contra la política. A partir de aquellas discusiones,

de aquella crítica a las instituciones de la política, nació una nueva práctica de lo político; implicando al barrio, por ejemplo, o creando estructuras de base como los «ambulatorios rojos», los consultorios sexuales autogestionados y especialmente los centros juveniles liberados para compartir la vida más allá del tiempo escolar.

Crítica de la política no quería decir, por consiguiente, retirarse a la vida privada o en alguna comuna hippie, sino profundizar el ataque, exasperarlo y, al mismo tiempo, construir todas las infraestructuras que pudieran garantizar su continuidad y su ampliación. En la crítica de la política como separación de sí y de la posibilidad misma de transformar la realidad a partir de la propia situación de miseria, se encuentra quizá el sentido más verdadero de lo que se configuraba como autonomía difusa, o sea como capacidad individual y colectiva de dictar las condiciones materiales en las que una forma de vida rica en necesidades, «deseante», podía crecer sin medida.

Una nueva generación que imponía nuevos problemas y nuevas luchas empezaba así a pretender no la «atención» de todos los demás, sino su propia autonomía *no delegable y no representable* dentro del proceso de liberación general.

Conduciendo los asaltos de las jornadas de abril tal vez estuvieran quienes habían tenido experiencia ya en los grupos, militantes «expertos», de entre 22 y 25 años de edad; pero serán especialmente los *otros* muchachos, las feministas, los «maricones», la «chusma», los obreros absentistas, quienes protagonizarán las jornadas insurreccionales de 1975, cuando Milán se transformó durante tres días en el teatro de una guerrilla urbana sin antecedentes, inaugurando, con fuego, el ciclo de la Autonomía: «Son los que no habían hecho el '68, los que han aprendido la alegría de la lucha a través de las batallas de estos años: son los compañeros para quienes la lucha de apropiación y por el comunismo es una consigna inmediatamente activa».²⁶

En los meses anteriores, los grupos fascistas intensificaron sus ataques contra el Movimiento, los enfrentamientos se daban a diario y las armas de fuego se convirtieron rápidamente en una necesidad para la autodefensa de las manifestaciones y de la actividad política diaria. En Roma, el 28 de febrero un fascista griego murió durante un

²⁶ *Rosso*, número especial contra la represión, número 15, marzo-abril de 1975.

enfrentamiento armado con los compañeros del Movimiento. En Milán la tensión subió hasta que, el 16 de abril, los fascistas mataron a sangre fría a un jovencísimo militante, Claudio Varalli. La noche misma fue asaltado el lugar donde se imprimía una publicación que daba una versión distorsionada de los hechos. Al día siguiente fue invadida no solo por las manifestaciones procedentes de los colegios y de las fábricas de Milán, sino por todos los jóvenes procedentes de las periferias y de las provincias vecinas. Es la primera vez que aparece la nueva forma de combate que sería adoptada por las manifestaciones autónomas, una nueva táctica que por supuesto refleja una transformación política y subjetiva. Ya no existen sólo los cordones de los servicios de orden, bien reconocibles, separados del resto de manifestantes y con una función fundamentalmente defensiva, sino núcleos informales, móviles e indistinguibles que usan la manifestación «como “base roja” en el interior de la cual replegarse y confundirse después de haber llevado a cabo una acción».²⁷ Las manifestaciones perdían su carácter estático, para convertirse en expresión ofensiva de la forma guerrillera en multiplicación que ahora ya tenía que asumir la lucha en las metrópolis, esto es, reflejaban la vitalidad combatiente de los miles de hilos que componían el Movimiento: ¡el «rizoma» puede ser mucho más que una formulilla para postmodernos de paladar exquisito! *Todos* los participantes en la manifestación son ahora combatientes efectivos, aunque a niveles distintos. Las funciones defensivas se dejan a la mayoría de la manifestación, mientras que los comandos autónomos podían dedicarse a la ofensiva, atacando con mayor efectividad los objetivos previstos. Sea como sea, cayó por completo la dinámica de la «delegación» en los servicios de orden y, por lo tanto, en los grupos, de la gestión militar de la calle: la reapropiación de la violencia en las manifestaciones se convirtió en un hecho colectivo. Eso no significa que no hubiera niveles internos de organización de la fuerza en la Autonomía —por supuesto existían— pero actuaban en el contexto de un tejido común que no tenía ningún complejo en el ejercicio de funciones de ataque o de defensa activa. Cuando la Autonomía hablaba de «socialización de los comportamientos» se refería también y sobre todo a este género de cosas, fue una especie de pedagogía de masas que inició a una generación entera en el combate revolucionario. Por otra parte, es obvio que esta conmoción diera lugar a «ásperos» enfrentamientos entre la Autonomía y los distintos grupos políticos de extrema izquierda.

²⁷ Quadrelli, *Autonomia operaia...*, cit.

La manifestación milanesa del 17 de abril tuvo como objetivo principal la sede del MSI de via Mancini, alrededor de la cual se produjeron una serie de durísimos enfrentamientos con la policía y los carabinieri, y donde finalmente un gran grupo de compañeros logró entrar y tirar una lluvia de cócteles molotov dentro de la sede fascista. También fueron afectados bares, librerías, sedes de partidos políticos y de publicaciones de derecha, oficinas ejecutivas de empresas, una línea aérea española, la empresa de las casas populares y el despacho de un abogado fascista. La policía carga contra la manifestación lanzando a una velocidad loca sus camionetas, atropellando finalmente con una de estas, y matando, a otro compañero, Giannino Zibecchi. Por la noche, en Turín, un vigilante privado de derechas mató a un militante de Lotta Continua, Tonino Micciché, muy conocido por su compromiso en las ocupaciones. Durante la noche y durante todo el día siguiente, para el que se había proclamado huelga general, la guerrilla en Milán no para: llueven cócteles molotov en lugares de encuentro de fascistas y policías, en la casa de un senador, se destruye la oficina de otro abogado y diputado del MSI, se ataca la sede de Mondialpol (la sociedad de vigilancia privada para la que trabajaba el asesino de Micciché), se prende fuego y se arrasa la sede del sindicato de derecha Cisnal y dos del Partido Socialdemócrata. La noche siguiente, en Florencia, durante unos feroces enfrentamientos después de una manifestación antifascista, la policía asesina a un joven militante del PCI, Rodolfo Boschi. En todas las ciudades italianas se registraron en aquellos tres días explosiones organizadas de rabia, y a pesar de que los muertos pesaran sobre la lucidez, no se dejó de percibir el salto de cualidad que el Movimiento había realizado.

Así comentará *Rosso* aquellas jornadas, inaugurando de hecho la «nueva serie» del periódico:

Los patrones, el Estado, los reformistas no lo esperaban [...]. Y en cambio las cosas han ocurrido exactamente como estábamos repitiendo desde hacía años: la acumulación continua de la insubordinación autónoma del proletariado, el conjunto de los miles de comportamientos de violencia y de subversión [...] tenían que confluír en un *momento de ataque global, que como tal tuviera la capacidad de desplazar todos los términos de la lucha política en Italia* [...]. En via Mancini, durante los enfrentamientos, después de incendiar cada camioneta los compañeros se abrazaban felices [...]. Las masas, las nuevas generaciones, han demostrado que saben ver dónde está el fascismo: seguramente no donde

nos lo quieren mostrar, sino sobre todo en otras partes, en la policía, en todas las estructuras de los cuerpos separados del Estado, en el reformismo, en el terrorismo de la socialdemocracia y de las multinacionales [...]. Sin embargo, prestemos atención [...]. *Los aparatos represivos del Estado, bajo la guía de la DC, con la connivencia del PCI, saldrán reforzados por esta razón.*²⁸

²⁸ *Rosso*, número especial contra la represión, núm. 15, marzo-abril de 1975.



> Festival en Parco Lambro, Milán, 1976.

2. SEPAR/ACCIÓN, DESUBJETIVIZACIÓN Y «DICTADURA DE LAS NECESIDADES»: el obrero social, el feminismo, la homosexualidad, el proletariado juvenil y otros transversalismos (1975-1976)

Estado de emergencia

Contemporáneo es aquel que recibe en plena cara el haz de tinieblas que proviene de su época.

Giorgio Agamben, *¿Qué es lo contemporáneo?*

El 29 de abril de 1975 el último helicóptero estadounidense levantó el vuelo desde el tejado de la embajada estadounidense en Saigón. Al día siguiente el ejército comunista vietcong, tras una ofensiva de cincuenta días, ocupó la capital survietnamita poniendo fin a la presencia estadounidense en el sudeste asiático. El 17 de abril los jemeres rojos acabaron con el gobierno filo americano de Camboya. El 11 de noviembre el Movimiento Popular por la Liberación de Angola proclamó la independencia de Portugal, que, en rebelión desde el año anterior con la «Revolución de los Claveles», la reconoció inmediatamente. El 20 de noviembre en el Estado español, murió finalmente Francisco Franco, dictador fascista y filoatlantista que solo unos pocos meses antes había firmado la última ejecución por garrote de cinco militantes antifascistas.

El Tercer Mundo se distanciaba del dominio directo del Primero; *el globo entero estaba en movimiento contra el dominio del capital*. Parecía, por tanto, no solo que la revolución era posible sino que ya estaba en marcha, y en Occidente, Italia era su «punto medio». Se trataba de una convicción presente no solo en los movimientos antisistémicos: también los gobernantes tenían una sensación similar y no es para nada sorprendente que recurrieran a las potencias más oscuras de la soberanía para hacerle frente. Tal vez podría haber ido de otra manera, pero lo que aquellos acontecimientos contribuyeron a determinar, en una

espectacular heterogénesis de los fines, fue el desmoronamiento de los dos bloques (Este/Oeste) y el inicio de una nueva etapa imperial, revelándose nuevas potencias geopolíticas en su seno y una nueva división internacional del trabajo, dominada por un estado de emergencia que se hará patente tanto en la gestión de las migraciones, como en el uso despreocupado de legislaciones de excepción para resolver conflictos sociales. Fue en la Italia de los años setenta donde el Estado empezó a llamar «terrorista» a cualquiera que intentara transformar el presente en sentido revolucionario y es solo por mala ironía que el entonces ministro del Interior, Francesco Cossiga, llegara a reconocer la esencia mistificadora de lo que él mismo tuvo la desfachatez de definir como una «gran operación semántica».¹

En Italia el 8 de marzo de 1975, el parlamento votó la norma que atribuía la mayoría de edad al cumplir los 18 años. El 22 de mayo, pocos días después de las jornadas insurreccionales de abril, con la decisiva abstención del Partido Comunista, se aprobó la *ley Reale* (por el nombre del ministro de Justicia, Oronzo Reale), concebida explícitamente como ley de excepción para la represión de la «desviación juvenil», o lo que es lo mismo, del conflicto social que atravesaba al país entero. La ley Reale introdujo el arresto preventivo, alargó la detención preventiva, castigó la ocultación del rostro, amplió de forma desmesurada la definición de arma impropia, definió los cócteles molotov como armas de guerra y reconoció el derecho de las fuerzas del orden a disparar a matar en el momento en que un agente lo considerara necesario: a esta ley seguirán una miríada de muertos y heridos. Como consecuencia de la abstención «favorable» a la ley Reale, las relaciones entre PCI (Partido Comunista Italiano) y Movimiento, especialmente con la Autonomía, se deterioraron definitivamente; el nivel de enfrentamiento entre Estado y movimientos no podía sino iniciar una escalada. Es el principio de las llamadas *leyes especiales* que han convertido a Italia en un país en permanente estado de emergencia; normas que, vale la pena recordarlo, si bien al principio fueron presentadas como «provisionales», siguen en vigor, en algún caso incluso agravadas —por lo demás, sin tener en cuenta este trasfondo

¹Entrevista a Francesco Cossiga, en AA.VV., *Una sparatoria tranquilla. Per una storia orale del '77*, Roma, Odradek, 1997.

histórico-político no se podría comprender el interés de algunos pensadores radicales italianos, especialmente Giorgio Agamben, por el «estado de excepción».

Estado de excepción que no fue nunca explícitamente declarado para no tener que admitir la existencia de una guerra civil latente, ni siquiera cuando los tanques salieron a la calle en Bolonia para domeñar la insurrección de marzo del '77 y en Roma se prohibió toda manifestación pública. Mientras tanto esta se convirtió en la clave de la acción política de todos los «estados democráticos»: «En realidad, los dispositivos excepcionales, una vez implantados, se integran definitivamente en el sistema, que se transforma sin vuelta atrás, dando lugar a nuevas campañas de excepción y a “temporadas” sucesivas de emergencia».²

La noche entre el 1 y el 2 de noviembre fue asesinado en la costa de Ostia, en circunstancias nunca del todo claras, Pier Paolo Pasolini, cuyos artículos de aquellos últimos meses, que hoy parecen verdaderamente proféticos, trataron sobre el genocidio antropológico de las clases populares italianas a manos de un «nuevo fascismo», que se muestra a través de una dictadura ejercida por una «nueva burguesía que comprende cada vez más y más profundamente incluso a las clases obreras, tendiendo en última instancia a la identificación entre burguesía y humanidad».³ Precisamente porque hay mucho de cierto en estas sombrías visiones pasolinianas, podemos decir que la atmósfera emotiva dentro de los movimientos italianos de los setenta no es reducible, como querrían hoy hacer creer muchos creadores de opinión, a un oscuro nihilismo —la leyenda negra de «los años de plomo»—, pero tampoco, como desearían los apologetas de la inocencia perdida, a una suerte de eufórica ligereza. La oscuridad, aquella *deseada* por el poder, pesaba mucho, muchísimo en el ánimo y en las acciones de quienes se rebelaron, pero igualmente grave fue la determinación con la que miles de mujeres y de hombres trataron de derribar el muro del presente *contra* aquella oscuridad. El problema no se resuelve describiendo la composición de los afectos presentes en el Movimiento como únicamente alegre o únicamente llena de odio, con más despreocupación o más prolíja seriedad. El dato esencial es que quienes formaron parte de él eran todavía capaces de vivir colectivamente y con gran intensidad

² O. Scalzzone y P. Persichetti, *La revolution et l'État*, París, Dagorno, 2000.

³ P. P. Pasolini, «La prima, vera rivoluzione di destra» en *Saggi sulla politica e la società*, Milán, Mondadori, 1999.

los afectos que circulaban en aquella Italia de fin de siglo: si se odiaba, si se amaba, si la alegría o la tristeza tomaban los cuerpos, se actuaba en consecuencia y por todos los medios. Las emociones, que hasta entonces habían estado confinadas en el limbo de la privacidad de la existencia, se convirtieron a partir de cierto momento en verdaderas prácticas políticas, actuando explícitamente como tales. Nunca será demasiado tarde para reencontrar dentro de sí esa capacidad de *sentir juntos* que, por sí sola, hace a una colectividad capaz de enfrentarse a lo intolerable de ese poder enemigo que habita dentro y fuera de nosotros. Será esa misma capacidad la que convertirá en un placer el hecho de vivir en el Movimiento y hará circular cada vez con mayor intensidad el *deseo de revolución*.

En Italia se produjeron otros acontecimientos importantes durante el año 1975, pero, en este momento, lo que nos interesa es seguir desde dentro la consistencia de los movimientos italianos, y en particular la articulación de las autonomías que, entre 1975 y 1976, conocerán un crecimiento incontenible, dando lugar a lo que Walter Benjamin reclamaba como «el *verdadero* estado de excepción».

La táctica de la separación

Una invitación a no levantaros esta mañana, a quedaros con alguien en la cama, a fabricaros instrumentos musicales y máquinas de guerra.

Colectivo A/traverso, *Alice è il diavolo*.

Como ya se ha dicho la temática del *extrañamiento* frente al desarrollo, el trabajo y la institución se había erigido, al principio de la década, en una de las bases teóricas y prácticas sobre las que crecieron los diversos movimientos autónomos. Hasta mediados de los años setenta, no obstante, el extrañamiento, un concepto elaborado por la investigación militante sobre la base de las sugerencias del Marx de los *Grundrisse*, tuvo una connotación casi exclusivamente negativa, en el sentido de que no era mucho más que la constatación de comportamientos ampliamente difundidos que ponían en acción toda una serie de prácticas mediante las cuales las subjetividades rechazaban la explotación del trabajo asalariado y el funcionamiento normativo de la máquina estatal. Entre 1975 y 1976 el extrañamiento subjetivo se convirtió en práctica de *separación colectiva* y por consiguiente de creación de otra temporalidad, en la cual las autonomías se configuran bien como ofensiva

contra el capital, bien como construcción de una territorialidad diferente donde las «insurrecciones de la conducta» y el programa comunista empezaban, si bien no exentos de contradicciones, a caminar de la mano: *separación obrera con respecto a la relación de producción, separación de las mujeres con respecto al patriarcado, separación de los jóvenes de la sociedad de la represión, o separación del proletariado con respecto al Estado* deberían entenderse como secuencias sincrónicas que dibujaron la fisionomía de la Autonomía en cuanto elaboración de una forma de vida que trata de hacerse común, de devenir comunismo. «No hay interés obrero en el trabajo, no se puede definir la politicidad obrera sino como extrañamiento frente a la organización y a la función del trabajo. Extrañamiento frente a la gestión de la sociedad fundada en el trabajo y orientada a la valorización, extrañamiento de las necesidades obreras con respecto a esta sociedad». ⁴ La ocupación de edificios enteros, el control y la autodefensa de los barrios, las autorreducciones, las expropiaciones o la organización autónoma de la vida evidencian la separación colectiva en cuanto táctica proletaria volcada contra la separación individualizante como forma específica de dominio de la civilización burguesa. Este es uno de los artilugios más potentes de la «guerra civil» de las autonomías: lucha salvaje por una vida-en-común orientada a la destrucción de las necesidades y a la liberación del deseo colectivo contra las identidades saturadas de dualismo y escisiones que caracterizan a la producción de subjetividad en la época de la «subsunción real de la sociedad en el capital». Y esto sólo se podía lograr separando el flujo de *vida proletaria* —compuesto por trabajo, afectos, sexualidad e inteligencia— que se sostenía de pie y alimentaba a la sociedad, plegándolo sobre sí mismo y permitiendo así un crecimiento, intensivo y autónomo, de las subjetividades contra el capital.

No deberíamos dejarnos engañar por las fórmulas a menudo involuntarias de la jerga del Movimiento; el sentido de aquel «hacer» estaba claro para muchos, si no para todos: llevar la guerra social al interior de lo cotidiano, a la esfera de lo llamado «privado», que tradicionalmente también la izquierda mantenía bien separada de la esfera «pública», ahí donde se encontraban las «cosas serias», como si realmente las relaciones de producción, la economía política y la valorización pudieran ser algo extraño a los cuerpos y a la vida de los obreros, de las mujeres y de los jóvenes. La *separ/acción*, así se llamaba en los últimos años setenta

⁴ F. Berardi «Bifo», *Teoria del valore e rimozione del soggetto*, Verona, Bertani, 1977.

a esta dinámica colectiva, era sobre todo una táctica de rechazo activo a las escisiones que las instituciones imponían a las subjetividades, y el ataque a la escisión entre «personal» y «político» estuvo en el centro de la ofensiva revolucionaria del Movimiento, empezando por las relaciones interpersonales para acabar, sin solución de continuidad, en las de producción. A cada separ/acción debía oponerse una reapropiación; de sí mismo, de la violencia, del lenguaje, del cuerpo, de las mercancías, del saber y del tiempo.

Es necesaria una primera aclaración sobre las temáticas de lo «personal»: si bien en las prolongaciones extremas del Movimiento del '77 se cayó en un elogio banal de su fenomenología que, de esta manera, volvía a lo «privado», con el repliegue sobre las necesidades individuales, los «sentimientos», los variados orientalismos y las maceraciones del yo, el problema político que habían señalado los movimientos autónomos residía en la consideración de que, por una parte, la vida misma había sido absorbida en los procesos de producción capitalista y, por otra, se reconocía la politicidad intrínseca de las relaciones personales, empezando por las de hombre-mujer para seguir con las de grupo e ir poco a poco reconstruyendo conflictivamente desde abajo todas las relaciones que codificaban la sociedad entera sobre bases *clasistas* y *sexistas*. De ahí la eclosión de «movimientos de liberación» que partían de presupuestos muy diferentes de los obreros y que produjeron la explosión en cadena de esas burbujas que contenían diferentes cosas, como «el amor», «la amistad», «el sexo» y también esa deteriorada carcasa que suele llamarse «Yo». La circularidad entre luchas de liberación, luchas obreras y prácticas de subversión de lo cotidiano era, por así decir, mediada solamente por su acontecer simultáneo dentro de una más amplia conspiración anticapitalista que veía en la Autonomía la punta de un iceberg tan profundo y amplio como todo el continente proletario.

Es importante subrayar que las prácticas colectivas de la separ/acción, precisamente porque eran el resultado de la superación de la crítica de la economía política, fueron generadas en circuitos que no provenían directamente de las reflexiones teóricas sobre las luchas obreras o estudiantiles del post-'68, sino más bien de las feministas y antiautoritarias que atravesaban experiencias como *L'Erba Voglio*, una revista animada por un psicoanalista *sui generis*, Elvio Fachinelli, y por una feminista autónoma, Lea Melandri. Una revista en el movimiento, que se ocupaba también de los niños y de educación alternativa pero que poco a poco se veía atravesada, una por una, por todas las pulsiones

«marginales» a las que en aquel momento se estaban enfrentando, cercando a las instituciones dominantes, para luego atacarlas. Eran circuitos *otros* respecto a aquellos que Lea Melandri definía como habitados por los «ascetas rojos»; circuitos que jugaron un papel de ruptura y de propuesta esencial en la maduración de los distintos movimientos autónomos, pronto volveremos a hablar de ello.

Algunos llamaron «dictadura de las necesidades» —la influencia sobre los movimientos italianos de la antropología marxista de Ágnes Heller, con su *Teoría de las necesidades*, fue muy fuerte durante los años setenta— al conjunto de las prácticas de insubordinación y de afirmación de las necesidades que en las fábricas, metrópolis, escuelas, hospitales, manicomios, prisiones y en la familia actuaban como ejercicio cotidiano de la fuerza proletaria. Fuerza proletaria de afirmación de las propias necesidades contra una dictadura burguesa que se extendía sobre una jornada laboral que empezaba a comprender todo el tiempo de vida. De esta manera se elaboraron formas originales de lucha contra los diversos dispositivos de subjetivación mediante los cuales circulaba un poder percibido por las masas como *hostil*. Para expresar esa fuerza ya no bastaba, como había sucedido durante 1968-1969 y en la estrategia de los grupos, con tratar de romper el nexo entre base y vértice de los partidos y sindicatos de izquierdas, con el fin de permitir a una mítica y siempre «unitaria» clase obrera dirigir una sociedad en la que, por otra parte, ya nadie creía. Ahora había que romper en líneas verticales la totalidad social y construir horizontalmente núcleos de poder proletario que poco a poco se separasen, vaciando la legalidad oficial al tiempo que imponían *otra* racionalidad basada en el rechazo del trabajo, en la destrucción de los aparatos de sujeción social y afectiva, y en la independencia de las formas de vida. Ya no había lugar para la «sociedad civil» en este enfrentamiento. A quien le haga rechinar los dientes escuchar atronar frases como «poder proletario» —porque, postmodernismo obliga, el poder se ejerce pero jamás se debe nombrar— sólo queremos decirle que, más allá de toda sutileza metafísica, lo cierto es que ningún gobierno morirá nunca de aflicción por la infidelidad de sus súbditos, ningún Estado se suicidará por miedo a la revolución y ninguna economía se hundirá por una ley interna. Creo que esto es al menos lo que nos han enseñado los acontecimientos de la Italia de los setenta, de la misma manera que nos han enseñado que, en cambio, la organización autónoma de los sin-Poder puede desplegar una multiplicidad que, simple y llanamente, hace

vivir mejor, precisamente porque el de los Sin-poder no es otro poder, «igual y de signo contrario» al enemigo, sino más bien un conjunto cooperativo de micropoderes o, dicho de otra manera, una *potencia*, autónoma, proyectada hacia la liberación del fantasma del Poder.

Un rápido análisis del debate en el seno de la autonomía obrera y entre los diferentes ámbitos del *área* de la Autonomía que se desarrolló en el bienio 1975-1976, puede ser útil para comprender algunas de las cuestiones que, de modo contradictorio, fueron tomando cuerpo en el ámbito del movimiento revolucionario italiano. Al releer hoy aquellos documentos vemos como un síntoma de salud del Movimiento toda esa muestra de violentas tomas de posición, los divergentes acuerdos sobre las tácticas, la continua y furiosa discusión sobre cada una de las temáticas que sólo el conflicto puede evidenciar. O al menos fue así hasta que el debate se convirtió en una estúpida lucha por la hegemonía de cada fracción sobre todas las demás; es decir, lo fue mientras se reconocía como positiva y vital para el Movimiento la existencia de *las* autonomías y no se intentaron recorrer las típicas vías banales de «reducción de la complejidad». El movimiento de las autonomías, en cualquier caso, no se definió nunca como «espacio unitario/ideológico de los explotados», sino más bien como movimiento de separación/recomposición, como práctica de la disgregación de los aparatos de dominio donde quiera que estuvieran operativos, como temporalidad insurreccional y territorio autónomo de liberación colectiva, y por tanto, como producción de autonomía también dentro de la propia Autonomía. La unanimidad es un vicio que nunca hubiera podido pertenecer al partido de la insurrección.

Línea de conducta: romper la unidad de clase obrera, construir la máquina de guerra

Los obreros no van a la fábrica
a hacer encuestas, sino porque
se ven obligados a ello. El trabajo no es
una manera de vivir. Sino la obligación
de venderse para vivir. Y es luchando
contra el trabajo, contra esta venta
forzada de sí mismos como combaten
contra las reglas de la sociedad. Y es
luchando por trabajar menos, por no

seguir siendo envenenados por el trabajo
 como luchan también contra la nocividad,
 Porque nocivo es levantarse todas las
 mañanas para ir a trabajar, nocivo
 es seguir los ritmos, los modos de la
 producción, nocivo es hacer los turnos,
 nocivo es irse a casa con un
 salario que te obliga a volver
 a la fábrica al día siguiente...

Asamblea Autónoma de Porto Marghera, 1974.

Empezamos por una serie de discusiones que se dieron en torno al desarrollo de las luchas de la Autonomía en el ambiente obrero.

En 1975 ven la luz muchas experiencias editoriales autónomas. Cada una fue el reflejo de una particular inclinación organizativa y estuvo por tanto en una singular tensión con las otras experiencias de la constelación autónoma. Todas se integraron en ese magma de iniciativas político-existenciales que recibía el nombre de Movimiento. Entre las que tenían una perspectiva nacional y hacían constante referencia a la cuestión obrera hay una revista teórica con el brechtiano nombre de *Linea di condotta* —en cuya redacción participaron Piperno, Scalzone, Castellano, Virno, Zagato y otros provenientes en buena medida de la experiencia de Potere Operaio y después de Lotta Continua— y un periódico de lucha, *Senza Tregua*, que tenía una composición política similar, con una fuerte presencia militante en Milán y en el centro-norte de Italia, y que estaba en esencia dirigido por Oreste Scalzone y Piero del Giudice. Otra publicación importante fue *Lavoro zero* que representó al área de intervención de la Asamblea Autónoma de la petroquímica de Porto Marghera, y que tuvo un recorrido independiente tanto de los grupos nacionales como del grupo regional de la Autonomía paduana. En Milán se publicaba también *La voce operaia*, que expresaba la posición de los extraños grupos marxistas-leninistas que habían optado por situarse en el área de la Autonomía.

En los números de 1975 de las dos primeras publicaciones citadas encontramos la expresión de una sensibilidad distinta a la de *Rosso* —donde predominaba el peso teórico de Negri— respecto a ciertas temáticas obreras, en especial en relación con la apropiación, el control obrero y la organización del conflicto, tanto a nivel de territorio como

a nivel general. Otra influyente publicación, que duraría hasta los años ochenta, es *Primo Maggio*, una revista con una especial predilección por la historia herética del movimiento obrero internacional y por los problemas ligados a la financiarización de la economía.

El director de *Primo Maggio* era otro ex militante de PO, Sergio Bologna, y, si bien la revista podría ser adscrita *grosso modo* al área de la Autonomía, no se identificó nunca con ninguna de sus corrientes organizadas. A pesar de ello produjo una serie de textos que supusieron una aportación positiva al debate con los componentes de la autonomía obrera, organizada o no. Fue una revista excepcional desde el punto de vista de la investigación, pero su mayor límite, teniendo en cuenta el periodo histórico, era que quienes la animaban eran en su mayoría profesores, intelectuales que conseguían medirse con la práctica militante de los movimientos. *Primo Maggio*, entre otras cosas, aportó al Movimiento un importante referente político-imaginario: la entusiasmante historia de los *wobblies* que en los años veinte, mediante la IWW, lanzaron una de las mayores ofensivas revolucionarias de la modernidad contra el capitalismo estadounidense. El anarcosindicalismo del Industrial Workers of the World se basaba en algo que ya impregnaba la Autonomía: esa indistinción entre teoría y práctica que siempre ha caracterizado los momentos álgidos de la lucha de clases. La acción directa, el sabotaje y la lucha violenta junto al uso de periódicos, de mítines, de propaganda en la prisión, de dibujos y canciones constituían el material básico del militante *wobbly*, siempre dispuesto a saltar al último tren de mercancías para ir a organizar la siguiente huelga. El «comité desconocido» que animó las huelgas salvajes y los sabotajes *wobblies* en los Estados Unidos de los años 1910 y 1920 inspiró explícitamente a muchos colectivos autónomos en las fábricas italianas de los setenta. Fue precisamente este nomadismo existencial y organizativo, junto a la radicalidad de los *bobos* revolucionarios estadounidenses, lo que fascinó a los autónomos italianos. Pero había en los *wobblies* muchas otras cosas que excitaban su fantasía subversiva, como los niños, siempre presentes en las huelgas de masas con sus piquetes frente a las escuelas donde había maestros esquirolas, o la fuerte presencia de negros y de mujeres entre los militantes, que interrumpía la larga y pesada tradición de una clase obrera siempre representada como blanca y masculina. El potente grafismo de los diarios y manifiestos del IWW, que empezó a utilizar también el cómic, y la gran difusión de las canciones de lucha —celebérrimas las de Joe Hill— eran medios por lo demás especialmente adecuados para lidiar con la amplia presencia de inmigrantes que no

sabían inglés o con quienes no sabían leer. Los cómic, las canciones, los periódicos, los manifiestos, la circulación de las luchas, la ocasión propiciada por el encarcelamiento, fueron instrumentos y experiencias muy presentes en la epopeya autónoma italiana, junto a la enemistad absoluta frente al orden de la fábrica. Por último, la declarada antipatía de los *wobblies* por las temáticas «institucionales» de la organización no podía sino coincidir con la desconfianza que se podía observar en las filas de la Autonomía italiana frente a las hipótesis más abiertamente vanguardistas y ultrabolcheviques.

Al hojear la propaganda autónoma de 1975, lo primero que salta a la vista es el agotamiento de la temática de la «unidad de la clase obrera» que durante décadas había hecho que las pulsiones revolucionarias mantuvieran una autodisciplina que invariablemente jugaba a favor del compromiso social auspiciado por las direcciones de los partidos de izquierdas. A la unidad, únicamente ideológica, de la clase obrera se opuso así una estrategia de unidad en las luchas de los diferentes estratos proletarios que no se daba por supuesta, como algo ya dado, sino que debía verificarse a cada paso, en la homogeneidad tendencial de aquellos comportamientos subversivos que se difundían en la metrópoli a gran velocidad. Así pues, cuando se habla de *separación obrera*, se habla no solo de una defección con respecto a la relación de producción, sino también de una táctica de ruptura y separación *interna* a la clase. Escribe *Senza Tregua*:

[...] en el movimiento han comenzado a vivir luchas, comportamientos, organización; en estas circunstancias se ha profundizado y se han clarificado los objetivos, las características distintivas, las características de esta fase, y lo primero que se ha hecho evidente es un tema que debe ponerse en el orden del día del debate obrero actual: el «*fin de la unidad de todos los obreros*» [...] A esta unidad apelan, naturalmente, el sindicato y la nueva socialdemocracia autoritaria (el PCI) mientras tratan de provocar daños serios en el movimiento, mientras inician una guerra contra la red revolucionaria en la fábrica sin renunciar a los golpes [...] La «unidad de los trabajadores» es hoy reivindicada incluso por los patronos y sus representantes como «unidad» entre obreros y trabajadores dependientes en general (léase la jerarquía de la fábrica: dirigentes y jefes) sobre la base del «interés común en la superación de la crisis» [...] es errónea —para nosotros— la hipótesis de una homogeneidad

política de clase, de un movimiento dado como general, la esquemática repetición del pasado unitario del movimiento —en la hipótesis de la derecha, como movimiento «normalizado» y socialdemócrata, en la hipótesis de la izquierda como movimiento genéricamente autónomo [...] el enfrentamiento es totalmente interno [...] *Todo esto marca, camaradas, el adiós definitivo a la posibilidad del «uso obrero del sindicato»* [...] Se trata de construir puntualmente elementos de concreto ejercicio de dictadura obrera. Y esto se da, concretamente, sobre una base territorial, mediante la construcción —a través de un complejo proceso de iniciativas de lucha y de acciones generales— de una red de *institutos del poder obrero y proletario* [...] que se construye como movimiento político organizado y armado, como proceso de guerra revolucionaria y al mismo tiempo de afirmación del comunismo como «dictadura de las necesidades» [...] *Este proceso debe ser organizado, empezando por acometer una serie de operaciones de coerción social y de consolidación de la independencia del proletariado*⁵ [...] este programa todavía primitivo nada tiene que ver con la consigna «apropiémonos de la producción», que reformula con una terminología comunista y revolucionaria un contenido tradicionalmente revisionista [...] [hay que] salir de la fábrica, negar el vínculo de la relación productiva [...].⁶

La polémica afirmación sobre la apropiación de la producción se refiere a una semana de «huelga al revés» llevada a cabo por los obreros autónomos de la Alfa Romeo, entre los cuales había una fuerte presencia de militantes vinculados a *Rosso*. Durante aquella semana hubo una especie de autogestión de la producción que, entre otras cosas, había sido propuesta en un principio por el sindicato. Además, la polémica de *Senza Tregua* derivaba también de la insistencia de los obreros de la Alfa Romeo en poner en el centro del conflicto la lucha por los convenios y por la ilusión eufórica, que algunos componentes próximos a ellos tenían tendencia a secundar, sobre la presunción de que en Italia existía ya un movimiento *genéricamente* hegemonizado por la Autonomía. La asamblea autónoma de Alfa Romeo, en apoyo a su decisión, decía que «sólo apropiándose del proceso productivo y del aparato financiero podrá la clase obrera derrotar a los proyectos burgueses».⁷ El propio Negri dijo a propósito de este episodio, frente a los muchos disensos que

⁵ En negrita en el original.

⁶ Editorial de *Senza Tregua*. *Giornale degli operai comunisti*, del viernes 14 de noviembre de 1975.

⁷ «Alfa Romeo, 35X40», *Rosso* del 9 de octubre del 1975.

había provocado en el área autónoma, que en realidad se trataba de un experimento de reapropiación de la línea de trabajo para estudiar posibles formas de sabotaje y que, en cualquier caso, había sido mucho más importante la jornada en la que se organizó una fumada de marihuana en la línea de montaje de la fábrica: «Fumar en la línea y por tanto introducir respecto a ella una relación de total extrañamiento en la cual, por primera vez, empiezan a surgir de forma extrema, radical, necesidades diferentes».⁸ En realidad no era ni mucho menos la primera vez, ya que Bifo explica que cuando entró en la Mirafiori ocupada, en 1973, se percató sorprendido de que era una cosa normal para los jóvenes obreros fumar hachís: eran ellos, los *operaístas* [obreristas] y los miembros de los grupos, los que iban retrasados con respecto a los comportamientos proletarios, los que no conseguían todavía pasar de la crítica de la economía política a la crítica de la política y por ende al aprecio por la existencia proletaria tal como era. El '77 significó esencialmente recorrer este camino, todos juntos. En 1976 las luchas en la fábrica, por ejemplo la de la Innocenti o la nueva ola de sabotajes en la FIAT, demostraron que la ruptura entre vieja clase obrera y trabajadores jóvenes aumentaba con relación directa al crecimiento exponencial de los comportamientos antiproductivos de estos últimos. Precisamente esta brecha fue la que aprovecharon las fuerzas socialdemócratas, empujando a los unos contra los otros, y no solo eso, sino también a los obreros «ocupados» contra los que no lo estaban, contra los «improductivos». La Autonomía consiguió todavía durante un par de años hacer funcionar virtuosamente la circulación de las luchas, incluso más allá del enfrentamiento con el aparato del PCI y del sindicato. También hay que decir que lo consiguió hasta que sus distintas almas se embarcaron en una suicida competición para ver quién se erigía en director de un imposible, a la par que ridículo, «gran partido de la Autonomía», hermano gemelo de los viejos grupos que ellos mismos habían hundido. Entretanto, la vía de salida de la crisis de la relación con la vieja clase obrera, acorralada en la defensa corporativa de sus «privilegios», se encontró atacando en territorio metropolitano todos los centros de reorganización productiva resultantes de la descomposición de las grandes agregaciones industriales; la cual había sido la verdadera estrategia contrainsurreccional puesta en marcha por los patronos. Frente a la molecularización del trabajo, no tenía ya sentido plantearse el problema de la organización

⁸ A. Negri, *Dall'operaio massa all'operaio sociale*, Verona, Ombre Corte, 2007 [1979] [ed. cast.: en *Los libros de la autonomía*, Madrid, Akal, 2004].

en los mismos términos en los que siempre lo había hecho la tradición comunista; al contrario, había que insistir en la dinámica espontánea que poco a poco se articulaba en cada territorio, recorriendo de nuevo a contrapelo los flujos de la metrópoli, en un continuo relanzamiento de la «guerra de movimiento» destinada a combatir por un lado al binomio crisis/reestructuración y por el otro al reformismo que se erigía en su garante. Ataque a la fábrica difusa por lo tanto, siendo el vector de las luchas el ataque a la gestión del gasto público, tradicional fuente de construcción de consenso: golpear la gestión y el gasto en sanidad, educación, transporte público, y en general la esfera del *welfare*, podía hacer saltar la entera cadena sobre la que reposaba el maltrecho equilibrio gubernamental.

En efecto, los diversos grupos autónomos obreros tenían grandes problemas no resueltos en sus relaciones con las instituciones del Movimiento Obrero. Una de las cuestiones que invariablemente se presentaban en el seno de todas las corrientes organizadas de la autonomía obrera consistía en el dilema de si había que recurrir a «mediaciones» en el curso de las luchas. En primer lugar con las propuestas sindicales, y por tanto dentro de las estructuras donde su peso se sentía con más fuerza, como los Consejos de Delegados (donde no era para nada extraño que hubiese obreros autónomos). En segundo lugar, con la pregunta de si no había que construir y perseguir formas de organización totalmente autónomas que, en última instancia, coincidiesen con una forma de vida en secesión y persiguieran la *negación* del trabajo haciendo saltar por los aires todas las mediaciones. En el desarrollo de las luchas obreras, la táctica fue siempre mixta, «impura»; una y otra opción podían darse por separado, de forma sucesiva o incluso ser puestas en práctica a la vez dependiendo del marco dentro del cual se determinaban. En cualquier caso las cosas iban rápido y fueron los propios autónomos del comité de la Alfa Romeo, por ejemplo, los que desencadenaron una dura ofensiva interna y externa contra la fábrica con el bloqueo de los productos acabados y una espectacular acción de sabotaje: el bloqueo de un tren lleno de coches y la destrucción de un centenar de metros de vías que llevaban las mercancías fuera de la fábrica. Basta decir, finalmente, que siempre decide la fuerza, es decir, el grado de ofensiva que eres capaz de desencadenar más allá de la táctica del momento. Pequeño paréntesis: cuando escribimos, por ejemplo, «comité autónomo de la Alfa Romero» o de cualquier otra fábrica, nos referimos siempre a un comité de lucha *mixto*, es decir, en el que había

obviamente obreros pero también camaradas *externos* que discutían y militaban junto a los trabajadores en ese establecimiento en concreto; la única «escuela de partido» de la Autonomía fue siempre la de la lucha.

La mercancía se quedaba dentro de las fábricas o se convertía en humo, pero muchos obreros empezaban a irse, a *ausentarse* de su tradicional lugar de subjetivación salarial y política. La forma de vida que los trabajadores jóvenes estaban construyendo junto a todos los demás *fuera* de la fábrica era incompatible con el trabajo en cadena, con su mismo ser-obreros. A partir de ese año fue cuando muchas «vanguardias de fábrica» y jóvenes obreros que participaban en el Movimiento empezaron a despedirse voluntariamente de las grandes fábricas, a *extinguirse* en cuanto fuerza de trabajo. Aún así, las fábricas continuaban llenas de gente, y si en lugar de divergir, como ocurrió después, los recorridos se hubieran mantenido juntos a través del circuito de las luchas, profundizando la separación interna a la clase, tal vez se hubieran evitado muchas derrotas y muchas ilusiones no hubieran acabado tornándose en desesperación. Entre el fabriquismo ciego y el movimiento deseante hubiera tenido que llevarse hasta el final la vía intermedia de un recorrido revolucionario que no solo «mantuviese unidas» lucha obrera y luchas de liberación, sino que constituyese también otra trayectoria autónoma, múltiple, unificada transversalmente y en la cual no hubiera sido ya posible crear divisiones poniendo en juego una necesidad contra otra.

Pero nos da la impresión de que una de las cosas que los teóricos de la Autonomía organizada no supieron afrontar con éxito fue precisamente el sentido del «rechazo del trabajo». Este potente eslogan que aludía a un enorme *shabbath* proletario y que, sin embargo, muchas veces parecía limitado a la cuestión de cuántas y qué producciones era justo llevar o no a cabo, cuáles «gestionar» y cuáles «delegar», o qué máquinas debían sustituir a las que eran rechazadas. Aparecía de nuevo el fantasma, perdedor, de la autogestión, además, para algunos parecía operar una especie de fetichismo de la fábrica en cuanto tal, de apego a una «imagen» de la clase obrera que ya no se correspondía con los hechos, por no hablar de algunas utopías productivistas que diseñaban una especie de supersocialismo. *Pero el rechazo al trabajo no produce de forma banal un trabajo «distinto», una valorización «buena», sino que lo destruye materialmente para crear otra temporalidad, otros usos, otra vida.*

Rechazo al trabajo es sobre todo extinción de la clase obrera, y por ende progresiva disgregación de todo el trabajo asalariado, y en última instancia, invención del comunismo en tanto que cooperación social «absoluta».

Si por un lado había ya un amplio sector de la clase obrera implicado en los mecanismos de gobierno social, por otro lado los comportamientos reales del proletariado revolucionario, especialmente el juvenil, expresaban mediante aquel rechazo el deseo de no-trabajo, de no-valorización, de no-extrañamiento; en definitiva, *el deseo de desactivar de raíz toda relación de producción*. El proyecto teórico mayoritario en esta dirección fue el de la automatización total del trabajo, y el de apostar en la línea de Marx por la inteligencia científico-técnica como palanca mediante la cual el *General Intellect* hubiera realizado el reino del no-trabajo y de la abundancia. El problema, como ya se ha dicho, estriba en el hecho de que a menudo se ha sobrevalorado el poder de la tecnología, el nivel material sobre el que construir el proceso revolucionario, como si bastara la total automatización de la producción para alcanzar el comunismo, no obstante, como apuntaba sabiamente el joven Hans Jurgen Krahl: «Podemos decir cuál será el aspecto del progreso técnico dentro de un siglo, pero no estamos en condiciones de decir cómo serán las relaciones humanas dentro de cien años, a no ser que comencemos a transformarlas *ad hoc*, entre nosotros, en el proceso social».⁹ Y de eso en Italia, a mediados de los setenta, había una conciencia difusa y por eso las prácticas del Movimiento que apuntaban a un tiempo liberado, antiproductivo y fuertemente erotizado hacían que la tendencial desmaterialización del trabajo fuera acompañada por un uso de los lugares extremadamente concreto, basado en el contacto entre los cuerpos, la circulación de los afectos y el goce material de las ciudades. Un uso que prefiguraba *otro comunismo*: el de las máquinas deseantes, el de los cuerpos *degenerados*, el de las comunas no autoritarias, el de las mil actividades de cooperación lanzadas horizontalmente a reconstruir un mundo. *El comunismo contra la metrópoli*, esto es lo que significaba en la Italia de los años setenta la existencia de la autonomía difusa, y ese sigue siendo hoy uno de los elementos estratégicos de «la insurrección que viene».

Quizás era algo en los límites de la utopía, pero en cualquier caso no hubo nunca por parte de la Autonomía una reivindicación pobre y folclórica del ocio; más bien se buscaron los medios para que una

⁹ H. J. Krahl, *Costituzione e lotta di classe*, Milán, Jaca Book, 1973 [edición original en alemán, 1971].

actividad cooperativa a gran escala hubiera podido funcionar *incluso* mientras el capitalismo siguiera siendo la fuerza hegemónica. El comunismo, por lo tanto, no se veía como un modo de producción «alternativo», y menos aún como una forma «más justa» de trabajar —como por otra parte había sostenido el propio Marx. Se entendía más bien como la afirmación de un medio que, destruyendo el estado de cosas presente y suprimiendo el trabajo, perseverara en una forma de vida orientada a la felicidad, como pedía a gritos un bello documento de *A/traverso - giornale dell'autonomia*: «*La práctica de la felicidad es subversiva cuando se colectiviza*».

Comprobamos que, repasando la documentación, no es nada extraño encontrar súbitas oscilaciones en los comportamientos y en los juicios de los distintos grupos autónomos, y si bien es cierto que esto era consecuencia del hecho de vivir conscientemente dentro de una continua experimentación, también es verdad que hay algunas constantes teórico-prácticas que responden a diferentes «estilos» de intervención, que tendrán una cierta continuidad, aunque formen parte de una estrategia común. No existe Movimiento sino dentro de esta continua emergencia de una multiplicidad de líneas de combate convergiendo en ese común tan especial llamado *revolución*.

En el número de julio-octubre de 1975 de *Linea di Condotta* (que fue el primero y el último) se retoma el ataque a la ideología de la unidad mediante la distinción entre una «clase obrera como trabajo asalariado», representada por las instituciones del Movimiento Obrero, y una clase obrera que es «lucha contra la forma de la fuerza de trabajo» y que en aquel momento podía ir más allá de la espontaneidad subversiva para conseguir una «*autonomía política*». Por eso la lucha revolucionaria de esta fase se declinaba *dentro* de la clase; una lucha de la autonomía contra la unidad de funcionamiento del trabajo asalariado, en definitiva, contra el reformismo: «La autonomía obrera se da no en cuanto interdependencia conflictiva con el capital —aún menos como simple cese de la relación productiva; la autonomía obrera es la relación negativa, potencialmente destructiva, deliberadamente buscada y practicada, con el capital».¹⁰ El artículo continuaba con una interesante profundización en la necesidad de una «*crítica del movimiento de masas*»: la separación

¹⁰ *Da Potere Operaio a Linea di Condotta...*, cit.

se llevaba así hasta el interior de los movimientos. Esta crítica al Movimiento era vista como fundamento de una práctica de organización, que abogaba por romper con el avance gradual, así como por seleccionar los aspectos más ofensivos revelados durante los conflictos para transformarlos en máquina de guerra. Esta definición de la autonomía concluía con la fórmula «*guerra de clase por el partido*», concebido como «máquina política y armada» que realizase enseguida la tarea revolucionaria de destruir la clase obrera «en cuanto trabajo subsumido por el capital, es decir, raíz del dominio capitalista». Sustancialmente, el desacuerdo de esta tendencia de la Autonomía —quizás la que mantuvo una mayor continuidad con la herencia teórico-política de Potere Operaio— con otras corrientes, como la de *Rosso*, radicaba en el hecho de que entendía la Autonomía como el terreno que *funda* el proceso de construcción del partido, en el sentido de «un movimiento revolucionario que se asegura un poder que todavía no tiene», y no como si fuese la forma, ya dada, de la organización comunista. En esencia, esta corriente ponía el acento en la dimensión de lo «político» por encima de lo «social». Como compensación, las dos corrientes convergían frecuentemente en un cierto grado de «neo-leninismo» organizativo, del cual en cambio se alejaban la práctica totalidad del resto de componentes del *área*. El caso de *Rosso*, claramente el área autónoma que, a pesar de provenir en buena medida del obrerismo, más cuestionó el leninismo, es sintomático de este auténtico límite epistemológico que, puntualmente, hacía acto de presencia en cada nueva articulación problemática del Movimiento.

De hecho no es casualidad, teniendo en cuenta el debate de aquellos meses, que en el número de *Rosso* del que hemos hablado hace poco, el artículo de fondo, si bien decretó también el fin de la unidad ideológica de la clase obrera, se atrevió con una propuesta, aunque no fueron más que un esbozo, de un proceso de centralización del movimiento a través del indefectible recurso al sagrado icono de Lenin («Fin de la Plaza Roja, ¿y después?»). Un leninismo que pocos meses antes había sido ridiculizado en el mismo diario, con un artículo titulado «A Lenin no le gustaba Frank Zappa» (número de enero-febrero de 1975), de tono aparentemente ligero pero que sigue siendo justamente célebre. En él se defendía con ironía la riqueza de la forma de vida que se estaba construyendo —«pensamos en el comunismo como algo muy *lujoso*»— frente al moralismo típico de los militantes de extrema izquierda. O todavía: si en *Proletari e Stato*, texto programático escrito por Negri en 1975, se defendía extrañamente «la obligación de trabajo productivo para todos» dentro del proceso revolucionario, en el número de mayo

de *Rosso*, con el jactancioso título «El comunismo es joven y nuevo, es la totalidad de la liberación», se traza el programa de la autonomía sin concesiones ni a los fantasmas bolcheviques, ni al productivismo, ni a los ataques organizativos:

Quien lucha por el trabajo no lucha, se adapta [...] Porque el trabajo no existe para el obrero, pero existe el tiempo de trabajo medio necesario para producir la propia supervivencia [...] Socialismo quiere decir todavía trabajo. Lucha por el trabajo quiere decir renunciar a la totalidad de las necesidades [...] someterse a la pesadez del horario y al aburrimiento de la división [...] significa delegar en cuerpos separados la conexión de la actividad social. El comunismo no es la lucha por otro trabajo, es la lucha por la abolición del trabajo [...] el proletario que lucha empieza cada vez más pronto, es un rebelde antes de convertirse en trabajador, porque el topo revolucionario está arando todos los campos de lucha, de la familia al barrio a la escuela [...] el comunismo es la máxima tensión de la individualidad [...] Yo y el comunismo: el comunismo del Yo y el Yo del comunismo: este es el proceso que, entre mil contradicciones, tiende a producir una vida que ya no está escindida de forma simétrica entre público y privado, interno y externo, activo y pasivo, dirigente y dirigido, hembra y macho, individualidad y socialidad.¹¹

Vemos aquí como desaparece cualquier vestigio de «colectivismo» para dar paso a la expresión de algo que recuerda al oxímoron «individuo social» de marxiana memoria. Sigue siendo formidable el ataque final a la dualidad social-individual, que trata así de recoger y relanzar los impulsos provenientes de los movimientos autónomos que más apuntaban a la ruptura dentro de lo cotidiano, y también, hay que decirlo, de recuperar una cierta vena libertaria contra la tentación, siempre presente, del verticalismo astuto y del vanguardismo estúpido. El área de *Rosso* no renunciará nunca a esta «ambigüedad» constitutiva entre movimiento horizontal de la guerrilla difusa y centralización organizativa del área autónoma. No se trataba, como alguien dijo, de una especie de «anarquismo leninista», sino que sería más correcto hablar de un *comunismo de la liberación* que en efecto es la característica más relevante de una parte ampliamente mayoritaria de la Autonomía italiana de los años setenta.

¹¹ Editorial del suplemento al número 15 de *Rosso*, mayo de 1975.

Pero explicaremos el motivo del «neo-leninismo» con algunas otras consideraciones de mérito. Decir Lenin es *siempre* indicar la necesidad de una fuerza *externa* que guíe un proceso de recomposición de la clase en torno y dentro de objetivos revolucionarios. El leninismo clásico, bolchevique, en los años setenta estaba ya fuera de discusión, porque había sido una forma de organización determinada, en primer lugar, por la debilidad cuantitativa de la clase obrera rusa, un instrumento de «subsunción formal», utilizando la jerga marxista. A finales del siglo XX era evidente —no a todos, obviamente, pero sí a los autónomos— que capital y clase habían cambiado radicalmente, pero en aquel momento de la historia se estaba materializando, bajo el ataque capitalista, una descomposición de la clase obrera que rompía en mil pedazos la posibilidad de autoorganización y de centralización de las luchas en autonomía, como había sucedido con el obrero masa. A partir de esta dificultad, algunos pensaron en el neoleninismo como capacidad de las vanguardias para recomponer el frente obrero mediante una dirección global externa. Pero, más allá del hecho de que quizás el razonamiento tuviera una cierta validez para el ambiente estrictamente obrero, no parecía tener mucho sentido con relación al resto, lo que pasó fue que, a falta de una reflexión colectiva más profunda con respecto de la cuestión organizativa, la argumentación neoleninista siguió siendo tosca, se prestaba a las más absurdas (y peligrosas) malinterpretaciones, y la mayoría del Movimiento no estaba dispuesta a aceptar que alguna de sus fracciones se erigiera en vanguardia total. No obstante, los autónomos neoleninistas comprendieron pronto que si otra Mirafiori como la de 1973 ya no era posible a nivel de una sola fábrica, en cambio si lo era a una escala mucho mayor: el partido invisible de Mirafiori se transformaba en el partido invisible de la metrópoli. Y, como ya había establecido con agudeza Hans Jurgen Krahl —cuyo trabajo teórico era considerado justamente como un punto de referencia de la Autonomía— el leninismo en la metrópoli es imposible.

Todo esto nos reafirma en la idea de que buena parte de la vitalidad de la Autonomía residía en la continua expresión, circulación y encuentro/confrontación de diferencias que se daban no solo entre colectivos, sino también dentro de cada pequeña fracción organizada y a veces incluso en el mismo militante *individual*. A excepción quizás de la Autonomía paduana de los Collettivi Politici Veneti per il Potere Operaio, que siempre fue vertical y muy rígida, leninistamente eficiente, pero poco abierta a la contaminación por las nuevas formas de vida que se desarrollaban en el Movimiento.

Todavía en el Véneto encontramos en el número de diciembre de 1975 de *Lavoro zero* —que, recordamos, era órgano de expresión de una de las asambleas autónomas de fábrica con un claro pedigrí obrerista— un artículo titulado «De la lucha por el salario a la nueva subjetividad obrera», en el cual entre citas de Felix Guattari, del joven Marx y de Raoul Vaneigem, leemos sobre la necesidad de un nuevo tipo de «investigación obrera», mediante la cual tener en cuenta el salto que se había producido ese año desde la «reivindicación de las necesidades» (luchas por el salario) a la «*explosión de los deseos*», y acerca de todo lo que ponía en cuestión la visión clásica del movimiento de masas centralizado en favor de una «multiplicidad de máquinas deseantes»: «El surgimiento del deseo dentro de la lucha obrera, y ya dentro de la emancipación de la necesidad del ciclo capitalista: ¡este es el verdadero arcano de la lucha de clases, lo reprimido, lo olvidado, aquello de lo que no conviene hablar, aquello de lo que casi ningún grupo, hoy, habla! [...] se libera, así pues, una subjetividad proletaria nueva, capaz de dar indicaciones para un enfrentamiento que afecta a la «esfera privada», a la vida cotidiana. Aludimos explícitamente a la lucha contra el poder, contra los jefes, contra la jerarquía y a la vez *al rechazo obrero de la máquina burocrática leninista*, sea cual sea el grupo que la proponga». También buena parte de los autónomos de Marghera querían pasar del otro lado del espejo llegados a este punto; las luchas por la apropiación en su territorio serán el resultado más tangible de esta línea deseante. De todos modos, entre 1975 y 1976 la fuerza de la Autonomía radica enteramente en su capacidad no solo de estar dentro de todos los movimientos metropolitanos, sino también en la de empujar hacia la propagación del conflicto, en la práctica inteligente de las micropolíticas de lo cotidiano y en fin en la capacidad de cada colectivo de expresar un nivel de «fuego» adecuado. Si los autónomos hubieran tenido más tiempo a su disposición antes de intentar la centralización de los movimientos, como ocurriría en el '77 bajo un imponente contraataque estatal, hoy probablemente contaríamos otra historia.

Así pues, cada vez que ha hecho su aparición en la Autonomía un llamamiento del estilo de «volvamos a empezar a hablar a Lenin», en realidad hay que leer no una posibilidad real de burocratización del movimiento autónomo sino la dificultad concreta que sus corrientes organizadas encontraban al afrontar aquel mar ingobernable de comportamientos subversivos que excedía ya con mucho los muros de la fábrica. El único

Lenin soportable para aquella marea subversiva parecía ser más bien el del exilio de Zúrich, donde se dice que conoció a Tristan Tzara, o el Lenin insurreccional que lanzó el desafío del deseo contra la racionalidad de la historia (y del marxismo...) y que luego bailó y se revolcó en la nieve porque, increíblemente, la venció. El resto —el gris «realismo» con el inevitable acompañamiento de burocracia y policía política, el autoritarismo disfrazado de rigor, la economía política aplicada a la organización que es movilizadora como si se tratase de una empresa— era paja que sólo servía para ocultar la falta de imaginación de los líderes y de los teóricos y que, aún así, provocó una serie de daños en el seno del Movimiento cuyas consecuencias todavía se siguen pagando. Claro que el problema de la centralización no había venido del cielo, al contrario era real y muy apremiante, pero la búsqueda debería haber seguido esa *línea menor* que ya Deleuze señalaba en su introducción al libro de Guattari *Psychanalyse et transversalité*: «No hay alternativa entre guerrilla y guerra generalizada [...] Debemos ser desde el principio más centralistas que los centralistas [...] hiperdeseante e hipercentralizada, debe ser todo eso a la vez. El problema concierne así pues a la naturaleza de la unificación, que debe operar transversalmente, mediante una multiplicidad y no verticalmente y eliminando esa multiplicidad propia del deseo. [...] Constituir dentro del grupo las condiciones para un análisis del deseo, sobre sí mismo y sobre los otros». ¹² Pero fue sólo entre 1976 y 1977 cuando la Autonomía se acercó por sus propios medios a la solución de este problema, que, creo, sigue siendo *el* problema de todas las experiencias revolucionarias de la contemporaneidad. A propósito de esto, uno de los artículos más significativos de *Rosso* es «Autonomía obrera con “a” minúscula»:

Un nuevo espectro recorre las plazas italianas; es el de la AUTONOMÍA. Los periódicos ya lo han clasificado: he aquí el nuevo grupúsculo [...] *Pero el grupo Autonomía Obrera* no existe. Hay grupos individuales, enraizados en la realidad de la lucha de fábrica, de escuela, de barrio: cada uno de ellos se llama como quiere y como cree oportuno, y participa de la «autonomía» —de la importante, con «a» minúscula— en tanto en cuanto está realmente dentro de las masas, en tanto es capaz —dentro de las masas— de provocar agitación, de determinar organización y contrapoder [...] Por eso las fuerzas de la autonomía obrera no

¹² F. Guattari, *Psychanalyse et transversalité*, París, Maspero, 1972 [ed. cast.: *Psicoanálisis y transversalidad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976].

pueden salir a la calle, como los grupúsculos, para ser contabilizadas: deben salir —y lo han hecho, y lo harán— para determinar momentos de organización, y de contrapoder [...] No se trata ya de observar las «caducidades» de grupuscular memoria, ni de observar el calendario parlamentario para «presionar» desde la calle [...] se trata de llevar directamente a la calle, de concentrar en función de demostración y de ataque, la verdadera «autonomía», la que vive cada día en las infinitas luchas contra el patrón y los cuadros de mando. En este sentido «autonomía obrera» es un verdadero modelo de organización [...] Nosotros no sabemos cuál será la forma organizativa definitiva de este proceso: sabemos lo que seguro que no será, y esto es la repetición de ningún modelito leninista.¹³

Me parece un artículo muy instructivo sobre la tendencia al extrañamiento de la Autonomía respecto a las prácticas de la Tercera Internacional y también respecto a los deseos de quienes intentarán construir la Autonomía Obrera Organizada con todas las mayúsculas en su sitio; una tentativa que obviamente nunca llegó a materializarse pero que aún así señaló el final de la originalidad de la experiencia autónoma italiana.

Volviendo al editorial de *Senza Tregua*, encontramos algunas indicaciones para la lucha que desde luego no quedaron en letra muerta para los Comitati Comunisti per il Potere Operaio, que estaban vinculados a la revista (en el '77 una parte de ellos se transformó en los Comitati Comunisti Rivoluzionari). La práctica de los «decretos obreros» que esta fracción autónoma defendía como forma de lucha se tradujo, por ejemplo, en la imposición unilateral de la reducción de la jornada de trabajo y de otras medidas de *separación obrera* de la racionalidad capitalista. Medidas que aludían a una capacidad de autonomía que arrancaba poco a poco *territorios* al poder estatal. Zonas obreras enteras, como la de la provincia de Venecia o en Bolonia y Turín, se autorreducían todos los gastos que pesaban sobre la vivienda. En Milán o en Roma centenares de familias proletarias ocupaban grandes edificios donde construían guarderías, ambulatorios, consultorios femeninos. En Nápoles y en el sur, las listas del paro eran gestionadas directamente por las asambleas autónomas y ya no por los burócratas de la oficina del paro, y todos empezaban a pensar cómo organizar la vida de los

¹³ «Autonomía obrera con “a” minúscula», *Rosso*, 14 de febrero de 1976.

barrios, regulando incluso desde abajo los precios de las mercancías y expulsando a fascistas y especuladores. Por desgracia la aceleración del conflicto en los años sucesivos impidió que se consolidaran y profundizaran estos experimentos de comunismo, pero la orientación acerca de lo que significa *organizar lo común* en los términos de la Autonomía permanece totalmente abierta.

El desenganche/separación de renta y producción no fue ni mucho menos un simple eslogan, fue algo que se materializaba en las fábricas cada día mediante el absentismo, el sabotaje y el rechazo a los tiempos. El control obrero implicaba también que los obreros despedidos por motivos políticos volvieran cada día a la fábrica acompañados y protegidos por los demás trabajadores para seguir desarrollando su actividad subversiva, al tiempo que seguían recibiendo un sueldo gracias a las suscripciones y a las «tasas» que se conseguía arrancar a los distintos jefes, dirigentes, comerciantes y miembros de la burguesía de la zona o mediante otras actividades ilegales de autofinanciación, porque, tal y como escribía *Rosso* «el dinero hay que tomarlo ahí donde está». Si bien esta era una práctica ya experimentada ocasionalmente por grupos como PO y Lotta Continua, es justo en este periodo cuando la Autonomía empezó a poner en práctica la expropiación de bancos de forma masiva. La de 1974 en el Banco de Argelato, en Emilia Romagna, que acabó mal con el asesinato de un *carabiniere*, dio lugar al primer proceso en el que se implicó a gente de la Autonomía en prácticas de este tipo. En principio fueron detenidas una decena de personas entre el área de *Rosso* y la de *Puzz*; uno de los acusados se ahorcó en prisión y el resto de los imputados tuvieron que pagar muchos años de encarcelamiento. Finalmente, en los procesos a la Autonomía de los años ochenta, militantes cercanos a *Rosso* fueron condenados; los jueces consideraron, como entonces solían hacer, que aquel robo estaba ligado a una decisión de la «organización». Pero la de Argelato fue solo la primera de un gran número de expropiaciones destinadas a la actividad político-subversiva. La mayor parte de las veces fueron llevadas a cabo en pequeños bancos de pueblo que todavía no contaban con sofisticados medios de protección y de los que era más sencillo huir. La «coerción» del poder proletario, además, se tradujo, por ejemplo, en la práctica del incendio de automóviles o en el «disparo a las piernas» de los encargados o dirigentes particularmente odiados por los obreros; estas acciones fueron llevadas a cabo por «equipos» de intervención territorial que se constituyeron en ese periodo para ejercer el contrapoder de manera concreta y que contaban con el respaldo de la mayoría de los trabajadores. Prácticas como

estas eran consideradas no tanto como una especie de administración de justicia de los de abajo —afortunadamente los justicieros no fueron nunca muy abundantes en la Autonomía— sino como un mecanismo de disuasión y también de sabotaje productivo de la innovación social y tecnológica: los jefes que actuaban de forma arrogante en las líneas de producción fueron pronto sustituidos por máquinas digitales o informáticas. Para muchos este tipo de resultados fueron una de tantas confirmaciones de la intuición obrerista, esto es, de que las luchas dirigen el desarrollo del capital. Pero el verdadero problema siempre ha sido el de cómo interrumpir este circuito perverso que lleva de las luchas a una nueva determinación del poder y a nuevas estrategias de explotación; el de cómo interrumpir la reproducción de esa *relación social* que nos impone a todos la identificación con una función del capital.

Entre 1975 y 1976 la cuestión de la lucha de clases armada se convirtió en uno de los temas centrales del debate territorial y nacional. Las formaciones clandestinas empezaron a aumentar el alcance de sus acciones y las de la Autonomía comenzaron a organizarse para estructurar una intervención combativa en todo el territorio. Llegados a aquel punto de densidad subversiva, escribía Negri en *Proletari e Stato*, era necesario disponer «de una fuerza de vanguardia militante, capaz de profundizar de forma violenta y continua en la crisis y de repeler, en igual medida, la violencia de los patronos».¹⁴ El punto que marca la diferencia, pero que es muy difícil de sostener, consistía en no dejar que la acción de vanguardia se despegase del Movimiento, en no permitir a la función militar que lo adelantara demasiado, y menos aún que asumiera por completo la dirección política del Movimiento. En otras palabras, había que impedir que la función guerrera aplastara bajo el peso de su intervención a las dimensiones material y espiritual que, junto a ella evidentemente, constituían la potencia común del Movimiento. Pero, ¿quién y con qué autoridad podía interpretar cuáles eran en cada ocasión las indicaciones de una presunta dirección de masas? No quedaba otra solución que seguir un circuito virtuoso entre espontaneidad y organización, entre guerrilla difusa y centralización del ataque, entre emergencia subjetiva y su inmediata recomposición en el Movimiento.

¹⁴ A. Negri, *La classe ouvrière contre l'état*, París, Éditions Galilée, 1978.

Sea como fuere, en 1976 empezaron a madurar dentro del área autónoma posiciones que impulsaban abiertamente una mayor centralización de la intervención político-militar. Por ejemplo los boloñeses de los Comitati autonomi —área *Rosso*— que sostenían que en respuesta a las medidas de guerra civil desencadenadas por el capital —no solo las «leyes especiales», sino también todas las que buscaban la destrucción del poder obrero y que sometían a los propios obreros a la aceptación de un papel activo en la reestructuración y el control policial de las vanguardias—, no quedaba otra vía que acentuar los niveles subjetivos, esto es, renunciar a la expansión de los movimientos para ceder el protagonismo a la estrategia militar del ataque directo. Los autónomos boloñeses desestimaban también la vía insurreccional, ya que consideraban que era imposible que un solo golpe fuese capaz de hacer caer a la vez los aparatos económicos y políticos del Estado. Todavía parecían tener un concepto de la insurrección anclado en los clásicos soviéticos, sin darse cuenta de que insurrección a estas alturas equivalía a un recorrido discontinuo en el que grandes momentos de ruptura y fases de reflexión, ataques concéntricos y repliegues tácticos se seguían sin solución de continuidad, y en el que ya no había una hora X después de la cual comenzaría la dictadura del proletariado, sino una multiplicación de las horas X, que eran ya tantas como los segmentos de conflicto que la Autonomía fuese capaz de recorrer.

En todo caso, por lo que respecta a la Autonomía, no hay manifestación a partir de ese año en la que no hubiera camaradas provistos de armas de fuego para defenderla o para exhibir una amenaza «preventiva» ante las fuerzas enemigas:

Entre la crisis de la fábrica y la explosión de la violencia callejera de los autónomos la relación es estrecha. La fábrica —el trabajo obrero— es la «fuerza» retenida, alusiva, estrategia de clase, gobierno [...] La violencia de calle es inmediata, no alude a nada, es aquí y ahora, rápida. Se consume entera en el acto de expresarse [...] Las fuerzas del orden nacen para «controlar» la calle, las manifestaciones. Los autónomos están ahí para incendiarla, la calle. Los autónomos chocan pronto con las fuerzas del orden, un tabique, una mampara. Las fuerzas del orden sacan sus barras, sus palos; los autónomos, sus pistolas.¹⁵

¹⁵ L. Caminiti, «Il fattore A» en *Gli Autonomi I*, Roma, Deriveapprodi, 2007.

En un contexto de violentísimo ataque de los órganos del Estado y de los fascistas contra el Movimiento —hubo *centenares* de muertos provocados por las matanzas y por la represión en aquel puñado de años— había una discreta presencia de armas en manos de los rebeldes —el «armamento difuso» del Movimiento. Frente al «centralizado» del partido clandestino —al contrario de lo que se podría pensar— disminuyó el riesgo de masacre indiscriminada. En las manifestaciones, los autónomos se reconocían por el hecho de que más que alzar el puño para lanzar sus eslóganes como normalmente hacen los militantes de izquierdas, agitaban la mano en el aire con el pulgar abierto y el índice y el corazón unidos para dibujar la silueta de una pistola: la Autonomía *quería* atemorizar al enemigo o al menos restituir un poco del miedo que policías, fascistas y esbirros de la patronal sembraban a diario entre los proletarios. En cualquier caso, la reapropiación de la violencia fue algo de lo que todos en el Movimiento sintieron la importancia estratégica: llevar armas consigo y enseñarlas, «hacer comprender» que se tienen, más que utilizarlas o abusar de ellas, ha significado siempre en la historia reciente de los movimientos revolucionarios —piénsese en el caso de los Panteras Negras de EEUU— no solo el ejercicio de una defensa legítima sino especialmente un mecanismo de disuasión. Hubo cientos de irrupciones armadas de autónomos en centros de dirección y de producción, pero las balas, cuando volaban, lo hacían *siempre y solamente* para agujerear paredes, cristales y coches, para «firmar» el ataque y para reforzar las luchas: nunca se mató a nadie en el curso de estas acciones. Las acciones de los comandos autónomos que acabaron hiriendo a algún personaje particularmente odiado tuvieron su origen en un indicador político derivado de la rabia obrera y en cualquier caso, al menos por lo que se refiere a la Autonomía, nunca se apuntó más arriba de la cintura. Los únicos caídos bajo el plomo de los autónomos se dieron en el '77; dos policías golpeados durante las fases más duras del choque insurreccional de aquellos meses, volveremos a hablar de ello. Con esto no quiero «relativizar» —fueron acontecimientos duros a los que siguió una autocrítica compartida por la mayoría—, sólo trato de poner los números en su sitio.

En cualquier caso, la reapropiación, sobre todo para los obreros, consistía básicamente en retomar el tiempo. Quizás nunca haya habido una lucha más feroz entre capital y proletariado industrial que la que se dio en torno al tiempo, y es contra su ocupación militar por parte

del capitalismo contra lo que la autonomía obrera lanzará sus ataques de masa. Lucha contra el trabajo quiere decir todo el tiempo para la revolución, ni siquiera una hora a la producción: este era el programa de masa. En este contexto es significativo un estudio en profundidad sobre el *absentismo* de fábrica publicado por *Primo Maggio* en 1975; esta práctica de autodefensa utilizada desde siempre por los obreros había llegado a ser algo tan generalizado y masivo que se había convertido en una auténtica forma de lucha y de vida que hablaba un lenguaje nuevo, que ya no era sólo el de la sustracción de tiempo a la producción, sino también el del rechazo a la identidad obrera, el de las prácticas de desubjetivación que en todos los segmentos de la sociedad se mostraban como el centro de la acción revolucionaria: *separarse de las identidades que eran fruto de los dispositivos de subjetivación* pasó a ser, a partir de aquel momento, una prioridad del Movimiento. «Via dalle linee»¹⁶ decía una canción de lucha de aquellos años, y las líneas estaban por todas partes en la fábrica social: ninguno quería quedarse «en su puesto», ninguna quería seguir siendo «sujeto», todos conspiraban contra el Estado, la producción y... la metafísica. Extinguirse en cuanto clase obrera, en cuanto estudiante, en cuanto parado, en cuanto hombre, en cuanto mujer, en cuanto intelectual, en cuanto homosexual, en cuanto jubilado, e incluso en cuanto militante: extinción de todo predicado derivado de la pertenencia a la civilización capitalista. Fue el intento de una desubjetivación de masas dirigida a minar los fundamentos del desarrollo capitalista, un éxodo armado de toda identidad de manera que la vieja dialéctica patronal se convirtiese en una pieza de anticuario.

Pero las luchas de los años setenta, y no sólo las italianas, nos muestran que junto a las que tenían que ver con el tiempo se abría otro vector de conflicto que llega hasta nuestros días —con las revueltas de las *banlieues* o contra la gentrificación de los barrios populares, por ejemplo—, y esto es, el vector del espacio: arrancar incluso momentáneamente territorios al Estado, a las empresas, al biopoder, al control cibernético. Porque es entonces, a mediados de los años setenta, cuando la medida del tiempo de trabajo necesario deja de ser el tema central del conflicto, pasando a serlo la posibilidad o no de crear y preservar de forma autónoma formas de vida que requieren tanto de un tiempo propio cuanto de un espacio propio para desplegar sus prácticas y *hacerlas durar*. Durante los últimos años setenta en Italia se asiste a este

¹⁶ Se podría traducir por «sal de la línea» o «fuera de las líneas».

desplazamiento de los conflictos de la fábrica a la sociedad, del tiempo de trabajo al espacio de la , del sueldo al deseo, del socialismo al comunismo, de la identidad al devenir. Desestabilización del Estado y desestructuración del orden social debían marchar de la mano para alcanzar el umbral revolucionario adecuado para aquella enorme «necesidad de comunismo» que vivía en el proletariado social.

Pero llegados a este punto debemos ampliar nuestra perspectiva para percibir en toda su amplitud la discontinuidad antropológica que el movimiento de las autonomías produjo en el seno de la sociedad italiana. Se trata de aguzar el oído para escuchar el estrépito de una ruptura que proviene de aquel tiempo, y que se debió a la irrupción en las calles de nuevas «necesidades» y de nuevas «armas» ligadas a nuevas «subjetividades» que usaban su devenir *máquinas de guerra deseantes* como formidable palanca para desquiciar el orden simbólico y material dominante. Aún decimos más: debemos cambiar de registro, ya que de ahora en adelante empieza una nueva historia, donde el eje de las luchas autónomas se curva, se abre y se convierte en una tormenta delirante, una hidra de mil cabezas, una mirada de pequeñas y profundas rupturas, subversivas no porque formasen un ejército compacto y listo para el enfrentamiento contra el Estado en pie de igualdad —este fue el gran error de los defensores de la lucha armada— sino en virtud del desencadenamiento de una guerrilla difusa a medida de ese nivel molecular en el que el gobierno mismo se ejercita cotidianamente, en su banal administración del dolor como miserable *resto* de la sociedad del trabajo.

Fuego al cuartel general

¿Queréis reapropiaros de vuestra vida?
 Por ahora, destruid al patrón que hay
 en vosotros, destruid las características
 capitalistas que hay en vosotros.
 Destruiros como patronos.
 Destruiros como aspiradores
 inagotables de nuestro trabajo
 doméstico.

Le operaie della casa, junio-julio de 1976.

No es nada simple señalar qué movimientos, qué prácticas políticas, qué encuentros fueron efectivamente fundamentales para el crecimiento explosivo y la originalidad de un movimiento como el italiano, pero podemos afirmar que lo que se suele recoger bajo el nombre de «feminismo» constituyó para la Italia de los años setenta una experiencia cuya extensión e importancia —tanto a nivel personal como colectivo— supera con mucho lo que suelen estar dispuestos a reconocer los comentaristas más generosos, y esto, a fin de cuentas, por motivos muy simples. Por ejemplo, la irreductibilidad de aquella experiencia política a su representación pública, la semi invisibilidad de sus trayectorias, o la imposibilidad de disociar la práctica política de la vida cotidiana. De hecho *aquel* feminismo, como *aquellos* movimientos, acabaron exactamente cuando se interrumpió la posibilidad de perseverar en su forma de vida: los años ochenta fueron una década de contrarrevolución feroz, vasta y profunda.

La capacidad de contagio que tuvo el feminismo autónomo —no confundir con el feminismo democrático— con respecto al resto de movimientos es directamente proporcional a la fuerza que estos supieron expresar todos juntos entre 1975 y 1977. Su enorme capacidad de *descomposición* irrumpió en los colectivos, las organizaciones, los centros sociales, las casas ocupadas, los periódicos, la *vida*, desarticulando la representación práctica de la militancia, haciendo chirriar al autoritarismo rastrero (también en la Autonomía) e introduciendo nuevas prácticas de comunización, al mismo tiempo que impedía su inmediata recuperación ideológica por parte de las organizaciones, como a menudo sucedió con otras subjetividades en secesión, que fueron «interpretadas» y devueltas al plano monodimensional de la lucha de clases fabril o de las necesidades del Partido. La insurrección feminista fue una auténtica revolución en la revolución. Hay que decir que aún hoy hay algunos exprotagonistas de aquel periodo que culpan al feminismo de la crisis del Movimiento, cuando son ellos mismos quienes lo oprimieron, oponiéndole las típicas, vetustas, insoportables «razones de la política»: esa que es real porque es racional, esa que es siempre enunciada por una voz masculina, incluso cuando quien habla es una «mujer», esa que se dice siempre y solamente en los términos de un «sujeto» que permanece inserto en la economía política incluso en sus formulaciones marxistas y postmarxistas más perspicaces y avanzadas.

El feminismo que surgió impetuosamente entre 1975 y 1976 en Italia no fue una *consecuencia* de la victoriosa etapa de referendos y de derechos civiles (divorcio, aborto, violencia sexual), ni de las luchas obreras

y estudiantiles que tanto abundaron tras el '68. En definitiva, no fue ni un efecto de la movilización de la ciudadanía ni una «costilla» del Movimiento; fue autónomo sobre todo porque su gestación fue autónoma. Se trataba de *otra* historia, de *otra* subjetividad con una «agenda de lucha» propia y muy radical. Los conflictos metropolitanos fueron más bien la condición por y en la cual la autonomía feminista, como otros movimientos, encontró amplios espacios que recorrer y que transformar.

La posición del feminismo autónomo respecto a la «conquista de los derechos civiles» supuso un escándalo para la izquierda. Las mujeres de los colectivos elaboraron una posición rigurosamente antijurídica que a día de hoy aún no ha sido superada en radicalidad e inteligencia. No se trataba, obviamente, de rechazar las mejoras de las condiciones de vida o los nuevos derechos que se iban adquiriendo, pero no les gustaba que se legislase sobre su cuerpo, y no creían que la adquisición de «derechos femeninos» en un sistema patriarcal pudiese transformar realmente las cosas, y aún menos propiciar una revolución. Al contrario, los «derechos concedidos» a menudo constituían un antídoto contra esa revolución, un instrumento de control más que una conquista. Y si pensamos en la Italia de hoy, donde el «derecho al aborto» no es un derecho demasiado seguro de ejercer en hospitales públicos, resulta que las feministas no estaban tan equivocadas al reivindicar la autogestión de las prácticas abortivas y contraceptivas.

Una genealogía compartida quiere que el feminismo autónomo nazca en 1966 con la publicación del *Manifiesto programático del grupo Demau* —el mismo año de *Operai e capitale*.¹⁷ Lo que más llama la atención desde el principio es que, a pesar del nombre del grupo —Demau significaba «desmistificación del autoritarismo patriarcal»— este dejaba claro que no se trataba de una simple denuncia o una simple lucha contra el autoritarismo y el patriarcado *en cuanto* contradicciones específicas de la sociedad, sino del hecho de que *la sociedad como tal era problemática para las mujeres*. No se trataba de resolver la «cuestión femenina», sino de cuestionar la totalidad de lo social. Por eso el objetivo de las polémicas de Demau, así como del feminismo autónomo en general, fueron las políticas de integración y de emancipación de la «mujer» en esa misma prisión social que todos daban por descontado, asociaciones de mujeres y grupos de izquierdas incluidos. *Autonomía feminista* era dejar de considerarse en

¹⁷ Este libro de Mario Tronti tuvo una gran importancia para el obrerismo, del que se considera un texto fundamental: *Obreros y capitale*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2001.

tanto «funciones» de la sociedad, para minar esta sociedad en sus raíces «partiendo de sí», de la experiencia cotidiana, de la contestación de lo que se tenía al lado o dentro de cada una. Si las luchas por la emancipación se resolvían siempre en el reconocimiento de una *identidad*, las luchas de liberación tiraban abajo también esta última barrera, apuntando hacia la materialización de un *devenir* revolucionario.

El *extrañamiento* vivido por las mujeres además, no se limitaba al ambiente de trabajo o de estudio, sino que incluía la totalidad de las instituciones formales e informales que producían y reproducían aquella maldita sociedad en la que todo conjuraba contra cualquier posibilidad de verdadera liberación. La tristeza de los países socialistas estaba allí para recordárselo a todos, pero las feministas italianas la vislumbraban en los lugares donde vivían, en casa, en las organizaciones de lucha, entre camaradas, en la infinita repetición de los comportamientos de subordinación a una moral social contestada solo de palabra, *exteriormente*, mientras *internamente* eran cada vez más evidentes las potencialidades de un conflicto capaz de bloquear los flujos de la reproducción del capital: «No producimos cosas, sino personas. Producir obreros en lugar de medios de subsistencia implica nuevas contradicciones con respecto a la huelga como forma de lucha, o al absentismo como otra forma de lucha. Si nosotras vamos a la huelga no dejamos objetos por acabar, materias primas no trabajadas, etc.; es decir, interrumpiendo nuestro trabajo no paralizamos la transformación de una cosa en otra, sino que paralizamos la reproducción cotidiana de la clase obrera. Esto supondría un golpe al corazón del capital porque se transformaría en una huelga consecuente también con quienes habitualmente han ido a la huelga sin que lo hiciéramos nosotras».¹⁸ De reflexiones como esta nacieron muchos colectivos por la liberación del trabajo doméstico, a favor de un salario para las amas de casa, por el fin del régimen familiar, empezando por el obrero: «Nadie dentro de la izquierda ha querido ver que en nuestras casas transcurre la mitad del ciclo productivo: que si no fuera por nuestro trabajo gratuito nuestros maridos no podrían presentarse cada mañana en las fábricas y en las oficinas, listos para ser explotados. Tenemos que partir de aquí, del trabajo gratuito, si queremos hacer saltar por los aires las bases de nuestra opresión: de la falta de dinero que nos condena a la dependencia del salario masculino. Y la lucha por tener nuestro dinero la debemos llevar a cabo nosotras en primera persona, porque esta lucha sacudirá todas las relaciones de poder

¹⁸ 8 marzo 1974, Venecia, Marsilio Editore, 1975.

y privilegios que el hombre detenta dentro de la familia. Solo nosotras, las mujeres, haciendo pagar el trabajo doméstico, podemos abrir un nuevo frente de lucha contra el Estado, que pase casa por casa». ¹⁹ El contenido de este documento, como de otros similares, que hacían una lectura «salarial» del conflicto feminista, tenía su origen en una escisión que sufrió Potere Operaio en 1971 y que dio lugar, en un primer momento, al nacimiento de Lotta Femminista, y a partir de ahí a muchos colectivos por el salario doméstico. A pesar de su distanciamiento con respecto de los hombres, compartían con ellos un planteamiento similar, de estilo «obrerista», que partiendo de la lucha por el salario político desembocaba en el rechazo del trabajo. Más allá de la ingenuidad de pensar que el salario doméstico hubiera podido romper todas las relaciones de poder, lo más importante, como sucedía con los obreros, era que se ponían en marcha toda una serie de actos de sabotaje, de absentismo y de huelga que las mujeres llevaban a cabo en su «sección» de la fábrica social, en la casa y en los afectos; comportamientos que efectivamente iban a forzar y subvertir los precarios equilibrios sobre los que se sostenía la gestión de la reproducción de la fuerza de trabajo.

Pero había también en las mujeres la conciencia de un extrañamiento más turbador y más profundo: aquel respecto de sí mismas y de su propio cuerpo. Para recobrar una intimidad consigo mismas y con la acción colectiva en el mundo era necesario, impostergable, urgente, *separarse* del universo masculino, es decir, romper la dialéctica hombre/mujer para tejer otro plano de consistencia ética: «Un elemento fundamental de los valores masculinos que rechazamos es la esquizofrénica separación entre cabeza y cuerpo, entre lo pensado y lo vivido, entre intelecto y acción, entre la esfera de lo racional y la de lo emotivo» (*Sottosopra*, 1974). La ruptura, la separación, fue sincrónica a la de los obreros con respecto al patrón y la fábrica y a la del mundo juvenil respecto a la familia y la escuela; por eso se crearon las condiciones de una relación entre los diversos movimientos autónomos, sin olvidar la obviedad de que muchas mujeres habían participado en los movimientos de contestación desde el '68 en adelante.

¹⁹ «Donne all'attacco», *Boletín por el salario para el trabajo doméstico de Trieste*, 8 de marzo de 1975.

En 1970 apareció el *Manifesto di Rivolta femminile* y el ensayo de Carla Lonzi, *Sputiamo su Hegel*,²⁰ que marcaron una profunda discontinuidad con el feminismo democrático y con la política de los grupos por aquel entonces mayoritarios. En el *Manifesto* encontramos toda la especificidad y la positividad de lo que será el movimiento feminista de los años setenta:

La mujer es el otro con respecto al hombre. El hombre es el otro con respecto de la mujer. La igualdad es un intento ideológico por subyugar aún más a la mujer [...] Liberarse no significa para la mujer aceptar la misma vida del hombre, pues esta es invivible, sino expresar su sentido de la existencia [...] No queremos, de ahora en adelante, ninguna pantalla entre nosotras y el mundo [...] El feminismo ha sido el primer momento político de crítica histórica a la familia y a la sociedad [...] Nosotras identificamos en el trabajo doméstico no remunerado la prestación que permite al capitalismo, privado y de Estado, subsistir. ¿Permitiremos que, como siempre tras una revolución popular, de nuevo la mujer, que ha combatido junto a los demás, se vea dejada de lado con todos sus problemas? [...] Dar un alto valor a los momentos «improductivos» es una extensión de vida propuesta por la mujer [...] Escupimos sobre Hegel [...] La lucha de clases como teoría revolucionaria desarrollada en la dialéctica amo-esclavo excluye igualmente a la mujer. Nosotras volvemos a poner en cuestión el socialismo y la dictadura del proletariado [...] La fuerza del hombre está en su identificación con la cultura, la nuestra en rechazarla [...] Nosotras buscamos la autenticidad del gesto de revuelta y no la sacrificamos ni a la organización ni al proselitismo. Nos comunicamos solo con mujeres.²¹

La deconstrucción que Carla Lonzi hizo del hegelianismo —y por tanto del marxismo leninismo— proporcionó al feminismo y a los nuevos movimientos un arma formidable en tanto, como defendía, no se podía ser realmente autónomo si no se destruía la dialéctica que presidía el imaginario simbólico predominante en la lucha de clases: «Quien no está en la dialéctica amo-esclavo se hace consciente e introduce en el mundo el Sujeto Imprevisto».²² Convertirse en ese Imprevisto,

²⁰ C. Lonzi, *Sputiamo su Hegel e altri scritti, Scritti di Rivolta femminile*, núm. 1, 2, 3, 1974 [ed. cast.: *Escupamos sobre Hegel*, Buenos Aires, Editorial la Pléyade, 1975].

²¹ *RIVOLTA FEMMINILE*, Roma, julio de 1970.

²² *Ibidem*.

convertirse en medio y fin al mismo tiempo, estar en el presente para realizarlo, construir un plano de consistencia revolucionaria que comprendiese principalmente la vida de cada una, desculturalizarlo todo para no tener la necesidad de una ideología, son todas prácticas, «armas», que el movimiento feminista ha construido y perseguido para sí, pero también donado a otros movimientos, empezando por los juveniles. Y es que, decía Lonzi, los jóvenes eran los únicos aliados potenciales de las mujeres, ya que también ellos estaban oprimidos por el poder patriarcal, rechazaban el trabajo y no veían en la lucha una forma ulterior, sublimada de este, porque combatían la familia y, además, en aquella época, estaban intentando crear «comunidades no masculinas». Precisamente el hecho de partir de no haber sido históricamente un *sujeto*, permitía a las mujeres hacer un recorrido diferente del masculino, es decir, les permitía poner en práctica una línea de fuga que se negaba a devenir-sujeto según los criterios de la metafísica occidental: ellas eran *subjetividades menores* que finalmente decidían seguir siéndolo conservando así la autonomía. Partiendo del cuerpo sexuado se podía, se debía rehacer todo el recorrido de liberación de la especie. Por otra parte, la única posibilidad de devenir-sujeto para las mujeres era precisamente integrarse en la sociedad, en el trabajo, en el gobierno, en definitiva, convertirse en «ciudadanas», subordinadas a la Norma y neutralizadas en cuanto diferencia revolucionaria —es lo que hoy sucede con la famosa feminización del trabajo y de la sociedad, pero también con la espectacularización de la teoría *queer* que a menudo parece ser defendida solo para asegurarse una carrera académica, por no hablar del «feminismo de gobierno» con la escalada al poder de mujeres ejecutivo o mujeres ministro.

Entre los años 1970 y 1974 nacieron muchos colectivos pequeños y algunas revistas feministas como *l'Anabasi* y *Sottosopra* en las cuales la práctica predominante fue la de los grupos de «autoconciencia» que, a diferencia de las experiencias americanas y especialmente francesas, no tenían mucho que ver con el psicoanálisis, sino con la elección colectiva de una forma de vida. Los grupos de autoconciencia eran una auténtica forma política que nacía de hecho de la antigua costumbre de las mujeres de juntarse para hablar entre sí: «La autoconciencia se implantó sobre esta práctica social, tan difundida como poco tenida en cuenta, y le dio dignidad política. Es esta, se dijo, la forma en que nosotras hacemos política, las otras formas no nos convienen. Ni la de las grandes organizaciones ni la de la representación democrática. Y tampoco las formas nuevas inventadas por los movimientos juveniles para una

política de participación directa. Ni en esta ni en aquellas se expresa lo que sabemos y queremos, o no se expresa con la libertad necesaria».²³ La autoconciencia se basaba en el «pequeño grupo», en la elaboración de un lenguaje compartido, en privilegiar lo vivido a nivel personal que, en el colectivo, incluso a través de una conflictividad interna, devenía origen de una práctica común. Lo que se decía dentro no era sometido a la interpretación de una autoridad, como en el psicoanálisis, era el intercambio entre iguales y en autonomía lo que lo hacía más verdadero y más libre. Contra un uso solamente intelectual y por tanto estéril, escribía alguna en *Sottosopra* en 1974: «Hay otra manera de entender la autoconciencia según la cual cada una saca su propio inconsciente, lleva a un nivel consciente los propios condicionamientos sociales, no solo de la forma voluntarista y a veces mecánica que inevitablemente se deriva del hecho de verse una vez por semana para hablar de los propios problemas, comunes pero también diversos, dejando después a nivel individual la respuesta concreta a todos esos problemas de los que hablamos y que debemos afrontar cotidianamente, como el trabajo, la maternidad, los hijos, el aborto, etc., sino en una práctica común. Es por esto que la autoconciencia no se convierte en la suma de muchas tomas de conciencia individuales, sino que es una práctica común a todas, porque tiene para todas un polo de referencia común: la práctica social puesta del revés juntas». El uso de la palabra, su análisis y las prácticas que acompañaban a la autoconciencia, recuerdan mucho a lo que Felix Guattari trataba de introducir en Francia, y que llamaba *unidades de subversión deseante*, propuesta que hizo precisamente a partir de la crítica de los grupos de extrema izquierda y del psicoanálisis. Debemos recordar, a propósito de Felix Guattari, que fue en 1975 cuando se tradujo al italiano el *Antiedipo*, escrito junto a Gilles Deleuze, y que causó de inmediato un flechazo entre una parte del Movimiento, la Autonomía más salvaje y crítica con las derivas burocráticas y militaristas, y la práctica teórica de Deleuze-Guattari, de Michel Foucault y de otros teóricos franceses como Baudrillard y Lyotard. Es en este momento cuando se produjo el encuentro entre una práctica de lucha ya en acto y una teoría a la altura, siempre anhelada por los movimientos pero muy pocas veces encontrada. Máquinas deseantes, economías libidinales, microfísicas del poder e intercambios simbólicos se encontraron de una sola vez con las expropiaciones, las bandas juveniles, la autorreducción, los obreros en secesión, las mujeres en revuelta y la sexualidad

²³ Libreria delle Donne de Milán (ed.), *Non credere di avere dei diritti*, Turín, Rosenberg & Sellier, 1987.

como arma revolucionaria. Estaba allí, en Italia, la «insurrección de las conductas», estaba allí la «máquina de guerra», estaba allí la posibilidad de la «revolución molecular».

Pronto volveremos a encontrar reivindicada la práctica del pequeño grupo en otras experiencias «deseantes», como la de Radio Alice o la de *Attraverso*, reivindicación que se hizo masiva en el '77, de la misma manera que la autoconciencia, que aunque en un momento dado se agotó como práctica mayoritaria del movimiento feminista, inauguró un modo de estar juntos que se difundió por todas partes, al menos por todas partes donde hubiese hombres o mujeres que quisieran transformar la vida a partir del análisis subversivo de las propias experiencias, y por tanto mediante la práctica de la desindividualización y de la comunización de la existencia. *Poner en discusión todo sobre sí, para poder volverse singularidades comunes, «cualquiera», a partir del colectivo*: esta parecía ser la consigna que corría dentro de los pequeños grupos y entre ellos: «Cuanto más soy cualquiera, más soy yo misma».²⁴

También fue en 1975 cuando en el feminismo se produjo el paso de los pequeños grupos de palabra, como se denominaron los lugares de autoconciencia, a una «práctica del hacer» que se traducía en constitución de grupos, librerías, editoriales, revistas, espacios de encuentro y en definitiva todo aquello que constituye la infraestructura de un movimiento. Hasta entonces el feminismo autónomo había sido algo más bien subterráneo; ahora que las contradicciones sociales estallaban con violencia, también las feministas se encontraron en el punto de mira de sociólogos, periodistas e intelectuales varios, con el riesgo real de ver su revuelta reducida a un «movimiento de opinión» banal e inofensivo, pero la respuesta al uso que los aparatos de la Cultura intentaron hacer del feminismo, tal vez organizando los típicos congresos neutralizantes, fue puntual y destructiva. Además, la práctica feminista funcionó como detonador terminal de la crisis de los «grupos» —célebre fue en este sentido el último congreso de Lotta Continua, en noviembre de 1976, atravesado por una dura contestación feminista contra los jefes, los líderes, los obreros y todo lo que pudiera oler todavía a socialismo masculino. También en el área de la Autonomía supo sembrar la semilla de un fecundo enfrentamiento que no dejó incólume a nadie, ni siquiera a quienes se veían a sí mismos como los más radicales. Precisamente una carta de Lea Melandri a *Rosso*, al hilo del artículo pseudoleninista

²⁴ C. Lonzi, *Taci, anzi parla. Diario di una femminista*, Milán, *Scritti di Rivolta Femminile*, 1978.

ya citado, sacó a la luz las ingenuidades, los límites, las falsas seguridades que podían encontrarse en la Autonomía. Si bien es cierto que el periódico estaba entre los que más se habían esforzado por dar voz a las mujeres, a los homosexuales, al proletariado juvenil, hasta entonces lo había hecho como repaso a los elementos *subordinados* y, a fin de cuentas, *separados* de las páginas de la Política y de la Economía, donde el obrero masculino parecía el único protagonista de la Historia. El principio de la carta es intencionadamente provocador: «Rosso, quincenal “dentro de la confusión” por ahora». Escribía Lea que no bastaba con la diferencia «gráfica», aunque fuera genial, para hacer del periódico algo revolucionario, nada menos que «la voz de la autonomía», no era ciertamente suficiente mientras se repitiese el orden banal de la información (política-economía-justicia y al final las páginas de «vida»). Luego pasó al ataque contra el artículo en que se defendía la solución leninista a favor de la centralización del movimiento:

Los tiempos de la autonomía, parecía decir el artículo, deben sintonizarse mejor con los del capital («plazos»). Incluso los *lugares* donde existen comités autónomos, fábricas, escuelas, barrios, no pueden permanecer separados por mucho tiempo. Tempestividad-unidad-centralización. Lenin, echado por la puerta, vuelve a entrar por la ventana [...] ¿Quién organiza la autonomía? ¿Y cómo? [...] Rosso podría como mucho reflejar una exigencia de discusión nacida de la base, de la pluralidad de sujetos que la autonomía ha mostrado a lo largo de estos años. Eso implica aceptar contradicciones, fracturas, disonancias llamativas. Implica sobre todo preguntarse qué significa «economía», «política», después de haber reconocido la materialidad de relaciones y comportamientos relegados hasta ahora a las áreas marginales/superestructurales de la cultura, de la moral, de la religión, etc. Llegados a este punto se harían evidentes las *implicaciones* recíprocas de lo que se presenta artificiosamente separado y ya no sería tan fácil recortar, encaillar, compartimentar. No solo por lo gráfico, evidentemente.

La cuestión de la «organización» se había planteado de una manera tan desastrosa en aquel artículo que había hecho saltar las defensas más básicas de quienes se estaban batiendo en todas partes: en las calles, en las fábricas y en las casas. La temporalidad de la autonomía, parece sugerir la carta, o es autónoma, o está destinada a recaer en la repetición de lo ya visto, de lo ya derrotado. Pero también está el problema de los «contenidos», precisamente de aquellos aparentemente más radicales,

como el de la *apropiación*. Lea Melandri ataca el dispositivo por el cual la conquista de un «salario suficiente» es representado como el mínimo común denominador de las luchas metropolitanas necesario para la «supervivencia-reproducción-felicidad»:

A parte del hecho de que hay gente que muere cada día también de soledad, de falta de amor, y no solo por falta de vivienda, luz, teléfono, etc., en lo que se refiere a la *reproducción* y a la *felicidad* habría que admitir cuanto menos que no es solo cuestión de ingresos. Si no es así se creará que los «rudos peones» aspiran, en definitiva, a la «felicidad-familiar-en-el-supermercado» que vemos en los anuncios. En la reproducción y en la felicidad (es tan obvio que parece ridículo tenerlo que resaltar) entra en juego el *cuerpo*, su ser sexuado, la cuestión histórica de la relación entre sexos. Y aquí la apropiación como palabra de orden revolucionaria cambia, como mínimo, de *sujeto* [...] Con la conciencia de vivir en una sociedad que es sexista además de clasista, la conflictividad entra en la relación hombre-mujer. Se espera solo que sean los camaradas los primeros traidores. Pero de todo esto no se habla en las páginas «obreras». Se aprende que en el «territorio», en lo «social», es decir en el espacio político que está al margen, *en la periferia* de la fábrica, existen entre el resto de los marginados/huérfanos de la política (parados, jóvenes, jubilados, etc.) incluso las mujeres. Para todas estas categorías de perdidos, se lee, «nos toca a nosotros (¿quiénes?) *reunirlos* en una sola organización para *arrojarlos* contra el Estado» (¡sic!).²⁵

Es esa invitación-desafío a la *traición*, lo que me parece que rompe todos los órdenes del discurso «revolucionario», en la medida en que no se trata ya, o no sólo, de traicionar a la sociedad o quizás a la propia clase, sino de traicionarse a sí mismos como portadores de opresión, como dispositivos de subjetivación autoritaria, como reproductores de la primera estructura contrarrevolucionaria que encontramos en la vida, la dialéctica hombre-mujer y especialmente su encarnación institucional, la familia. Durante aquellos años se trató de demoler *concretamente* el dispositivo familiar, y no sólo su imagen ideológica, y da pena ver cómo el recuerdo de todas aquellas experimentaciones salvajes de liberación no sólo ha sido aplastado por la contrarrevolución, sino también eliminado de la práctica de las comunidades dispersas que hoy tratan de

²⁵ «Carta de una camarada», *Rosso*, 18 de octubre de 1975.

poner en práctica la autonomía: en las casas ocupadas, en los municipios, en los centros sociales, hoy resurge con fuerza, y no solo en Italia, la familia pequeñoburguesa como único modelo posible de convivencia. Y siguiendo en el presente, ¿de verdad no recuerda nada esta crítica al tema de la «renta» como solución mágica a las contradicciones de una sociedad putrefacta? ¿No nos trae a la memoria todas las campañas sobre la «renta de ciudadanía» en las que han naufragado las distintas experiencias antagonistas de las dos últimas décadas? Guattari decía que es un grave error pensar el comunismo en relación con la capacidad de consumo de la clase, y que habría que hacerlo en relación al deseo y a la finitud. La renta de ciudadanía o de existencia, si no emana de una reflexión y de una práctica basadas *en primer lugar* en esa relación con el comunismo y en esa traición que defendía la carta de Lea, no llega ni siquiera a proponerse como un reformismo «serio». Y de hecho, más allá de algunos intelectuales y de los círculos militantes que han hecho de ello una ideología sin atisbo de autocritica, no se lo ha creído nadie. Pero esta es otra historia, o quizá no.

La Autonomía, su fuerza, su genialidad, radicaba en la comprensión de que el «cuartel general» sobre el que abrir fuego no era lo que algunos empezaban a llamar «el corazón del Estado» o del capital, sino que este, como *máquina deseante del gobierno*, estaba diseminado por la metrópoli, difuso en la vida cotidiana, ubicuamente presente en cada ámbito de la existencia, esto es, en todo aquello que ejerce un dominio, desde la gestión gubernamental de los afectos a la de la política, esto es, en la gestión de la totalidad social y de los individuos mediante una *economía*, que etimológicamente significa, no por casualidad, «administración de la casa».

Disparar contra el cuartel general significa, por un lado, golpear a todos los operadores de la disciplina que se encuentran frente a nosotros; por otro, significa hacer surgir lo ingobernable donde los administradores del control reducen la vida a la insignificancia productiva de la economía y al dominio de la Norma sexual: desde las jerarquías de fábrica hasta las jerarquías domésticas o las sexuales corría un único hilo rojo que podía ser roto pero no en un solo punto, por muy débil que este fuese, sino con una serie de ataques concéntricos y simultáneos que dejasen la máquina fuera de servicio. Se trataba, así pues, de vaciar y por tanto desactivar cada uno de los dispositivos de poder que gobernaban la producción de subjetividades empezando por el más básico, ese en el que se nace y se crece, ese en el que se descargan todas las

frustraciones de forma patológica, de modo que luego estas se replican hasta el infinito en la sociedad. El ataque a la estructura molecular de la reproducción social fue quizás el acto de sabotaje de masas más peligroso al que se tuvieron que enfrentar Estado, patronal, gobierno y padres de familia. La hemorragia que se había abierto en el gobierno biopolítico le dejaba sin el oxígeno necesario para sobrevivir —aún hoy— en la ficción espectacular de la civilización del equivalente general.

En dos años nacieron en todo el país colectivos feministas contra el trabajo doméstico, a favor del aborto libre, por la puesta en común de los hijos, por la invención de nuevas formas de huelga —recientemente redefinida por Tiqqun, mediante una referencia explícita al feminismo italiano, como «huelga humana»—, pero sin caer en la trampa de la falsa dialéctica entre transformación de sí y transformación social, porque de una vez por todas *«lo privado es político»*: «Los temas del cuerpo, de la sexualidad, del análisis profundo invaden los colectivos de fábrica, de barrio, los ambulatorios, tanto como la teoría marxista de las necesidades, aplicada a la materialidad de la opresión sexual de las mujeres y a la “crítica de la supervivencia afectiva”, marca a los dos grupos nacidos del colectivo milanés de Via Cherubini». ²⁶ Los congresos feministas — como el de Pinarella de 1975— eran muy diferentes de lo que había sido habitual hasta entonces en la experiencia de la izquierda, en ellos se experimentaba otra forma de la política/vida, «cientos de personas que se juntaban para compartir durante algunos días habitación, baño, comidas, paseos y, sobre todo, horas y horas de discusión sin ningún orden del día, ninguna relación introductoria, ningún líder delegado como tal para dirigir el trabajo» (ibídem), y a menudo los congresos se confundían con auténticas fiestas, vacaciones, bailes: tiempos y lugares de una política inoperatividad.

El crecimiento del movimiento feminista era imparable y la contradicción, a pesar de no hallarse ya en el periodo más rígidamente separatista, no pudo sino estallar *en* el Movimiento. El 6 de diciembre hubo una gran manifestación abortista en Roma, con la asistencia de 20.000 mujeres. Las consignas del movimiento feminista hacia los compañeros que querían participar fueron claras: se debían poner a la cola y compartir los objetivos de la manifestación, pero los machitos provocaron, insultaron, rechazaron la autonomía de las mujeres. Así, un nutrido grupo de feministas trató de alejarlos de la manifestación,

²⁶ Lea Melandri, «1975, il sessantotto delle donne», en *Liberazione*, suplemento núm. 6 de 2007.

pero el servicio de orden de Lotta Continua junto a algunos militantes de los Comités autónomos obreros romanos las agredió a golpe de porra y llave inglesa, enviando a dos chicas al hospital. Lo infame del ataque no requería de muchos comentarios, y aún así dentro de la Autonomía organizada se temporizó, no se quiso adoptar una posición «oficial» para no romper demasiado los equilibrios políticos nacionales. El grupo boloñés de *Altraverso*, animado por Bifo y hasta aquel momento unido a nivel organizativo a *Rosso* —su periódico aparecía como suplemento de este—, frente a la negativa de la redacción de tomar una posición clara de condena y de ruptura, consiguió hacer publicar un documento firmado como «algunos camaradas de Bolonia», y con este acto puso fin a su colaboración. Escribían los boloñeses:

Todo esto marca una línea de ruptura definitiva entre quienes hablan de autonomía pero piensan en reproducir la dirección centralizada de la voluntad fálica hecha partido o, dicho de otra manera, tratan de instrumentalizar a las comisiones femeninas en la batalla contra el gobierno, y quienes ven la autonomía como capacidad de vivir y poner en práctica las propias necesidades, los propios deseos al margen de una lógica de negociación con el gobierno, quienes ponen en práctica la recomposición de los movimientos en el propio proceso de profundización de la especificidad. Entre estas dos líneas, estas dos maneras de concebir y practicar la autonomía, no cabe ningún enfrentamiento. Las mujeres, los homosexuales, los absentistas, los jóvenes, los obreros comunistas no tienen ninguna necesidad de enfrentarse con quienes no forman parte de su movimiento pero pretenden ser su cabeza, la vanguardia o la síntesis de la que hablan tantas comisiones disciplinadas [...] En cuanto hombres ponemos en cuestión nuestra relación con estructuras organizativas que ponen de nuevo en marcha nuestro papel de opresores, policías, agresores y penetradores.²⁷

La reacción descompuesta y violenta del machismo del movimiento no se debía, evidentemente, a un desacuerdo político sobre las cuestiones sistémicas, era el resultado de cómo la insurgencia feminista había penetrado en los colectivos, las organizaciones, las relaciones interpersonales y las parejas descomponiéndolas y disgregando su poder disciplinario, acabando con el enfermizo protagonismo de los líderes de las luchas y de los afectos (la «fascinación» del agresor, del teórico, del gran

²⁷ «Autonomía y movimiento feminista», *Rosso*, 20 de diciembre de 1975.

orador, del obrero que debe dirigirlo todo...). La crisis del macho de movimiento fue devastadora pero saludable: un poco más de libertad para todos, un poco menos de depresión para muchos, muchos tarados se vieron obligados durante un tiempo a replegarse hacia otros lugares para ejercer su ridículo poder.

El movimiento feminista alcanzó su máxima extensión durante 1976, el año de las «brujas» —el eslogan feminista más repetido y que se hizo famoso decía, de hecho, «*tremate, tremate, le streghe son tornate*» [temblad, temblad, las brujas han vuelto]— y los «corros de endemoniadas» en Milán, los «aquelarres» de Padua, el «retomemos la noche» de Roma (una manifestación nocturna donde por primera vez hicieron su aparición autónomas organizadas —definidas por otras como alborotadoras—, rompiendo algunos escaparates), el desencadenamiento por todas partes de la revuelta feminista sacó a la luz la cuestión de la reapropiación de la violencia también como práctica autónoma de las mujeres. La policía y los *carabinieri* no mostraron, de hecho, demasiados escrúpulos y cargaron contra las manifestaciones feministas apenas tuvieron ocasión, como sucedió el 17 de enero en Milán después de que un grupo de chicas rompiera el cordón policial que protegía el Duomo. Hubo muchas discusiones y no fueron pocas las mujeres que reivindicaron el uso de la violencia como una parte imprescindible de la reapropiación de su cuerpo y de su libertad, pero también hubo importantes tomas de posición de signo opuesto, como la del colectivo de Via Cherubini, que intuía el riesgo de producir con aquellos comportamientos un feminismo ideológico que se pusiese a rivalizar con la política masculina. Por otra parte, no eran pocas las mujeres que elegían la vía de la lucha armada y que asumieron un papel de dirigentes en sus estructuras.

Otro debate interno muy tenso, durante el mismo periodo, trató sobre la forma que adoptaban las manifestaciones feministas, siempre muy escandalosas, con continuos corros de cientos de mujeres, canciones, disfraces, danzas estáticas, juegos y performances teatrales. Algunas feministas veían en esto el peligro de una folclorización del movimiento, de su reducción a un comportamiento superficial y estetizante. Y ciertamente tenían algo de razón, pero creo que esas ruidosas danzas, esas cantinelas repetidas hasta el paroxismo, ese hacer aparecer la diferencia en la ciudad fue el «extra» que hizo que el feminismo no se quedara como patrimonio de unas pocas mujeres «conscientes», sino que llegara a hacer que jóvenes estudiantes y madres, ancianas, niñas e

intelectuales, enfermeras y obreras se implicaran y entusiasmaran con él, sumándose gustosas al mayor *movimiento menor* que haya conocido la Italia contemporánea. Finalmente en Roma, donde la extensión del movimiento fue amplísima y donde siempre hubo una amplia presencia organizada de lesbianas, el 2 de octubre de 1976 grupos feministas ocuparon el Palazzo Nardini, en la calle del Governo Vecchio para convertirlo en la Casa de las Mujeres. Esta ocupación duró hasta 1981, para transformarse después en la actual Casa Internacional de las Mujeres.

Mediante las rupturas que produjo entre cuerpo y economía, entre gratuidad y salario, entre consciencia de sí y política alienada, entre juego y machismo militante, entre erotismo del deseo y sexo repetitivo, entre orgasmo libre y esclavitud falocrática, entre comunidad afectiva y familia, el feminismo fue la parte más significativa de la verdad de la Autonomía como forma de vida

El separatismo fue una necesidad durante un cierto periodo, pero después muchas vieron claro que había que buscar una solución «mixta», o mejor *polimórfica*, entre otras cosas para no quedar atrapadas en las trampas identitarias que inevitablemente se creaban, y este es un argumento de total actualidad, en Italia y en todas partes.

De hecho el feminismo supuso también la creación de un espacio a través del cual otras minorías sexuales, que hasta entonces se habían mantenido completamente al margen de una participación *explícita* en el Movimiento, pudieran empezar a combatir de forma autónoma.

A comienzos de los años setenta el movimiento gay —la primera protesta organizada se dio en Sanremo en 1972, contra un congreso sobre la homosexualidad como enfermedad— empezó a organizarse, primero en el F.U.O.R.I.! [Fronte Unitario Omosessuale Rivoluzionario Italiano] siguiendo el modelo del Fhar francés. Luego, cuando este se federó con el Partido Radical y poco a poco se fue entregando a una política reformista, nacieron otras experiencias revolucionarias ligadas a la Autonomía como los Colectivos Autónomos Homosexuales Milanéses y los de Florencia, Pavía, Venecia, Padua, Nápoles, Catania, Cagliari, Roma y otros. Mario Mieli, militante y teórico de primera línea de la autonomía homosexual, explicitó en las primeras líneas de su *Elementi di critica omosessuale*²⁸ la deuda que los colectivos homosexuales tenían con las prácticas feministas. También ellos empezaron

²⁸ Mario Mieli, *Elementi di critica omosessuale*, Milán, Feltrinelli, 2002 [1977].

a devenir-autónomos en el momento en el que pusieron en marcha los grupos de autoconciencia; en ellos, dentro de las historias de vida que circulaban en el grupo, ponían énfasis en la dimensión *común* de la represión sufrida, pero también en la búsqueda de una forma de vida libre y comunista. Escribía Mieli:

La liberación del Eros y la realización del comunismo pasan necesaria y felizmente por la (re)conquista de la transexualidad y la superación de la heterosexualidad tal como hoy la conocemos [...] Si la transexualidad es el verdadero *télos*, se podrá alcanzar *solamente* cuando las mujeres hayan derrotado al «poder» masculino basado en la polaridad de los sexos, *y los homosexuales hayan abolido la Norma difundiendo la homosexualidad universalmente* [...] la (re)conquista de la transexualidad tendrá lugar con la caída del capitalismo y con el rechazo del trabajo alienado y alienante: la lucha de los homosexuales y las mujeres es (fundamentalmente para) la revolución comunista.²⁹

En 1975 —año de gracia...— nació en Milán de una escisión de F.U.O.R.I.! el Collettivo Autonomo Fuori!, al cual seguirán experiencias similares en otras ciudades. El colectivo se presentó con un documento en las páginas de *Rosso*, que en su introducción invitaba de forma provocadora a los millares de homosexuales presentes en las diversas organizaciones revolucionarias a salir del armario. El problema que los gays planteaban a la Autonomía, en primer lugar, y después al resto de la izquierda revolucionaria, era el de hacerse conscientes de que si la cuestión sexual se había convertido en un terreno de encuentro/enfrentamiento fundamental para todos aquellos que se reconocían en el proyecto comunista, esto era debido a la fuerza y a la inteligencia de los movimientos de liberación, que hasta entonces sólo habían puesto en práctica mujeres y homosexuales: «Sabemos por experiencia que cuando se habla de represión sexual muy frecuentemente se cae en lo genérico. Así la cosa acaba con frases como “también los hombres están reprimidos”. Muchas gracias, respondemos nosotros. Pero también sois gratificados por vuestro rol masculino. Y recordad que, igual que habéis hecho entrar en crisis a vuestro patrón en la fábrica, tenéis que hacer entrar en crisis vuestro falocratismo».³⁰ El interés del movimiento gay por la Autonomía, tras la fase «separatista», explicaban en el

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ *Rosso*, núm. de enero-febrero de 1975.

documento, se producía por el reconocimiento en esta de una pulsión antiautoritaria y por el rechazo de la burocracia en favor de todas las expresiones de autonomía de base y de creatividad: era el espacio justo donde poder seguir militando *sin tener que esconder a los camaradas* la propia orientación sexual, o al menos eso esperaban. Volvemos a encontrar en este documento la misma fuerza de separ/acción y descomposición que hemos visto en los otros movimientos de la autonomía, en el sentido de que también los colectivos homosexuales creían que aquel era el momento de llevar dentro de su movimiento el aspecto revolucionario: no somos todos *iguales* por ser homosexuales; la lucha de clase debía atravesar también su campo (de ahí la autodefinición de «homosexuales proletarios»). También los colectivos autónomos homosexuales estaban subdivididos en núcleos, por escuela, barrio u otros; estamos en la época dorada de las autorreducciones y por su parte proclamaban que se autorreducirían la represión, el miedo y el sentimiento de culpa. La actividad política de gays y lesbianas en las escuelas provocó un clima de psicodrama generalizado del que no escapó nadie: profesores, estudiantes, padres y camaradas, vinieron a demostrar que la moral heterosexual estaba tan arraigada como para producir indignación, expulsiones, denuncias y presencia de policía delante de las escuelas, en ocasiones por simples pancartas y pasquines en los que simplemente se reivindicaba la politicidad homosexual. Frente a todo esto también los militantes gays y lesbianas de los colectivos autónomos reivindicaron en este momento la reapropiación de la violencia como medio para afirmar sus propias necesidades y poner en práctica sus deseos.

Del «tomemos la ciudad» de los inicios se había pasado al tiempo del «retomemos nuestras vidas» y nada mejor que la actividad subversiva con respecto al sexo, la familia y la reproducción social representaba concretamente la práctica, una práctica colectiva de felicidad. En las primeras páginas del libro autobiográfico de Porpora Marasciano, en la actualidad militante trans del movimiento LGBTQ, podemos leer: «Considero que haber vivido mi adolescencia y juventud en los años setenta fue una enorme fortuna».³¹ El plano de consistencia del Movimiento era quizás más amplio y más profundo de lo que creían los propios militantes de la época —siempre se es más libre de lo que se cree...— y las autonomías fueron el laboratorio difuso donde se experimentaron formas de vida que se parecían a una fiesta sin fin. La vida cambiaba de forma tan rápida y

³¹ P. Marasciano, *AntoloGaia. Sesso, genere e cultura degli anni '70*, Milán, il Dito e la Luna, 2007.

agradable que realmente nadie quería volver a la «fábrica», como predecía *Atraverso*. Es cierto que, como dice Porpora, «la conciencia requiere coraje y en aquella época en que se comenzaba, hacía falta el doble» y todos aquellos compañeros que entonces lo demostraban tanto en las calles, tenían muy poco cuando se trataba de vivir abiertamente relaciones intersexuales que se daban más frecuentemente de lo que nunca se estará dispuesto a reconocer. Pero lo más importante que nos transmite su narración es este hecho fundamental: que allá donde se fuera en aquella época se encontraban lugares, plazas, casas, sedes donde poder tener nuevos encuentros, construir lenguajes, abrazar cuerpos, fabricar máquinas de guerra más allá y contra todo convencionalismo. Pero esto solo podía darse en una situación en la que «el personaje se correspondía con la propia manera de ser [...] no estaba desligado de una experiencia, un recorrido y una pertenencia [...] una coherencia íntima unía a la persona con lo que hacía y parecía». Los *signos* externos que te señalaban como miembro del Movimiento remitían directamente a prácticas comunes de vida y no a un mísero *target* comercial.

Entre 1976 y 1977 nació en Turín un nuevo periódico de la autonomía homosexual, *Lambda*, donde un joven militante del sur, Felix, escribe: «No quiero ser recuperado por la normalidad heterosexual porque no creo en ella. Pero tampoco creo en un modelo homosexual y al mismo tiempo, siendo consciente de mis límites quiero avanzar en el camino de mi liberación para hacer estallar todo aquello que he reprimido y, como dice Mario Mieli, cambiarme a mí mismo y no ser ni homosexual ni heterosexual, y, más que bisexual, *ser aquello que todavía no conocemos, porque está reprimido*».³² Una búsqueda que, obviamente, está siempre al orden del día.

Proletariado juvenil contra la metrópoli

Producir textos en la calle, pintar de
rojo la transformación de la vida.
Transformar el color de la metrópoli
y el lenguaje de todas las relaciones, para
hacer insoportable la esclavitud
capitalista.

«Sobre los pasos de Mayakovski», *Atraverso*, junio de 1976.

³² *Lambda*, núm. 2, 1977.

A mediados de los años setenta en Italia el proyecto contrainsurreccional empezó a producir los primeros efectos macroscópicos. El capital, sirviéndose también de los medios del Estado de bienestar, como el seguro de desempleo con el 93 % del salario o, dicho de otra manera, *pagándolo caro*, consiguió echar de las fábricas a miles de jóvenes, esto es, a los miembros del estrato social absentista, igualitario y saboteador que había protagonizado las luchas autónomas de los años precedentes y, a la vez, bloquear las nuevas contrataciones en muchos establecimientos. De esta manera, el mando capitalista llevó adelante a marchas forzadas la reestructuración tecnológica de la producción consiguiendo cambiar así el signo de las relaciones de fuerza en las fábricas. Miles de jóvenes escolarizados fueron arrojados al mercado de trabajo negro y precario: centenares y centenares de pequeñas fábricas, laboratorios, subterráneos, garajes en los que se confinó a este joven proletariado, explotado sin ninguna regla, y eso sin contar con la enorme extensión del trabajo doméstico que implicaba a toda la familia y en el que los jóvenes hacían puerta a puerta por cuatro duros.

Empresas en las que los jefecillos hacían y deshacían a su antojo preanunciaron las formas de trabajo precario que a partir de los años ochenta ocuparán *totalmente* el mundo del trabajo subordinado. Mientras el PCI se adentraba cada vez más en la trampa mortal del Compromiso Histórico, el sindicato se convertía en una organización de delatores, los grupos eran la «nueva policía» interna al Movimiento. El partido armado entraba en su fase paranoica. Los telediarios hablaban siempre y solamente de los *sacrificios* que tenían que hacer los proletarios para permitir a todos la salida de la «crisis».

La provocación a los movimientos era enorme.

Pero patronos y Estado, Partido Comunista y sindicato y todo el resto de «observadores participantes» no comprendieron en absoluto con qué clase de juventud se las veían, infravaloraron la fuerza expansiva que los movimientos autónomos habían alcanzado en aquel periodo. *Fuera* de la fábrica las cosas eran diferentes; un rumor incesante recorría las calles de la metrópoli. Los bárbaros acampados al otro lado de las murallas empezaban a hacer incursiones sobre el centro de la ciudad. Todo estaba a punto de estallar.

Los «jóvenes» son una invención reciente; hasta los años cuarenta no existían como categoría sociológica. Empezaron a existir cuando Estado y mercado de trabajo, en la década siguiente, crearon el espacio para un enorme estrato de fuerza de trabajo en formación que, según sus intenciones, era también el estrato en el que debía darse el consenso hacia las formas sociales dominantes. Pero si en los años sesenta este estrato social empezó a rechazar la organización autoritaria de la sociedad y del trabajo, en la década siguiente los jóvenes, ya proletarizados, simplemente se volvieron *maldispuestos* para el trabajo, y así, utilizaron el tiempo de no-trabajo para subvertir el tiempo entero de la vida. La tasa de desempleo juvenil alcanzó niveles estratosféricos en aquellos años, pero los jóvenes ya no constituían un «ejército de reserva» a disposición del capital, sencillamente porque en un momento dado muchos de ellos decidieron no volver a pedir el ingreso en las fábricas ni en ningún otro sitio donde ser explotados. En vez de eso se quedaban fuera, inventándose la vida, luchando duro y resistiendo al trabajo mediante la generalización de formas de goce inmediato del mundo a través de la búsqueda de un uso libre y comunal de todo. Fueron muchísimos los que, con tal de no ir a la fábrica o a la oficina pasaban, voluntariamente, de un trabajo precario a otro, compartiendo casa y dinero con los propios camaradas con los que, tal vez, luego fueran a quemar la empresa para la que acababan de dejar de trabajar.

El contraataque capitalista actuó, por un lado, tratando de marginar y criminalizar a amplios estratos juveniles, empezando por los de los barrios periféricos, conduciéndolos a formas de guetización cada vez más duras. Por otro lado, enroló a muchos en el trabajo en semiesclavitud en el sector industrial y de servicios. Se podría decir que la distopía del capital era el trabajo obligatorio para los jóvenes, tanto más si era un trabajo *inútil*, con un sueldo irrisorio pero bajo un control muy rígido; para todos los demás, el talego. La escuela y la universidad, desde su perspectiva, debían servir como «aparcamiento» e instrumento de control, dado que ya no se conseguía que produjeran ni élites ni obreros. Paralelamente el Estado, apoyado por las organizaciones socialdemócratas, debía crear las estructuras para la promoción de un consenso muy amplio a fin de derrotar la oleada insurreccional. Así durante aquellos últimos años setenta se produjo una borrachera de política y de ideología que miraba a la movilización de las masas desde lo alto, a través del espejismo del participacionismo, los delegados de lo que fuera, y del florecimiento en los pueblos gobernados por las izquierdas de «asesores de cultura y de jóvenes» que trataban de vender mercancía

cultural apta para el consumo sin hacer mucho ruido. Fue en aquel contexto donde vio la luz la figura del *activista* que nos es tan familiar: desde las organizaciones culturales del PCI hasta los grupos de la extrema izquierda (que en 1976 se presentan por primera vez a las elecciones recabando poquísimos votos) nació una miríada de activistas que animaban y administraban esta enorme campaña de politización de masas y que en definitiva fue una operación de contrarrevolución cultural en toda regla que se acabaría de completar a principios de los años ochenta con la «valorización» de los descubrimientos y los modos de vida del Movimiento. Cuando leemos en los papeles de la Autonomía todas las andanadas contra la política, debemos pensar que tenían en el punto de mira, precisamente, este tipo de cosas. Ya sea esta nueva figura de la gestión informal del consenso, el activista, o las políticas participativas con sus *apparatchik* culturales, son dispositivos de gobierno que, a pesar de las recientes dificultades, han llegado hasta nuestros días, a diferencia de las organizaciones que entonces los sostenían, substituidas por otras más elegantes y de moda, quizás porque eran realmente, y ya desde entonces, un híbrido entre administradores políticos y una nueva fuerza de trabajo postfordista, mitad activistas y mitad emprendedores, en cualquier caso, parásitos del Movimiento. Los epígonos de aquella clase de activistas son a menudo, hoy en día, los «leninistas sin comunismo», la peor raza de oportunistas que se puede encontrar en lo que queda del movimiento antiglobalización, mientras el resto se han convertido en simples empleados a destajo de la producción de subculturas; dos «animales» políticos que a veces se confunden en una misma figura y con quienes conviene mantener una distancia de seguridad.

El espectáculo de los grandes resultados del PCI en las elecciones del 20 de junio del 1976 debía ser útil a todo aquel circo: galvanizar a las masas para hacerles creer que estaban a un paso de llegar al gobierno, excitar a la clase obrera haciéndole vislumbrar, finalmente, al alcance de la mano, la ocasión de devenir-Estado y así, poco a poco, hacia la dictadura democrática. Claro que todo esto requería *sacrificios*: apretarse el cinturón, controlar el consumo, renunciar a las libertades civiles, desarmar totalmente el conflicto, postergar la felicidad a un porvenir cada vez más opaco, más lejano, más imposible. No funcionó.

«Movimiento es el estrato social que se mueve», decía *A/traverso* en uno de sus primeros artículos, en 1975, y se refería exactamente a lo que desde diferentes lugares se empezaba a llamar *proletariado juvenil*. Esta expresión fue acuñada por la gente de *Re Nudo*, una revista de contracultura en torno a la cual giraban muchas experiencias libertarias, desde los situacionistas a los autónomos, de los últimos hippies a los defensores de un comunismo psicodélico. *Re Nudo* organizaba, desde 1973, encuentros musicales y políticos siguiendo el modelo de los del *Movement* americano y de Europa del norte. Del interés inicial por las drogas, el rock y la contracultura se había ido desplazando cada vez más hacia lo que se expresaba en el movimiento autónomo. En Italia, a diferencia de lo que pasó en Estados Unidos y otros países, la contracultura se desarrolló a nivel de masas dentro de un movimiento juvenil ya muy politizado: gente que fácilmente relacionaba la marihuana con la expropiación proletaria, el sexo libre con los enfrentamientos en las calles, el rock duro con las huelgas salvajes. Los encuentros se habían realizado hasta entonces en localidades alejadas de las ciudades, a veces tanto que ni siquiera se sabía cómo llegar a ellas, pero en un momento dado los hippies maoístas de *Re Nudo* empezaron a reflexionar sobre los comportamientos de rebelión juvenil que se estaban extendiendo por la metrópoli, y no fue por casualidad que su interés en la construcción de comunas debió doblegarse ante el hecho de que en Italia era más interesante tratar de crearlas en ciudades que en alejados ambientes rurales, como sucedía en otros países.

A partir del otoño de 1975 bandas de jóvenes partían de las periferias de las ciudades y llegaban hasta el centro para saquear tiendas, provocaban enfrentamientos en los campos de fútbol, a menudo se presentaban por centenares a la entrada de los conciertos de rock y la liaban con tal de no pagar la entrada, de hecho a veces lo hacían sólo para lograr que se suspendiera el concierto, visto como el enésimo atraco contra ellos al presentarles un espectáculo del que estaban irremediamente separados: música comercial servida calentita para atontarlos con las promesas del *Peace & Love*. Era lo que los jóvenes proletarios del Núcleo Autónomo de Quarto Oggiaro, una banda de la periferia milanesa cercana a *Puzz* y *Gatti Selvaggi*, llamaban «la criminal organización de la pasividad», y continuaban —dirigiéndose a sus compañeros— «cuando vais a los conciertos, vais a TRABAJAR, pero lo ridículo está en esto: que vosotros pagáis por ir a trabajar». La polémica dura y camorrista con los organizadores de conciertos y festivales de rock se puso al rojo vivo, incluso cuando los organizadores

eran los grupos extraparlamentarios, que más de una vez se vieron obligados a hacer tocar a los músicos con el servicio de seguridad desplegado bajo el escenario y en las entradas porque, como decían con gran lucidez los autónomos, «la gestión de izquierdas de la alienación no es más que una gestión de izquierdas de la alienación». Los grandes conciertos de rock se convirtieron así en otro de los mil problemas de «orden público» y, después de que un cóctel molotov cayera sobre el escenario de Santana provocando un incendio en los amplificadores, ninguna estrella del rock internacional quiso venir a tocar a Italia durante muchos años. No está claro que esto fuera negativo: la creatividad fue más autónoma y hubo más espacio para el *do it yourself* también en la música.

Los estudiantes de instituto, por su parte, habían empezado a ocupar las escuelas de manera cada vez más organizada, las ocupaciones podían durar semanas y semanas durante las cuales lo más importante era la acumulación de contrasaberes útiles al sabotaje de la metrópoli y a la intensificación de nuevas *experiencias*, es decir, la construcción de comunas temporales, la experimentación de nuevas formas de amor y lucha, más allá de la profundización teórico-política que solía acompañar a los levantamientos estudiantiles. Durante aquellos meses los más furiosos empezaron también a enfrentarse violentamente con los directores y los profesores reaccionarios, y llegó a ser normal que estos se encontraran sus coches destruidos por bombas incendiarias, como les pasaba a los guardias y a los encargados de las fábricas. En las escuelas donde el Movimiento era fuerte, pasados dos años, los directores y los profesores ya no gobernaban nada.

Fue en Milán donde todo esto se condensó de manera imprevista durante el invierno de 1975-1976. Las bandas juveniles eran cada vez más numerosas e iban al asalto de la metrópoli; ocupaban apartamentos vacíos para crear comunas, inventaban los centros sociales donde organizaban conciertos y espectáculos teatrales, expropiaban mercancías: empezaban a entender que eran una «fuerza». *Re Nudo* junto a lo que quedaba de Lotta Continua pusieron a su disposición sus conocimientos y alguna de sus sedes, y junto a las bandas crearon los primeros Circoli del Proletariato Giovanile [Círculos del Proletariado Juvenil], que, en poco tiempo, llegaron a ser treinta solo en Milán, en general cada uno con su sede y su pequeño periódico. Los chavales que componían los Círculos eran en su mayor parte jovencísimos

aprendices de pequeñas fábricas, trabajadores precarios, parados y estudiantes-trabajadores, además de algún inconformista y ex militante de la extrema izquierda: todos polemizaban con los grupos que «volvían a proponer la división entre creatividad-diversión y política tradicional». Los Círculos, a diferencia de todas las fuerzas organizadas, que siempre habían tenido sus sedes en el centro de la ciudad, tomaron la vía del arraigo en el territorio: «El cinturón metropolitano estaba formado por barrios de construcción relativamente nueva, es decir que habían sido creados hacia finales de los años cincuenta. Los jóvenes nacidos en esos barrios han empleado quince o dieciséis años en recuperar una identidad territorial, en hacer al territorio amigo y en pensar que ellos, la vida liberada, no la querían solamente en la sede política central, sino también en su propio barrio, sin intervenciones externas». ³³ También por este mismo motivo se veían a sí mismos como «indios metropolitanos», encerrados en las «reservas», excluidos de todo, sin embargo desde allí podían partir para ir a saquear un centro de la ciudad defendido por los «casacas azules». El malestar de aquellos chavales, de edades comprendidas entre los 13 y los 18 años, derivaba del hecho de tener como únicos lugares y medios de socialización los bares, los billares, los cómic pornográficos, el cine de serie C, la droga dura o los bancos helados de los escuálidos parques de la periferia, mientras su deseo presionaba para estar juntos de otra manera. Los jóvenes de los Círculos querían, por ejemplo, que además del Primero de Mayo también el primer día de primavera se convirtiese en fiesta nacional, porque odiaban la metrópoli y les encantaba imaginar que liberaban los barrios para hacer de ellos sus praderas.

En el mismo periodo, los barrios populares de Milán que estaban más cerca del centro, como el Ticinese, fueron poco a poco ocupados por estructuras políticas autónomas y eran muchísimos los jóvenes que ocupaban las viejas casas comunitarias en las que había vivido el proletariado del siglo XX, creando así verdaderos «barrios rojos». En cambio la vieja clase obrera huía de aquellas viviendas para ir a los nuevos barrios gueto, donde tal vez los apartamentos tenían baño privado y aparcamiento para el coche. Viviendas estudiadas para aislar a la familia mononuclear, inmersa en una soledad cegadora. Viviendas construidas dentro de barrios horribles donde desaparecía cualquier

³³ Primo Moroni, «Ma l'amor mio non muore» en *Gli autonomi I*, *op. cit.*

lazo de solidaridad y donde ni siquiera había bares donde ir a tomar un vino y hablar con los amigos después de trabajar: sus hijos no amaban para nada este nuevo estatus, símbolo del «bienestar» obrero construido en medio de la nada, y que se convertiría en el de su aniquilación como humanos.

Las primeras acciones coordinadas de los Círculos, en el otoño de 1976, fueron los sábados dedicados a la autorreducción en los cines de estreno. Y si el primer día participaron unos pocos cientos de jóvenes, en el transcurso de un mes se presentaban por miles en cada proyección. Los grupos habían captado la indirecta y los Comitati Antifascisti próximos al Movimento Studentesco (que luego pasaría a ser Movimento Lavoratori per il Socialismo) se transformaron en Círculos Juveniles, pero fue un «entrismo» que duraría pocas semanas, visto que las bandas —que habían crecido desmesuradamente con la ayuda de los jóvenes hijos de la burguesía, atraídos fatalmente hacia la órbita de la plebe— junto a la reducción en los cines, desvalijaban cada semana charcuterías, tiendas de ropa, supermercados y tiendas de discos, ponían bombas en los bares donde se pasaba la heroína que estaba empezando a destruir a su generación, ocupaban casas para vivir la «antifamilia» y afianzaban sus relaciones con los «viejos» de la Autonomía. Porque, ahora todos lo tenían claro, los «nuevos» autónomos eran ellos. Ellos y las feministas eran la vanguardia de masas de la fábrica social metropolitana.

Siguiendo el ejemplo milanés, también en las periferias de Roma y Turín nacieron los primeros círculos juveniles; en la capital se produjeron apropiaciones y autorreducciones salvajes, en la capital del automóvil el empuje colectivo dio vida a un importante círculo que en 1977 tomó el nombre de *Cangaçeiros*, mientras en Bolonia nació el colectivo *Jacquerie*, el cual, adoptando el nombre de la forma despectiva con que *il Corriere della Sera* definió la revuelta de los Círculos milaneses, dio vida a una campaña de autorreducción (que aquí equivale a gratuidad) en los cines y restaurantes de lujo. La oleada de los Círculos llegó a todas partes, incluso a las ciudades del sur y a los pequeños pueblos apartados, dando a conocer a una nueva generación, hiperconflictiva, muy distinta de la que había vivido el '68 y las luchas de principios de los setenta. Quizás estos jóvenes proletarios no tuvieran ninguna cultura política, pero tenían el recuerdo de la dura resistencia antifascista que les habían transmitido sus padres, o el de la revuelta obrera del '69 y, especialmente, el de la violencia insurreccional de abril de 1975, material inflamable que se iba a mezclar con la contracultura de la que

eran ávidos consumidores. A diferencia de sus padres y de los estudiantes del '68 tenían bien claro que para ellos no había futuro, si no era en el embrutecimiento de la pequeña fábrica o del trabajo precario, en una existencia hecha de sacrificios por la supervivencia. Su rabia estaba a la altura del odio de clase que sentían a flor de piel cada vez que se desplazaban desde sus barrios al centro.

Las primeras iniciativas promovidas por *Re Nudo* y los Círculos en Milán consistieron en fiestas improvisadas mediante la ocupación de plazas céntricas, en las cuales participaban muchos jóvenes proletarios procedentes de barrios gueto como Quarto Oggiaro, Baggio, Ortica y del *hinterland* milanés de ciudades dormitorio como Rho, Limbiate o Sesto San Giovanni. Eran una ocasión para tocar música con instrumentos pobres, hacer amistades y quizás «visitar» alguna tienda de lujo: la *fiesta* —caras maquilladas, animales de cartón piedra, drogas y grupos musicales— adquirió en poco tiempo un valor político-existencial que no había tenido nunca, y en ninguna época circularon por Italia más copias de los libros de Bajtín que en aquella.

El domingo 22 de febrero de 1976 es carnaval y se organiza una «fiesta del baile» en Piazza della Scala. Acuden muchos jóvenes de los Círculos pero, instigados por las fuerzas de izquierdas acuden también muchos policías y *carabinieri*, que, desde el primer momento provocan, golpean, arrestan. A la primera reacción de los chavales de los Círculos, la policía invade la plaza y en ese momento los «organizadores» tratan de desplazar a la gente a una plaza vecina para seguir con el baile, pero muchos se niegan, quedándose para hacer frente a la policía, y organizan una manifestación improvisada: es su forma «alternativa» de hacer fiesta. Los *carabinieri* atacan la cola de la manifestación con lacrimógenos y en ese momento empieza la guerrilla urbana. Se cruzan coches en medio de la calle y desde detrás empiezan a llover piedras, mientras otros grupos rompen escaparates y se ensañan con un Rolls-Royce que al final fue incendiado junto a otros coches de lujo: «La fiesta empieza mal, al final la hacemos nuestra. Siempre nos lo quitan todo; ¡al fin recuperamos algo!», será el comentario de los jóvenes de la revuelta. Es la señal para la Autonomía, el proletario juvenil había entrado en su devenir-revolucionario. Ahora tocará unir a estos grupos juveniles con los otros, organizados en colectivos autónomos, que en el mismo periodo estaban llevando a cabo una dura campaña contra el trabajo en negro e infrapagado, organizando «rondas» que con acciones violentas trataban de intimidar a los patrones y de dar fuerza a los

jóvenes proletarios que trabajaban. Como de costumbre hubo quien quiso ver en el proletariado juvenil «el nuevo sujeto revolucionario», embarcándose en las no menos típicas elucubraciones sobre la capacidad de unificación del frente proletario, pero lo substancial no era eso, sino la masificación autónoma de comportamientos subversivos que tenían una capacidad de expansión inédita y que oponían a la reestructuración de la fábrica social una fuerza en la que desesperación y creatividad se mezclaban para transformarse en el material incandescente de una nueva solidaridad ofensiva. Fue en este contexto en el que se dio la reaparición, principalmente en *Puzz*, de la influencia del situacionismo italiano y de la «crítica radical», también conocida como «negacionismo», y cuyos teóricos fueron Giorgio Cesarano, Riccardo d'Este, Joe Fallisi, Piero Coppo y otros como Gianfranco Faina —quien dio vida en 1976 al grupo armado libertario Azione Rivoluzionaria. Habían pasado por las experiencias de Ludd-Consigli Proletari y Comontismo —este último grupo tenía de hecho una marcada preferencia por la «chusma»— y hacía tiempo que venían desarrollando un despiadado análisis del capital cibernético, de la metrópoli capitalista y de la izquierda revolucionaria en todas sus variedades. *Puzz* —«nosotros no hacemos festivales, creamos situaciones» (número 9, 1974)— empezó a publicarse en 1971 con la producción de cómics «*détournés*». El principal animador de la publicación era el dibujante Max Capa, pero con el tiempo se iría enriqueciendo con análisis teóricos que trataban temas como la abolición del trabajo, la crítica de la política espectacular de los grupos, la presencia del Capital *dentro* de los individuos, la praxis de los núcleos informales de organización: «Ya no se trata de crear para un grupo revolucionario coherente un nuevo condicionamiento sino, al contrario, de asegurar zonas de protección donde la intensidad del condicionamiento tienda a cero».³⁴ Volveremos a encontrar todas estas temáticas en panfletos y diarios de la autonomía juvenil que nacieron como setas en los años 1976 y 1977.

Una recomposición de las luchas bajo el signo de la Autonomía fue al fin posible no sólo en Milán: de la fábrica al barrio, de las casas donde las mujeres trabajaban por cuatro duros a las madrigueras del trabajo negro, de los hospitales a las escuelas, corría un deseo común de hacérselas pagar cada vez más caro. El 25 de marzo se dio una dura huelga en

³⁴ *Puzz*, núm. 11, 1974.

todas las fábricas, en Milán cuando aún no había comenzado la manifestación ardió el centro de recaudación municipal que gestionaba las facturas de los servicios públicos. La plaza sindical se quedó desierta y tres mil autónomos marcharon hacia los objetivos fijados: un comando armado entró dentro de la sede de la Asociación de Pequeños Empresarios Industriales, expulsó a los empresarios reunidos en un congreso y la quemó. Las oficinas aseguradoras corrieron la misma suerte, y esa misma noche se produjeron durísimos enfrentamientos para entrar gratis a un concierto de rock. Los protagonistas fueron los que *Rosso* bautizó como la «guardia roja con zapatillas de deporte».

Las expropiaciones practicadas por el proletariado juvenil se repitieron por todo el país, diarios con títulos de lo más extravagante aparecían por todas partes; el modo de vida «freak-autónomo» se hacía cada vez más popular entre los más jóvenes, y así *Re Nudo*, que había vivido diversas escisiones por culpa de la vocación de mánager negociante de su líder Andrea Valcarenghi, se convenció de que el movimiento correcto a nivel de márketing sería la organización, para el verano de 1976, del mayor festival alternativo jamás organizado en Italia, y el único lugar disponible se encontraba en Milán, en Parco Lambro. Lógicamente se llamaría «Festival del Proletariado Juvenil». *Re Nudo* se coordinó con Lotta Continua, los anarquistas, los autónomos organizados y otros grupúsculos de la extrema izquierda y lanzó un llamamiento nacional a acudir a Parco Lambro del 26 al 30 de junio. El tam tam fue eficaz; acudieron cerca de cien mil jóvenes, con poco dinero en los bolsillos y con mucha curiosidad en el cuerpo. Buscaban su «casa común», querían materializar los deseos que hasta entonces habían permanecido a la altura de la miseria de la necesidad. En cambio los organizadores parecían ávidos de maximizar los beneficios: por un lado, los aprendices de mánager querían crear un nuevo mercado, «alternativo» quizás, pero igual de rentable que el normal, y por otro lado las organizaciones políticas querían dar a conocer su «línea» para tratar de acrecentar sus filas. No podían encontrarse con los «invitados» sino sobre el plano de enfrentamiento que se produjo, violento y clarificador. Parco Lambro fue quizás el único y verdadero congreso de la autonomía difusa y así es como lo recuerda Toni Negri en las cartas que escribía desde la cárcel de Rebibbia a principios de los años ochenta:

Un enorme festival de la juventud, organizado por grupos alternativos un poco frívolos, pero reinventado por el movimiento. Había montones de gente [...] y a medida que pasaban los días los grupos se desplazaban [...] un continuo movimiento de masas —y cada grupo llevaba tras de sí carros y tiendas, instrumentos musicales y rudimentarias herramientas— [...] Si bajabas te sumergías en una especie de maraña colorida, envolvente, tan saturada de deseos como libre de tabús. La gente fumaba, hacía el amor, escuchaba música, pasaba dulcemente el tiempo entre encuentros, sintiéndose unida.

Sombras ligeras en busca de un tiempo y de un cuerpo colectivos [...] En realidad era un carnaval de pobres [...] que conscientemente se quería de liberación [...] Droga o música podían ser un extra. Se empezaba a respirar inquietud [...] todo lo que sucedía equivalía al dibujo de una tormenta en un cielo limpio.³⁵

Y la tormenta llegó pronto, *dentro* del parque. El segundo día de festival, frente a la subida de precios en los puestos de comida gestionados por las organizaciones, que se producía de hora en hora —los bocadillos y todo lo demás costaba prácticamente lo mismo que en los bares del centro de Milán—, comienzan las protestas. Muchísimos jóvenes, especialmente del sur, organizan manifestaciones internas gritando eslóganes en pro de la apropiación e inmediatamente empiezan las primeras expropiaciones de camiones llenos de helados, bocadillos y pollos congelados; a continuación se producen enfrentamientos con el servicio de orden *pagado* para contener la «exuberancia» del proletariado juvenil. Al día siguiente algunos grupos salen del parque para asaltar un supermercado cercano. La policía les dispara lacrimógenos desde lejos para hacerles regresar al parque. Mientras tanto dentro, había empezado una asamblea masiva que duró dos días y dos noches: se discute sobre si es justa o no la expropiación de organizaciones de izquierda; las jóvenes feministas toman la tribuna para denunciar la actitud machista de los militantes de buena parte de los grupos presentes; los homosexuales, que habían sido agredidos y habían visto cómo destrozaban su puesto machos frustrados y sobreexcitados, protestan en voz alta y Mario Mieli, desde la tribuna, invita a todo el mundo a un éxodo de toda identidad; los cantantes más famosos, esponsorizados por los emergentes sellos discográficos de izquierdas, son contestados y también sus escenarios son ocupados por asambleas-río en las que

³⁵ A. Negri, *Pipe-Line. Lettere da Rebibbia*, Turín, Einaudi, 1983.

se habla de todo: del cuerpo, de la mercancía, de la revolución, de la condición juvenil, del feminismo, de la droga, de la locura y de la lucha armada. Todo el programa preparado por la organización viene derribado convirtiéndose en un enorme *happening* del deseo, mientras los organizadores miembros de *Re nudo* tratan de explicar que si los precios eran altos era porque los beneficios iban destinados a la financiación del Movimiento, cuando en realidad ellos habían pedido a los grupos políticos ingentes cantidades de dinero para poder montar su puesto dentro del parque, que en seguida recibió el apodo de «el gueto de Lambro». Cientos de mujeres y hombres se desnudan para bailar y hacer manifestaciones internas cantando a la liberación total, mientras el servicio de orden se dedica a agredir tanto a los traficantes de heroína como a los jóvenes yonkis, hecho que dio pie a nuevas discusiones sobre la futilidad de esta «nueva policía» del movimiento que se atribuía el derecho de represión de los «desviados». También hubo mucha buena música; el concierto final de los Area se convirtió en una *jam session* que celebraba las dinámicas creativas del caos, aboliendo la distancia entre músicos y público, mientras Gianfranco Manfredi cantaba a la insurrección con una dulce melodía en la que se decía que esta se podía encontrar tanto en el «fondo de tus ojos» como «en la brillante mitra», en el «calor de tu seno» como «en los golpes a los fascistas», en la «música sobre la hierba» y en el «final de la escuela», en «tomarse de la mano» y «en el incendio de Milán». Aguar la fiesta al Festival, aguársela a los grupos, a la metrópoli, a la opresión capitalista, esa fue la secuencia lingüística que salió de Lambro: la «desprogramación» metropolitana planificada por el proletariado juvenil en proceso de liberación.

Parco Lambro no fue, como muchas veces se ha afirmado, una derrota, al contrario, fue una enorme experimentación colectiva que, como debe ser, estuvo atravesada por enfrentamientos y recomposiciones. Es cierto, en aquel festival se desvelaron la miseria, la contradicción, la pobreza, la violencia y la confusión de este joven proletariado, pero también sus enormes deseos de comunidad, de revuelta, de felicidad compartida. Los grupos y los mánagers quedaron bastante mal; entre los organizadores los únicos que aprendieron la lección fueron los autónomos de *Rosso*, que hicieron autocrítica públicamente y, justamente, no dieron ni una lira a *Re Nudo*.

También sirvió para aclarar cosas en el mundo de la contracultura y para repensar la cuestión de la política y de la liberación, de la mercancía y del cuerpo. Gianfranco Manfredi, en un artículo sobre Parco Lambro que merece ser reproducido ampliamente, aportó muchas reflexiones que no han perdido ni un ápice de actualidad:

Desde que la «izquierda de clase» eligiera como núcleo de su práctica (no digamos «estrategia») la realidad sociológica del «proletariado juvenil», la expresión ha adquirido valores de clase y sus acciones se han hecho coincidentes con la «lucha de clase» [...] He ahí que respecto de las distintas fases del desarrollo de la clase, una de sus fracciones ha sido elevada, una y otra vez, a «representante general»: primero el obrero-masa, después los jóvenes obreros y por último el proletariado juvenil [...] Desde ahí a la identificación del estrato con la clase, va un paso [...] Pero aún hay más: al término sectorial «aislado» se le atribuyen valores que son propios de la clase en su conjunto: tener una homogeneidad interna que puede dar lugar a una homogeneidad de comportamientos y por tanto a una dirección unitaria y como mínimo nacional, una representación organizada [...] Probemos en cambio [...] a trazar un camino opuesto, inverso; no el de la agregación revolucionaria de la clase alrededor de su estrato más avanzado y de su (siempre esperada) representación, sino el de la disgregación (del extenderse) de la clase a través de sus estratos marginales más allá de toda representación [...] La clase en cuanto tal [...] es el Partido Obrero que se convierte en Estado Obrero. Aquí, en Italia, el PCI. La clase que se niega en cuanto clase es Sujeto, el obrero que se niega como obrero es persona. He ahí el porqué del «Proletariado Juvenil». Es en el último peldaño de su marginación respecto a la máquina, donde el obrero encuentra su figura desgarrada entre clase y persona. La expresión «proletariado juvenil» expresa esta ambivalencia de direcciones, esta ambigüedad: por una parte un término («proletariado») que nos remite a la inserción en el ciclo, por otra un término («juvenil») que nos remite a la realidad del cuerpo [...] todo el problema juvenil estaría aquí: Felicidad. La susodicha felicidad se divide en dos brazos: a) ocupación; b) estar bien juntos («creatividad»). En términos antiguos: *«panem et circenses»*. Es uno de los no tan extraños casos en los que la izquierda es derecha: entre *«panem et circenses»* y *«ora et labora»* no hay más que una pequeña diferencia de óptica [...] Se trazan las condiciones de la felicidad, lo que se puede hacer y lo que no [...] Los ritos, ni qué decir tiene, son ritos de mercancía. Y lo digo sin escandalizarme. Normalmente quien se escandaliza es

precisamente quien prepara el rito para que la mercancía esté presente, pero de forma huidiza, exorcizada [...] La mercancía es la «relación de mercancía»: es mercancía-ideología (la política), es mercancía-cultura (la música), es mercancía-sujeto (la tribuna) [...] La última máscara de la política es la de la Autonomía Obrera. La política se presenta aquí como antagonista de la mercancía [...] Pero esta negación en tanto prescinde del carácter específico de la mercancía (esta o aquella, buena o mala), es decir, del goce real de esta, niega precisamente su lado concreto, de uso, para afirmar su lado formal, el valor abstracto [...] Se reapropian con la mercancía de la relación de mercancía. No escapan del ciclo, se divierten dentro [...] La mercancía está ahí, no hay que tenerle miedo ni exorcizarla, entre otras cosas porque convivimos con ella: hay que frecuentarla, amarla y asumirla pero no como valor, sino más bien como uso, recepción, estímulo, goce [...] La música, cualquier música, en cuanto está dentro de una relación de intercambio, es mercancía [...] De nuevo el problema es su recepción, su uso. Habitualmente en cambio se contraponen a la «música comercial» la «música colectiva», es decir, la que recrea el rito [...] Se le pedía a la música que representara la unidad de la gente de Lambro [...] todos los músicos tenían clarísimo que cualquier liberación de lo personal hubiera sido tomada por egoísmo, así que había que recurrir a los trucos del oficio, a la pieza corta y de efecto seguro [...] si en el Lambro se expresó la contradicción política, la contradicción de la cultura-música no se expresó, o sólo lo hizo en los viejos términos, es decir, identificando sólo como mercancía a la música que no marcaba explícitamente su relación con trabajo-militancia-fe; la otra en cambio era «música nuestra», era «participación» [...] Si pasando de la «política» a la «cultura» la contradicción se suavizaba y se ocultaba, llegada al umbral del yo, la contradicción se escondía por completo. La típica banalidad fenoménica hizo que se me pusiera la mosca detrás de la oreja: la gente había tomado el escenario y se turnaba para hablar micrófono en mano. «Hablo yo, hablo yo», «No, me toca a mí» y así se lo iban quitando [...] Después cada uno se presentaba: «Soy un camarada de...» o «soy un obrero...»: qué aburrimiento estas cartas de presentación. Después «camaradas» por aquí, «camaradas» por allá. Pero qué necesidad hay... Y para acabar el flash; la última observación desconcertante. Estaba el micrófono, dos altavoces enormes, como los de un grupo estrella, todo el mundo bajo el escenario que prácticamente hubiera oído lo que se decía de viva voz, y en cambio quien tenía el micro hablaba a gritos. [...] A nivel de expresividad corporal el grito con el micro es la expresión de la pulsión

de poder, el poder sobre los demás. Todos pequeños Charlot haciendo de Hitler. Entonces surge la pregunta: ¿habían tomado el escenario o habían sido tomados por este? Qué es el escenario, sino algo que te pone por encima de las cabezas de los demás, y ¿por qué la obsesión por tomarlo sino para ponerse por encima de las cabezas de los demás?

Este es el juego del escenario. Que es también el juego del Sujeto. El Sujeto es aquel que tiene poder, y el poder es un escenario. Pero los sujetos mutan, se transforman, se turnan para gritar con el micrófono, el escenario se queda porque él es el poder. El Sujeto es una «Cosa»: el escenario, y los sujetos que se definen como tales solo en virtud de las dimensiones del escenario son sujetos fantasmagóricos, son personajes en busca de autor. El escenario es el verdadero Sujeto, es el Autor, aquél que te da voz y actitud y te transmite gestualidad. También aquí el escenario, a pesar de todo, une. Es la unidad ritual que posibilita la asamblea, porque hablar todos a la vez o dos, tres o cuatro a la vez no parece una comunicación interpersonal «verídica»: la comunicación es asamblea y el escenario es su Sujeto, y el sujeto individual se cree tal solo cuando se aparta de su subjetividad real de persona y se muestra como «figura del escenario», porque la comunicación no es entre personas, sino de «sujeto político», «coágulo de poder», «yo aullante al micrófono» a la «masa», «clase», «camaradas», unidad indistinta de otros «sujetos políticos» que tampoco se expresará mediante miradas, sensaciones táctiles, palabras claras o crípticas, sino mediante gritos, aplausos y silbidos [...] Otros no gritaban; estaban allí para usar un micro, una estructura casual porque, en aquel momento, era allí donde se comunicaba y comunicaban tal vez contando cosas de sí mismos: cómo habían llegado al parque, qué les había pasado. Estos bajaban del escenario tal y como habían subido: habían hablado allí como en cualquier otro lugar. También aquí alguno lo ha logrado. Y no es poco. Que cada vez haya más sujetos hablando y menos «sujetos políticos», cada vez más «personas» y menos «camaradas».³⁶

Si hoy probáramos a substituir «proletariado juvenil» por «precariado», «inmigrantes» o «jóvenes de la *banlieue*» nos daríamos cuenta enseguida de que los vicios de la «izquierda de clase» siguen siendo los mismos, si nos centramos en la cuestión de la cultura como mercancía sabemos que los diversos festivales «alternativos», tal vez organizados por los centros sociales, se han convertido más en una feria de la falsedad sin

³⁶ *L'erba voglio*, número 27, septiembre/octubre de 1976.

parangón, si en cambio lo hiciéramos con la cuestión del «sujeto», baste pensar en las asambleas generales que durante los últimos movimientos de masas —como el que se movilizó contra el CPE en Francia³⁷ o la Ola universitaria en Italia³⁸— han sido otros tantos «escenarios» de la mistificación y la derrota de los «sujetos políticos» organizados para su eterna reproducción. La diferencia con el caso del Lambro radica en el hecho, desde luego no sin importancia, de que la mayor parte de las personas allí presentes no tenía reparos en ponerlo todo del revés, aún a riesgo de equivocarse, aún a riesgo de tenerlo que reconstruir todo. Lo fundamental, de hecho, estaba en otra parte; fuera del parque-gueto, fuera de la «política» y también fuera del «sujeto».

El peligro, advertido por ejemplo desde *Senza Tregua*, pero también desde *A/traverso*, era que el proletariado juvenil se dejase dormir en la admiración del propio ser gueto separado, que se prestara a una ideologización de la «fiesta», que renunciara a la revolución conformándose con las bagatelas de la contracultura, pero las cosas habían llegado tan lejos que ya era imposible reducir la forma de vida de aquella colectividad a una simple subcultura. El verdadero problema era cómo hacer que todo aquel exceso durase, cómo seguir expandiéndose hasta destruir a la parte enemiga.

El número de abril de *Rosso* es más que un manifiesto programático: *Obreros contra la metrópoli* es el título del número 8 de la nueva serie, fechado el 24 de abril de 1976. Este número demuestra que siempre es posible estar adecuadamente en el movimiento, mediante el registro de sus comportamientos para exaltarlos y relanzarlos hacia espacios aún más vastos, no tratando de encajonarlos en estúpidas estructuras totalizantes, sino traduciéndolos a través de su posición en indicaciones de lucha cada vez más masificadas. La imagen de la portada es preciosa: un autónomo con un pasamontañas calado sobre el rostro que fluctúa en el aire de una metrópoli en transformación: por debajo los viejos edificios modernos, por encima se perfilan los nuevos rascacielos del poder:

³⁷ El CPE (Contrato de Primer Empleo) era un tipo de contrato laboral que otorgaba al empresario la capacidad de despedir sin necesidad de alegar motivo alguno. Este contrato, que fue lanzado por Dominique de Villepin en enero de 2006, generó un fuerte movimiento de rechazo que acabaría por lograr su retirada en abril del mismo año. [N. del T.]

³⁸ Movimiento de estudiantes universitarios y de instituto italianos que se produjo en el otoño de 2008 contra los recortes en educación que se habían aprobado en verano de ese mismo año por parte del gobierno de Berlusconi. [N. del T.]

«La multiplicación de los ataques proletarios contra la metrópoli ya no es simplemente un dato emergente, lucha precursora, subjetividad de vanguardia. En la apropiación, en la manifestación armada o en el ataque militar se reconocen estratos de clase, comportamientos políticos de un alcance cada vez mayor [...] Junto al negocio expropiado, empiezan a cerrarse bares donde se traficaba con heroína, se registran y destruyen sedes de CL [Comunión y Liberación, organización católica de derechas muy presente en la universidad y en las escuelas]. De la pequeña fábrica al barrio, del tejido social recompuesto sobre nuevos niveles debe desaparecer toda forma de control, toda forma de poder de la organización del trabajo».³⁹ En el mismo número, además de las acciones milanesas del 25 de marzo, encontramos el relato de la revuelta del 30 de marzo de los parados napolitanos organizados en la Autonomía. La batalla se desarrolla furibunda por todo el centro de la ciudad de Nápoles, paralizada por al menos cuatro manifestaciones que atacan la oficina del paro, dispersan a la policía, ocupan la estación y rompen algunos vagones de tren, después atacan la Bolsa, saquean varias tiendas y paran dos autobuses para destrozarlos y transformarlos en una enorme barricada mientras otros comandos destruyen coches y hacen añicos las ventanas de otros autobuses. Los policías de paisano que intentan infiltrarse en las filas de los manifestantes son reconocidos, golpeados y expulsados de la manifestación. En Roma asaltan la embajada de España; el Estado empieza a responder, cada vez más, disparando a matar, hasta que, también en Roma, el 7 de abril, durante una manifestación antifascista es asesinado otro camarada, Mario Salvi. Este hecho dará lugar a durísimos enfrentamientos en las calles, durante los cuales, además de los cócteles molotov lanzados contra los ministerios y la sede de DC, se dispara con armas de fuego contra la policía. En Bergamo y Varese, en Lombardía, las manifestaciones sindicales del 25 de marzo vienen sacudidas por los choques con la policía, las expropiaciones y los ataques a las sedes de la Democracia Cristiana. En las fábricas se queman los últimos cartuchos de la resistencia contra la reestructuración: disparos a las piernas de jefes, ráfagas de metralleta contra las vidrieras de las direcciones e incendios se suceden en un brevísimo intervalo. En mayo, el día después de la muerte de Ulrike Meinhof, explotan artefactos contra objetivos alemanes en diferentes ciudades. No son acciones decididas por ninguna estructura centralizada: cada colectivo en sintonía con la «frecuencia» del Movimiento sabe cómo moverse en tales situaciones, a

³⁹ «Un comunismo più forte dalla metropoli», *Rosso*, núm. 8, 24 de abril de 1976.

veces metiendo la pata en caliente, como cuando un colectivo milanés incendió una sede de la Gestetner —una empresa inglesa— pensando, por el nombre, que era alemana...

La metrópoli se ha convertido en una megafábrica sobre la que se abate una tormenta de fuego sin precedentes.

El viejo eslogan del '69 *Vogliamo tutto!* [lo queremos todo] se transforma en *Prendiamo tutto!* [lo tomamos todo] y el programa de la autonomía se desarrolla así: en el terreno salarial, la imposición de precios políticos contra el coste de la vida, las expropiaciones, represalias contra las grandes cadenas de distribución si se niegan a bajar los precios, la ocupación de casas vacías, la autorreducción de las facturas, el cobro de impuestos a la rica burguesía de los barrios a favor de la gente sin ingresos; en el terreno de la militarización del territorio, la liberación del barrio de la policía y de los guardias de seguridad armados, las represalias contra el arresto y asesinato de compañeros, ningún espacio en los barrios para las organizaciones de «izquierda» que hacen delaciones, eliminación de los traficantes de heroína; y en fin, por lo que respecta a las formas de vida comunitarias, la ocupación de centros juveniles para vivir en ellos, convocar reuniones y fiestas, las rondas contra los esquiroles y contra la explotación en las pequeñas fábricas, y por último la coordinación de todas las autonomías a nivel metropolitano: «Hay que repensar el territorio metropolitano rompiendo la guetización del barrio».⁴⁰

Mientras ocurría todo esto, una escisión en *Senza Tregua* dio lugar por un lado al nacimiento de los Comitati Comunisti Rivoluzionari, una estructura legal que además tomaba parte en la lucha armada con otras siglas y, por otro, a organizaciones clandestinas, las Unità Comuniste Combattenti y Prima Linea. Al mismo tiempo, otros grupos de la Autonomía, dentro del área de *Rosso*, dieron vida a las Brigate Comuniste de las que poco después se escindieron las Formazioni Comuniste di Combattimento. Si Brigate Comuniste era en realidad el nombre con la que grupos de la órbita de *Rosso* reivindicaban algunas acciones de sabotaje armado —y en este periodo hubo decenas y decenas de siglas que dieron curso a acciones de este tipo—, PL y las FCC eran grupos que se estructuraban como auténticas organizaciones independientes, aunque, al menos en esta primera fase, mantuvieron

⁴⁰ «Romparamos el gueto del barrio», *Rosso*, núm. 8, 24 de abril de 1976

una estrecha relación con el Movimiento. La mayoría de sus militantes continuaron de hecho interviniendo públicamente, es decir, que seguían militando en las estructuras legales en la fábrica y en los barrios. Todavía no había llegado el momento en el que las fracciones armadas clandestinas tomaron las riendas, estamos aún en la época en la que la Autonomía difusa y organizada «mandaba» en las calles.

Tras el verano de 1976 se reinician las luchas, que adquieren una intensidad cada vez mayor. En otoño un número importante de acciones armadas golpea las fábricas y las ciudades: en Turín se asalta la Singer, en Milán el 20 de octubre, durante una manifestación obrera, comandos autónomos atacan el Instituto Farmacéutico de Angeli destruyendo el centro de cálculo, incendian las oficinas de la De Angeli Frau (una fábrica textil), cierran una sede de *Comunione e Liberazione* con 21 cócteles molotov, rompen los cristales de una editorial de derechas y por último expropian los licores de un supermercado. Las Brigate Rosse incendian en Génova los coches de los dirigentes de tres fábricas, al mismo tiempo que reivindican en Turín el incendio de seis coches de los «guardias» de la Fiat. De nuevo en Milán, el 12 de noviembre, tres militantes armados de las Unità Comuniste Combattenti irrumpen en la Assofarma sustrayendo los archivos y el portafolios del director, y muchas más cosas por el estilo.

Pero este es el momento de los Círculos, *su* Otoño Caliente.

Más allá de la exitosa campaña de autorreducciones en el cine, son incisivas las ocupaciones de nuevos círculos y colectivos que nacen en Milán, como los de Romana-Vittoria y corso Garibaldi o el Colectivo Autónomo de la Barona, que se centran especialmente en los campos de la organización de las rondas proletarias contra el trabajo negro, de los «mercados rojos», de la expropiación y de la ocupación de casas. Los colectivos organizan también la autorreducción en los medios de transporte públicos: suben a los autobuses, sabotean las máquinas validadoras y reparten panfletos, o bien suben en grupo y esperan a que llegue el revisor para quitarle el bloc de multas de las manos y al bajarse llenan de pintadas el lateral del autobús. O, como sucedió el 3 de diciembre, en una acción que luego se repetiría decenas de veces, se presentan un buen número de ellos en un supermercado e invitan a la gente allí presente a apropiarse del género, lo que empiezan a hacer de inmediato; la expropiación no dura más de un minuto. No debemos confundir la historia de los Círculos con la de los centros sociales como el Leoncavallo, que fue ocupado en 1975 por un grupo de militantes de diversas

organizaciones de extrema izquierda y que, a pesar de lo innovador de la experiencia, tuvo en la época de los Círculos —como recuerda Primo Moroni, el «librero del Movimiento»— una actitud bastante tradicional en su praxis política y de poca comprensión de la realidad juvenil de la metrópoli, a diferencia de otros como el Santa Marta.

Hoy el Leoncavallo, que tuvo su época «gloriosa» en la década de 1980, sigue existiendo, en otra parte de la ciudad, pero ya nadie lo considera un centro social. No es más que uno de tantos locales de la movida milanesa. De la misma manera que en los ochenta estuvo en la vanguardia de «una nueva forma de hacer política», en los últimos diez años lo ha estado del declive político y cultural de los cientos de centros sociales italianos que nacieron tras él, muchos de los cuales se han convertido en agentes de la «recalificación urbana» —es decir, de la destrucción— de las zonas populares de las ciudades, o se han reducido a fábricas de diversión con un bajísimo nivel de cultura política que, en casos extremos, es exhibida como si fuese un estúpido distintivo de reconocimiento, o aún peor, un *logo*. Los que todavía resisten con un espíritu autónomo y de búsqueda colectiva se pueden contar con los dedos de una mano.

El 27 y el 28 de noviembre de 1976 se convoca en la Università Statale de Milán una asamblea nacional de los Círculos juveniles de la que sale un documento donde se escribe:

[...] Parco Lambro ha sido un fiel espejo de la realidad de marginación, soledad y fuerza para cambiar las cosas [...] La lucha por la autorreducción de los cines se ha transformado en un pulso entre los jóvenes y el sistema [...] que la fuerza que hemos acumulado llegue no sólo a los cines, sino también a los teatros, a las pistas de baile y a todos los espacios de violencia ideológica que la burguesía impone [...] Nuestro no a la sociedad del sacrificio es derecho a ocupar teatros y centros sociales de los que pedimos financiación, es derecho a ocupar casas para compartir, es derecho a imponer precios políticos en restaurantes, tiendas de ropa o supermercados. Necesitamos acumular fuerza, fuerza para vivir, fuerza para usarla contra el patrón... [...]

El lenguaje adoptado por los Círculos es el de los «indios», el manifiesto de convocatoria del *happening* milanés es presidido por dos manos que se cruzan sosteniendo un tomahawk, sobre el que se lee: «Ya es hora de que las tribus de los hombres se unan para expulsar de la tierra a los falsos amigos del hombre. Hemos desenterrado el hacha de guerra».

El descubrimiento esencial era que el proletariado juvenil, las feministas, los parados, los «marginados» o el obrero social no contaban ya con la escuela ni con la fábrica como espacio de agregación, sino directamente con el *territorio*, y en este no había ideología que valiese: en el territorio uno se organizaba mediante la lucha directa, sin mediaciones, por la satisfacción de las necesidades. La recomposición del movimiento no pasaba ya por la estrategia de las reivindicaciones, sino por la puesta en práctica directa del objetivo, la construcción de alternativas materiales de vida aquí y ahora, por la ocupación capilar y armada del territorio. El inicio del «Movimiento del '77» se debe anteponer, en este sentido, al de 1976. Aquí se rompió también la alianza entre los autónomos romanos de I Volsci y el área de *Rosso*. La gente de I Volsci echaba en cara a los otros un creciente desinterés por la gran fábrica y por la temática, según ellos actual, de los «soviet», para seguir una campaña unilateral a favor de los estratos «emergentes» (jóvenes, mujeres, homosexuales), olvidando demasiado rápido al obrerismo. En Milán, donde se había ocupado una vieja nave llamada Fabbricone, se produce una incompreensión parecida entre los militantes de la Asamblea autónoma de Alfa Romeo y la mayor parte de los de *Rosso*. Los primeros no entienden a los jóvenes «freak» y a las feministas y quieren utilizar la nave como una sede política tradicional; los otros, en cambio, defienden una línea de apertura a la diversidad y a los nuevos comportamientos juveniles. Paolo Pozzi hace una sugestiva descripción en *Insurrezione*: «En el Fabbricone había de todo: un grupo teatral que se llamaba Teatro Emarginato, una guardería autogestionada, un escenario para hacer representaciones y decenas de ex oficinas para hacer reuniones. Así que era habitual llegar allí y encontrarte reunidos, al mismo tiempo pero en distintos espacios, a los grupos dirigentes de *Rosso*, *Senza Tregua* y las distintas corrientes escindidas de Lotta Continua. Por no hablar de los días previos a las manifestaciones, cuando el Fabbricone se transformaba en fábrica de cócteles molotov [...] Al final de las fiestas se formaban parejas distintas en cada ocasión, en el Fabbricone se consumó la crisis de cientos de familias. Las mujeres mandaban [...] En el mundo fantástico del Fabbricone la vida te arrastraba sin que tuvieras que esforzarte. Bastaba con dejarse llevar como un pedazo

de corcho en el agua. Un hilo de corriente y todo volvía a empezar a correr». ⁴¹ Por desgracia las tensiones entre los «obreristas» y los «metropolitanos» hicieron que aquel «mundo fantástico» entrase muy pronto en declive: broncas que denotaban una ruptura no solo generacional sino que hundía sus raíces en una cultura política, la del obrerismo fabril, que no entendía la transformación antropológica que se estaba gestando. O quizás sí que la comprendía y veía en ella su propio ocaso. Sin embargo el documento de marzo de los Colectivos Políticos Autónomos de *Rosso* mantiene una postura clara y firme sobre la *positividad* de la contradicción entre la autonomía organizada y la autonomía total de los movimientos, y sobre la posibilidad de mantener unidas la lucha de clase y la lucha de liberación: «Afirmamos con toda claridad que no creemos que el proyecto de ataque de la autonomía obrera esté a la altura si esta no se muestra, *antes que nada*, como capacidad de síntesis política de las necesidades de liberación». ⁴² El análisis revelaba, de hecho, cómo en un contexto de feroz ataque capitalista, el reformismo sindical y de partido apuntaba a la separación, violenta y marginal, de las «luchas por el trabajo» con respecto a las juveniles y las feministas. Su objetivo era claramente el de dividir al proletariado entre una clase obrera «asegurada» y un estrato de «marginación» improductiva: corporativismo contra comunismo. Es cierto que la «síntesis» de los movimientos era en realidad una operación imposible mientras siguiese abierta la cuestión del *cómo hacer* una organización metropolitana de las autonomías que no ahogase la expansividad del deseo de liberación en la necesaria recomposición de las luchas y de los estratos proletarios. Si hasta entonces la recomposición se había dado de manera «espontánea», ahora se hacía cada vez más apremiante el problema de su organización, aun siendo muy conscientes de que la *informalidad* de la autonomía social y proletaria representaba de por sí un fuerte límite a las operaciones represivas llevadas a cabo por el capital colectivo.

Mientras los autónomos organizados discutían acaloradamente sobre líneas políticas y de recomposición de clase, los Círculos del Proletariado Juvenil lanzaron «el ultimátum a la metrópoli»: o la alcaldía roja de Milán aceptaba sus peticiones de autorreducción y de ocupación de los edificios vacíos o darían vida, el 7 de diciembre, al boicot de la inauguración de la temporada lírica del Teatro della Scala, tradicional cita

⁴¹ P. Pozzi, *Insurrezione...*, cit.

⁴² «Agire collettivo e autonomo nella fase attuale», *Rosso*, 13 de marzo de 1976.

de la burguesía milanesa. El manifiesto que se pegó en todas las paredes de la ciudad mostraba un *tomahawk* que se abatía amenazante sobre la platea del teatro: la suerte estaba echada.

La autonomía organizada, a diferencia de los otros grupos que hasta entonces habían cortejado a los Círculos, participó con relucencia y poco convencida en esta cita, que en cambio para los jóvenes proletarios reunía las características de un compromiso fundamental. Lo hizo porque estaba más claro que el agua que no se iba a tratar de una repetición de la protesta que se produjo en el Scala de 1968, cuando volaron inocentes huevos contra los abrigos de pieles de la burguesía.

En el periódico de los Círculos, *Viola*, se escribió una declaración de guerra:

El 7 de diciembre en Milán es Sant’Ambrogio, la fiesta del patrono de la ciudad: la burguesía milanesa inaugura ese día con el estreno en el Scala un nuevo año de explotación y dominio, haciendo ostentación de su riqueza, de sus privilegios [...] El estreno de la Scala es hoy un acontecimiento político. El proletariado juvenil se erige, junto a las mujeres, en detonador y vanguardia cultural de la explosión de los actuales equilibrios de fuerzas entre clases, pero hay algo más que en 1968. La lógica del sacrificio es la lógica burguesa que dice: para los proletarios pasta, para los burgueses, caviar. Nosotros reivindicamos el derecho al caviar: porque somos arrogantes (tal vez porque esta es una característica de los jóvenes) [...] Aun con un gobierno municipal de izquierdas, se ha seguido ofreciendo a la burguesía milanesa el privilegio del estreno, y es por eso que nos movilizaremos para impedir a los burgueses entrar al Scala. Si no logramos la autorreducción, autorreduciremos a los espectadores.

La tarde del 7 de diciembre el centro de Milán está totalmente militarizado, y aun así hasta tres manifestaciones se dirigen hacia el Scala: una, más que guiada, es defendida por los militantes de *Rosso*, otra por *il Manifesto* y los marxistas-leninistas, y la tercera por el famoso servicio de orden del Casoretto, una banda de barrio que procedía de las luchas antifascistas de principios de los setenta. Fue un desastre: la mayoría de los muchachos no estaban preparados para una batalla campal. Las dos primeras manifestaciones son rápidamente dispersadas tras una serie de enfrentamientos a la desesperada, así que la policía puede concentrarse en la tercera, dejando a los participantes

sin escapatoria posible. Los compañeros lanzan decenas de cócteles molotov para conseguir abrir una salida, pero algunos resbalan con la gasolina en llamas, otros ven cómo las botellas incendiarias con detonador químico caen a sus pies mientras corren. Hubo varios heridos con quemaduras graves, decenas de arrestos y cientos de detenidos. Fue una dura lección que nadie olvidó y aquel 7 de diciembre puso fin a la historia de los Círculos milaneses, cuyos militantes pasaron a formar parte de los distintos colectivos de la autonomía o desaparecieron en las brumas de la heroína. Pero aun así quedó la impresión de que si la autonomía organizada hubiese *creído* de verdad en los círculos, las cosas en Milán hubieran podido ir de otra manera y tal vez no como fatalmente ocurrieron. También hay que decir que en el otro lado, en las filas de la burguesía, el asalto al Scala desató una fuerte impresión y su periódico, el *Corriere della sera*, tomó consciencia de que se encontraba frente a algo muy diferente al '68; algo de lo que tener miedo por irreconocible y *monstruoso*. Así es como recuperaron de una manera totalmente mistificada la imagen de la *jacquerie*, dando inicio a la contraposición entre un '68 positivo, fuente de modernidad, y un '77 visto como *annus horribilis*, fuente de todos los males, que tanto éxito tuvo entre la pseudohistoriografía que apareció en los años siguientes: «Milán está conociendo la aparición de una forma de *jacquerie* urbana, estéril, carente de objetivos, como las *jacquerie* del campo de siglos pasados [...] los protagonistas de esta *jacquerie* son muy distintos y están muy lejos de la protesta del '68. Ni la política, ni el sistema legal, ni los objetivos, ni las estrategias de acción les interesan. Igual que las minúsculas bandas de campesinos en los campos franceses incendian el castillo, ellos gritan “tomemos la ciudad”, que brilla, que tiene sus esplendores y sus contradicciones. El instinto y el sentimiento de frustración también pueden mover a la acción, pero en este caso se opta por unos objetivos y una estrategia equivocadas; están fuera de todo: de los partidos, de los grupúsculos, de las propias periferias de las que proceden».⁴³ La *intelligentzia* burguesa capta con lucidez algunas características de la fenomenología insurreccional que se presentaba ante sus ojos, pero no consigue intuir en ella una «estrategia», dado que ésta estaba *finalmente* fuera de cualquier coordenada de la política que pudiera ser para ellos comprensible y recuperable.

⁴³ Editorial del miércoles 8 de diciembre de 1976.

El año se cierra, en diciembre, con otra impresionante serie de acciones. Sólo para hacerse una idea: en Padua un comando de autónomos armados corta una carretera incendiando coches y neumáticos para permitir a otro grupo expropiar un supermercado; en Turín y Milán, Prima Linea lleva a cabo dos acciones contra asociaciones de la patronal y contra sedes de la DC; en Florencia los Reparti Comunisti di Combattimento hacen estallar bombas en seis agencias inmobiliarias; en Roma grupos autónomos hacen volar por los aires quince centralitas telefónicas como protesta contra el aumento en la factura; en Milán atacan con cócteles molotov una tienda relacionada con la organización del trabajo negro.

Los Círculos juveniles romanos se despiden así del último día del año: «¡¡No nos quedaremos en nuestras “reservas”!! ¡Esta vez la Noche Vieja será una noche de fiesta y de guerra! *De Fiesta* porque necesitamos estar juntos, sentir nuestro calor, encontrar colectivamente las ganas de luchar para cambiarnos a nosotros mismos y al mundo, para vencer a la desesperación y organizar el sueño. *De Guerra* porque no estamos dispuestos a sacrificar nuestra vida, nuestra fantasía, por los patrones. ¡Y queremos gritarlo dentro de sus cerebros, con toda nuestra desesperación, con toda nuestra alegría de vivir!».

Autonomía y delirio del sujeto: mil grupos en multiplic/acción

El poder no está
solo donde se toman
decisiones horribles
sino por todas partes donde el discurso
remueve el cuerpo la rabia
el grito el gesto de vivir.

Colectivo A/traverso, *Alice è il diavolo*

De gran importancia para algunos de los desarrollos del '77 y por su cercanía a las prácticas del proletariado juvenil, fue la actividad de los pequeños grupos autónomos que se crearon en aquel periodo alrededor de revistas como *Altraverso – giornale dell'autonomia* y *Zut – foglio di agitazione dadaista*, experimentos de escritura y de vida a caballo entre Bolonia y Roma. La primera, entre otras cosas, sirvió como inspiración para Radio Alice, la radio libre de Bolonia, la radio por antonomasia del Movimiento. Es cierto que en Italia había otras experiencias radiofónicas dentro del Movimiento, como Radio Sherwood en Padua,

Radio Città Futura en Roma o Radio Popolare en Milán, pero Radio Alice tuvo en esta historia una importancia y una especificidad particulares, recientemente festejada con una buena película de Guido Chiesa, *Lavorare con lentezza*. Como confirmación de su importancia en el imaginario colectivo impresiona el número de niñas nacidas en 1977 y poco después que se llamaron Alice. Esta experiencia excepcional no tuvo continuidad, mientras que por ejemplo otras de las radios citadas siguen transmitiendo a día de hoy. Esto es debido simplemente a que aquella radio no era algo aparte del Movimiento y por tanto, dejando de lado la persecución policial, acabó cuando acabó este. Cuando se habla de colectividades y de movimientos, la continuidad no demuestra nada bajo el perfil de la revolución, es más, a menudo demuestra solamente el oportunismo y el espíritu mercantilista de los continuistas a cualquier precio. Sin embargo Radio Alice sigue viva, permanece en la memoria colectiva como uno de los episodios más significativos de nuestra historia revolucionaria.

Attraverso sale a la luz en mayo de 1975. Al principio se produce con máquina de escribir y rotulador y luego se reproduce en offset; el título se compone de letras extraídas de periódicos como *l'Unità*, *il Manifesto* y *Rosso*. Bolonia es en aquella época un territorio particularmente apto para este tipo de experiencias «creativas»: muchos de los sesenta mil estudiantes universitarios del momento llegaban allí para seguir los cursos del DAMS (Departamento de Artes, Medios y Espectáculo), una nueva licenciatura en la que trabajaban algunos profesores libertarios y abiertos a la contaminación por el Movimiento. Había estudiantes procedentes de toda Italia, especialmente del Sur, pero también del extranjero, como por ejemplo alemanes, algunos de los cuales formaron parte de las experiencias de las que estamos hablando. Bifo y los otros que hacían la revista eran casi todos ex militantes de PO y de Linea di Condotta, pero defensores de la línea «espontaneísta». En aquella época habían leído el *Anti-Edipo*, habían vivido, aún con mil contradicciones, con mucha felicidad el movimiento feminista y gay y se posicionaron inmediatamente en un terreno en el que la autoorganización no es y nunca fue «subjetividad política»: el pequeño grupo, la revista y la radio se ven como instrumento, nunca como dirección de nada ni de nadie. Su propuesta es la colectivización de lo cotidiano y la organización micropolítica. Es más, como escribe Bifo, no se trataba de instrumentos sino de «agentes comunicativos»: «Radio Alice no estaba al servicio del proletariado o del movimiento, más bien era una subjetividad del

movimiento». ⁴⁴ Se trataba de poner en valor la experiencia de las casas colectivas, de los círculos, de los grupos de autoconciencia, de los colectivos de fábrica, de escuela, de universidad, etc, tejiendo una red capaz de alimentar el conflicto y de sostener la posibilidad de autonomía en todos los sentidos, desde lo físico a lo mental. Así pues, con las experiencias recientes en la retina, ya no pensaban solamente en la fábrica como centro de irradiación de la intervención sino en la vida cotidiana en toda su complejidad y en la relación crítica que se estaba creando entre proletariado juvenil y metrópoli.

Attraverso deja claro desde el principio que considera la lucha de fábrica de aquel momento como defensiva; de ahí la necesidad de una ruptura, de un salto al vacío que se presagiaba repleto de posibilidades. Pero leía también los signos de angustia y de autodestrucción que se intuían en el Movimiento, derivados de la incapacidad de saldar cuentas con la disgregación del pasado reciente junto a todas sus seguridades políticas y existenciales. De esta angustia, en su opinión, derivaban tanto las tentaciones mistificadoras y el consumo de heroína como las pulsiones militaristas y ultrabolcheviques, donde estas últimas reproducían de forma especular la máquina estatal en la conversión del Partido en un ente fantasmagórico, reproponiendo la política como dimensión escindida y alienada del movimiento: la política, decía, era y es un medirse siempre y sólo con los tiempos del Estado. En cambio había que interceptar los microcomportamientos, los *síntomas* de una subjetividad latente que no podía surgir más que en el terreno de la autonomía, en el rechazo al trabajo, en la alienación, en la apropiación, o lo que es lo mismo en la separ/acción (obviamente es la gente de *Attraverso* quien crea esta manera escindida de escribir).

La política se da y crece sobre la «anulación» del sujeto; también lo hace la política revolucionaria que, en las experiencias anteriores, el día después de la insurrección, siempre ha recreado el dominio de la máquina gubernamental sobre la separ/acción, de la burocracia reformista sobre la autonomía, del socialismo del capital sobre el comunismo de la liberación. La posibilidad que *Attraverso* veía en la autonomía difusa radicaba en el hecho de que el Estado no conseguía alcanzar en profundidad los microcomportamientos desviados, sino solamente reprimirlos, de ahí se derivaba la importancia que estaban adquiriendo psiquiatras,

⁴⁴ F. Berardi «Bifo», «La specificità desiderante nel movimento dell'autonomia» en *Gli autonomi I*, op. cit.

sociólogos, criminólogos, sindicalistas y periodistas como agentes de la sociedad de control. El encuentro con el trabajo que en la misma época estaba llevando a cabo Michel Foucault fue muy importante para comprender este cambio en las dinámicas gubernamentales.

De este modo, surgía también la contradicción irreductible entre política y Movimiento: la primera como momento de la anulación, la institucionalización, el espectáculo y el interclasismo; y el segundo como extrañamiento, deseo, autonomía. La clase se redefinía entonces como «proceso de recomposición de un sistema de unidades deseantes, pequeños grupos en multiplicación, movimientos de liberación, que reconocen su unidad práctica en la liberación del tiempo de trabajo, de la forma de existencia de la prestación laboral [...] en la separ/ACCIÓN el capital ve su final».⁴⁵ *Atraverso* da también un paso importante hacia el cuestionamiento definitivo de la noción de sujeto. Los boloñeses decían, de hecho, que el sujeto resurgía siempre como anulación de la multiplicidad esquizoide de necesidades y deseos que vive la singularidad, imponiéndole una jerarquía interna y una centralización externa, exactamente como la política. El sujeto, como la política, descentra y totaliza, separa y centraliza, diferencia y jerarquiza reproduciendo continuamente una Norma a la que adecuarse. El leninismo ha sido una expresión muy particular de este hecho que, partiendo de líneas de fuga revolucionarias, ha dado lugar en última instancia a la Clase Obrera como sujeto del Partido-Estado y a la política socialista como Norma de la imposibilidad de la liberación del trabajo, en esencia de la imposibilidad de vivir sin el Capital. La autonomía obrera, los movimientos feministas, los de los homosexuales, los transexuales o los proletarios metropolitanos en cambio unifican en la multiplicidad lo que en apariencia está separado, destruyen la dialéctica público/privado, desnaturalizan el comportamiento sexual: el problema es la invención de una máquina de guerra capaz de utilizar todas las fugas de la Norma sin convertirse en máquina centralizada, sin reintegrar a todas las singularidades en un único sujeto político. Hoy es evidente que también el marxismo-leninismo es una estructura del deseo, o mejor, que todos los debates sobre la Organización son en realidad discusiones en torno al deseo. El caso es que la presencia explícita de este nunca ha sido permitida por los partidos comunistas ni por las caricaturas que los han seguido, y esto los ha adentrado aun más en la senda de la reterritorialización

⁴⁵ *Atraverso*, marzo de 1976.

enfermiza, en el reformismo y/o en el militarismo, en la sublimación del sujeto en el Partido y en la destrucción científica de toda línea de fuga. El deseo, decía Guattari, es un «desprogramador»; he ahí por qué dentro del Gran Partido donde todo es Programa, todo es Plan quinquenal o milenario, el deseo se convierte en algo a *neutralizar*.

Atraverso reconocía en el proletariado juvenil no a un sujeto sino a un estrato social en movimiento que desplazaba el eje del conflicto de la fábrica al territorio, y que sustituía a una vanguardia de fábrica o de partido por una de masas, metropolitana, que era *obrero* no por su posición en el ciclo productivo sino por su forma de vida. Era un nuevo terreno de enfrentamiento y de organización que no tenía ninguna necesidad de «programas», solo de comprender el *cómo* del movimiento, ya no sumiéndose en la visión «totalizadora» sino partiendo de las exigencias singulares, del interior del propio movimiento. La ocupación de los centros juveniles era, por ejemplo, parte de este *cómo*. Pero había que acabar también con la lista de las luchas *por* algo: *por* el salario, *por* la vivienda, o en última instancia *por* el poder, porque aquel «*por*» llevaba implícito el sacrificio del presente: «El problema no es la defensa del puesto de trabajo. El militante que se disfraza de carbonario, el partido de la izquierda revolucionaria que pide precios políticos, los colectivos feministas que piden un salario para el trabajo doméstico corren el peligro de ser una vez más subalternos al proyecto socialdemócrata de separación entre salario y deseo, siguen activando el mecanismo de la delegación por el cual un grupo se encarga de asumir las necesidades de las masas [...] No bastaría con una biblioteca para contener el programa de las masas; el partido revolucionario tiene su sede en cada casa, en cada lugar de trabajo, de estudio o de diversión donde se lucha por la realización de los deseos propios; la revolución no ha parado nunca».⁴⁶

Atraverso propone el «pequeño grupo» de compañeras y compañeros como lugar de transformación de la vida e instrumento de la liberación del trabajo, como célula de la organización del movimiento de las separaciones: no es el enésimo pequeño partido, sino una organización molecular que nace «de las relaciones cotidianas, de amor y de amistad, del rechazo al trabajo y del placer de estar juntos». Pero contra el peligro de que el pequeño grupo, para defenderse de la disgregación, recree jerarquías, exclusiones y aislamientos, era necesario crear los tiempos de una confrontación siempre abierta con el Movimiento, compartir las

⁴⁶ *Atraverso*, marzo de 1976.

experiencias que se vivían y se acumulaban en el pequeño grupo con el resto, dejarse a/travesar y a/travesar a la vez el presente con todas sus contradicciones. Estas reflexiones que hacía *Altraverso* nacían también de una situación de dificultad del pequeño grupo, pero, en vez de hacer que el malestar quedara oculto en su seno, de esconder la crisis como suelen hacer las organizaciones, lo llevaban al extremo y se ponían a la escucha:

El problema de la recomposición es, desde entonces, el del paso de un extrañamiento difuso y desagregado a la reconstrucción de comportamientos ofensivos. El problema de la construcción de nuevos instrumentos de agregación y de colectivización del deseo. Ahora bien, un problema así no se resuelve dentro de una organización cerrada, y aún menos desde discursos abstractos sobre la unidad: la recomposición no puede llevarse a cabo más que en el terreno de las prácticas de transformación (puesta en común, estudio colectivo, práctica de autoconciencia, apropiación, escritura colectiva, comunicación); en el terreno de una práctica que recorra de nuevo transversalmente todo el desgarro de la existencia, todas las figuras en las que se hace concreto el sujeto-clase.⁴⁷

La recomposición del movimiento se daba por el momento como síntoma, como delirio, pero era partiendo de ahí, de hacer delirar al sujeto, donde se podía hacer surgir el *cómo*. Entretanto había que empezar a poner en práctica una discontinuidad en el lenguaje y los espacios. Es así como nace Radio Alice y ocupa un espacio en Bolonia, que se llamará *Altrove*: «Alice era el megáfono de lo reprimido, de los deseos, de la esquizofrenia de lo cotidiano; *Altrove* tenía que ser el lugar liberado/liberador donde avanzar hacia la transformación de las relaciones presentes».⁴⁸ Pero mientras el proyecto de *Altrove* se debatía en las típicas dificultades producidas por el vanguardismo y el voluntarismo, que se encontraban en el intento de transformar lo personal, en las dinámicas de dependencia de los muchos respecto de los pocos, de no conseguir negarse en cuanto sujetos, Alice en cambio conseguía romper todos los muros de la indiferencia, hundía el cuchillo de la ironía en las carnes de la burguesía roja boloñesa y exaltaba el deseo de cualquiera, desde el joven de periferia al estudiante venido de otra ciudad, desde el obrero al ama de casa. Radio Alice golpeaba fuerte porque había

⁴⁷ *Altraverso*, marzo de 1976.

⁴⁸ *Altraverso*, julio de 1976.

interiorizado la lección de que era el terreno de lo cotidiano lo que determinaba la calidad del movimiento, y no adoptó nunca la postura de «institución» encargada de ello, sino que siempre se mostró como multiplicadora de los deseos y destructora del orden lingüístico y simbólico dominante. Y sólo desde esa posición, incluso la fábrica, reconectada a la vida común, podía convertirse de nuevo en terreno revolucionario. Radio Alice mostraba que había llegado a su fin el tiempo de la «contrainformación», que conservaba tal cual las relaciones tradicionales entre código y mensaje, y entre emisor y receptor; mostraba que había llegado el tiempo de la *guerrilla informativa*. Entre la información y la contrainformación «normal», y la que llevaba a cabo Alice, se decía, hay una cesura enorme: la producción de información se podía hacer finalmente de manera colectiva

Por dar una idea del «contexto»: en el primer manifiesto que publica la radio, que empieza sus emisiones el 9 de febrero de 1976, hay una grúa de la que sobresale un exhortante Lenin y abajo un muro con «pote... operai» y del agujero de la letra que falta sale una banda de músicos psicodélicos. Al principio llevaban la radio diez personas, a las que pronto se sumarían estudiantes, feministas, jóvenes obreros y gente extraña. En aquella época las radios libres eran una rareza y a nadie se le había ocurrido lo que Radio Alice puso en práctica desde el principio: en lugar de usar el micrófono como megáfono de la «propia» organización, lo puso al alcance de cualquiera. Todos podían llamar y decir lo suyo, cualquier «colectivo en multiplic/acción» podía pedir hacer una transmisión propia: «Las voces más diversas se entrelazaban y se contagiaban en un continuo flujo verbal. Y, como es sabido, hablar es una forma de autoerotismo, y por tanto de placer, y esto se percibía claramente escuchando las transmisiones [...] Voces sin imágenes, voces que se intensifican en la oscuridad».⁴⁹ La policía hace arrestar a Bifo de inmediato, bajo la acusación de pertenencia a banda armada. La respuesta: diez mil proletarios en la calle celebran una «fiesta a la represión», poco después de la cual Bifo será liberado. Radio Alice como «ritual colectivo contra la soledad» y por tanto como catalizador de la revuelta contra el terrorismo de Estado.

Hasta entonces la cuestión del lenguaje y de la escritura había sido tratada, cuando lo había sido, por parte de la nueva y de la vieja izquierda, como algo puramente instrumental. *A/traverso* rompe esta tradición

⁴⁹ Klemens Gruber, 1977. *L'anno in cui il futuro cominciò*, Roma, Fandango, 2002.

frustrada proponiendo una práctica del lenguaje como delirio colectivo y transversal de la clase, o lo que es lo mismo, como vía de escape del orden, de lo previsible, del significado que es también interrupción de la comunicación, sabotaje de la circulación de información, es decir, asalto al centro neurálgico de la máquina capitalista contemporánea. Por ejemplo, sobre la escritura:

Experimentemos en el campo de la escritura. Una escritura que no sea síntesis externa ni reflejo, sino que esté dispuesta a apoyar al proceso en su trayectoria, convirtiéndose en sujeto práctico de la tendencia: mediante un trabajo teórico que trate la composición de clase tanto en los datos factuales como en la tendencia; mediante una escritura que sea una práctica transversal capaz de hacer crecer la tendencia en los hechos: una escritura capaz en sí misma de dar cuerpo a la tendencia, de encarnar la tendencia como deseo, de escribir en la vida colectiva las posibilidades de la liberación.⁵⁰

Pero esto significaba también interrupción del lenguaje ordenado de la política, de las asambleas siempre-iguales, siempre repletas de mociones, pero nunca de emociones. Todo esto hizo que *Altraverso* se convirtiera en la revista con mayor difusión en el Movimiento durante esos años, y de ella, de su delirio y de su profanación de todo tema apreciado por la izquierda, partieron decenas y decenas de nuevas publicaciones.

Sus referentes culturales van de Rimbaud a Lautréaumont, de Artaud a Debord, de los *Quaderni Rossi* a Deleuze y Guattari, pero son las vanguardias históricas las que más importancia tienen: formalistas rusos, futuristas revolucionarios y especialmente dadaístas. Junto a *Zut*, *Altraverso* inventa el mao-dadaísmo, y afirma que donde Dadá había fracasado, en la abolición de la separación entre signo y vida en el arte, el mao-dadaísmo triunfaría porque lo llevaría a cabo en la práctica: «El dadaísmo pretendía romper con la separación entre lenguaje y revolución, entre arte y vida. Esto se quedó en una intención porque Dadá no estaba dentro del movimiento obrero y el movimiento obrero no estaba dentro de Dadá [...] El maoísmo nos muestra el camino de la organización no como encarnación del sujeto-vanguardia, sino como capacidad de hacer una síntesis entre las necesidades y las tendencias presentes en

⁵⁰ *Altraverso*, octubre de 1975.

la realidad material».⁵¹ Claro que su maoísmo no tenía nada que ver con el «real», defendido por los micropartidos marxistas-leninistas en Europa; Bifo dirá años después que para ellos Mao era el viejo-niño que aconsejaba a su sobrina no ir a las asambleas, que elogiaba la revuelta contra las buenas maneras y la política-deber, y las guardias rojas los veían a ellos como tipos extraños y libertarios. De Mao, de hecho, les encantaba citar una frase que parece ser que pronunció durante la Revolución Cultural: «Las minorías deben ser respetadas porque a menudo la verdad está de su parte». En definitiva era un Mao que vivía en una casa colectiva, que había estado en Parco Lambro y que había asistido a las clases de Deleuze y Guattari.

Solo les faltaba, a todos, atravesar en la práctica aquella barra que estaba gráficamente inscrita en el nombre de la revista y en todos los juegos lingüísticos que se divertían acuñando. El signo se repite en el gesto, el gesto en el signo: un acontecimiento. Tal vez romper el espejo, si no había otra manera de pasar al otro lado. Y será Mayakovski —devuelto a la vida en la Italia de los años setenta en la novela de Bifo, *Chi ha ucciso Majakovskij?*⁵²— quien marque el camino para la eliminación de la separación espectacular entre movimiento y partido, entre arte y vida, cuando la excepción se hace cotidiana y lo cotidiano se convierte en extraordinario: poesía es *hacer* la revolución. La crítica no es nada sin la insurrección. Hasta el final:

[...] esta vez Mayakovski no se suicidará; su pequeña browning tiene cosas mejores que hacer.⁵³

⁵¹ *Atraverso*, febrero de 1977.

⁵² F. Berardi Bifo, *Chi ha ucciso Majakovskij?*, Milán, Squilibri, 1977.

⁵³ *Atraverso*, marzo-abril de 1977.

3. PIANOFORTE SOBRE LAS BARRICADAS: el Movimiento, la insurrección, las bandas, la dispersión (1977)

Destruir el tiempo de los patrones

Que todo siga «así» es la catástrofe.

Walter Benjamin, *Zentralpark*.

El «Movimiento del setenta y siete» se llama así porque los mismos que lo constituyeron le dieron este nombre mientras estaba pasando. Una rareza en estos días: estamos acostumbrados, de hecho, a que sean siempre los *otros* —los periodistas, los jueces, los policías, los intelectuales— los que ejercen la mágica facultad de «dar nombre» a los eventos revolucionarios de los que son enemigos, o sobre los que se alarga la larga sombra de la historia de los vencedores. Ellos, los vencedores, prefieren llamar a aquel periodo «años de plomo»; el '77 es la bala de tiempo que todavía no consiguen racionalizar.

Sabemos que las palabras, los nombres y las imágenes son un campo de batalla no menos importante que otros, a menudo incluso decisivo, y el hecho de que aquel evento continúe llamándose *también* así —Movimiento del setenta y siete— indica que los *otros* todavía no han ganado del todo. Al igual que «el Mayo» de diez años antes sigue siendo, a pesar de todo, el nombre de la juventud comunista del siglo XX. Pero el '77 nunca ha sido recuperado por la gran narración democrática y progresista, como ha pasado con el '68, y eso es testimonio una vez más, no solo de su radicalidad sino de que tiene algo que todavía nos concierne.

El '77 fue el año, efectivamente, en el que la lucha sobre y dentro del lenguaje, por una parte y por la otra, desempeñó un papel que nunca antes había tenido un nivel tan explícito. Si para el Estado y los medios todo se jugaba en la mistificación semántica y en la reducción de las

acciones de conflicto a hechos criminales —cuando se leen muchos de los periódicos de la época resulta difícil entender que algunos episodios presentados en la «crónica negra» eran en realidad expresiones de lucha—, para el Movimiento el problema, escribía *A/traverso*, ya no era denunciar la falsedad del lenguaje del poder, sino mostrar y luego romper su verdad, su orden de la Realidad, hacer emerger su «*deliranza*». He aquí por qué se comenzó a sabotear su validez hablando con la voz del poder, con sus palabras pero produciendo *signos falsos* que mostraban la verdad oculta del poder, aquella contra la que dirigir la revuelta: «Informaciones falsas que produzcan eventos reales [...] la realidad transforma el lenguaje, el lenguaje puede transformar la realidad».¹ Sintomático de este propósito fue un episodio ocurrido en Bolonia en enero, cuando una célula maodadaísta distribuyó un panfleto falso de la Confindustria (la asociación nacional de la patronal) en una asamblea pública del PCI, en el cual se elogiaba hiperbólicamente las políticas comunistas sobre el trabajo: todos los burócratas pensaron que era real y asintieron contentos mientras leían; los obreros, a quienes les fue distribuido al día siguiente, descifraron inmediatamente el juego con su infalible instinto de clase. La editorial del movimiento produjo decenas y decenas de «falsos» alrededor del '77, precisamente para mostrar, a través de una aparente exageración o inversión de lo real, aquello que *efectivamente* deseaba el poder.

Hubo también otras tentativas de nombrar la insurgencia del '77. Por ejemplo, hubo quien desde dentro lo llamó «movimiento de los no garantizados [*non garantiti*]», en referencia a su composición social, hecha mayoritariamente de estudiantes, trabajadores precarios, parados, mujeres, homosexuales, plebe cualquiera, opuestas en bloque a los *garantiti* que, en primer lugar, eran identificados con la «aristocracia obrera», defendida por el sindicato y por el PCI, y luego con el resto de la sociedad integrada. Hubo también un intento, desde fuera esta vez, de Asor Rosa —profesor de literatura italiana en la Universidad La Sapienza de Roma—, un ex obrerista convertido en uno de los líderes intelectuales del PCI, quien incluso ideó una teoría que dio título a su célebre volumen editado por Einaudi, *Las dos sociedades*.² En este libro dibujaba, con sutileza, el escenario de una Italia devastada por la «crisis» en la cual se enfrentaban dos modelos sociales e incluso antropológicos:

¹ *A/traverso*, febrero de 1977.

² Asor Rosa, *Las dos sociedades*, Turín, Einaudi, 1977.

el de la «clase obrera organizada» (por ellos), que representaba la «primera sociedad», la de los productores, contra la del «movimiento de los marginados», la «segunda sociedad», un gueto según su opinión improductivo, acusado además de ser la base material e ideológica de un nuevo anticomunismo. La consecuencia de su teoría era que «la lucha ya no era para imponer una hipótesis política *diferente* en las *mismas* masas, sino entre dos *sociedades* diferentes».

En su estudiada provocación, la tesis del profesor socialdemócrata contenía algunos elementos ciertos —no era falso decir que lo que se enfrentaba en las calles del '77 era, más que dos políticas diferentes, dos «visiones del mundo» diferentes—, mientras que aquello de los *non-garantiti* parece banal por su pobre dialéctica entre empleados y desempleados, entre quienes tiene representación política y quienes no, entre los que han accedido al derecho y los que no. Además, definirse negativamente es siempre desafortunado por muchos motivos, entre los cuales, como en este caso, porque parece que se lucha para alcanzar las *mismas* «garantías» del adversario. Sobre el pretendido anticomunismo de los «marginados», es mejor extender un tupido velo sobre aquellos comerciantes de historias ajenas, sobre aquellos Noske que, de vuelta en Europa, se han hecho un nombre en el terreno de la policía política del capital colectivo.

Asor Rosa y el PCI erraron además totalmente su análisis en un punto fundamental: los «marginados» de quienes chismorreaban eran en realidad un conjunto de estratos proletarios que constituían ya la mayoría virtual de una composición de clase altamente escolarizada, muy poco después arrojada completamente en el nuevo modo de producción; mientras los que se estaban convirtiendo en los verdaderos marginados eran las viejas figuras obreras, a quienes les habían dado su voto y a quienes ellos no fueron capaces de garantizar nada, ni siquiera una derrota honorable, ¡más allá del «gobierno» y el «salario justo»!

En el '77, lo cierto es que las grandes fábricas ya no importaban prácticamente nada, ya que la producción se había ido fuera, había sido externalizada, fragmentada, informatizada. Un viejo dirigente de las Brigate Rosse recuerda: «Una huelga, incluso pequeña, en Mirafiori en 1972 significaba atacar el dominio capitalista en las fábricas, prefiguraba un lucha de poder que se extendía [...], quería decir estar a la ofensiva [...]. Una huelga grande en la misma fábrica en 1977 [...] quería decir, en cambio, defender con los dientes, y tal vez con desesperación, algo que Agnelli ya había superado trasladando su producción

a otro sitio».³ Efectivamente, el Movimiento del '77 se extiende más en ciudades como Roma, Bolonia o Padua, esto es, en territorios donde no existía una clase obrera industrial masificada y socialmente hegemónica, como en Milán y Turín, sino más bien un proletariado difuso en los servicios, en la universidad, en las periferias, en las pequeñas empresas. Aunque sea indudable que en esos territorios se produjo una intensificación del conflicto, personalmente no haría una lectura generalizadora de este dato «geográfico», pues la fuerza del movimiento consistió en realidad en *molecularizarse* para penetrar en todas partes, contaminando cada estrato social y dejando su huella hasta en el más pequeño de los pueblos. El hecho, más allá de lo que queramos hacer, es que si identificamos la «segunda sociedad» con los *non garantiti*, los precarios y los marginados, hoy (esa segunda sociedad) se ha convertido en la primera y la única disponible.

Así, si se quisiera hacer una lectura casi «economicista» del '77, necesitaríamos enfocarla en la insurrección de aquellos estratos proletarios que tomaron conciencia de que los amos estaban haciendo colapsar sobre sus cabezas la crisis del valor-trabajo, de que la precariedad no había sido un paréntesis en el desarrollo por venir, sino su esencia, y que todo eso significaba el fin de toda solidaridad de clase y quedar preso de un individualismo rampante que comenzaba a surgir en los pliegues del nuevo modo de producción. A todo ello opusieron una insurgencia de masas tratando, entre el entusiasmo y la desesperación, de forzar los acontecimientos, acelerando un proceso revolucionario antes de que el giro neoliberal se tornara avalancha. Quizá como lectura general es parcial, pero no errónea. Francamente, pensándolo ahora, son mejores los «marginados» en revuelta que convertirse en ciudadanos de un imperio capitalista que induce al suicidio, cien mil veces mejor (auto)marginados felices que tristes «trabajadores por proyectos», esclavos de empresa destinados a la trituradora, espectadores pasivos de la propia, infinita, soledad. Las interpretaciones post-obreristas que siguieron posteriormente sobre una presunta «clase cognitiva», que en el '77 reclamaba su lugar en la jerarquía social, aparecen como los *desiderata* de teóricos del post-lo-que-sea antes que algo que tuviese que ver con el deseo del Movimiento: se invierte así el resultado de la reestructuración capitalista con un intervalo del proceso revolucionario. Una cosa es decir que la reestructuración se ha traducido en un nuevo modo de producción

³ Entrevista a Mario Moretti, en *Una spartoria tranquilla. Per una storia orale del '77*, Roma, Odradek, 1997.

capitalista donde es hegemónico el trabajo inmaterial, o mejor, el Biopoder y la Cibernética, y otra es sostener que el cibertrabajo sea el mayor resultado del movimiento de las autonomías o, mejor dicho, que hoy se debería reivindicar como si fueran positivos los valores de este trabajo y su producción de subjetividad, y que, tal vez, las trampas policiales como Facebook, tienen que considerarse nuevos instrumentos de liberación colectiva. La idea de base es, en efecto, siempre la misma, esto es, deducir del modo de producción el «nuevo sujeto» que debe liderar la transformación colectiva a través de una forma regulada del conflicto, que se reduce a una negociación sobre la intensidad de la explotación y la porción de *governance* a gestionar «autónomamente».

Bastaría leer cualquier intervención en las asambleas del '77, o alguna de las recogidas en el libro-discusión *I non garantiti*,⁴ un texto «moderado» para la época, para darse cuenta de que aquello que tenían en el cuerpo esos «extraños estudiantes» era muy diferente. El hecho de que todo, como veremos, explotara en torno a y dentro de la Universidad no quiere decir que nos encontremos ante el enésimo movimiento estudiantil que reclamaba la entrada en la sociedad del trabajo: el del '77 no fue un movimiento *por* el trabajo, sino *por* su *destrucción*. El comportamiento generalizado del Movimiento hacia el trabajo estaba bien provisto de bromas: a menudo irónicas pero serias, del tipo «*trabajar todos, pero poquísimos y sin ningún esfuerzo*», o en las manifestaciones, cuando se comenzaba a gritar «¡35 horas!», refiriéndose a la demanda obrera de reducción de la jornada laboral, para después continuar «¡34 horas!, ¡33 horas!» hasta llegar a «¡una hora!». La construcción de escenarios relacionados con la esfera de la actividad productiva estaba, incluso en su diversidad, siendo unificada en la idea de una cooperación social comunista, basada no ya en el valor de cambio y en la producción de valor de la fuerza-trabajo, sino en el valor de uso de la fuerza-invencción y en la solidaridad entre los mundos de la experiencia proletaria, una vez se hubiese roto la propia relación de producción. Ciertamente: la ruptura revolucionaria *en el presente* permanecía de algún modo como el prerequisite de cada proyecto, de cada programa, de cada planificación de futuro (planificación que, por otro lado, nunca apasionó a mucha gente). Lo *común* que, hoy como ayer, se da en los movimientos revolucionarios, aquello de lo cual todo puede surgir y donde todo puede acabar no parece residir en ningún arcano de la naturaleza ni de la economía, sino en lo que hace que en las luchas se recomponga lo

⁴ *I non garantiti*, Roma, Savelli, 1977.

que el capital separa, y eso ocurre, siempre, a través del ejercicio de una violencia partisana que intenta aniquilar el ambiente hostil dentro del cual el gobierno capitalista encarcela a la vida misma.

Recientemente Antonio Negri, en una conferencia en París sobre el «terrorismo» —dada en marzo de 2009 en el Théâtre La Colline, en torno al espectáculo de Michel Deutsch *La Décennie rouge*— sostuvo, con cierta dificultad, que a los movimientos italianos de los años setenta les faltó lo que debería haber sido su objetivo, es decir, «regular el capitalismo» a través de la fuerza. Este objetivo, que a su parecer debería ser el mismo que el de los movimientos sociales actuales —continuaba—, no fue entendido ni por los movimientos ni por el capital y fue precisamente esta «incomprensión» lo que generó tanto la «violencia extrema» como la del Estado. Por deducción, concluía, hoy se correría el mismo riesgo, si no se encontrara una manera de meter mano a esta famosa «regulación». Pero sostener esto es como decir que los años setenta italianos fueron, a fin de cuentas, un enorme malentendido compartido entre quien gestionaba el Estado y quien «habría debido» dirigir el Movimiento: es como decir que si se hubiese encontrado una buena mediación todo habría ido bien y tal vez también en Italia habríamos tenido la fortuna de tener ministros y políticos de gobierno que venían de las filas del movimiento, como Joschka Fischer en Alemania y Daniel Cohn-Bendit en Francia. Si tomáramos por buena la explicación que Negri dio en esa conferencia del largo y violento Mayo italiano, en lugar de aclarar las cosas las confundiríamos todavía más, precisamente porque parece la enésima tentativa de racionalizar, gubernamentalizar, algo, que en realidad ha eludido la economía política y también su crítica. *El comunismo no es un socialismo* —todavía somos aficionados de esta lección de la Autonomía— y por lo tanto no puede consistir en una gestión del capital diferente, progresiva y democrática, sino solo en su progresiva destrucción. Esa explicación, por el contrario, no explica en absoluto por qué durante los años setenta no existió ninguna inclinación de los movimientos autónomos hacia una mediación de este tipo, pero ante todo me pregunto: ¿quién habría puesto toda su vida en juego por una mísera regulación de la explotación, quizás al estilo del modelo alemán? ¿Quién habría arrojado toda su existencia en la lucha por un grado menos intenso de infelicidad, aunque estuviera gestionada de modo «autónomo»? Es una idea verdaderamente rara pensar que el joven proletario desafiaba día tras día a las tropas armadas del Estado, que los obreros que se destruían a sí mismos en tanto fuerza-trabajo, que los estudiantes que disgregaban de la universidad, que las mujeres

que hacían huelga humana contra la sociedad, que las miles de personas que fueron a la cárcel o las centenas que perdieron la vida en el intento de *hacer la revolución*, pudiesen pensar que del capitalismo no se sale, que se trataba sólo de darle una «regulación». Todo lo que hicieron nos lleva a pensar lo contrario. Quizá estaban todos locos, pero es su verdad: una verdad que es victoriosa más allá de cada derrota, añadiría.

De locura se puede hasta morir, y eso le ocurrió a menudo al Movimiento en los años posteriores, pero alimentarse de sano reformismo apunta hacia morir en vida, como les ha ocurrido a algunas experiencias italianas postautónomas. Esto no es retórica: retórica es explicar el Movimiento tratando, *a posteriori*, de «devolverlo a la razón» (y, *a priori*, hacer lo mismo con los presentes y venideros). Por otra parte, nada nuevo bajo el sol: «Este punto de vista podría restituirnos el sabor de otras experiencias revolucionarias del proletariado, experiencias vencedoras y, entonces, irremediabilmente traicionadas».⁵

En lo que respecta a la universidad, a parte de la chispa que prendiera un ministro inepto, basta decir que durante el '77 no hubo forma alguna de reivindicación de una universidad «mejor», ni tampoco ninguna «universidad crítica» según el modelo del '68: ningún tipo de «reformismo radical» estuvo nunca presente ni en la Autonomía ni en el Movimiento del '77. De hecho, *Rosso* aclaró, justo en aquel año, que ellos a diferencia de otros como las BR, no pensaban en el PCI ni en el sindicato como «traidores»: para traicionar al comunismo deberían haber sido comunistas, pero la realidad es que eran socialistas, funcionarios del capital colectivo, «héroes del trabajo asalariado». Además, para quedarse en la cuestión de la universidad y de la autopercepción de sí, muchos sostuvieron que lo que aunaba al proletariado juvenil no era la condición de estudiante, ni de aprendiz, ni de trabajador precario, ni de parado, sino la destrucción de cada rol y su recomposición *en otro lugar*.

La ruptura del '77 residió en el hecho de que, por primera vez, un movimiento revolucionario moderno no se definía a partir de las categorías de la economía política, ni en tanto Sujeto: por eso era inaprensible. Y el hecho de escoger des-identificarse como «estrato social que se mueve» en el número del año en curso, dice mucho sobre lo lejos que estaba de

⁵ A. Negri, *Il dominio e il sabotaggio*, Feltrinelli, Milán, 1978 [ed. cast.: *Los libros de la autonomía obrera*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2004].

cualquier manía identitaria. Dice un tal Franco en *I non garantiti*, que fue «casual que (el movimiento) encontrara su punto de unión dentro de la universidad; lo habría podido encontrar —digamos— en cualquier otro espacio liberado», o en un punto cualquiera donde el orden de lo real hubiera sido roto. La subsunción de la inteligencia colectiva en el neocapitalismo, su humillante subordinación, fue el resultado obvio de la desaparición del Movimiento más que su confirmación, como algunos bienpensantes quieren hacer creer. El Movimiento, como algunos han dicho, venció porque destruyó el Compromiso Histórico incluso antes de que fuera sancionado formalmente, venció porque el rechazo del trabajo forzó al capital a la desindustrialización, venció porque no entregó a nadie su representación política. Perdió porque la autonomía se convirtió en exaltación del autoemprendimiento, porque en lugar de la reducción drástica de la jornada laboral se ha acabado por poner toda la vida en valor, porque su crítica destructiva de la Cultura ha sido sustituida por una culturilla de culebrones y *reality shows*. Perdió porque no supo o no alcanzó a convertirse en alternativa de poder, de un poder inmanente, difuso en las redes de la autoorganización social, continuamente puesto en discusión por el sabotaje y, por eso mismo, se extinguió en tanto que «relación social». Sin embargo hay que admitir que pensar en términos de ganar/perder cuando se habla de hechos similares, genera siempre una ligera sensación de estupidez.

Si por el contrario, queremos hacer una lectura «subjetiva» del '77, entonces tenemos que intentar comprender que todas las experiencias, las palabras, los gestos, los afectos, las imaginaciones, las armas y las verdades de los años precedentes llegaron en aquel año, todas juntas, al punto de fusión —que no quiere decir de confusión— esto es, a encontrarse y recomponerse con todas sus diferencias en el Movimiento. Hasta ahora hemos escrito esta palabra siempre con mayúscula, Movimiento, sin preocuparnos de especificar su sentido y no sin motivo, porque ese significado llegó solo en el '77: un animal prodigioso y bellísimo, un enorme cuerpo monstruoso compuesto de órganos y habilidades del todo heterogéneas. Un monstruo que se *movía* atravesando plazas, fábricas, casas, cuerpos, universidades, sexos, barrios y que moviéndose crecía, conocía, destruía y construía: *un monstruo sin sujeto*. Si queremos referirnos a las figuras clásicas de la mitología política debemos recurrir al Behemoth, el monstruo de la guerra civil que en la gigantomaquia hobbesiana se yergue contra el Leviatán, la feroz bestia estatal. Pero esta, en el fondo, es literatura de los patrones.

Fue en aquel año, en Bolonia, cuando apareció una gran pancarta montada sobre tres astas que acompañó todos los momentos de la insurrección; había una frase, «Por la Autonomía, Por el Comunismo», pintada sobre un dragón que escupía fuego y llamas, y en pequeño, a la izquierda, una firma que expresaba mucho del Movimiento: *Comisión autónoma «Ríe que mamá ha hecho ñoquis»*. En la misma ciudad, en muchas manifestaciones se llevaba también un largo dragón de tela bajo el cual se escondían los estudiantes que lo animaban. Fue construido en la universidad, en el laboratorio de Giulano Scabia, un particular director y escritor de teatro que miraba a la tradición carnavalesca popular más que a los clásicos de la ciencia política. Era por lo tanto un monstruo de combate, popular, con una capacidad que nunca ha estado muy presente en los ambientes de «izquierda», la capacidad de reírse también de sí mismo.

Otras lecturas parciales eran posibles, por ejemplo aquella trágica que se entrevé en un ensayo de Agamben donde vuelve a aquel año y que está incluido en *Infancia e historia*,⁶ en el cual se reflexiona sobre esa «pérdida de la *experiencia*» de los hombres y las mujeres contemporáneos que indica una crisis de la civilización, y de las maneras, desesperadas, de ponerle remedio. O todavía hay quien dice que el '77 fue el último conflicto social tal como los había conocido el siglo XX, y quien, al contrario, ha sostenido que en esos años comenzó el futuro. Cada una de estas lecturas nos devuelve quizá un fragmento, si no del monstruo, sí de la *Stimmung* donde se movía.

Pero ninguna lectura parcial devuelve más el sentido de ese *move* que el mirar a aquello que efectivamente *acontece* y apreciar, así, sus restos vivientes. *Movimiento-del-setenta-y-siete*, tal vez, en este sentido, no quiere decir otra cosa que el movimiento que paradójicamente produce un *bloqueo del tiempo*, una condensación de *experiencias* que en un determinado momento deciden enfrentar el tiempo enemigo, interrumpiéndolo y haciendo irrumpir otra temporalidad de la cual emanaba un inconfundible aroma de comunismo: «el *verdadero* estado de excepción». Una sensación que no estaba en absoluto ausente entre los luchadores de entonces, como muestra esa pintada del '77 que nos fue afortunadamente transmitida: «Durante la Comuna de París los *comunards* que antes de disparar a la gente dispararon a todos los relojes destrozándolos querían parar el tiempo de los otros, de los patrones. Hoy ante mí, más allá de vuestras caras, veo una marea de relojes rotos. Esto creo es nuestro tiempo».

⁶ G. Agamben, *Infancia e historia*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2004.

Fue únicamente por la combinación de todos estos motivos que la Autonomía recorrió en ese año un camino en el que estaban presentes una multiplicidad exagerada de *estados alterados de consciencia* y en donde la saturación de las cadenas insurreccionales colmó ese «tiempo nuestro», alcanzando lo que en el lenguaje descarnado de la ciencia política se ha dado en llamar *hegemonía*. Pero hegemonía no nos dice nada, nada de las carcajadas, nada del dolor, nada de las incursiones urbanas, nada de las fiestas y de los incendios que ocurrieron durante ese año del cual todavía hoy patrones, pequeña burguesía y gobernantes conservan una memoria de pesadilla. Y la pesadilla consiste en saber que aquel no era su tiempo y que existe siempre, a cada instante, la posibilidad de un tiempo en el que ellos ya no estén.

«Una barbarie inteligente»

barones, patrones, bomberos, aspirantes,
 dirigentes, ratas de sección, oscuros
 burócratas, gente que gestiona la línea,
 quizá cualquier día de estos
 iremos y trataréis de olvidar
 volviendo con: tablas de anuncios, circulares,
 proceso democrático, periódicos, registros,
 libros maestros, oropeles,
 espejitos, propuestas en positivo,
 acciones constructivas, delegados y mociones
 (pero no toquéis los cojones)
 diréis: era una ilusión breve,
 una oscura gentuza sin
 proposiciones (pero no toquéis los
 cojones)
 pero todo esto no ha sido en vano,
 nosotros no olvidamos...
 por vuestro poder fundado sobre la
 mierda, por vuestra miseria, odiosa,
 sucia y fea...

Pagaréis caro, pagaréis todo
 Colectivo «resa dei conti» [ajuste de cuentas] (Piazza Bologna)

Murales en la universidad La Sapienza de Roma, febrero de 1977

La vigilia de la Navidad de 1976 en Palermo se ocupó la facultad de Letras contra la aplicación de una circular del ministro de educación, Malfatti, que intentaba poner fin al «caos» en la universidad y vaciarla un poco de esa plebe que se había mostrado excesivamente alegre, participando en la universidad de masas que las luchas del '68 habían arrebatado a la República «nacida de la Resistencia». El ataque del gobierno se dirigía a cancelar un conjunto de conquistas del movimiento estudiantil, como los planes de estudio flexibilizados, los cuales permitirían a los estudiantes construirse un itinerario intelectual autónomo, y las convocatorias mensuales de exámenes que, según el ministro, iban demasiado a favor de los grupos de estudiantes proletarios, a los que, a través del paralelo aumento de las tasas, querían echar de la universidad en cuanto eran los que daban más problemas de «orden y disciplina». A la contra, los estudiantes sicilianos no solo rechazaron estas medidas, sino que exigieron que se pagara a los mayores de 18 años un salario garantizado, que se disminuyeran las horas de trabajo en las fábricas y que aumentaran, para quien trabajaba, las horas pagadas dedicadas al estudio (en ese época se mantenía una conquista que ofrecía la posibilidad de que los obreros dedicaran a esta tarea 150 horas anuales pagadas). Además, querían que los profesores ficharan, como lo hacían los obreros. Por el momento la cosa acabó aquí, con el armisticio de las fiestas de Navidad.

Mientras tanto, el llamado «gobierno de las abstenciones», es decir, el gobierno democristiano sostenido con la abstención del PCI que preludiaba el Compromiso Histórico, inmerso en una inflación económica nunca vista, marchaba directo contra la población exigiendo lágrimas y sacrificios. El Partido Comunista, con su secretario a la cabeza, se distinguió por el celo con el que predicaba la *austeridad*, y para sostener su política convocó, el 14 y el 15 de enero del '77, en el Teatro dell'Eliseo en Roma, a los intelectuales cercanos al partido, los cuales fueron exhortados a poner toda su energía en la tarea de convencer a las masas y de aislar a los «bárbaros» que se ponían en medio de las *necesarias* medidas económicas y políticas. Se dijo claramente que el único papel de los intelectuales en aquel momento debía ser el de funcionarios del consenso y el de transmisores de las órdenes gubernamentales: en tiempos de austeridad no se podían permitir cosas como la «libertad de pensamiento e investigación». Asor Rosa, el diputado-periodista Antonello Trombadori, el poeta Edoardo Sanguineti, solo por citar algunos, se arrojaron a esta empresa infame con una inflexibilidad y un ardor que daría envidia a la peor burocracia soviética. Dos semanas después, Berlinguer repitió la

prédica ante una asamblea de obreros del PCI en Lombardía. El fundamento de su discurso fue que la austeridad no era para ellos solo una medida de política económica, sino algo que tenía que ver con el «rigor», la «eficiencia», la «seriedad», la «moralidad», una especie de martirio de masas por el socialismo. Trabajar más y consumir menos se presentó así a los obreros, a los desempleados, a las mujeres, a los estudiantes como una prueba de virtud. Ahora bien, especialmente estas tres últimas categorías se preguntaban cómo podían disminuir algo a lo que no tenían acceso, mientras los obreros no entendían bien por qué, mientras a ellos se les pedía que aplicaran sobre sí la política de sacrificios, la burguesía continuaba de juerga, yendo tranquilamente a los estrenos de la Scala, donde una entrada costaba casi tanto como el salario mensual de un obrero.

Desde el 1 de febrero la palabra vuelve a las universidades y una avalancha de ocupaciones de facultades atraviesa Italia: Palermo, Turín, Pisa, Cagliari, Salerno. En Milán, Bolonia, Padua y Florencia los estudiantes proclaman el estado de agitación permanente.

Ese mismo día de febrero una banda de fascistas aparece en la ciudad universitaria de Roma e irrumpe en tres facultades, Estadística, Derecho y Letras, donde se estaba realizando una reunión del Comité de Lucha contra la circular Malfatti. Empiezan las riñas, los gritos y finalmente los fascistas disparan y alcanzan la cabeza de un estudiante, Guido Bellachioma, que permanecerá en coma durante muchos días. La ocupación de la primera facultad romana empieza así, aquella tarde, como respuesta a la agresión fascista. Mientras tanto, todas las sedes del movimiento autónomo, las casas ocupadas, los apartamentos de los camaradas se convierten en lugares de organización; en particular en el barrio de San Lorenzo, donde la población protegía a los colectivos y que era considerado como una especie de «zona liberada» de la policía, los distribuidores de heroína y también del PCI.

Al día siguiente una manifestación de cincuenta mil personas parte de la Facultad de Letras y, mientras los grupos dan un mitin, algunos miles salen con el objetivo de cerrar una sede fascista. Durante el recorrido, en Via Sommacampagna se asalta y prende fuego a una sede del MSI. Pero mientras la manifestación serpentea por Piazza Indipendenza, intentando llegar a una facultad ocupada, un coche civil se echa a toda velocidad sobre los manifestantes. Al principio se cree que son fascistas porque los ocupantes del mismo comienzan inmediatamente a disparar. Desde la manifestación responden al fuego. Mientras es herido uno de los agresores, que luego se sabrá pertenecía a los recién nacidos «escuadrones

especiales» de la policía, dos compañeros de la Autonomía que defendían la manifestación, Paolo y Daddo, son alcanzados por una lluvia de proyectiles. El primero es herido en una pierna y en el hombro, el otro en un brazo. Hay una secuencia de fotos que salió a la luz solo años después —tomada por Tano D'Amico, el «fotógrafo del Movimiento»— en la que se ve a Daddo socorrer al amigo herido gravemente, cogerlo sobre un hombro y arrastrarlo fuera de la manifestación, mientras con la otra mano aguanta las dos pistolas: es una imagen de guerra y de amistad. Son arrestados después. Por la tarde se incendia otra sede del MSI mientras en la universidad se realiza una asamblea que reclama no sólo la derogación de la circular Malfatti, sino también la autogestión de los seminarios, el bloqueo de las clases de los «barones» (así se llama a los profesores que gestionan el poder universitario de modo «feudal») y la garantía de que la policía no pueda intervenir dentro de la universidad. Al día siguiente casi todas las facultades son ocupadas. Así es como las ocupaciones se extienden a Milán, Bolonia, Bari, Catania, Padua y Trieste. Son días en los que todas las ciudades ven desfilar enormes marchas juveniles que presentan características muy distintas a las «habituales». Las maneras de hacer y de hablar de los Circoli Giovanili, de las feministas, de los «transversalistas» ya habían contagiado a aquella generación y eso se veía y se sentía: en las manifestaciones se respiraba ese clima de *fiesta y guerra, erotismo y creatividad*, con el que el año anterior los diversos movimientos autónomos de liberación irrumpieron en la metrópoli. El 15 de febrero son ocupadas *todas* las facultades romanas, por la noche se incendian numerosos coches de la policía y de los fascistas. En esta jornada, por primera vez, el gobierno civil romano prohíbe cualquier manifestación y ordena cercar la universidad con miles de policías. *El '77* había empezado.

El PCI, a través de su «ministro de Interior» Ugo Pecchioli, equipara a los fascistas y a los autónomos, tachándolos de escuadrismo y terrorismo, y pide el cierre de las «madrigueras» de la Autonomía. Uno de los escritores comunistas más importantes, Leonardo Sciascia, que en esa época está comprometido con el consejo municipal de Palermo por cuenta del PCI, dimite tanto del partido como del consejo en señal de protesta.

En aquellos días, tanto en Roma como en otras ciudades, ocurre algo que decidirá los rasgos esenciales del Movimiento. En las facultades ocupadas comienza a afluir un enorme número de jóvenes proletarios y de otra gente que no tenía mucho que ver con la universidad, sino con todo lo demás; entre estos aparecen por primera vez, de manera por así decirlo organizada, los *indios metropolitanos*. El proletariado juvenil,

y en general todo lo «marginal», reconoce la Universidad en lucha como *su* territorio: «La ocupación de las universidades fue un pretexto: las instituciones académicas eran de hecho el lugar de concentración no solo de los estudiantes, sino de los jóvenes proletarios que trabajaban en pequeñas fábricas y que no tenían ninguna posibilidad de organizarse y encontrarse. Luego venían los desempleados, los chavales de los barrios. Las facultades universitarias se convirtieron en cuartel general de una ola de luchas sociales que tenía como tema fundamental el rechazo a la organización capitalista del territorio y del trabajo, el rechazo al sistema que genera opresión y desocupación como las dos caras del trabajo social».⁷

Los indios metropolitanos estaban formados por gente muy variada: ex-militantes de Lotta Continua y de los grupos, artistas revolucionarios, jóvenes de los Circoli, estudiantes poco dados al sacrificio de la militancia o que habían tenido esa experiencia y querían hacerla saltar por los aires. Estallan decenas y decenas de revistas ligadas a lo que luego se llamará «autonomía creativa», como *Wow* en Milán y *Oask!* en Roma, las cuales, volviendo a poner en circulación las intuiciones situacionistas y recuperando el surrealismo y el dadaísmo, invadieron los muros y las conciencias del Movimiento. En la Facultad de Letras ocupada se hacen «comisiones» demasiado tradicionales (trabajo, mujeres, universidad, etc.); los indios harán una denominada «Comissione Emarginati» [comisión de marginados]. Algunos que provenían del Circolo del Proletariato Giovanile romano habían formado antes los Nuclei Sconvolti Clandestini, que sembraron el caos en las iniciativas serias de la extrema izquierda. Algunos otros venían de una comuna que se llamaba... «la Comuna», la cual había funcionado como punto de referencia en una zona periférica de Roma desde 1974, y que a finales de 1976 comenzó una lucha contra la cementación del barrio firmando como «Risate Rosse» [carcajada roja] y «grupo Gerónimo». Así empezaron a participar en las manifestaciones gritando lemas como «orgasmo libre» o «Apaches, Cheyennes, Sioux, Moicanos, somos los indios metropolitanos». Pero los Volsci al principio no los entendían, los veían como unos provocadores y en la primera manifestación a la que se presentaron los pegaron, arrebatándoles la pancarta multicolor que inmortalizaba a un Gerónimo con un fusil en la mano. Gandalf el Viola, que era un poco el jefe indio, cuenta que se salvaron de lo peor sólo cuando un amigo de ambos grupos pudo explicarle a los Volsci que ellos también eran «compañeros».

⁷ F. Berardi «Bifo», *Dell'innocenza. Interpretazione del Settantesette*, Bologna, Agalev, 1989.

Los indios «por supuesto que no eran proletarios en el sentido clásico, marxista del término, eran más bien... metropolitanos, algo parecido a los obreros sociales, a la proletarización difusa y cosas por el estilo».⁸ Al final se encontraron todos en las ocupaciones de la universidad y llegó la primera manifestación del Movimiento: «Discusión, ¿qué se hace? “Uf, qué rollo, las manifestaciones habituales están todas encuadradas”. En síntesis, con muchos temores decidimos hacer nuestra contribución con un servicio de orden teatral y enmascarado [...] nos deslizamos en la manifestación quedándonos en los lados [...] caminando arriba y abajo por la marcha, cantando y haciendo corros y lanzando eslóganes demenciales [...] pero lo que cuaja más es justamente lo de los indios. Evidentemente si muchos se ponían a gritar, quiere decir que respondíamos un poco a alguna necesidad, pero en realidad no estábamos fundado un nuevo grupo [...] la cosa más increíble es que se forman grupos en otras ciudades».⁹ Sobre la enorme fachada gris de estilo fascista de la Universidad romana aparece una pintada gigantesca en vertical y en dos columnas: «La fantasía destruirá el poder y una carcajada os sepultará».

Todas las críticas a la política, a la militancia, a las escisiones entre personal y político, entre apariencia y subjetividad, entre sexo y género, entre lenguaje y poder que habían circulado durante los dos años precedentes, estallan en las asambleas de las facultades en lucha, sometiendo a los militantes de las organizaciones y de los grupos a una explosión devastadora, hecha de ironía y dura contestación. Aquellos militantes que habían aprendido la política como un oficio, que se sentían «representantes» de una línea política, tal y como se representa una marca cualquiera, estaban totalmente fuera de lugar, desplazados por los comportamientos del Movimiento, fueron forzados a retroceder o a reaprender qué quería decir estar en un movimiento revolucionario en 1977. Cada vez que uno de estos empezaba una clásica intervención de grupúsculo, de esas abstractas, previsibles y por lo tanto *inútiles*, desde la asamblea muy a menudo se les gritaba «¡háblanos de ti antes!», o por lo contrario comenzaban los irónicos coros: «tonto, tonto». Muchos recuerdan aquellas asambleas como muy violentas, no tanto en el sentido concreto de los golpes entre grupos contrapuestos, que de hecho los hubo, como en la percepción de una negatividad que había estado

⁸ Maurizio Gabbianelli «Fanale», «Che fare? Niente!», *Deriveapprodi*, núm. 15, invierno de 1997.

⁹ «Entrevista all'indiano – Olivier Turquet in arte, all'epoca, Gandalf il Viola» en *ibidem*.

reprimida hasta entonces y que ahora circulaba cada vez con más intensidad, apareciendo en las palabras, en las maneras de relacionarse y de comprender; todo esto no fue vivido mal sino como algo que *existía* y que debía ser expresado en la calle, con otros medios y con otros objetivos evidentemente. También porque junto a todo esto se estaba desencadenando la alegría, el goce que se volcaba en las fiestas, que al menos al principio no estaban decididas por nadie pero brotaban fuera de sí, como forma de expresión espontánea de la felicidad de encontrarse juntos, ya no separados, ya no solos, ni impotentes. Y entonces se bailaba en los patios de la universidad, se cantaba en las asambleas, se tocaba y se danzaba en las calles de la ciudad, se escenificaban los dramas y las fortunas de las personas, los cuerpos se entrelazaban, las palabras se perseguían: el Movimiento deliraba. En Bolonia no era raro que desde los pórticos alrededor de Piazza Verdi aparecieran mini manifestaciones de gente disfrazada de payaso, provistas de trompetas y tambores, declamando el fin de la moral, de la religión, de la política y de la economía. Sucedió que mientras una pequeña pero muy seria asamblea se pasaba dos horas discutiendo las «estrategias» del movimiento, una manifestación de gente que estaba a su lado partía por la noche a hacer jaleo y los que discutían entendían inmediatamente que la estrategia estaba allí, a su lado y que se estaba *moviendo*. Las manifestaciones de masas eran a menudo interrumpidas por corros y ya no solo de feministas, corros por todos lados, quizás un corro alrededor del compañero «macho» de turno o del profesor de la universidad que escribía un artículo estúpido sobre el Movimiento, corros sin otra motivación que jugar. Fue todo esto, junto a su determinación guerrera, lo que expulsó de facto a la «política» y al «socialismo» del Movimiento. Por otra parte, ¿no había sido Marx quien dijo que «cada paso del movimiento real es más importante que una docena de programas»?

Y el movimiento real estaba dando muchos pasos. En las universidades, más que organizar seminarios autogestionados que tuvieran reconocimiento en los exámenes, cosa que no llegó a cambiar tanto la estructura de poder universitario, se prefirió interrumpir los principales cursos y transformarlos en instrumentos del Movimiento: en Derecho se estudiaba la represión y la manera de sacar a los compañeros de las cárceles; en Filosofía ya no interesaba, como había ocurrido en el '68, desafiar a los profesores sobre la interpretación de Hegel o Marx, sino que se los confrontaba con la transformación de lo cotidiano; en Economía se podían estudiar los modos de sabotaje del gasto público y de la industria; en Estética interesaba la comunicación del Movimiento;

en Electrónica los modos de construirse una radio. Se formaban colectivos de personas que examinaban y decidían los contenidos y contribuciones de cada uno a los exámenes; las patrullas internas aseguraban que los exámenes se desarrollarían colectivamente con una calificación básica garantizada para todos. Con un alcance extraordinario, salía a la luz todo el trabajo de los pequeños colectivos de escuelas y universidades que durante años habían creado y transmitido un saber colectivo, singularmente independiente tanto de la alta cultura oficial como de aquella propagada por la televisión y los periódicos. Mientras tanto los comandos autónomos realizaban un ataque intenso y extenso sobre todo el horizonte de la metrópoli, poniendo literalmente a hierro y fuego los centros de la explotación juvenil, del control policial y los centros de dirección del Estado-empresa. Ciencia de la destrucción y ciencia de la creación marchaban entonces juntas.

Los días de la ocupación de febrero fueron días de una irresistible puesta en común, llena de alegría y de fuerza: «Una barbarie inteligente, una sensualidad irónica, una ingenuidad hábil que quizás no existían todavía, pero de la que hay motivos para pensar que son posibles. Por esta pequeña esperanza, vale la pena combatir a los tristes, los aburridos, los plañideros-de-las-necesidades, a los miserables, el ascetismo rojo».¹⁰ En este artículo Lea Melandri atacaba en particular a los profesores de la extrema izquierda y a los militantes duros y puros que, intentado apropiarse de los lenguajes y los gestos del Movimiento, lo reconducían a la ideología, a la economía, a la obrerización forzada. Pero estaban también los «desiderólogos», los de la sexualidad que supera las diferencias de clase, los de la *humanidad* reunida pacíficamente en la «sociedad de la fiesta». Y sin embargo concluía con una nota de optimismo porque los «residuos» de todos estos discursos estaban allí ante todos: «Una fiesta contra la austeridad de clase». La lucha de los estudiantes sin escuela, de las mujeres sin familia, de los obreros sin fábrica, de los homosexuales sin vergüenza, de los jóvenes sin poder, era esta profundización común y continua de las diferencias arrojándose contra la cotidianidad monocorde de la explotación y la represión, de la moral y la gubernamentalidad, era este revelarse de lo «personal» en lo «político» una vez que había atravesado lo colectivo. Una demostración preciosa de la atmósfera que reinaba en las universidades viene de

¹⁰ L. Melandri, «Una barbarie inteligente» en *L'infamia originaria. Facciamola finita col cuore e la politica*, Manifestolibri, 1997 [1977].

un libro colectivo, *Alice disambienta*,¹¹ que fue publicado en 1978 por Erba Voglio y que recogía los materiales, las intervenciones, los delirios y las apuestas de un seminario que hubo en la Universidad de Bolonia, donde en esa época enseñaba precisamente el escritor Gianni Celati, entre el invierno de 1976 y el siguiente, atravesando así toda la estación insurreccional. Según Celati, que ha firmado una nueva introducción a la edición más reciente, «la figura central de las nuevas visiones no era ya el héroe de las clases populares, el héroe de una lucha contra el poder de los patrones, sino el individuo sin cualidad, disperso en el desarraigo de todas las clases, el exiliado de los deprimentes barrios de una pequeña burguesía universal». Resulta difícil no reconocer la correspondencia con la figura del *Bloom* ideada por Tiqqun, así como con la singularidad cualquiera de Agamben. Sin embargo, la cosa más importante que inmediatamente después señala Celati es que aquella figura del desarraigo, a través del Movimiento, se había convertido en el espíritu del tiempo, y esta conciencia entraba en cada uno de los discursos hechos durante ese seminario, que se desarrollaba un poco en clase, un poco en la calle, un poco en el bar, allá donde el flujo de los eventos lo permitía. Lo que queda de todo eso en este libro no son solamente los discursos, por otra parte muy interesantes, sobre la infancia, la escritura colectiva, el cuerpo, los grupos cerrados y los abiertos, las tribus en movimiento y otras cosas, sino también y especialmente el «retorno de las llamas de una alegría especial, alegría por ninguna razón, excepto la del reencuentro con los otros [...] Lo más importante es que el movimiento se realiza como impulso corpóreo, conato del deseo, sin psicología de por medio, sin estados de conciencia atentos [...] Porque la positividad es siempre cuestión del momento; es la atmósfera, la entonación del momento apasionante o angustioso en el que se anuncia una apertura mental. La adhesión al momento trasciende todo tipo de saber, toda forma de interioridad, porque nos devuelve a un futuro más allá de nosotros; y mientras suspende las ansias competitivas, ayuda a pensar en una comunidad posible, sin “mensajes”».

El cielo comenzó a oscurecerse hacia mediados de febrero. El PCI no resistía ya el crecimiento exponencial del Movimiento y ante la situación general del país decide lanzar una señal de fuerza: lo que se quería era una

¹¹ Gianni Celati (ed.), *Alice disambienta. Materiali collettivi (su Alice) per un manuale di sopravvivenza*, Florencia, Le Lettere, 2007 [1978].

restauración del orden en la Universidad de Roma, ciudad gobernada entonces por ellos. Era bastante lógico, por otra parte, que las pruebas del Compromiso Histórico no pudiesen desarrollarse en otro sitio que en la cuestión de la gestión del orden público, en la sinergia del PCI y de la DC, volcados en la represión del Movimiento, en la normalización totalitaria de la vida cotidiana. Pero les fue mal, muy mal.

El 16 de febrero, Luciano Lama en persona, o sea el secretario nacional de la CGIL, el sindicato comunista, con un séquito de sindicalistas, militantes y jóvenes del PCI, tiene intención de ir a la ciudad universitaria ocupada para «enfrentarse a los estudiantes». El PCI romano yerra sus cálculos, cree que con un par de chasquidos desalojará a los chavales que hacía dos semanas habían construido allí su base roja. Inmediatamente, desde la asamblea de la Facultad de Química se difunde un comunicado que dice «nos enfrentaremos con las armas de la ironía al Lama que viene del Tibet». Otro de Letras es un poco más duro, aunque se deja abierto un espacio de interlocución: «Si Lama cree que vendrá a la universidad para hacer una operación policial, el movimiento sabrá responderle de modo adecuado. En caso contrario, desafiamos a Lama a rendir cuentas de la línea del compromiso sindical a los estudiantes en lucha». A la mañana siguiente, jueves lardero del carnaval de 1977, a las siete de la mañana, sindicalistas y militantes del PCI se presentan a las puertas de la universidad y con aires provocadores comienzan a borrar las pintadas de las paredes. Los cerrajeros cortan las cadenas que los ocupantes habían puesto en las verjas, algunos insultan a las y los estudiantes que entran en la facultad ocupada, otros montan un palco en el centro de la plaza de la Minerva, con un enorme altavoz a un lado. Por la mañana temprano se suponía que habría una reunión entre funcionarios de la CGIL y estudiantes para negociar su intervención en el mitin, pero los funcionarios no fueron a la cita: es la prueba de que quieren el enfrentamiento. A las diez de la mañana, Lama llega escoltado por un gran servicio de orden, sale al palco y comienza a hablar, mejor dicho, a chillar. El altavoz emite la voz del sindicalista a un volumen exageradamente alto, no se entiende ni pizca lo que dice. En el fondo no era eso lo importante, lo importante era dictar las «palabras de orden». La *deliranza* del poder quería mostrarse en toda su arrogancia.

Mientras tanto la «segunda sociedad» llegaba a la plaza, eran miles: delante están los indios que arrastran un falso palco con un fantoche que representa al secretario de la CGIL y empiezan a cantar eslóganes

irónicos, del tipo «sa-cri-fi-cio, sa-cri-fi-cio, sa-cri-fi-cio», «más trabajo, menos salario», «es hora, es hora, miseria para quien trabaja», «los Lamas están en el Tibet». Pero también están los comités autónomos de los obreros de algunas fábricas, los del FUORI, los estudiantes de los colectivos interfacultades, todo el mundo «marginal». Los sindicalistas se ponen nerviosos, detrás de sí tres mil militantes del PCI no ven la hora de castigar a los «gamberros». En cierto momento los indios lanzan globos llenos de pintura hacia el sector de la plaza ocupado por el PCI —después de todo es Carnaval— y el servicio de orden carga con la cabeza baja. Pero detrás de los indios, los demás están preparados para el enfrentamiento y empiezan a lanzar piedras y cualquier cosa que tuvieran a mano para hacer retroceder a los estalinistas. No basta, comienza una pelea enorme. Finalmente los autónomos cargan con palos, barras y llaves inglesas al grito de «fuera, fuera, la nueva policía», y barren al servicio de orden y a los sindicalistas: Lama se ve obligado a escapar. Los autónomos llegan al palco, que es destruido, junto al camión del sindicato. Los indios metropolitanos, con plumas en el pelo, la cara pintada y con hachas de plástico en las manos, leen un comunicado sobre las escaleras de la Facultad de Letras: «Hoy el pueblo de los hombres ha desenterrado las hachas de guerra para responder al ataque del cara-pálida Lama y declara abierto el estado de felicidad permanente».

Mientras los estalinistas abandonan la zona, los estudiantes vuelven a entrar en la Facultad y preparan una enfermería para curar a los heridos: afortunadamente, en Roma, entre los enfermeros y los estudiantes de medicina hay muchos autónomos. Los del PCI van al hospital público: no tienen miedo alguno a ser detenidos o encarcelados. El rector de la Universidad pide por la tarde la intervención policial para desalojar la ocupación y unidades móviles con miles de policías y carabineros acuden inmediatamente. Evidentemente, estaban ya preparados; de hecho, al día siguiente se aprueban en el parlamento las normas «especiales» que permiten cerrar las sedes de los colectivos autónomos.

Los ocupantes deciden resistir lo necesario para que todos puedan abandonar la facultad. La relación de fuerzas era demasiado desfavorable en ese momento. La policía lanza decenas de lacrimógenos sobre la Universidad y atraviesa las barricadas en llamas, pero dentro ya no hay nadie. La Sapienza estará cerrada hasta el primero de marzo, mientras el Movimiento reconstruye sus bases en la casa del estudiante de Vía de Lollis y en otras facultades descentralizadas.

Es una jornada histórica, a un nivel que sobrepasa la especificidad italiana. Por primera vez se han enfrentado, incluso «militarmente», las *dos sociedades*. Por primera vez un dirigente sindical que formaba parte del Comité Central del Partido Comunista occidental más fuerte ha sido obligado a huir perseguido por miles de proletarios enfurecidos. Por primera vez aparece con toda claridad la grieta profundísima, insalvable, irreversible, entre la burocracia estalinista de la izquierda institucional y el movimiento real o, si se prefiere, entre el Movimiento Obrero que defiende la integración y el de las autonomías, entre el socialismo de los sacrificios y el comunismo de los deseos. Lama es derrotado, el resonar de su voz ha sido silenciado por el escarnio de los indios, el «mítico» servicio de orden del PCI desbaratado por los infames autónomos. Ningún Consejo de Fábrica toma posición para defender el operativo policial del sindicato y del PCI. Shock de la Historia. Interrupción del tiempo continuo y homogéneo. Los indios han vuelto a ganar al general Custer. Lama, Berlinguer y sus lameculos comenzaron entonces a decir «son fascistas», «diciannovisti»,¹² «escuadristas», pero esta reacción solamente remarca la pobreza de ideas de aquella perversa directiva «comunista» que pensaba que podía transformar la universidad ocupada en un Gulag. Dos días después una manifestación de cincuenta mil estudiantes atravesó Roma gritando que iban a recuperar no sólo la Universidad sino toda la ciudad. La pancarta de la cabecera rezaba: «Paolo y Daddo libres. Fuera todos los compañeros detenidos». En realidad, no había en absoluto *dos sociedades*, una frente a otra, sino, sin duda, *dos partidos*.

Fue así como el 17 de febrero en lugar de la normalización, empezó la insurrección.

¡Finalmente el cielo cayó sobre la tierra!

Mirad compañeros: *La revolución es probable*.

La Rivoluzione, febrero de 1977.

Con la expulsión de Lama, la explosión de la metrópoli y el surgimiento de centenares de colectivos autónomos de los cuales nadie conocía bien el origen, la Autonomía tomó de improviso conciencia de lo grande que era el desorden bajo el cielo, y de que se podía por fin llevar a

¹² Término con el que se denominó a los primeros adherentes del movimiento fascista italiano, que se inicia en Milán en 1919 [N. de E.].

cabo un ataque a lo largo de toda la amplitud de lo existente —y de la existencia—, de que la crisis de los grupos y de la izquierda había acabado al mismo tiempo que la gran marcha de la autonomía, que había comenzado cuatro años antes y que le había llevado desde la fábrica hasta la sociedad: si en la fábrica la socialdemocracia estaba operando con gran esfuerzo para poner fin a la separación obrera y el conflicto se hacía cada vez más difícil, en la metrópoli los roles estaban invertidos, y la lucha era total, capilar, intensa. *Las luchas, los comportamientos, la rigidez del obrero masa habían atravesado todo el espectro de la sociedad y ahora se volcaban en el territorio, disolviéndose en miles de pequeños flujos de subversión que resumían la derrota pública del Gran Cacique del sindicato en una década de historia de la autonomía obrera.* Al mismo tiempo, el Movimiento Obrero clásico acababa su historia mostrando explícitamente aquello que era implícito en las premisas de su origen, esto es, su progresiva, inevitable subsunción en la gubernamentalidad capitalista. El Movimiento-del-'77 puso fin de una vez por todas al malentendido que durante décadas había bloqueado los devenires revolucionarios, incluso de los propios obreros.

Entonces bastaba con repartir panfletos frente a las entradas de las fábricas, buscando quién sabe qué legitimidad, se necesitaba en cambio atacar masivamente el mando social donde efectivamente este se desplegaba, esto es, en las sedes donde se planeaba, en las sedes de automatización y de decisión dispersas en la metrópoli, había que golpear la reestructuración a partir de su base productiva real ramificada en la «fábrica difusa». Había que atacar y vencer por lo menos en el punto vital del gasto del dinero público, en la universidad y en la escuela, para intentar rajar todo el sistema de consenso sobre el que se aguantaba el «pacto social» apoyado por el PCI y por la DC. Sobre todo era necesario que el Movimiento expresase toda su potencia de separ/acción frente al Estado. En una palabra: *era necesaria la insurrección.*

Así algunas secciones de la Autonomía entendieron que el intento del obrerismo había realmente terminado, las Asambleas autónomas obreras que no quisieron doblarse frente al nuevo viento que barría Italia, fueron ásperamente criticadas y ridiculizadas por periódicos como *Rosso*: «centralidad obrera» significaba en ese momento intensificación del conflicto y atravesar todos los estratos proletarios con la finalidad de recomponerse sobre un único plano de consistencia revolucionario, allá donde ya no había diferencia entre obreros de fábrica, proletariado juvenil, mujeres en lucha, minorías oprimidas, subproletariado urbano

y todo el que quisiese participar. Centralidad obrera = centralidad de la lucha, punto. El problema de la organización únicamente se resolvía aceptando la complejidad del Movimiento, haciendo avanzar a las vanguardias a lo largo de todos los canales de lucha, pero especialmente exaltando las diferencias que el Movimiento imponía a lo real en tanto determinaciones, y así, por sus saltos lógicos y emocionales, armándolas y poniendo la recomposición en términos de un avance colectivo *en* el conflicto, más que en una nivelación en un contenedor único o en el apego a algún Sujeto taumatúrgico.

Senza Tregua estaba perpleja frente a lo que parecía una ruptura justa a grandes rasgos, pero que en su opinión corría el riesgo de arrastrar consigo la riqueza representada por miles de obreros que habían luchado durante aquellos años. Escribía que era necesario salir del malentendido, que existía en la Autonomía, como si unos estuvieran por la centralización y otros afirmaran en cambio la generalización de los comportamientos espontáneos, quienes querían la «centralización obrera» y quienes miraban a la de los estratos proletarios emergentes. Para *Senza Tregua* se trataba de valorizar la red de vanguardias de fábrica que estaba bajo ataque en ese momento, aunque consideraba correcto no subordinar la potencia de ataque del movimiento a la resistencia fábrica por fábrica. Esto no significaba que la organización revolucionaria tuviese que estar compuesta *físicamente* por obreros:

Nuestra idea de la «centralización obrera» parte al contrario de considerar que, si la crisis y la reestructuración han realizado pasos de gigante en cuanto a las separaciones y a las rupturas que se han operado en la clase obrera tal y como la habíamos conocido los años anteriores, lo que importa salvar y recualificar es el nivel subjetivo, la red comunista, la figura del militante obrero, *el patrimonio político y organizativo del ciclo de luchas de los años sesenta*.¹³

Su propuesta era por tanto organizar las relaciones de fuerza territorialmente a partir de la dirección de núcleos obreros comunistas capaces de recomponer los distinto estratos proletarios.

¹³ «¿Qué organización necesita la autonomía obrera?», *Senza Tregua*, marzo de 1977 en *Italie 1977. Le Mouvement. Les intellectuels*, París, Seuil, 1977.

Rosso mientras tanto miraba febrilmente los acontecimientos romanos, la difusión incontrolable de actos de subversión en el país y por lo tanto el cambio de paso que la situación requería. Parecía tener perfecta conciencia cuando afirma que, a este nivel, organización significa solamente «la ciencia de lo diverso y la práctica de la discontinuidad [...] la continua (discontinua) articulación de acciones de masas y de acciones de vanguardia [...] imposible distinguir un elemento de otro, igual que subordinar el uno al otro [...] La organización política procede [...] por saltos de masas». Pero al mismo tiempo parecía evidente que este paso de organización tenía que ser recorrido también por un factor *subjetivo* y de *vanguardia*, en tal caso esto significaba no sólo capacidad de expresar una línea política sobre la cual pudieran articularse la multiplicidad de las autonomías, sino especialmente la de poder centralizar, esto es, poder *decidir* «momentos de lucha, hasta la decisión de la insurrección». Por último, pero no menos importante, era la capacidad militante de *romper los bloques impuestos por el adversario* «abriéndolos forzosamente, golpeando al enemigo una vez, dos, tres, aterrorizándolo, desarmándolo, haciéndole sentir el ruido fragoroso de la impaciencia de las necesidades proletarias»; en otras palabras, la disposición de estructuras de vanguardia armada capaces de forzar esos «bloques». Pero que no haya confusión, ninguna vuelta a la proposición de viejas teorías de partido: «Es decir, no queremos construir un partido de la picaresca, ni un núcleo de acero: ambos inhumanos, aunque el primero pueda parecer más simpático para aquellos que en la edad de la electrónica, quieren mandar a la mierda al acero». Así pues, la única propuesta practicable era que el *partido*, esto es, la organización trasversal de las autonomías, se construyese a través de una *coordinación progresiva* de las iniciativas [...]. No tenemos una teoría que no sea la que hemos declarado. Solo la práctica es criterio de verdad». ¹⁴ Esto es lo que escribía *Rosso* en el febrero del '77: no hay ningún llamamiento a la mediación con las instituciones y mucho menos a un «ajuste del capitalismo». El llamamiento, si había uno, era explícitamente a la constitución de líneas internas al Movimiento que empujaran hacia la apertura de una multiplicidad de frentes de lucha que lograran, a su vez, desatar un proceso insurreccional.

El conflicto «subjetivo» —la guerrilla difusa— que en este periodo pusieron en práctica varias decenas de agregaciones autónomas respondía a dos líneas de ataque: la primera en contra de la fábrica difusa, en

¹⁴ *Rosso*, núm. 15-16, febrero de 1977.

ese momento conectada a la lucha contra la reestructuración y el comando social; la otra, que se expresa por ejemplo a través de las rondas, apunta a un arraigo en el territorio de las vanguardias sociales como embriones de contrapoder y se conecta directamente con la expresión inmediata de las necesidades proletarias en contra de la metrópoli. Por un lado, por ejemplo en Milán, marcas como la de las Brigate Comuniste reivindican un asalto destructivo a la nueva sede de Face Standard, que estaba intentando desmembrar la producción para disminuir la potencia conflictiva de los obreros; por otro, la Ronda Armata Giovani Proletari irrumpió a plena luz del día en Electrowaren, identificado como un centro de trabajo negro en el barrio (muchos estudiantes y jóvenes precarios habían de hecho trabajado allí en la fabricación de electrodomésticos). Se hizo salir a los empleados y se incendió la sede al tiempo que se aligeraba la caja preventivamente. Es un tipo de acción que se difunde también en Roma, en Turín, en Padua, en Bolonia, en las provincias, en cualquier sitio donde hubiera colectivos autónomos de barrio o de pueblo. El número de expropiaciones en grandes almacenes aumentó vertiginosamente, en relación con el de la densidad de la ilegalidad política, que se difundió rápida y cada vez más frecuentemente durante las manifestaciones. Alrededor del '77 se dieron decenas de ataques a las comisarías y a los cuarteles de los *carabinieri* reivindicados por las más variadas y fantasiosas siglas autónomas. Además, nacieron muchas rondas y comandos compuestos por mujeres que atacaban negocios y empresas especializadas en la explotación del trabajo femenino, o las estructuras sanitarias involucradas en la represión biopolítica de las mujeres. En Padua la Autonomía relacionada con los colectivos políticos del Véneto y con los comités comunistas revolucionarios lograron, a partir del '77, un crecimiento exponencial y experimentaron nuevas formas de ataque metropolitano, como los bloqueos armados de los principales nudos viarios de la ciudad, aislando algunas zonas dentro de las cuales se producían al mismo tiempo acciones de expropiación y de ataque; o las famosas «noches de fuego» durante las cuales se llevaban a cabo de forma coordinada decenas de ataques armados en toda la región. Sin contar con las numerosas acciones de expropiación de bancos y de lucha armada contra los patrones y barones universitarios.

La cuestión de la lucha armada en el '77 se transformó en discusión «normal», no sólo entre los militantes, sino en general en el Movimiento. Hay que valorar que en las asambleas universitarias y de fábrica no era para nada raro que los militantes de las Brigate Rosse, y de los

distintos grupos clandestinos interviniesen, conscientes de ser reconocidos por sus grupos de pertenencia. Como le gusta decir a un viejo «brigadista», Prospero Gallinari: «Eramos clandestinos para el Estado pero no para las masas».

Sin embargo para los colectivos autónomos y los grupos armados como Prima Linea, al contrario que para las BR, la lucha armada no era estratégica *por sí misma*, sino dentro del Movimiento, en cuyo seno había que luchar para imponer una legitimidad creciente de las prácticas guerrilleras: no se trataba de construir otro grupúsculo más con la ambición de volverse «el nuevo y verdadero Partido Comunista», sino más bien de poner en marcha un proceso de polarización alrededor de elecciones tácticas que se presentaban como ineludibles: «Prima Linea no es la emanación de otras organizaciones armadas como las BR y los NAP [Nuclei Armati Proletari]. La única dirección que reconocemos son las marchas internas, las huelgas salvajes, invalidar a los agentes enemigos, la exuberancia espontánea, la conflictividad extralegal».¹⁵

Una reflexión de Lucio Castellano hecha en el '77 logra expresar de manera convincente las «motivaciones» y los «modos» a través de los cuales y en los cuales toda una generación vivió la guerrilla:

El proceso de liberación no es primero «político» y luego «militar»; aprende el uso de las armas a lo largo de todo su desarrollo; disuelve el ejército en las miles de funciones de la lucha política; mezcla la vida de cada uno, la civil y la combatiente, impone a cada uno el aprendizaje del arte de la guerra, y del «arte de la paz». No se puede pretender vivir el proceso de liberación comunista y tener la misma relación con la violencia, la misma idea de lo que es bello, bueno, justo y deseable, la misma idea de normalidad, las mismas costumbres, de un empleado de mediana edad de un banco en Turín: vivir en el terremoto es siempre —también— vivir con el terrorismo, y para no tener una idea «heroica» de la guerra, es propicio no tener una idea miserable de la paz. Los pacifistas como Lama reclutan a la policía, los «más de izquierdas» piden la legitimación de la «violencia de masas», del «proletariado armado».

El movimiento real fue más realista y menos belicoso, más humano y menos heroico: por haber criticado la guerra puso en discusión la paz y por haber rechazado el ejército rompió el criterio de la delegación y

¹⁵ Cita del primer comunicado de Prima Linea, en Sergio Segio, *Una vita in Prima Linea*, Milán, Rizzoli, 2006.

de la legitimación; con errores y aproximaciones, y con desviaciones terribles, cultivando mitos absurdos, dentro de una historia contradictoria, pero aprendiendo y mejorando en un proceso que modificó la realidad más que una insurrección [...]. La crítica de la política es por tanto una crítica de la separación guerra/paz. La paz de la que hablamos, es la paz de la democracia, y la violencia que usa es la «violencia legítima», que la mayoría delegó a las instituciones del Estado: criticar aquella violencia significa criticar el principio más desarrollado de la legitimación política, la democracia [...] por eso el movimiento de liberación comunista está fuera de ley, porque se pone fuera del código democrático, y este código define de forma exclusiva el universo de la política. La radical crítica marxiana a la democracia determina categorías que fundan la lucha a muerte entre democracia y comunismo, entre el poder democrático y liberación comunista.¹⁶

En Roma entre tanto, el 26 de febrero, se reunió una asamblea nacional universitaria muy tensa y muy caótica. El primer día se pierde en un continuo choque entre «líneas políticas»: particularmente los autónomos de los Volsci que se distinguen por su ruda gestión de la dirección de la asamblea, con el intento no sólo de contrarrestar a los militantes de los grupos y del PCI, sino también a todos aquellos que no estaban «enmarcados» (por ellos) como las feministas y los indios metropolitanos que, de hecho, el segundo día se separaron de forma polémica de la asamblea general para reunirse en otro lugar. Igualmente, al final de los dos días se decide una manifestación nacional en Roma para el 12 de marzo, en contra del régimen del trabajo asalariado y a favor de la organización autónoma de los estudiantes, de los obreros y de los parados. Durante los primeros días de marzo las movilizaciones y las ocupaciones de universidades continúan en toda Italia, y en varios lugares se producen enfrentamientos entre el Movimiento y el PCI, con episodios muy violentos en Turín. El PCI llega durante este periodo a preparar informes muy detallados sobre los autónomos y fichas personales sobre los militantes que acabaron directamente en manos de la policía que las empleó abundantemente en operaciones de represión.

También en las cárceles de aquella época había tensión, fugas y revueltas. Las Brigate Comuniste hacen explotar una nueva cárcel «modelo» que se estaba construyendo en Bérgamo. El 8 de marzo,

¹⁶ L. Castellano, «Vivere con la guerriglia», *pre/print*, núm. 1/4, 1978.

en toda Italia, las feministas organizan manifestaciones aguerridas: durante la manifestación en Milán atacan la oficina de servicios sanitarios, también una clínica privada en la que se habían hecho abortos clandestinos y que, después de la legalización, los rechazaban; la tienda de Luisa Spagnoli, una cadena de moda que explotaba el trabajo de mujeres en la cárcel; y por último las oficinas regionales, a las que consideraban responsables de la contaminación con dioxina en Seveso (en este pueblo de Lombardía había explotado pocos meses antes una fábrica química que había envenenado a sus habitantes). Un comando armado feminista castiga a uno de los médicos-policías que se ocupaban de la intoxicación por dioxina de mujeres embarazadas, a las cuales se les negaba el aborto terapéutico. En Roma después de una enorme manifestación de 50.000 mujeres, las militantes de los colectivos se reúnen en una plaza donde llegan a ser 20.000, en otra plaza se reúnen las cercanas a la UDI, una organización de mujeres del PCI, eran solamente 8.000.

La coordinadora feminista de Via dell'Orso de Milán distribuye un panfleto en el que escribe:

No luchamos por el desarrollo del capitalismo, ni por alguna pseudo-reforma que pase por encima de nuestras cabezas, de esas por las que salimos a la calle, sino para destruir nuestra función de mujeres, tal y como nos viene impuesta en el día a día, en lo «privado», en lo «social» [...] Nos negamos a ser arrojadas de nuevo a nuestras casas [...] Rechazamos la liberación a través del trabajo [...] Rechazamos el intento de planificar nuestra sexualidad [...] Rechazamos la violencia del varón sobre nosotras [...] Organicémonos autónomamente para transformar nuestra rabia en un programa de liberación.

El 5 de marzo, en Roma, fue prohibida una manifestación que igualmente salió a la calle. La manifestación fue inmediatamente atacada por la policía pero con una maniobra se logró esquivarla, arrollando dos vehículos blindados y logrando llegar al centro de la ciudad donde se desataron violentísimos combates, incluso se llegó a disparar por ambas partes. El rector de Roma ordenó otra vez el cierre de la Universidad hasta mediados de marzo. Es significativo que los indios metropolitanos sacaran al día siguiente un comunicado, muy cómico entre otras cosas, en el que reivindicaban el «rasgo masivo» que tuvo la manifestación. Y esto para refutar la leyenda que se creó en los años siguientes

de los indios «buenos», y ¿por qué no? incluso no-violentos, y de los autónomos «malos»: las cosas no se medían en términos tan ridículos y las diferencias en el área autónoma, que evidentemente existían, seguían líneas ajenas a la visión maniquea que algunos quisieran hacer pasar. Una de las diferencias más significativas se colocaba más bien entre los que sostenían la organización al estilo leninista y aquellos que rechazaban el regreso a la «política», tal y como escribía *A/traverso* en febrero de 1977. Había diferencias entre aquellos que tendían a medir las fases revolucionarias a través de una crítica a la economía política y, en cambio, quienes lo hacían a través de la mutación antropológica que se podía encontrar en los gestos, en el lenguaje y en las conductas irreductibles a «la lucha diaria e incesante en contra de la sociedad de las prestaciones y de la explotación». Pero también había otras diferencias, como aquellas entre quienes propugnaban una transformación de las manifestaciones en momentos insurreccionales y quienes querían mantener el nivel de conflicto de forma menos agresiva, pero más extendida en la sociedad. En cualquier caso, todas estas cuestiones surgían como hechos significativos de ruptura únicamente después de los acontecimientos, durante su curso a nadie le parecían discriminantes absolutos. Fueron los media quienes construyeron en un tiempo muy breve una narración que reducía a los indios a un simpático e inocuo folclore y a los autónomos a un fantasma espantoso de violencia urbana; y esto es debido a que los media, los periodistas, son ignorantes, no saben leer, caso contrario habrían entendido que el lema pintado en la fachada de la Sapienza decía que la fantasía, esta vez, no debía ir al poder, sino *destruirlo*, y que la risa iba a *enterrar* a alguien, es decir, que se trata de un arma que neutraliza cualquier poder constituido. Los indios, los clown, no sólo estaban ahí para desdramatizar la guerra contra el capital, al contrario, justamente porque deseaban el fin de esa civilización ponían en escena su entierro. La alegría que contagiaba a casi todo el mundo en el Movimiento se debía también y sobre todo a la sensación, puede que frívola pero esto no es importante, de que se podía poner fin a este sistema, que el capitalismo podía verdaderamente morir.

Y ahora, para acercarnos al epicentro de la insurrección, tenemos que hablar de lo que era y de lo que representaba Bolonia durante aquellos años. Si a nivel nacional, el PCI se presentaba como una fuerza política «representante» de la clase obrera organizada y, como tal, se hacía cargo de la represión del movimiento y de la aceptación política de los

sacrificios en la fábrica, en Bolonia, en la región de la Emilia-Romagna, el PCI era, desde el final de la guerra, también el gestor del poder económico y político. Pasolini decía que era una ciudad anómala porque era una ciudad hiperconsumista y al mismo tiempo comunista, y juntar esto, desde el punto de vista del poeta de Friuli, no era un piropo. En el periodo del Compromiso Histórico Bolonia se mostraba al mundo como la capital del «eurocomunismo», con un modelo de providencia social semi-perfecto que convivía con una alta tasa de beneficio capitalista; los obreros, secuaces de Togliatti, y los tenderos del centro estaban unidos en la gran familia socialdemócrata, tampoco la Iglesia lo pasaba mal, los ciudadanos «comunistas» de Emilia se casaban por el rito católico y los boloñeses seguían siendo unos moralistas que veían en el trabajo y en el partido la fórmula de salvación del género humano. Desde 1946, el PCI gobernó Bolonia, aislándola de los grandes temblores telúricos de los conflictos sociales de aquellos años, ningún evento traumático la golpeó hasta marzo de 1977.

Pero en Bolonia estaba también la más antigua universidad de Europa, con setenta mil estudiantes de los cuales la gran mayoría eran de fuera, vivían mal, cuatro por habitación, un sitio para dormir costaba un dineral, cada día había que hacer una cola de kilómetros para comer en un comedor de mala calidad. Los estudiantes tenían que hacer mil trabajillos precarios para mantenerse estudiando en una ciudad que los exprimía y los despreciaba, así, explotados y puestos al margen de la vida urbana, entre 1975 y 1977 organizaron una ciudad paralela que crecía desmesuradamente también porque estaba cada vez más frecuentada por todo ese estrato proletario urbano y periurbano que sufría el mismo tratamiento por parte de la junta social-comunista, aliada de los comerciantes y de los patrones de las inmobiliarias. Una ciudad paralela que comenzó a expresar su cultura, una visión propia del mundo, una forma de vida que necesariamente llegó a chocar frontalmente con la casta gris de los burócratas comunistas, y con la burguesía roja y vividora de los comerciantes y de los patrones boloñeses.

Son jóvenes pobres pero mucho más inteligentes, sensibles y *felices* que los habitantes de la otra ciudad, de la ciudad oficial. Enrico Palandri, en aquel entonces estudiante del DAMS de Bolonia escribió una novela en la que la separ/acción entre las dos ciudades estaba bien delineada en el flujo de conciencia del protagonista:

Mi máquina de los deseos no está sincronizada con la máquina del trabajo, no está sincronizada con la máquina de los billetes del autobús, no está sincronizada con la máquina social de lo justo y de lo ilegal, produce diez mil comportamientos cada día, diez mil preguntas; soy la única máquina a la que le tengo respeto, la única a la que le pido vivir mejor, mi sincronización es incontrolable, mi complementariedad, mi enamorarme, todo lo que hago y vivo está más allá de las reglas, te espero aún cuando sé que no vendrás, y esto es extremadamente insensato, miro mucho rato el atardecer y el cielo, y esto me hace pensar que mi vida y mi ciudad me pertenecen, que no soy huésped en vuestro sistema, pero que me han robado el mío, y que este modo vuestro de morir cada día, científicamente, delante y detrás de la máquina de la tristeza y de la represión, no tiene poseedores, sino solo poseídos, que no voy a vender mi vida por un trozo de pan, que romperé vuestras máquinas, cruzaré la calle fuera del paso peatonal, inventaré la cerveza y la yerba, y me dejaré inventar por ellas; me inventaré a mí mismo, te inventaré a ti también maría pía, cómo lograré hacerlo, en el lenguaje que aún nos pertenece, que no es el del intercambio, el deseo no conoce el intercambio, conoce nada más el robo y el don; diez crímenes al día, mi amor, y seremos nuestros.¹⁷

El movimiento boloñés alcanzó el «plazo '77» ya muy fuerte, arraigado en mil casas colectivas, con una práctica de reapropiación de masas y una forma autónoma singular, dotado de una potencia de expansión enorme: no sólo las revistas de las que ya hemos hablado, sino los cómics rizomáticos de Andrea Pazienza, la poesía cantada de aquel otro grande *chansonnier* del Movimiento que era Claudio Lolli, la experimentación colectivizante de Radio Alice, los seminarios en el DAMS del escritor Giovanni Celati, la música punk-demencial de los Skiantos, el colectivo obrero de la Ducati Meccanica, el de los funcionarios públicos que organizaron el periódico *Contropotere*, el colectivo Jacques, un fuerte movimiento feminista y miles de estudiantes proletarizados que atravesaban todas estas experiencias:

En esta casa vivimos muchos. Vivir juntos, de forma colectiva, con habitaciones que comunican entre sí, en una cohabitación que sirve para dividir el precio del alquiler, es la única intimidad no ridícula. Somos todos comunistas, habitación por habitación.

¹⁷ E. Palandri, *Boccalone*, Milán, Feltrinelli 1988 [1979].

Me levanto por la mañana, tomo un café, luego estudio, a veces salgo. Sigo sin tener dinero; voy a hacer la compra en el supermercado, dejo el bolso abierto en el carrito, lleno el bolso, y luego voy a la caja con el bolso cerrado y pocas cosas en el carrito. Pago más o menos un tercio de lo que me llevo.¹⁸

Los primeros disturbios se producen en enero cuando la policía cargó sobre una manifestación que quería autorreducirse una noche en el Teatro Duse. Inmediatamente después, el 22 de enero, una manifestación autónoma de 30.000 personas (no participaron ni siquiera los grupos de la extrema izquierda) invade Bolonia en contra de la militarización de la ciudad y por unos precios políticos para los géneros de primera necesidad, así como para los servicios sociales, se acusa al PCI y al sindicato de ser «colaboracionistas». En febrero la famosa circular Malfatti hace explotar la universidad, dentro de la cual estudiantes, parados, y vanguardias de fábrica construyen su base roja. A partir del 10 de febrero, Bolonia es atravesada cada día por marchas que arrancan desde distintas facultades ocupadas, al tiempo que las asambleas ya no se parecen a las de los años pasados, ya no da tiempo de aburrirse, se discute con pasión de todo y son incluso divertidas.

En Bolonia una gigantesca asamblea se transforma en un happening gracias a una célula de acción mao-dadá del DAMS. Al grito de «¡Ya no somos estudiantes!» se escenifican las condiciones de vida de los estudiantes venidos de fuera de Bolonia, obligados a pagar unos alquileres exorbitantes. Todo esto en forma de happening, acción teatral y gritos, gestualidad que se desata. El orden clásico de las asambleas está completamente destruido. Los burócratas de la política universitaria intentan devolver la situación al orden, pero se encuentran en minoría, ridiculizados, y acaban siendo echados.¹⁹

En pocas semanas, el Movimiento boloñés asume íntegramente incluso las tareas de la autodefensa y de la ofensiva en sus manifestaciones, y el 7 de marzo una marcha en contra de la represión «se transforma» en una enorme ronda que barre la ciudad: se ocupan más pisos [...] se reocupa una finca en Porta Saragozza. Una «ronda proletaria» golpea las oficinas de la Opera pia Gualandi, propietaria del edificio y responsable

¹⁸ F. Berardi «Bifo», *Chi ha ucciso Majakovskij? Romanzo rivoluzionario*, Milán, Squi/libri, 1977.

¹⁹ *Alice è il diavolo...*

de las intervenciones de la policía. «Después de que se disolviera la manifestación, grupos de manifestantes se apropiaron de alimentos en algunos restaurantes de lujo [...] Durante esa noche se produjeron atentados con fuego sobre tres sedes de la DC, fueron quemados también tres coches de un industrial. Un grupo, que firmó Brigate Comuniste, irrumpió en la sede de la inmobiliaria Gabetti».²⁰

Al día siguiente, 8 de marzo, las feministas intentaron entrar masivamente en la finca ocupada para transformarla en un centro de mujeres, pero recibieron una carga muy dura; de todas formas el edificio se convirtió en una sede del movimiento feminista, igual que otro edificio ocupado que acabó siendo el centro de irradiación de todos los fermentos creativos de la «segunda ciudad». Con una creciente excitación, la gente se preparaba en masa para la manifestación nacional de Roma del 12 de marzo, cuando de improviso ocurrió algo que descompuso Bolonia y repercutió salvajemente en toda Italia. El Movimiento boloñés que hasta ese entonces había intentado sustraerse a una confrontación directa con el Estado, prefiriendo profundizar y extender el extrañamiento, la liberación del cuerpo, la disolución colectiva, la transformación de las relaciones personales, las prácticas de reapropiación colectiva, la desfiguración de los códigos comunicativos, fue arrasado al terreno de la guerra. No te puedes sustraer cuando matan a un compañero delante de tus ojos.

Solo unas semanas antes, los escritores de *Zut* y de *Atraverso* se habían reunido en Roma para discutir la publicación de una nueva revista común, *La revolución*, una especie de boletín maodadaísta, cuyo primer número se tituló *Por fin el cielo cayó sobre la tierra. La revolución es justa posible necesaria*, mientras el segundo, el de marzo, se tituló, en referencia a la manifestación nacional que se estaba preparando, *12 de marzo, un buen día para comenzar*, lo que después parecería una profecía autocumplida (a la policía le pareció algo más, ya que envió órdenes de captura para todos los redactores acusándoles de conspiración y de haber organizado la insurrección del 11/12 de marzo). Mientras tanto, el PCI y los partidos boloñeses pidieron que el Estado, la policía, los juzgados, interviniesen en contra de los «vándalos», después de haber intentado durante el año anterior construir un clima de intimidación y de caza de brujas con la finalidad de aislar el «tumor» que a sus ojos representaba el Movimiento.

²⁰ Valerio Monteventi, *Ci chiamavano i "soliti autonomi"*, en *Gli autonomi I*, cit.

A las 10 de la mañana del 11 de marzo, en la facultad de anatomía, estaban reunidos militantes de Comunione e Liberazione, ya en los días anteriores autores de muchas provocaciones. Un pequeño grupo de camaradas intentó entrar en la asamblea pero se les echa y se les tira por las escaleras. Llegaron decenas de personas a la facultad que comienzan a gritar lemas, nada más. Es el pretexto para que los *carabinieri* y la policía penetren en la ciudad universitaria. Apenas llegan al lugar comienzan a cargar sin razón sobre los estudiantes y a lanzar lacrimógenos. Los pocos camaradas presentes responden como pueden, como defensa se tira un molotov sobre un vehículo blindado. En aquel momento llega al lugar un estudiante de medicina, un militante muy conocido de Lotta Continua, Francesco Lorusso, pero tiene que retirarse enseguida porque la policía continúa cargando ferozmente. En ese momento un militar de los *carabinieri* se arrodilla, apunta y dispara. Francesco Lorusso es herido de muerte. A las 13:30, Radio Alice comunica la noticia. Una multitud de gente comienza a ir a la zona universitaria: en cada facultad, en cada plaza, en cada callejón, en cada comedor, hay una asamblea. Se construyen barricadas alrededor de la zona universitaria. Una llamada de teléfono a Radio Alice: «¡Todo el mundo a la calle camaradas, estos es guerrilla, cago en Dios!». La librería de CL es abierta a golpes de pico y arde inmediatamente. Se realiza también un ataque con fuego sobre dos comisarías cercanas. Las distintas asambleas se organizan para una marcha que *debe* arrancar inmediatamente. Una enorme cisterna del comedor es usada para repartir gasolina en centenares de botellas: el objetivo es la sede provincial de la DC, considerada responsable del homicidio. Por la tarde, en la Universidad, sale una manifestación de 10.000 compañeros, *todos* enmascarados, armados de piedras, barras de hierro, bastones y molotov. El PCI llama a «defender» el monumento a los caídos a la resistencia. Durante el recorrido se rompen las vitrinas de todos los negocios de lujo. Una vez frente a la sede de la DC, se encuentran con un gran despliegue de policía y *carabinieri*, se aguanta el impacto, pero la manifestación recibe una carga también desde el fondo. Comienza la guerrilla en la calle. Una parte del grupo se dirige hacia la estación ferroviaria donde se ocupan algunos andenes y dentro de la cual se produce una dura batalla. Otra recorre el centro, enfrentándose con la policía en Piazza Maggiore, y luego atacando negocios y bancos. Se tiran molotov sobre la oficina del periódico local *Il Resto del Carlino* y sobre la sede de la FIAT. Una parte de la manifestación llega a la estación ferroviaria abriendo una vía de fuga para los que estaban luchando dentro. La policía dispara,

los compañeros responden. Finalmente se dirigen todos hacia la zona universitaria donde se montan grandes barricadas alrededor de Piazza Verdi; se abre la despensa del comedor universitario pero también el restaurante preferido de la burguesía roja, el Cantunzein, así la comida y el vino son distribuidos a toda la gente presente en la calle en revuelta (*toda* la gente incluye también la gente del barrio, es significativo que en el proceso por la expropiación fuera condenada también una mujer mayor, jubilada, de 66 años). Se tira un piano fuera de un bar al lado de una barricada, y un joven pianista polioméltico se sienta y toca *Chicago* de CSN&Y y luego Chopin en medio de las balas, de las llamas y de los lacrimógenos: «Borrachos, hoy no manda nadie. ¿Mañana? Mañana vendrán con tanques. Nos aplastarán otra vez. Pero hoy durante algunas horas la tierra es libre. Chopin. Vino. Rabia y Felicidad». ²¹ La policía se retira después de dos cargas violentísimas que no logran vencer la resistencia, la ciudad es liberada por un breve puñado de horas, una gran asamblea se reúne en el cine Odeon.

Radio Alice no para en ningún momento de emitir, de informar sobre los movimientos de los compañeros y sobre los movimientos de la policía. Por la noche se leerá un desafiante comunicado en el que el Movimiento entero se atribuía a sí mismo la responsabilidad de la violencia expresada durante aquel día:

Todos formábamos parte de ese gigantesco servicio de orden que decidió organizarse, colectivamente, preparando cócteles molotov, entre todos, en la universidad, hoy, al principio de la tarde; todos juntos hemos destrozado el suelo de la universidad para procurarnos piedras, todos juntos estábamos con los cócteles incendiarios, con las piedras en los bolsillos, porque la de hoy fue una manifestación violenta, sin servicio de orden, sin grupitos aislados de provocadores, de autónomos, que hacían acciones, porque todos los compañeros participamos en todas las acciones que hoy se dieron... ²²

El movimiento del '77 se distinguió por su fuerte deseo de estar juntos hasta el final, de compartir todo, de asumir la responsabilidad colectiva de lo que él mismo determinaba: por otro lado, ¿a qué más se le puede llamar práctica de una *ética comunista*? Por eso este documento

²¹ Los autores son muchos compañeros, *Bologna marzo 1977... fatti nostri...*, Verona, Bertani, 1977.

²² *Ibidem*.

de reivindicación colectiva es muy importante, porque señala uno de los puntos de llegada de las prácticas autónomas e indica la posibilidad real, experimentada, de poder compartir una decisión compleja, *incluso la de la insurrección*. No hay jefes, líderes, portavoces en Bolonia, hay sólo la presencia de un mismo Movimiento. Si no, no se hubiera comprendido qué sentido hubiera tenido la crítica a la delegación que en todos los años anteriores había funcionado como catalizador de distintos movimientos de liberación. Autonomía se había convertido en el nombre de un *ethos* colectivo.

Y esta práctica repetida de comunicación funcionó como conductor de aquella especie particular de entusiasmo que hacía que todos juntos, también los que estaban fuera, comprendieran que se encontraban en medio de una revolución. Y por lo tanto en la palabra, en la escritura, en la existencia, en la producción, en la comunicación, en el amor y en la guerra, todos, sin excepción, formaban parte del encadenamiento colectivo único de una enunciación: esta es la única y verdadera *centralización* que el Movimiento necesitaba. El poder comprendió pronto que era justamente este encadenamiento lo que había que golpear duro para derrotar la insurrección: fragmentando, destruyendo, aislando algunas de sus formas, ante todo las de la comunicación y la guerra.

De hecho, en Bolonia más que en otros lugares se maduró un recorrido de división amplio y significativo, puede, quizás, porque era el lugar donde más se había profundizado en aquellas prácticas que permitían no separar la subversión en contra del Estado y en contra de la cotidianidad, la desestabilización del capital-Estado y la desestructuración de la sociedad:

El poder no ha calculado qué maravillosa señal ha dado al movimiento en el momento en qué se puso a dar caza en las guaridas; todos las camaradas tenían una guarida, que compartían con otros camaradas, donde existía la posibilidad de vivir con menor dificultad un debate alrededor de lo personal, de practicar con mayor éxito la comunicación en la que hay un personal/político, y esto gracias a la experiencia de tantas palabras, luchas, amor, en los que hay un poco de método de oposición al «sistema» en desarrollo [...] Este es el lugar natural de nuestra vida, donde crecemos, día tras día, donde aprendemos a comunicar, a compartir la alegría, la diversión, el hambre, el amor, la palabra [...] Fue muy importante definir el rol de los momentos de masas como las manifestaciones, las asambleas, porque es ahí donde se gana en el uso de nuestra fuerza;

¿pero es posible que lavando los platos, alrededor de un beso, no existieran relaciones de fuerza, no existieran relaciones de poder que defender o que conquistar en cada uno de nosotros? Nuestra fuerza existe veinticuatro horas al día, pero en contra del poder del Estado, nosotros tenemos fechas de entrega de masas y fechas de entrega individuales, donde nuestra fuerza se mide y donde medimos el grado de injerencia de la ley en nuestro cotidiano [...] el arma que el movimiento está usando es la más terrible, la transformación de lo cotidiano.²³

Es 12 de marzo, al amanecer se retiran las barricadas en Bolonia y el PCI cree que todo ha acabado. Se equivoca. Las marchas de estudiantes que vienen de los institutos de los pueblos encuentran la zona universitaria nuevamente protegida por decenas de barricadas. A las 10 de la mañana arranca una nueva marcha de miles de personas hacia Piazza Maggiore, donde los sindicatos han convocado un mitin «en contra de la violencia». La tensión es fuerte cuando la manifestación llega al borde de la plaza y el servicio de orden del PCI impide incluso al hermano de Francesco Lorusso entrar en el escenario a leer su intervención. La lee con un megáfono, de espaldas al escenario, hacia los miles de camaradas que se han quedado en calle Rizzoli. La fractura entre las «dos ciudades» se amplía. Muchos camaradas han salido por la mañana temprano hacia Roma, pero en Piazza Verdi, por la tarde, hay todavía miles de personas, a las que se añade poco a poco mucha gente cualquiera, que *ha visto*, y tiene ganas de salir a la calle, para defender «su ciudad». A las cuatro, unos mil policías divididos en tres grupos asedian la ciudad universitaria, se queman las barricadas para impedirles entrar. Se resiste, también disparando.

También en la cárcel de Bolonia, donde siguen encerradas algunas decenas de camaradas desde el día anterior, hay revueltas, también los presos «comunes» rechazan volver a las celdas y escriben juntos un documento en el que piden que se detenga la militarización de Bolonia. Mientras tanto, llegan miles de policías y *carabinieri* provenientes de distintas partes de Italia, que pegan a cualquiera que pase por la calle, haciendo enfurecer a los habitantes que se quedan en la calle y que los retan abiertamente. En todo el centro hay avances y retiradas de los rebeldes. Después de un lanzamiento de lacrimógenos, un camarada, un hombre mayor, con un pañuelo rojo en el cuello toca *Bandiera rossa* con la armónica incitando la gente a seguir: «ilegalidad de masas» no es solo

²³ Colectivo de redacción de *Radio Alice*, en *Bolonia marzo 1977*, cit.

un lema afortunado de la Autonomía. A las 20, la policía intenta atacar con decisión al Movimiento, disparan sobre las barricadas, pero son rechazados de nuevo. Un grupo de compañeros saquea una armería para remediar el problema de la autodefensa. A las 22, los rebeldes deciden abandonar la zona, bajo la consideración de que es imposible resistir mucho tiempo más. Pocos minutos después, Via del Pratello, donde tiene su sede Radio Alice, es ocupada por tropas de la policía, antes de entrar en la sede de la radio y detener a cualquiera que se encontrase dentro o alrededor, la llena de gases lacrimógenos. Unos coches con altavoces dan vueltas por la ciudad invitando a la *población civil* a no salir a la calle. Se lanza un ultimátum a los rebeldes de la universidad, antes de que caiga la noche hay que abandonar la zona, «luego se acabarán las bromas». La mañana siguiente Bolonia se despierta invadida por tanques que controlan todas las zonas del centro, parece Praga. El alcalde comunista Zangheri dice que en ese momento no podía actuar, que se consideraba en guerra. Parece que cuando los *carabinieri* llegaron cerca de Piazza Verdi encontraron muchos fusiles, de los robados en la armería, colgados como chorizos.

Praderas en llamas

Estoy, pues, dentro de esta
separación que me ata al mundo
como fuerza de destrucción [...]
Riqueza antes que miseria, deseo
antes que necesidad. Existe una separación que
es querida pero que se expresa en una potente
voluntad de enfrentamiento, existe una ruptura que
lanza continuamente puentes de voluntad
destrucciona contra la realidad, existe
un deseo que consigue ser desesperación [...] Inmediatamente
vuelvo a sentir el calor de la comunidad
obrero y proletaria, cada vez que
me pongo el pasamontañas. Esta soledad
mía es creativa, esta separación mía es la única colectividad real
que conozco.

A. Negri, *Il dominio e il sabotaggio* ²⁴

²⁴ Ed. cast. en *Los libros de la autonomía obrero*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2004.

Pero el 12 de marzo la insurrección se extiende por todo el país. La Autonomía siempre ha sido consciente de que la movilidad, que el capital imponía al trabajo vivo para descomponer su fuerza, estaba destinada a revertir en movilidad de ataque, circulación de la ofensiva, difusión del fuego, tanto en el territorio como a nivel general.

De este modo la insurrección se traslada a Roma, donde una manifestación de más de 100.000 personas provenientes de toda Italia, muchas de ellas provistas con armas de fuego, incendia la capital. Todos aquellos que habían ido a Roma sabían que iban a tener lugar enfrentamientos y que con toda probabilidad iban a estallar en la Piazza del Gesù, donde estaba la sede nacional de la Democracia Cristiana. De hecho, llegados allí delante, un grupo de autónomos lanza una cantidad impresionante de molotov, la policía carga y parte la manifestación. Desde ese momento empieza una guerrilla urbana de proporciones gigantescas; según un cálculo aproximado se utilizaron al menos quinientos cócteles molotov. La participación en los enfrentamientos se hacía de modo coordinado con el propio colectivo de escuela o barrio; los movimientos se hacían de forma ágil, en grupitos de un centenar de personas, con comandos compuestos por lo general por una decena de personas provistas de todo lo necesario para organizar acciones de ataque y defensa. Los testimonios de quienes participaron en la manifestación son unánimes en recordar la gran capacidad de autoorganización del Movimiento y la disciplina de quien estaba armado y tenía la tarea de proteger los bloques de la marcha. Los ataques de la manifestación se dirigían a objetivos escogidos, mientras decenas y decenas de automóviles y escaparates que fueron destrozados aleatoriamente, y sobre los cuales muchos protestaron después, fueron obra de enfurecidos jóvenes proletarios sin pertenencia, sin colectivos de referencia, que desahogaban su rabia de modo salvaje y descoordinado: los periódicos autónomos no coquetearon con estos episodios, más bien invitaron al Movimiento a comprender este sentimiento y se limitaron a aconsejar a los «camaradas gamberros» a dirigir mejor su rabia en las próximas ocasiones.

En Piazza del Popolo se ataca el Bar «Rosati», punto de encuentro de fascistas, y el cuartel de los *carabinieri*, tras lo cual empiezan diversos tiroteos. A continuación sufren la furia de la manifestación una comisaría de policía, la sede del periódico de la Democracia Cristiana (DC), la embajada de Chile, una filial de la FIAT, una caserna de la policía urbana, las oficinas de la SIP [la compañía estatal de telefonía de aquel entonces], el Hotel Palatino (el propietario del cual era un conocido

fascista) y un sinfín de tiendas y bancos. Decenas de automóviles y autobuses son incendiados para hacer barricadas. Una bomba explota en el puesto de mando regional de los *carabinieri*. Dos armerías son saqueadas y se sustrae de todo, hasta dos cañas de pescar. Se intenta asaltar el Ministerio de Gracia y Justicia y desde su interior disparan: el Movimiento responde al fuego. Incluso un equipo de la televisión pública se ve obligado a huir y sus medios son incendiados. La batalla dura al menos cinco horas, hasta el atardecer el centro de Roma es una miríada de incendios y tiroteos. Hay muchos arrestos, heridos por ambas partes, pero ningún muerto. La potencia de la insurrección se muestra con parámetros bien distintos a los del recuento de víctimas y ciertamente no debido a los méritos policiales. Es por ello que el 12 de marzo ha enraizado en el inconsciente revolucionario y aún hoy hace reflexionar a aquellos que intentan pensar la cuestión «¿qué es una insurrección?».

En Roma, aquel 12 de marzo precipitó de la manera más violenta el choque que contraponía el movimiento de las autonomías, no sólo a los viejos patrones y al gobierno, sino también a una hipótesis de sociedad de control de la cual también eran parte integrante, además del Partido-Estado, representado por la DC, los sindicatos y los partidos de izquierdas, que jugaban el papel de garantes de la explotación, de policía social y de *intelligenza* contrainsurreccional. Era como si aquel enorme cortejo violento chillase: «¡Nosotros ya no pertenecemos a vuestra civilización!». Franco Piperno escribió que en aquel 12 de marzo romano se resumía el significado de lo que había llamado «movimiento del valor de uso»: una imagen de riqueza y pobreza al mismo tiempo, de «maldad soñadora», un «ensayo general, en una escena de masas con cien mil actores», un «apagón quizás menos poblado que el de Nueva York pero en cualquier caso más cargado de consecuencias por ser construido por una “minoría de masas”, por llevarse a cabo a la luz del día». La separación y la hostilidad entre la sociedad del valor de cambio y aquella del valor de uso llegó aquel día a expresarse de forma compleja pero no caótica. Piperno concluía: «La contraposición de segmentos de trabajo vivo está destinada, al menos en Italia, a acentuarse, alimentando un choque que, en cuanto implica a millones de hombres, puede ser visto como una forma, aunque sea subterránea, de guerra civil».²⁵

²⁵ *Pre/print*, núm. 1, cit.

En Milán, a pesar de que muchos fueron a Roma, la Autonomía salió a la calle el 12 de marzo para expresar el nivel correspondiente de subversión violenta. Es un periodo complicado en el interior de las diversas corrientes organizadas por la Autonomía; de *Rosso* en primer lugar, quizás porque era la más implicada en la autonomía difusa, pero también de *Senza Tregua*, donde la escisión entre los Comitati Comunisti y aquellos que están construyendo Prima Linea se hace más profunda. En el documento de los Comitati Comunisti Rivoluzionari que lleva por título «Realismo de la política revolucionaria»,²⁶ las diferencias respecto de sus compañeros de PL, y por tanto la escisión, es sancionada con estas palabras: «El “área política” de la autonomía tiene que devenir la vanguardia militante, la “fracción de los comunistas” (donde el término *fracción* expresa bien, al mismo tiempo, el carácter de “parte del movimiento”; *el carácter separado* y diferenciado; *el carácter intencional*, el elemento de voluntad política [...])». El diario mismo, en ese momento, pasa a manos del área ligada a las Squadre Armate Proletarie y por tanto a la dirección de PL.

Entre 1976 y 1977, la nueva generación de militantes de los diversos colectivos territoriales del área autónoma se volvía cada vez más intolerante al «gradualismo», al «verticalismo» o al «intelectualismo» que se atribuía a los viejos dirigentes autónomos o a algunos comités obreros. Quizás ya no se fiaban de los expertos de la maniobra política o de los respetados teóricos o, de forma más verosímil, la situación creada ya no permitía otra cosa que un recrudecimiento del conflicto. Era indudable, en cualquier caso, que se estaba acentuando un choque político dentro de la Autonomía milanesa entre el ala más marcadamente combativa, sostenida por los más jóvenes, y aquella ligada por un lado al alma obrerista y por otro a una estrategia más prudente de enraizamiento social. En realidad, como explica Chicco Funaro, uno de los protagonistas de la experiencia de *Rosso*, la ruptura se reveló por primera vez precisamente en las discusiones en torno al asalto al Scala en el otoño de los Circoli.²⁷

Pero *Rosso* no tenía una estructura jerárquica de partido, no tenía ninguna forma de «centralismo democrático», por medio de la cual los viejos dirigentes pudiesen imponer, en el 1977, decisión alguna. Sea como sea a muchos de ellos no les disgustaba poder contar con decenas

²⁶ *Senza Tregua* del 27 de julio de 1976.

²⁷ C. Funaro, «Il comunismo è giovane e nuovo», en *Gli Autonomi I*, cit.

de colectivos juveniles que dada la ocasión podían desencadenar el infierno. Sin embargo, parece que frente a la expansión de la ilegalidad por la que habían trabajado tanto tiempo, algunos de los militantes más viejos estaban perplejos y sin mucho que ofrecer a nivel estratégico. Por otro lado, a diferencia de la Autonomía de Padua, por ejemplo, donde las armas estaban rígidamente centralizadas, en Milán, por las características específicas del movimiento autónomo de esa ciudad, cada colectivo era semi-autónomo también sobre este asunto y en consecuencia su empleo no podía ser una decisión centralizada en ningún organismo burocrático; más bien, debía pasar en cada ocasión por una dura discusión dentro y entre los diferentes colectivos. Pero estas características de horizontalidad, de estructura en red, de continua circulación tanto entre los colectivos como entre la dimensión legal y la ilegal, son las que hacen de *Rosso* una experiencia original y de lejos la más interesante, al menos en lo que se refiere a la Autonomía organizada, más que las experiencias post-sovietistas romanas más importantes, que la obrerista de los Comitati Comunisti o que la férrea disciplina de los vénetos. Pero para explicar esta crisis hace falta, como ya se ha apuntado, mirar hacia la derrota de los Circoli en La Scala en diciembre de 1976, ese grave golpe que recibió el Movimiento milanés. Una derrota que hizo que, a diferencia de otras situaciones como las de Roma y Bolonia, en lugar de llegar al '77 «todos juntos», se llegara con un movimiento fragmentado y a menudo contradictorio. Más allá de aquella debacle militar, resultó determinante que los jóvenes de aquel momento solamente pensarán en «prepararse mejor». En cualquier caso, dentro de *Rosso*, durante la primavera de 1977, prevaleció una línea de combate con una fuerte vena insurreccionalista, y si la formación de las Brigate Comuniste son una clara evidencia de la primera, el impulso para transformar todas las citas que se presentaban con ocasión del enfrentamiento abierto y la contemporánea extensión de la conflictividad armada lo son para la segunda. Todas las acciones llevadas a cabo durante los meses a caballo del '77 se orientaron hacia esta decisión de ruptura de toda mediación, por lo demás compartida con otros grupos de la Autonomía. Considerando todo en conjunto, pues —a pesar de los desacuerdos y aquello que algunos dijeron años después, buscando «disociarse» de lo que ocurrió— es evidente que se practicó una línea común. La sensación que se tiene leyendo los documentos y los textos autónomos de aquellos meses es que pensaban algo del tipo «ahora o nunca». Una precisión necesaria: cuando se dice «insurrección» a propósito de la Autonomía conviene no confundirla con el insurreccionalismo anarquista de los años ochenta

y noventa. La Autonomía no depositaba ilusión alguna en un supuesto proceso espontáneo de acumulación de gestos aislados como posibilidad insurreccional; reafirmaba en cambio la idea de la compenetración entre los niveles difusos de insubordinación y aquellos de organización, que cada vez más se vinculaban con las dinámicas de recomposición de masas sobre la que se debía construir la decisión insurreccional. La insurrección, sin embargo, continuaba entendiéndose como una serie de momentos cumbre de conflicto, en sí mismos no resolutivos del problema revolucionario. De hecho, a menudo desde diversas partes de la Autonomía se tachaba de «insurreccionalistas» a los grupos más movimentistas, como aquel boloñés en torno a las experiencias de *A/traverso*, señalando de este modo la excesiva confianza en el espontaneísmo y el asamblearismo.

Volvamos ahora a aquel 12 de marzo. Todos los colectivos de barrio de Milán estaban en el bloque de la Autonomía, sin pancartas, vestidos con trencas largas para esconder las armas. El primer cordón lo sostenía el colectivo de Romana-Vittoria, que orbitaba en el área de *Rosso* y que junto con los compañeros de *Senza Tregua* eran los que venían más cargados de armas aquel día. Apenas pasó la policía sacaron las pistolas para hacerles entender que no habría una «Bolonía 2». En aquel punto se inició una animada discusión: cuentan algunos protagonistas que mientras unos apostaban por asaltar la Prefectura otros señalaban que la guarnecían *carabinieri* armados con fusiles y metralletas, lo que podía provocar una masacre. En cualquier caso todos coincidían en la necesidad de hacer algo: había que hacer entender a la policía que no podían matar tranquilamente a un compañero y al mismo tiempo convenía llevar al movimiento a un nivel superior de subversión. Finalmente llegó la solución que salvaría la situación: se iría a la Asso-lombarda, la asociación de los industriales, la «casa de los patrones». Al llegar al palacio decenas y decenas de pistolas y fusiles salieron de las chaquetas y mientras volaban los molotov todos empezaron a disparar contra los cristales hasta agotar los cargadores: *burn, baby, burn...* Visto a día de hoy se puede entender como una acción «liberadora» y con distintos niveles de significación. Sea como sea, las imágenes publicadas en todos los periódicos, con los compañeros armados de Winchester y pistolas abriendo fuego sobre la odiada sede patronal, impactaron en el imaginario colectivo con una fuerza explosiva. Seguramente fue un ejemplo de aquel extraño concepto de violencia proletaria proyectado

por Benjamin: violencia «inmediata», «fulminante», «medio puro» situado al margen de la política clásica y que no tiene ninguna necesidad de verter sangre para expresar su potencial destrucción.

La fragmentación del área autónoma revelaba la que recorría toda la «composición de clase obrera y proletaria» milanesa. La Autonomía no conseguía arrastrar a la clase obrera tradicional hacia los cauces de la opción revolucionaria: en las fábricas era minoría y resistía sólo en aquellas donde aún podía contar con los fuertes comités forjados durante años de luchas. Este era el otro dato de crisis, del que provenían las grandes dudas de los «viejos» y que en cambio empujaba a los jóvenes a una carrera paroxística hacia la confrontación; estos, de hecho, vivían esta descomposición de clase como la ocasión para radicalizar la contraposición, no ya entre «dos sociedades» sino entre «dos mundos». Y su mundo y los deseos que lo habitaban habían dejado de parecerse en muchos sentidos a aquellos de sus compañeros más ancianos: de un forma no tan paradójica se parecía al de los insurgentes de la Comuna. Y sin embargo, la circulación subversiva entre los diversos estratos proletarios regía todavía, gracias precisamente a aquel combativo estrato juvenil que no perdía ocasión de extender y profundizar el conflicto.

El 18 de marzo fue en este sentido un día importante: tenía lugar una de las habituales manifestaciones sindicalistas, pero era el '77. Además eran los días en los que iban a ser juzgadas por el Tribunal Laboral las vanguardias de fábrica despedidas por la Marelli, ligadas a *Senza Tregua* y que a su vez se relacionaban fácilmente con la lucha contra el trabajo negro y la reestructuración productiva, que en aquel periodo llevaban a cabo las rondas vinculadas a *Rosso*. Así pues, los objetivos de la marcha de aquel día estaban claros: las oficinas de la Marelli y las de la Bassani-Ticino. Esta última era una empresa a la vanguardia de la reestructuración y del trabajo en negro y que, para colmo, explotaba a la población carcelaria y a los «locos», convirtiéndose así en símbolo de todo el «trabajo oculto», carcelario, que se estaba generalizando a la velocidad de la luz por todo el territorio. Todas las siglas autónomas milanesas, además de los anarquistas y un sector de Lotta Continua, confluyeron para tirar adelante con una manifestación alternativa en la que participan muchos obreros combativos. Después de una fugaz parada frente al Tribunal se formaron cuatro grupos, dos que bloquearon el tráfico con la función de dar cobertura, uno que enfiló la calle donde estaban las oficinas de la Marelli, y otro que hizo lo propio en la de la

Bassani-Ticino. Como cuenta Paolo Pozzi en *Insurrezione*, el grupo que entró en la Marelli, pistola en mano, vació las carteras que encontró dentro, destruyó a garrotazos todos los muebles y al salir lanzó dentro algunos molotov, mientras en la Bassani, los molotov incendiaron el portal y las pistolas hicieron añicos las ventanas. Para concluir la correría, mientras un denso humo negro surgía de la Marelli, una agencia de publicidad fue también pasto de las llamas, justamente en aquel momento se empezaba a pensar en esos nuevos dispositivos de poder que estas empresas construían velozmente en una sociedad del espectáculo en plena fase de maduración.

El número de marzo de *Rosso* aparece con su portada más célebre: un título en rojo y negro que recita «*Avete pagato caro... Non avete pagato tutto!*» [Lo habéis pagado caro... ¡No lo habéis pagado todo!] encabeza una gran fotografía de un fragmento de la manifestación con gente enmascarada que agita al aire palos, molotov y pistolas. Era una salvaje incitación a hacerles pagar todo lo que quedaba por saldar. En Bolonia, tras el paso de los tanques el 13 de marzo, la insurrección no se detuvo. De madrugada, Radio Alice vuelve a transmitir bajo el nombre de «Colletivo 12 marzo», pero su señal es sabotada por la policía, que anula la frecuencia con un pitido. Durante toda la jornada las tropas estatales lanzan gases lacrimógenos a todo grupo superior a cinco personas que circule por el centro. Sin embargo, algunos grupos de jóvenes proletarios se baten todavía en las calles. Por la tarde, visto que la radio del Movimiento seguía haciendo su trabajo clandestinamente, cortan la luz de todo un barrio y la policía acude al piso desde el que transmitían, lo encuentra vacío. Al día siguiente, otra radio libre, Radio Ricerca Aperta, acoge a los compañeros de Alice, pero las transmisiones serán nuevamente interrumpidas por la irrupción de la policía, que detiene a todos los presentes y precinta también este micrófono. La asamblea del Movimiento del 13 de marzo tiene lugar en la periferia: había que organizarse para el día siguiente, día del funeral de Francesco Lorusso. De momento la consigna es evitar los enfrentamientos que la policía trata de provocar e ir en pequeños grupos a hablar con la gente de los barrios. El PCI, en cambio, difunde un comunicado en el que exhorta a los ciudadanos a evitar agregaciones en la calle y a dejar a la policía y al ejército cumplir su función de restauración del orden. No satisfecho con esto, decide que el funeral de Francesco no debe tener lugar en el centro de la ciudad y así será: el féretro, rodeado por miles de compañeros con el puño en alto, desfila por la periferia. El alcalde hará todavía una última provocación convocando un mitin en Piazza

Magiore donde frente a decenas de miles de personas hablan él y los democristianos contra la violencia y los destructores de escaparates, mientras se impide a los estudiantes el acceso a la plaza. El Movimiento desfila en la calle más próxima con miles de personas gritando contra el Compromiso Histórico y contra el ministro del Interior, que desde entonces se convertirá en Kossiga, con la «k» y las «s» escritas al estilo nazi. El segundo número de *La Rivoluzione* sale aquel 16 de marzo, proclamando que «la revolución está a medias».

Desde entonces se inicia la batalla del Movimiento boloñés contra la represión: son muchas las personas detenidas durante los enfrentamientos, entre las cuales hay un guardia urbano solidario con la revuelta, los compañeros de Radio Alice, gente cualquiera procesada por las expropiaciones y a la que pronto habrá que añadir las acusaciones contra los «líderes» de la insurrección, como Bifo, que huirá a París, o Diego Benecchi, del Collettivo Jacquerie. La magistratura intentó, de hecho, construir una teoría del complot, tratando de demostrar que la insurrección del 11-12 de marzo en Bolonia y Roma había sido planificada por los «líderes» de la Autonomía, o por algunos de los más conocidos agitadores, o por intelectuales militantes como Bifo, Scalzone, Negri y otros. Al mismo tiempo tienen lugar numerosas operaciones policiales contra decenas de autónomos en Padua, Milán, Roma, tratando de cerrar un círculo que no se quiere cerrar. Y que de momento continúa no sólo abierto sino en llamas.

Durante el '77, también en el sur de Italia, la Autonomía deviene el *ethos* hegemónico, logrando arrastrar al clima insurreccional a miles de personas que hasta entonces gravitaban en los grupúsculos marxista-leninistas y lottaccontinuistas, cuando no en organizaciones más institucionales. Pero el crecimiento del conflicto se debía especialmente a la respuesta proletaria contra la «modernización» que la Democracia Cristiana imprimía sobre aquel territorio. Secciones proletarias enteras, en Bari, en Nápoles, en Palermo, habían sido deportadas desde los centros históricos hacia las nuevas periferias, terreno de la especulación inmobiliaria, donde miles de familias fueron recluidas en enormes columnas humanas, inmersas en un desierto de cemento carente de toda actividad comercial, recreativa o cultural. Por otro lado, la desocupación era altísima y la única fuente de recursos para miles de familias eran el contrabando de tabaco y otras pequeñas actividades extralegales. La rabia que los jóvenes acumulaban en estos guetos se revolvió hacia

la posibilidad de *destrucción* que se abrió aquel año. Pero también fueron sus deseos de libertad y de vida en común lo que el Movimiento consiguió hacer posible gracias a la apertura de nuevos espacios de vida, libres y autónomos. Una revista de nombre simple, *Comunismo*, que empezó a salir en Cosenza (en la región de Calabria), cuyo campus universitario se convirtió en una enorme «base roja», funcionó como una red de enlace entre todas las realidades autónomas meridionales. Para ellas el eterno lamento reformista sobre «la falta de sentido del Estado» en el sur se convertirá en una palanca para construir una hipótesis de autonomía. El no-trabajo al que son «condenados» los meridionales se convirtió, bajo esta hipótesis, en una oportunidad, junto a la del no-Estado, para empujar hacia la ruptura violenta con toda la tradición desarrollista y estatalista de la izquierda histórica. Las luchas en los grandes polos industriales del sur entre 1976 y el 1977 fueron de las más fuertes de todo el país, con salvajes episodios de sabotaje y un altísimo nivel de ataques incendiarios que se abatieron sobre las figuras del control de fábrica. Por otro lado, la dura práctica del antifascismo se impuso en muchos territorios, como Bari, donde en noviembre de 1977, culminación de una retahíla de agresiones, fue asesinado el joven compañero del casco viejo, Benedetto Petrone, por una banda de fascistas. Este episodio dio vida a una revuelta de proporciones nunca vistas en aquella ciudad, catalizando una gran ampliación del Movimiento que durante tres años llenará todavía las calles y los sueños de muchos.

Grande fue también la penetración de la Autonomía en las provincias del norte, esto es, Lombardía, Piamonte (en la misma Val di Susa que hoy es atravesada por una gran lucha popular contra la alta velocidad) y el Véneto. Las pequeñas fábricas que escapaban al control sindical y que empleaban una gran cantidad de fuerza de trabajo juvenil, convirtiéndose en el nervio de la reestructuración productiva, fueron embestidas por el ciclón del '77: «Es en este contexto cuando en el tejido urbano de los pueblos se generó espontáneamente la anomalía de los “Colectivos autónomos”. Políticamente “hijos de nadie”». ²⁸

Los testimonios y los documentos recogidos en este ensayo, que hacen referencia a la provincia de Varese son importantes para comprender las dinámicas tanto personales como estructurales que determinaron este fenómeno:

²⁸ Sergio Bianchi, «Figli di nessuno» en *Settantasette. La rivoluzione che viene*, Roma, Deriveaproduci, 1997.

La temática del rechazo al trabajo venía como anillo al dedo, ya que, de hecho, todos nosotros sentíamos un rechazo instintivo al trabajo. Descubrir que nuestro comportamiento espontáneo era una temática teórica revolucionaria con más de diez años de luchas obreras a la espalda, en las mayores fábricas italianas, tuvo sobre nosotros un efecto disruptivo, en el sentido de que, por ejemplo, socialmente podíamos reivindicar con orgullo este comportamiento de rechazo y dejar de vivirlo sólo dentro de nuestro grupo marginal, aislado del contexto general de la rabia obrera.²⁹

Las organizaciones autónomas metropolitanas fueron muy hábiles al tejer inmediatamente relaciones con estas micro-formaciones de pueblo y así se constituyeron en verdaderas redes de lucha provincial con gran capacidad de agregación y ofensiva. Los Colectivos Autónomos de pueblo buscaron, por un lado, abrir espacios donde «socializar las actitudes» de insubordinación y, por otro, llevaron a cabo investigaciones para la comprensión lúcida del papel estratégico que las pequeñas y medianas empresas de la provincia tenían en la reestructuración general de la producción y de la sociedad: las pequeñas fábricas constituían la estructura de mando difuso sobre una fuerza de trabajo flexibilizada y precarizada, y sus pequeños patronos eran los «mediadores» de esta reestructuración. El pueblo, con su estructura productiva, no podía ser visto más que como un «gueto» a destruir. Pero como remarca Sergio Bianchi, la relación que se creó entre las jóvenes generaciones de la provincia y los cuadros políticos autónomos no funcionó muy bien, seguramente no como las organizaciones hubieran querido. Pues estas no consiguieron nunca integrar del todo en sus modelos organizativos las «prácticas de las necesidades», como la liberación del cuerpo, la experimentación con las drogas, la vida comunitaria, las diferencias de género, todo ello parte fundamental de la vida de aquellos jóvenes: «En definitiva, la política de la organización resultaba ser un paraguas demasiado estrecho para cubrir toda la riqueza de los movimientos».³⁰ En relación con el resto del territorio y porcentualmente, durante el '77 hubo en provincias un aumento del número de acciones armadas o de sabotaje, y quizás precisamente por la falta de un tejido más complejo y con mayores oportunidades respecto de las grandes ciudades, un gran

²⁹ *Ibidem.*

³⁰ *Ibidem.*

número de jóvenes militantes pasó enseguida a encontrarse constreñido, a tener que escoger entre la heroína y la entrada en las organizaciones armadas más o menos grandes, cuyas acciones se concentraron en su mayoría en los años 1978 y 1979.

Si bien el Movimiento continuó intensificándose en toda Italia, es en Roma donde después del 12 de marzo y durante un largo periodo de tiempo mantiene su velocidad de avance a un nivel muy alto, y eso a pesar, o quizás precisamente como respuesta a la decisión del ministro de policía, Kossiga, de prohibir una y otra vez las manifestaciones. De hecho, cada semana y durante meses había en la capital al menos una manifestación que era prohibida y que en cada ocasión supo encontrar sus objetivos y golpearlos. Ciertamente, la represión golpeaba duro, cotidianamente policía y fascistas arrestaban, machacaban, disparaban, provocaban, haciendo cada vez más irrespirable el ambiente. Por su parte, las facultades y las escuelas superiores permanecían casi siempre ocupadas, mientras el Movimiento romano trataba de mantener un interlocución con el Movimiento Obrero toda apertura fue sin embargo rechazada de plano por el sindicato. En la ciudad operaban muchas siglas de organizaciones armadas «en los bordes» de la Autonomía, estas se dedicaban particularmente a atacar las casernas y las comisarías. Destacaba entre todas ellas las Unità Comuniste Combattenti, por su especialización en la destrucción de centros de cálculo electrónico, definidos por ellos como «la más alta concentración de la inteligencia de mando económico y político del capital sobre el trabajo». Y así se llegó al 21 de abril, jornada en la que el rector de la universidad pidió la intervención de la policía y el desalojo de cuatro facultades que habían sido ocupadas por la mañana. El desalojo tuvo lugar sin incidentes, pero los ocupantes reaccionaron una vez fuera, tomando las callejuelas de San Lorenzo. Se inicia la guerrilla, se levantan algunas barricadas: durante una carga un grupo reacciona lanzando cócteles molotov y disparando en dirección a la policía, matando así a un agente. La misma tarde, policía y *cavabinieri* irrumpen en la sede de los colectivos autónomos en la via dei Volsci reteniendo a 25 personas, que fueron liberadas en seguida. San Lorenzo permanece en estado de asedio durante días. Luego los Volsci dieron una conferencia de prensa desmarcándose de la muerte del agente de policía. En cualquier caso, todas las manifestaciones fueron nuevamente prohibidas hasta finales de mayo. Entre el 29 y el 30 de abril, tiene lugar una segunda asamblea nacional del Movimiento en

Bolonia. La Autonomía aprieta para que se baje a las calles de Bolonia el Primero de Mayo en una manifestación alternativa a la sindical, pero la propuesta no tira adelante por la oposición de Lotta Continua y de los otros grupos, y por el disenso de una gran parte de la autonomía boloñesa, que en aquel momento no creía tener que apretar aún hacia el choque frontal. En Milán, la noche precedente a la fiesta del trabajo, Prima Linea y Azione Rivoluzionaria realizan seis atentados en cuatro horas, contra oficinas de trabajo, cuarteles de *carabinieri* y concesionarios de automóviles. En Turín son cinco los ataques, de los cuales dos son reivindicados bajo la sigla feminista Lilith per il Comunismo, son atentados dirigidos contra fábricas que se distinguían por la explotación intensiva de la fuerza de trabajo femenina. En el Primero de Mayo en Roma, pese a las prohibiciones, el Movimento intenta salir con su propia manifestación, pero la policía procede preventivamente y retiene a casi trescientas personas. Aun así los autónomos arrancan y chocan tanto con la policía como con el servicio de orden del sindicato. Los grupos de extrema izquierda, que habían preferido ir en la manifestación oficial —con la que el Ministerio había hecho una excepción— y se habían quedado mirando la caza al hombre, fueron «expulsados» del Movimento en una asamblea en la universidad, lo que se repetirá en otras ciudades durante las semanas sucesivas.

El 7 de mayo, una operación antiterrorista barre la Península con órdenes de la magistratura de Bolonia, registran todas las redacciones, librerías, editoriales y viviendas de quienes trabajaban en ellas. Fue también arrestado el editor Bertani, que estaba a punto de publicar el libro colectivo *Bologna marzo 1977... fatti nostri*, e incriminaron el número de marzo de *Rosso* por «instigación a delinquir» —era aquel que mostraba en portada la manifestación armada. Se inicia así una época de registros, denuncias y arrestos contra la red nacional de comunicación del Movimento, identificado —correctamente, es necesario decir— como uno de sus órganos vitales. Como respuesta sale un cuadernillo firmado por diversas librerías y periódicos que termina diciendo: «Está bien recordar a todos *que la revolución no se cancela, es invisible*». En medio de esta ola de represión el boletín *La Rivoluzione* sale con el título irónico «*La revolución se suspende*».

El 12 de mayo el Partido Radical organiza en Roma una fiesta en la calle para festejar el aniversario de la victoria en el referéndum sobre el divorcio. El Movimento se adhiere: es una ocasión para romper la prohibición de manifestarse y no tiene dificultad para aceptar las reglas

que los Radicales ponen a la participación, que sea una fiesta y que se eviten choques con la policía. Aquel 12 de mayo, sin embargo, es uno de los días más dramáticos vividos durante el '77; fue reconstruido en diversas investigaciones del propio Movimiento y del Partido Radical, que hizo un libro blanco crucial —difundido por el diario *Prova Radicale*³¹— para captar el nivel de provocación del gobierno y de la policía durante aquel periodo y del consecuente nivel de violencia defensiva expresada por el Movimiento.

Hacia la hora de comer, policía y *carabinieri* circundan Piazza Navona, donde por la tarde debía tener lugar la fiesta, impidiendo a la gente alcanzarla y, frente a las protestas de los parlamentarios radicales y de la nueva izquierda, golpean a los pocos presentes y cargan contra los grupitos de jóvenes que poco a poco trataban de llegar a la concentración. Estos, totalmente desarmados, son objeto de cargas violentísimas, y sobre todo, como demostraron las fotos y los testimonios, las cargas se valen de agentes de civil, algunos de ellos vestidos como los «extremistas», armados con bastones y pistolas que tras el lanzamiento de gases lacrimógenos avanzan entre el humo disparando a la altura del cuerpo. La respuesta mínimamente organizada por parte del Movimiento sólo tuvo lugar tras horas de caza al hombre por parte de la policía y de los *carabinieri*, concluyendo con una barricada compuesta por un autobús y coches atravesados sobre el Puente Garibaldi, desde la que fueron lanzados algunos cócteles molotov para ralentizar las cargas de los blindados. Durante una de estas cargas, algunos agentes disparan repetidamente contra la gente que huye y asesinan a Giorgiana Masi, una joven feminista de 19 años, alcanzándola por la espalda. El ministro de policía y algunos responsables negaron al principio tanto la presencia de «escuadras especiales» como el uso de armas de fuego por parte de las fuerzas del orden, pero algunos diarios publicaron imágenes inequívocas. En aquel punto Kossiga reivindica la legitimidad de la violencia del Estado contra la «chusma» contestataria. El homicidio de esta chica provocó una gran conmoción dentro y fuera del Movimiento, aumentando la tensión, ensanchando el ya vasto disenso social y haciendo crecer la rabia y la determinación de la revuelta. La misma noche una bomba estalla en el aparcamiento de la policía destruyendo una decena de vehículos. En los días sucesivos se producen en toda Italia manifestaciones que con regularidad se enfrentan a la policía.

³¹ *Prova Radicale*, núm. 2, junio de 1977.

En Milán el sábado 14 salen a la calle los grupos y el área autónoma para manifestarse contra la represión y el asesinato de Giorgiana; por su parte, la Autonomía fue golpeada aquellos días por la detención de sus abogados, pertenecientes a Soccorso Rosso, un grupo de abogados y personalidades que se dedicaban a la defensa del Movimiento. La preparación de la manifestación es muy agitada, con colectivos que quieren provocar un infierno y muchos otros que, en cambio, después de la historia de la Assolombarda, no quieren arriesgarse a que las cosas se les vayan de las manos. La manifestación discurre tranquila sin que la policía se haga visible hasta que un pequeño bloque autónomo se separa del resto y decide dirigirse hacia la cárcel. Pero en seguida, en un cruce, al fondo de via De Amicis asoma la policía y se produce un intercambio de piedras y lacrimógenos; algunos compañeros intentan infructuosamente, en un movimiento rápido, hacer continuar la manifestación. El bloque controlado por el colectivo de Romana-Vittoria se separa y bloquea un tranvía, que rápidamente se transforma en una barricada tras la cual una veintena de compañeros se ponen el pasamontañas y se arman. Entre lacrimógenos y cócteles molotov alguno pierde la cabeza y empieza a disparar contra la policía, desencadenando una batalla violentísima que termina con la muerte de un agente de policía. Tras la fuga, algunos autónomos son «capturados» en la universidad por los estalinistas del *Movimento Lavoratori per il Socialismo*, apalizados y entregados a la policía. El tiroteo es inmortalizado por un fotógrafo diletante que vende las fotos a los periódicos: la imagen del autónomo en el centro de la calzada, apoyado en la rodilla en posición de disparo da la vuelta al mundo. Las fotos, además de ser material goloso para los medios y los semiólogos, sirvió también para detener a tres jovencísimos autónomos pocos días después. Muchos de entre los más conocidos militantes de la Autonomía se vieron empujados a la clandestinidad. Los periódicos y los medios de comunicación se volcaron como nunca contra «la subversión».

No es inútil detenerse un poco a reflexionar sobre la dimensión crítica del «valor de uso» de las imágenes de las luchas, en contextos fuertemente dominados por los medios. Este no sólo puede devenir un instrumento de delación sino también de mistificación: los medios son definitivamente un campo de batalla. Aún hoy muchos protagonistas de la época, sean militantes de primer o de segundo plano, otorgan al episodio de via De Amicis la responsabilidad del fin del movimiento. Este juicio está fuera de toda racionalidad histórica, pero lo que más sorprende es que en estos discursos no aparece nunca el hecho de que

ya antes se disparaba en las manifestaciones, y de que sólo un mes antes, en Roma, había muerto un policía en una dinámica similar; tanto es así que en los documentos que generó entonces la Autonomía, pese a «comprenderse», se condenaban ambos episodios como excesos militaristas. En los años siguientes, sin embargo, no se volvió a hablar del caso romano, más allá de incluirse en las cronologías; en cambio el de via De Amicis adquirió un valor absoluto. Esto se debe, evidentemente, al uso espectacular-policíaco que se hizo de las imágenes y a la subalternidad respecto a la interpretación que realizó Umberto Eco en un célebre artículo en el semanario *L'Espresso*.³² Indudablemente Eco tenía razón al señalar la importancia de la imagen artificial en la construcción de la subjetividad contemporánea y también a propósito de la construcción de «lo simbólico»: hasta aquí son banalidades. Pero empezaba a hacer trampas cuando puso en primer lugar la expulsión de Lama como un choque entre «estructuras teatrales», entre dos códigos comunicativos, abstractos en cuanto tales, y no como un conflicto muy material entre dos formas de vida atravesado por una multiplicidad de contradicciones que mostraban la latencia de una guerra civil. Llega a la mistificación cuando fija la mirada —y el dedo— en la foto del autónomo que dispara en medio de la calle, deduciendo de ella el emblema del «héroe individual», que, en este caso, contrariamente a la iconografía revolucionaria clásica en la cual aparecería siempre víctima, muerto, vilipendiado (citaba como ejemplo la foto del Che masacrado y expuesto sobre la banqueta del cuartel), estaba malditamente activo *pero* aislado del movimiento de masas, simplemente porque estas no aparecían al fondo de la foto. Por lo tanto, decía Eco, se trata de una imagen que no forma parte de la tradición proletaria (siempre simbolizada por grandes e indistintas masas), y que, además —no lo decía pero se sobreentendía—, pertenece a otros tipos de narrativas, como la terrorista, si no directamente fascista. Lo que no dice Eco es que tras aquellos pasamontañas había jovencísimos integrantes de colectivos barriales y de institutos, insertos en un Movimiento proletario bien concreto y muy vasto: lo que hace él es «simbolizar», «abstractar», «deducir». Años después, en el curso de las investigaciones, aparecieron otras fotos que sólo recientemente se han hecho públicas. El ángulo es diferente y aparecen autónomos armados en un número no inferior a la veintena sobre el fondo de la *manifestación* de la cual provenían. Mientras tanto, sin embargo, aquella foto apareció en innumerables publicaciones dedicadas a

³² *L'Espresso*, 29 de mayo de 1977.

la «subversión», legitimando la ecuación Autonomía = terrorismo que poco a poco se ha construido como «verdad histórica» por parte de los vencedores. En un ensayo más reciente, Maurizio Lazzarato sostiene que fue aquella foto la que impuso determinadas opciones, tanto a los rebeldes como a las instituciones, en el sentido de empujar al delirio de la lucha armada por un lado y a una represión delirante por el otro.³³ Por muy cauteloso y en gran parte compatible que sea en sus aspectos teóricos, este texto no convence siquiera en su tesis de fondo, en tanto que siguiendo atentamente los hechos sabemos que las instituciones habían comenzado ya antes su persecución militar y judicial, y que en el Movimiento, las opciones que poco después se concretaron provenían de caminos ya determinados con anterioridad e independientes de los procesos «simbólicos» a los que eventualmente dio lugar aquella maldita foto. En cualquier caso, el tiroteo de via De Amicis propició una aceleración de la fragmentación en marcha del área autónoma milanesa e indirectamente de todo el resto del área a nivel nacional: la historia de *Rosso* como red compartida por cientos de colectivos territoriales parece acabar aquel día, por lo menos según lo que cuentan algunos de sus militantes. El periódico sacó aún un par de números más, tratando de mantener la ruta y se hicieron algunos intentos de recomposición entre sus diferentes alas, pero sin éxito. El último número de *Rosso. Giornale dentro il movimento* salió, significativamente, como un especial sobre el Congreso de Bolonia de septiembre, cuando las divisiones entre las diversas sensibilidades autónomas, y más específicamente dentro del Movimiento, se mostraron con toda su dureza. Después de esto, el grupo milanés que quedó ligado al diario debió aceptar, para sobrevivir durante un tiempo, la alianza con la ascendente Autonomía de Padua y cambiar regresivamente su nombre a *Rosso. Per il potere operaio*: no podía estar ya *dentro* de un movimiento que en Milán había implosionado en una diáspora de mil bandas y que en toda Italia se mostraba cada vez más dividido. La tirada de 1978 y los números que salieron hasta mayo de 1979 muestran, en sintonía con lo que ocurría a nivel general, un progresivo empobrecimiento de aquella experiencia: el periódico cambia radicalmente e incluso la gráfica refleja un declive que se hace evidente en el hecho de que cada vez hay menos artículos provenientes de las diversas situaciones del Movimiento. Ya no hay páginas feministas, aun menos de los homosexuales, ni siquiera de muchos de los distintos colectivos ligados a las situaciones de lucha en las fábricas y

³³ M. Lazzarato, *Storia di una foto*, en *Gli autonomi III*, cit.

en el territorio. Aparte de algún buen artículo, gran parte de las páginas son ocupadas por crónicas estudiantiles y largos documentos políticos a menudo aburridos y en los que hay una repetida y patética apelación a formar el Gran Partido de la Autonomía Obrera Organizada. Incluso reaparece la apelación a «fragmentar el PCI» para hacer salir a «los verdaderos comunistas» (¡sic!); un leninismo veleidoso e ignorante se había subido a espaldas de una historia excepcional, aquella que podía contar con el hecho de que los autónomos vencían porque eran no sólo los más fuertes sino también los más inteligentes.

Volviendo al después-de-mayo del '77, el problema que se presenta a la Autonomía, sobre todo en Milán pero no sólo, es bastante claro en líneas generales. El análisis compartido por la mayoría de los colectivos y de las estructuras organizativas era que, frente al cerco represivo impuesto por el Estado era imposible continuar el trabajo político legal, tal y como se había hecho hasta el momento, y que, por lo tanto, hacía falta ensanchar el ilegal, reforzar el nivel armado y lanzar la consigna de la guerra civil. Entre otras cosas, la ilegalidad se había vuelto una forma de vida común para los jóvenes crecidos en las luchas de la última hornada del Movimiento y, por lo tanto, era bastante obvio que la práctica totalidad de los colectivos de barrio se decantó por una línea decididamente combativa. El número de junio de *Rosso* lo dice claramente: hace falta sacrificar parte de los procesos de agregación del Movimiento, porque cada salto adelante que se daba en este sentido se encontraba puntualmente con una mayor extensión de la represión. Había entonces que privilegiar los momentos de organización interna, militante, para romper aquella «mala dialéctica»: «Necesitamos el partido como organización de la guerra civil y dirección del ejército proletario».

En la práctica sucede que quien privilegia una «línea de masas» orientada en los recorridos de movimiento, pone sus fuerzas en las rondas, en la lucha contra la heroína, en el enraizamiento en los barrios proletarios, tratando de mantener una presencia constante en la calle. Por otra parte, se multiplican las bandas que llevan a cabo un impresionante número de asaltos a cuarteles y oficinas de dirección, al mismo tiempo que se realizan múltiples expropiaciones destinadas a la autofinanciación. Durante algunos meses esta doble dinámica funciona —por ejemplo en Milán, donde la lucha de masas sobre el transporte se acompaña de la explosión de dos bombas que impidieron la salida del metro; y a la lucha contra los sábados laborales en Alfa Romeo se unió,

en un cierto momento, una acción armada que hizo explotar la central eléctrica que alimentaba la fábrica—, y es capaz de coordinarse «de manera invisible» hasta llegar a la máxima expresión de fuego a la que llegó el *partido de la autonomía* italiano —a parte la manifestación del 12 de marzo— como organización difusa de la ilegalidad, y entre otras cosas como cadencia internacional de la lucha. Esto ocurrió en octubre, como rabiosa respuesta a la matanza de militantes de la RAF en la cárcel de Stammheim: durante una semana entera, del 20 al 27 de octubre, se suceden asaltos a consulados, bombas de TNT y ataques incendiarios contra objetivos alemanes (desde concesionarios de coches hasta distintas empresas, desde centros culturales hasta simples coches y autobuses de marca alemana). En Roma, donde porcentualmente tienen lugar el mayor número de acciones, se llevan a cabo en una sola noche siete ataques, a la que sigue una manifestación con durísimos enfrentamientos. Pero es en toda Italia, incluso en los más pequeños pueblos de provincia, donde la Autonomía desencadena una potencia de fuego nunca vista con esta extensión territorial y temporal. Y lo más notable, y que fue subrayado, es que no fue el resultado de una decisión centralizada por algún tipo de estructura, sino algo que partía de la emoción compartida por el asesinato de compañeros considerados políticamente «hermanos», cada cual actuó por sí mismo, multiplicándose *autónomamente*. Stammheim fue considerada una derrota del Movimiento, pero de modo igualmente lúcido, la reacción fue considerada como la «posibilidad» de una Autonomía europea, que fue lo que quizás faltó para una definición creíble del proceso revolucionario, y no porque no se hubiese comprendido su necesidad; de hecho, en las intervenciones más significativas durante y tras la Convención internacional de septiembre contra la represión, nos encontramos, en Bolonia, con una fuerte apreciación estratégica de la profundización de aquellas luchas que más se prestaban a la organización continental, como aquellas contra lo nuclear y la represión. Lo que faltó fue tiempo, la duración adecuada para la construcción de relaciones políticas y personales más fuertes e intensas entre las diversas fuerzas autónomas que se estaban consolidando al final de la década en países como Alemania, España y Francia: «La autonomía necesita de muchos compañeros que den vueltas por Europa, como hicieron muchos compañeros americanos de la I.W.W. en su continente, aceptando la dificultad de este pasaje pero exaltando su fundamental continuidad revolucionaria».³⁴

³⁴ «Dopo Bologna: l'Autonomia», *Rosso*, núm. 21-22, noviembre de 1977.

El Congreso de Bolonia, la disgregación, el rapto de Moro, la represión, la «derrota»

Ahora hablan de él y escriben de él
 el psicólogo, el sociólogo, el cretino
 y hablan de él, y escriben sobre él
 sí pero él siempre permanece clandestino.

Gianfranco Manfredi, *Dagli Appenini alle bande* (1977)

Si la Autonomía continuó expresando un alto nivel de combatividad, tampoco el PCI retrocedió un milímetro, si bien su militancia se plegó completamente a la operación de criminalización del Movimiento, hasta llegar a la famosa definición de *untorelli* [difusores de la peste, apestados] que Berlinguer aplicó a los protagonistas durante la *Festa dell'Unitá* de Módena en el verano de 1977. En los días siguientes, frente a las críticas que le llegaron, se preocupó de especificar que su objetivo eran particularmente los autónomos.

Bien mirado, aparte del desprecio con el que el secretario del PCI había lanzado la acusación a los rebeldes de ser difusores de la peste, la definición del Movimiento del '77 como una *epidemia* no estaba del todo fuera de lugar. El gran miedo de los reformistas italianos se debía, de hecho, a la imparable capacidad de contagio que los comportamientos y temáticas de lucha de los movimientos autónomos estaban demostrando. Las ciudades, los barrios, las universidades se mostraban demasiado porosas y permeables a las esporas subversivas, y por eso ello, los socialdemócratas, fuertes por ser el mayor partido de la izquierda italiana, se consideraban como los agentes más cualificados para aislarlos, bloquearlos y quemarlos en la plaza pública. ¿Por otra parte, no era esta actividad —individuar, separar, cortar, aislar— la vocación originaria de toda *police*? Posteriormente, también en el PCI circuló la idea de haberse equivocado en ciertos aspectos con los movimientos, pero durante el '77 y hasta 1979, en la fase más aguda del Compromiso Histórico, su actuación fue digna de Noske: sus enemigos fueron la Autonomía y los movimientos, y no el capitalismo o el Estado democristiano. Solo que después, en 1980, tuvieron que verse más allá de las puertas de Mirafiori intentando recuperar una situación de gigantesca derrota obrera que ellos mismos habían contribuido a crear: capitularon obviamente, y se encaminaron a la decadencia.

Mientras tanto la máquina estatal de la contrainsurrección se había puesto a trabajar —y por supuesto con magistrados vinculados al PCI— los cuales empezaban a buscar los elementos más aptos para la construcción de un teorema judicial que permitiera arrestar de una vez por todas la subversión expansiva. En Padua, durante el '77, el juez Calogero, a través de grandes operaciones de policía que golpearon a las figuras más visibles del movimiento autónomo de la ciudad, y con la contemporánea incriminación del Instituto de Ciencias Políticas donde trabajaban Negri y sus colaboradores, comenzó a tejer la trama que precipitó dos años después, el 7 de abril de 1979. Primero con la decapitación de la autonomía organizada en todo el territorio nacional, y después con el arresto de miles de compañeros y compañeras. Este conjunto imponente pudo de esta forma, a partir del '77, acelerar vertiginosamente el impulso hacia un enfrentamiento político generalizado, en el que las prácticas de liberación fueron constreñidas a refluir en un «gueto», y las fuerzas organizadas de la Autonomía a un combate desesperado.

Bifo, entretanto, se había refugiado en París, para escapar a las órdenes de captura de la Fiscalía boloñesa. En aquella ciudad fue huésped de Felix Guattari con quien tuvo en seguida una relación de amistad y de complicidad política, y junto al cual conseguirá producir una importante toma de partido pública, contra la represión y el Compromiso Histórico en Italia, suscrita por muchos de los intelectuales militantes franceses más conocidos como Gilles Deleuze, Jean Paul Sartre, Roland Barthes y Michel Foucault, llamamiento que no dejó de indignar a los más serviles chupatintas italianos.

El área que se hizo consistente alrededor de *A/traverso* buscó, en el último tramo del '77, llevar adelante una batalla contra lo que consideraba una deriva politicasta y militarista de la Autonomía. En la aceleración y en la aceptación, por parte de los autónomos, de la espiral represión/combate/represión, ellos veían el final de la posibilidad de expansión del Movimiento y especialmente de todas aquellas prácticas de liberación que habían constituido su riqueza. Además, se señalaba el riesgo de que el Estado volviera a tomar la iniciativa e impusiese su propia temporalidad sobre aquella propia de los movimientos. Aunque con una cierta ingenuidad y una excesiva sobrevaloración de la potencia de los factores de transformación cultural, los transversalistas planteaban problemas y demandas reales, en primer lugar sobre la estrategia del

Movimiento, y, por tanto, sobre la capacidad efectiva de la Autonomía de llevar a cabo la insurrección y de poner en práctica de manera inmediata un plano de guerra civil.

El llamamiento a construir un gran congreso contra la represión en Bolonia, que tuvo lugar del 22 al 24 de septiembre, sirvió pues para varias cosas: 1) reapropiarse de la ciudad después de los meses de *encuadramiento* y control que siguieron a la insurrección de marzo; 2) comprender qué quería decir en aquel momento «represión» y cómo podía responder el Movimiento a las medidas excepcionales que el Estado había dispuesto en su contra; 3) dar una respuesta colectiva a la pregunta que llegaba del Movimiento: «¿cómo hacer?». Lotta Continua se encargó de la organización de las tres jornadas, en la que fue la última de sus apariciones públicas, a partir de entonces solo el periódico se llamará así, convirtiéndose en un triste receptáculo de todas las temáticas del así llamado «reflujo».

Alrededor del Congreso boloñés se jugaron por lo tanto varias partidas. Estaba la del PCI, el cual, para volver a ganar la confianza de amplios estratos de población después de su *performance* estalinista, se espabiló para asegurar que Bolonia no solo acogiera el Movimiento, sino que las estructuras públicas fuesen puestas a disposición de los miles de jóvenes que iban a llegar. Después, estaba la que hubieran debido jugar los transversalistas, que podían contar con la presencia de Guattari. Ellos creían en la capacidad «espontánea» del Movimiento para tejer un discurso, y una práctica, que llevase a la Autonomía a aceptar una especie de tregua que profundizase la forma de vida que en aquellos años se había construido (este era uno de los significados mayores del título del último número de *La Rivoluzione*, «La revolución ha terminado: hemos ganado»). En realidad, esta fracción permaneció silenciosa durante aquellos tres días y el número de *A/traverso* que se distribuyó hacía justo un llamamiento, aunque muy significativo: «Por favor, no toméis el poder». Luego estaban los restos de los grupos que, llegados ahora ya a solo un paso de la completa institucionalización, buscaban volver a conseguir una credibilidad frente al Movimiento. En definitiva, estaba la galaxia de la autonomía, organizada y no, que llegaba a Bolonia fuerte gracias a la hegemonía que había sabido conquistarse a través de sus prácticas de combate, su fuerte compromiso teórico y la extensión de su arraigo territorial. Tres elementos, estos últimos, que hasta el '77

habían conseguido, incluso con altibajos, permanecer ligados entre sí, constituyendo la única forma creíble de organización de la potencia a la altura de los tiempos.

Al Congreso contra la represión llegó un poco de todo: obreros turineses, parados napolitanos, intelectuales franceses, militantes autónomos alemanes, pero especialmente miles de chavales jovencísimos equipados con el saco de dormir que acampaban por todas partes. En las plazas y en las cantinas boloñesas fue como si hubiera cien asambleas al mismo tiempo, y muchos viejos militantes del PCI se quedaron a debatir con los «rebeldes»: querían comprender, comprender a quienes tenían en frente pero también dónde su partido se estaba equivocando. En la facultad de Magisterio se reunieron las feministas y los homosexuales, en Piazza Maggiore hubo una enorme asamblea obrera, muchos grupos de teatro de calle dieron al conjunto el sabor de una antigua feria popular. Llegaron periodistas desde todo el mundo para dar testimonio de la *anomalia* italiana. El Palazzo dello Sport, el espacio más amplio disponible en Bolonia, fue escogido como sede central del debate.

Pero, precisamente en Bolonia, aquella capacidad de la Autonomía de mantener juntos los diferentes niveles de la potencia mostró signos de quebranto, a pesar del pomposo optimismo mostrado por algunas fracciones autónomas que pensaban estar finalmente en condiciones de construir un «verdadero» partido de la autonomía a nivel nacional. En la memoria de aquellos que fueron a Bolonia no de manera organizada, sino como singularidad en movimiento, e incluso de aquellos, como Marshall McLuhan, que fueron para comprender qué estaba sucediendo en Italia, encontramos descripciones entusiastas de una Bolonia invadida alegremente por decenas y decenas de miles de personas que gozaban del simple hecho de estar ahí, juntas, al final de un año vivido peligrosamente. Encontramos la descripción de una experiencia positiva que aparentemente no encaja con el clima tenso de los diez mil «organizados» que discutían salvajemente en el hemicycleo del Palacio de los Deportes boloñés. Y, de todas maneras, el problema real no estaba ni en las peleas entre los diferentes grupos ni en la contestación autónoma a las posiciones de Lotta Continua: la verdadera cuestión estaba en el interior de la propia área autónoma, en la que, en virtud de la debilidad estratégica que estaba demostrando en aquel momento, las funciones de combate habían tomado un peligroso camino de separación. Una detrás de otra explotaban las

contradicciones entre las exigencias de organización y las de los movimientos de liberación, poco inclinados a sacrificar sus prácticas y sus prerrogativas por una centralización del Movimiento.

Para tantísimos, que escogieron o fueron obligados a la clandestinidad, la prueba más dura fue la de renunciar a aquella dimensión común que hasta aquel momento había sido su *ethos*, su casa, su misma vida:

Podía descubrir a mis nuevos compañeros solo así, poco a poco, en las reuniones de los núcleos operativos, de las estructuras de la Organización, entre una cita y la siguiente. Y el descubrimiento era más secreto, sufrido y fatigoso, no había la luz y los tiempos largos de las luchas, de las manifestaciones, de los espacios, de los lugares abiertos donde la manada se concentraba como por encanto, en esta o en la otra parte de la ciudad, iluminando mi instinto y mi necesidad de tribu.

Teresa Zoni Zanetti, *Clandestina*, Deriveapprodi, Roma 2000.

Fue como si se estuviera revelando la más crítica de las escisiones del Movimiento, entre un rango político cada vez más fragmentado y que corría el riesgo de devenir autorreferencial, y un estrato enorme de gente que simplemente vivía *en el* Movimiento, y que, a pesar de todo, no podía continuar haciéndolo sin los «otros», que garantizaban la capacidad y la combatividad. El septiembre boloñés llevó consigo la amarga sensación de que la dimensión colectiva, común, que había sido la narrativa específica del Movimiento del '77, estaba llegando a su fin. Los grupos, poco después, dieron forma al partido Democrazia Proletaria, con bastante de patrulla parlamentaria, mientras los «deseantes» se fueron cada uno por su lado, dispersándose en miles de microiniciativas más o menos interesantes. La partida dentro la Autonomía fue más compleja. Estaba el hilo que unió durante algún tiempo a paduanos de los Collettivi vénetos, romanos de los Volsci y aquellos milaneses que permanecieron vinculados a *Rosso*, que cultivaron el sueño de crear un Partido; desde el principio, no obstante, salieron a la luz no solo las antiguas diferencias, también las tensiones por la hegemonía de una fracción sobre las otras. De todas maneras, iba a ser una ilusión de pocos meses, que no fue nunca más allá de los buenos deseos. De hecho, tanto los romanos como los vénetos inventaron dos siglas y dos proyectos diferentes, el MAO (Movimiento de la Autonomía Obrera) los primeros, y el MCO (Movimiento Comunista Organizado) los segundos, cada uno dotado de su propio periódico —*I Volsci* en Roma

y *Autonomia* en Padua—, pretendiendo «actuar como partido» dentro del Movimiento. En Milán, algunos de los supervivientes de *Rosso* dieron vida a la revista *Magazzino*, cuyo intento consistía más que nada en volver a ponerse a hacer *inchiesta* [encuesta, investigación], y desde ahí intentar reconstruir una hipótesis organizativa: salieron solamente dos números, después, todos los redactores fueron arrestados durante la operación contrainsurreccional que siguió al 7 de abril. Los Comitati Comunisti Rivoluzionari, que no quisieron nunca proponerse como «micro-partido», después de una intensa actividad entre 1977 y 1978, decidieron conscientemente su disolución. Oreste Scalzone, Paolo Virno, Lucio Castellano, Franco Piperno y algunos militantes autónomos provenientes del área post-PO crearon la última revista importante de la Autonomía, *Metropoli. Per l'autonomia possibile*, donde el acento estaba en el adjetivo «posible». *Metropoli* continuó saliendo hasta los primeros ochenta, a pesar de que la mitad de la redacción estuviera en la cárcel o en el exilio y aun con conciencia de las diferencias, mantuvo unidas todas las almas de la Autonomía tratando de comprender aquel pasaje tremendo —eran los años de Thatcher y de Reagan— al nuevo modo de producción que tomó el nombre de postfordismo, además de profundizar, obviamente, en todas las temáticas judiciales ligadas a los procesos contra la Autonomía, y en la fenomenología de la lucha armada.

Durante los pocos meses que consuman el final del '77 ocurre lo que tantos habían temido, esto es, la transformación de muchísimos colectivos autónomos en «bandas» que combatían sustancialmente para sobrevivir: se vendía cara la piel. Una exuberancia de siglas combatientes invadía la metrópoli italiana, y si se presta atención a la cronología del final del '77 y luego de 1978-1979 nos encontramos con una elocuente inversión de los factores: cuantas menos manifestaciones de masas y más breves son los plazos de movimiento, tantas más acciones son realizadas por esta molecularización de la intervención armada. Como ya se ha dicho, esto se debía evidentemente, no sólo a factores subjetivos, sino más bien al acoso de la ofensiva represiva, que, al día siguiente del rapto del presidente de la Democracia Cristiana, Aldo Moro, por parte de las Brigate Rosse, se convirtió de verdad en una guerra de aniquilación de los movimientos. El problema de esta propagación del «fuego» estaba sin embargo en que faltaba una estrategia suficiente, a parte de la voluntad de responder golpe por golpe al ataque estatal. En este escenario de fragmentación y de confusión se daba por descontado que las principales organizaciones combatientes absorbieran poco a poco a todas las micro-formaciones armadas autónomas, aunque sólo

fuera por los medios y la experiencia que tenían. Pero la «recomposición militar» llevada a cabo por las BR estaba desde el principio viciada por una exterioridad no tanto física respecto al Movimiento, cuanto ideal, afectiva y estratégica; los pedazos de la Autonomía que sobre ese terreno se pusieron a rivalizar con ellos sólo consiguieron engancharse a una espiral nihilista o, en la mejor de las hipótesis, a producir algún buen «espectáculo». Debido a la importancia que, a distintos niveles, tuvo sobre la historia italiana, es útil detenerse todavía en algunas líneas del «caso Moro», y más en general en el debate entre las Brigate Rosse y los movimientos autónomos.

Como ya se ha dicho varias veces, la cuestión de la lucha armada no era tan extraña al debate interno al Movimiento; para la Autonomía constituía incluso una porción significativa de sus prácticas. La constitución de grupos armados clandestinos *en el* Movimiento, como es el caso de Prima Linea y de muchos otros, por muy limitada que fuera, respondía de hecho a un deseo amplio de organizarse en el terreno del combate, pero diferenciándose de los modos de autorrepresentación y de línea política seguidas por las Brigate Rosse. Estas, hay que decirlo, estaban presentes de manera estable en las fábricas y estaban fuertemente radicadas en la clase obrera italiana; de algún modo, representaban su rigidez frente a la reestructuración capitalista, y las simpatías que las BR recogían entre los obreros no se debían sólo al hecho de ser percibidas como «justicieros»: eran ideológicamente reconocibles como pertenecientes a la vieja tradición del comunismo del siglo XX. Sus puntos de referencia teóricos no eran diferentes de los de muchos viejos militantes del PCI que se reconocían en el mito de la «Resistencia traicionada», es decir, de una revolución obrera que hubiera debido completar la liberación del fascismo. El modelo común, a pesar de todo, seguía siendo el socialismo soviético. En efecto, las Brigate Rosse comparten con el PCI también la ceguera frente a la gigantesca transformación social que había ocurrido durante aquellos años. En 1978, el problema de las BR ante la incipiente realización del Compromiso Histórico entre el PCI y la DC era, por tanto, el de impedirlo a toda costa, e intentar romper los vínculos entre la base y el vértice del Partido Comunista. En definitiva, proponerse como nueva dirigencia del Movimiento Obrero para recomenzar en el punto donde, según ellos, se había interrumpido la historia. Este objetivo, por otra parte, se había ya puesto negro sobre blanco en la *Resolución estratégica* brigadista de 1975: «No tiene sentido declarar la necesidad de batir al régimen y proponer en los hechos un “Compromiso Histórico” con la Democracia Cristiana; hay que ganarla, liquidarla, dispersarla. La derrota

del régimen tiene que arrastrar consigo también a este inmundo partido y al conjunto de sus dirigentes. *Como ocurrió en el '45 con el régimen fascista y con el partido de Mussolini*» [el énfasis es mío].

Mientras se celebraba en Turín el proceso contra el grupo histórico de las BR, su idea era la de producir una serie de contraprocesos simétricos: la revolución contra el Estado. Hay que decir que esta visión de la lucha revolucionaria, en la que se perfilaban tribunales del pueblo, jurados proletarios y verdugos comunistas, estaba lo más lejos que se pueda pensar del imaginario y de la ética del Movimiento. Una diferencia siempre reivindicada por los brigadistas «históricos» y que solamente años después, al menos para algunos, fue algo que volver a pensar críticamente. Es significativa la respuesta de Mario Moretti, dirigente de las BR durante el secuestro de Aldo Moro, a una pregunta sobre su relación con el Movimiento del '77: «Que no fuera cosa nuestra es evidente, que no estuviéramos no es verdad. Pero una cosa es estar, otra cosa es tener la dirección. Nosotros no la teníamos. El movimiento de la autonomía, un archipiélago variado, no conseguía conducirlo nadie. No expresaba la contradicción obrera, la de los años precedentes, era totalmente diferente [...] Para mí, pero no solo para mí, aquel movimiento permanecerá como un objeto desconocido hasta el final».³⁵ Hará falta esperar al ensayo de Renato Curcio y Alberto Franceschini de 1982, *Gocce di sole nella città degli spettri*,³⁶ para leer en un texto proveniente de sus filas algo que tenga alguna relación con las temáticas del Movimiento del '77, y que constituyera de hecho una autocrítica a posteriori. De todas maneras, es cierto que poco antes y justo después de la «Campaña de Primavera» —así fue llamada por los brigadistas la fase en la que tenía que raptarse a Moro— las BR consiguieron reclutar a diversos militantes provenientes de la fracción ex-Potere Operaio y que giraban en torno a la Autonomía. Eran aquellas y aquellos que desde los tiempos de PO estaban convencidos de la necesidad de un partido armado, y también aquellos, todavía más jóvenes, provenientes de los servicios de orden de los grupos y de las estructuras armadas de la Autonomía. En definitiva, eran aquellos que consideraban ya terminado el tiempo del Movimiento y comenzado el de la lucha clandestina. En los hechos, los objetivos de las BR, incluso durante el '77, estuvieron siempre y sólo vinculados al mundo de la fábrica —todavía imaginada

³⁵ Mario Moretti con Carlo Mosca y Rossana Rossanda, *Brigate Rosse. Una storia italiana*, Milán, Anabasi, 1994 [ed. cast: *Brigadas Rojas*, Madrid, Akal, 2002].

³⁶ Suplemento al núm. 20-22 de *Corrispondenza Internazionale*, Roma, 1982.

como la fortaleza del obrero-masa—, y al aparato de Estado entendido en sentido tradicional. En cambio, en las acciones armadas de los grupos autónomos, resulta evidente que los objetivos corresponden a las temáticas del Movimiento, como, por ejemplo, justo en 1977, el tiro a las piernas [*gambizzazione*] por parte de Prima Linea contra el psiquiatra torturador Giorgio Coda, llamado «el electricista de Colegno» por el uso masivo del electroshock que aplicaba a los internos de aquel manicomio, o bien las decenas de incursiones en las pequeñas fábricas donde se trabajaba en negro o, igualmente, las acciones ligadas a la lucha sobre los transportes públicos. Pero incluso el «estilo» de las acciones era diferente del brigadista, sobre todo porque estaban hechas por gente que durante mucho tiempo continuó haciendo agitación política en los colectivos, en los centros de estudio y de trabajo. La «línea política» de estas formaciones autónomas armadas, por muy vanguardistas que fuesen, venía, de todas formas, dictada por el Movimiento. La «línea política» de las BR derivaba de sus razonamientos internos, de los documentos «estratégicos» que tenían que orientar la acción militante durante las diversas fases del conflicto y que hubieran tenido que representar la «conciencia armada» de la clase obrera, de la que se consideraban «delegados». No es por eso una sorpresa que en muchas fábricas los militantes brigadistas estuvieran afiliados a los sindicatos tradicionales, y no debían ser pocas las veces en las que, durante una lucha, se encontrasen en el lado opuesto al de los obreros autónomos. Al mismo tiempo era obvio que, ante el salto cualitativo que representó el secuestro de Moro, las BR buscaban desencadenar un enfrentamiento militar con el Estado. Este implicaba, de hecho, al resto del Movimiento en algo para lo cual, no solo no estaba preparado, sino que estratégicamente le era completamente extraño. Alrededor de esta cuestión fue donde se consumó una verdadera ruptura política entre Autonomía y Brigate Rosse, ruptura que no pudo más que profundizarse una vez que éstas decidieron «ajusticiar» a Moro, a pesar del punto de vista contrario del Movimiento, y de que diversos militantes autónomos se dedicaran directamente a intentar evitarlo. No se trataba de un desacuerdo basado en «cuestiones humanitarias»: la cuestión era totalmente estratégica, estaba toda dentro de si era posible o no que en Italia se evitara que un movimiento revolucionario, hasta ese momento a la ofensiva, tuviera que replegarse y, sustancialmente, dejar de vivir. Si en el Movimiento fue importante la posición resumida en el eslogan «Ni con el Estado, ni con las BR», en la Autonomía se iba desde la posición de aquellos que querían obligar a las BR a confrontarse con el Movimiento, hasta la de

Rosso, más explícita, que escribía: «Contra el Estado, de manera diferente a las BR». Por otro lado, Prima Linea, así como otras organizaciones armadas, criticaron ásperamente el dirigismo estalinista de las Brigate Rosse, comprendiendo perfectamente que incluso ellos estaban siendo arrastrados sobre un terreno que no habían escogido. La ejecución de Moro y el consiguiente elevamiento vertical de la confrontación fue, en el fondo, algo muy útil al Estado, que no veía otra vía para derrotar al movimiento revolucionario italiano que obligarlo a la lucha militar, para allí, evidentemente, aniquilarlo. La operación Moro desarticuló al mismo tiempo al Estado y a los estratos organizados del proletariado revolucionario. Por un lado, puso punto final a la Primera República, pero, por otro lado, todos los niveles organizativos del movimiento fueron desestabilizados y triturados por el ataque concéntrico de la represión, y de la militarización de la lucha política perseguida por las BR. Cualquiera que no demostrase fidelidad al Estado a partir de entonces, podía, como mínimo, ser sospechoso de pertenecer a los «partidarios» y, en especial si había tenido cualquier tipo de relación con militantes clandestinos, sufrir encarcelación preventiva. Las plazas se vacían, las cárceles se llenan. Así, la insurrección fue sustituida, en un solo año, por una especie de guerra de bandas. No hay que sorprenderse de que, en los meses que siguieron al secuestro de Moro, fueran precisamente las BR quienes registraran un fuerte incremento en las demandas de reclutamiento. Frente a un nivel de represión altísima, que hacía extremadamente difícil cualquier acción política alternativa, muchísimos militantes escogieron entrar en las formaciones armadas antes que rendirse. También por esta razón no se puede pensar en separar el relato total de los movimientos de los años setenta, del de la lucha armada, en todas sus facetas.

Queda aquí perfectamente clara una lección: *la potencia de un movimiento revolucionario proviene de mantener unidas entre sí las diferentes dimensiones —material, espiritual y guerrera— que lo definen como una forma de vida: cada vez que se es indulgente en la hipertrofia y/o en la separación de una dimensión respecto a las demás, la derrota es evidente.* Porque, al igual que existen derrotas militares, las hay de otro tipo, como las que derivan de convertirse en una secta de teóricos importantes, o la que deriva de la gestionitis de la protesta. Y podemos decir que en la Italia posterior a los años setenta hemos vivido, en diferentes momentos, cada una de estas derrotas.

En pocos meses, entre 1979 y 1980, el área de la Autonomía en su conjunto fue masivamente golpeada por la represión, siendo dispersada. La valoración de este pasaje histórico que un grupo de autónomos hará después en la cárcel, a través del documento «*Do you remember revolution?*», es lúcida y dramática: «La autonomía organizada se encontró atrapada en la tijera entre “gueto” y enfrentamiento inmediato contra el Estado. Su “esquizofrenia” y después su derrota se originan en el intento del cierre de esta tijera, manteniendo abierta una articulación entre, por un lado, riqueza y articulación social del movimiento, y por otro, la necesidad del enfrentamiento antiestatal. En pocos meses, este intento resulta del todo imposible, y se hunde en ambos frentes».³⁷

De todos modos, es significativo que el Estado se preocupara *en primer lugar* de destruir a la Autonomía, entre 1979 y 1980, y solamente *después* se dedicara a la batalla exclusivamente militar contra las BR. El verdadero «enemigo constitucional» fue siempre lúcidamente identificado por Estado y Capital en la subversión generalizada que tenía en la Autonomía su forma de organización más temible. Fueron investigados y encarcelados miles de militantes, centenares fueron obligados a exiliarse y no pocos fueron asesinados. Pero, especialmente, la contrainsurrección obligó a decenas de miles de compañeras y compañeros a una especie de clandestinidad en la sociedad que muy a menudo fue atravesada por la heroína, la locura, la muerte y la traición. Un exilio en el mundo, una travesía del desierto, una diáspora que se convirtió en una experiencia de masas.

A muchos jóvenes camaradas les cuesta creer que aquella *fracción*, que aquel Movimiento, «desaparecieran» durante los años ‘80. Hay que ponerse de acuerdo acerca de lo que quiere decir desaparecer: si nos referimos a las estructuras organizativas, a la capacidad de expresar una verdadera potencia de transformación colectiva de y en lo cotidiano, entonces sí, desaparecieron. En cambio, si se entiende como una potencia subterránea, viviendo imperceptiblemente en los nuevos estratos proletarios expresados por el Movimiento del ‘77, como capacidad de reconstruir en la discontinuidad una narración común, como «negatividad dialécticamente insuperable», entonces las cosas son diferentes, puesto que esta potencia está perfectamente enraizada en el mundo en el que vivimos: hoy, dentro de la «crisis» que sobrevuela la primera década del nuevo milenio. Porque las revoluciones, especialmente

³⁷ El documento aparece en el periódico *Il Manifesto* del 22 de febrero de 1983.

las fracasadas, no se cancelan nunca. Ninguna continuidad histórica es posible. Lo que es posible, escribía Walter Benjamin, es fabricar la llave que abre una determinada estancia del pasado, y el ingreso en esa estancia constituye el *ahora* disruptivo de la acción política contemporánea. Acción que coincide con el habitar la distancia entre lo que fue posible y lo que viene.

No se trata, de ninguna manera de señalar ahora los méritos y la responsabilidad subjetiva u objetiva, ni de establecer cuál fue la «verdadera historia»: de lo que se trata es del gesto de hacerse cargo de un acontecimiento revolucionario como *de algo que nos es común y contemporáneo*. Precisamente hoy, cuando se habla tanto de luchas por los «bienes comunes», es necesario reivindicar aquella historia *no por su pasado sino por su porvenir*, y reapropiárnosla en cuanto deseo viviente *de lo que nos es común*: dentro y contra la Historia misma. Este es el «recordar como tarea», que la tradición de los oprimidos nos entrega ininterrumpidamente, el ejercicio ético en el que la posibilidad de la transmisión de una experiencia proletaria viene de su rememoración en el presente y de la reactivación de la verdad contenida en ese determinado fragmento temporal. *Autonomía*, así, no es otra cosa para nosotros que una de aquellas palabras incandescentes que vienen a nuestro encuentro desde nuestra siempre imperfecta actualidad.

Si tal vez es verdad que todos los movimientos han nacido para morir, es más cierto todavía que existe un *resto* de aquellas luchas, de aquellos movimientos, de aquellas vidas, que es indestructible y deviene sin fin. Para reapropiarse de este *resto* se necesita sin embargo, en primer lugar, ser capaces de operar una discontinuidad en el presente, es decir, criticar teórica y materialmente la propia época. Alcanzado este punto, que da siempre algo de vértigo, todo este *resto* vuelve a convertirse en algo no solo legible, sino también listo para ser usado.



Roma 77, Paolo e Daniele TRAM D'ISTRIA













ALLIANCE

COOPER